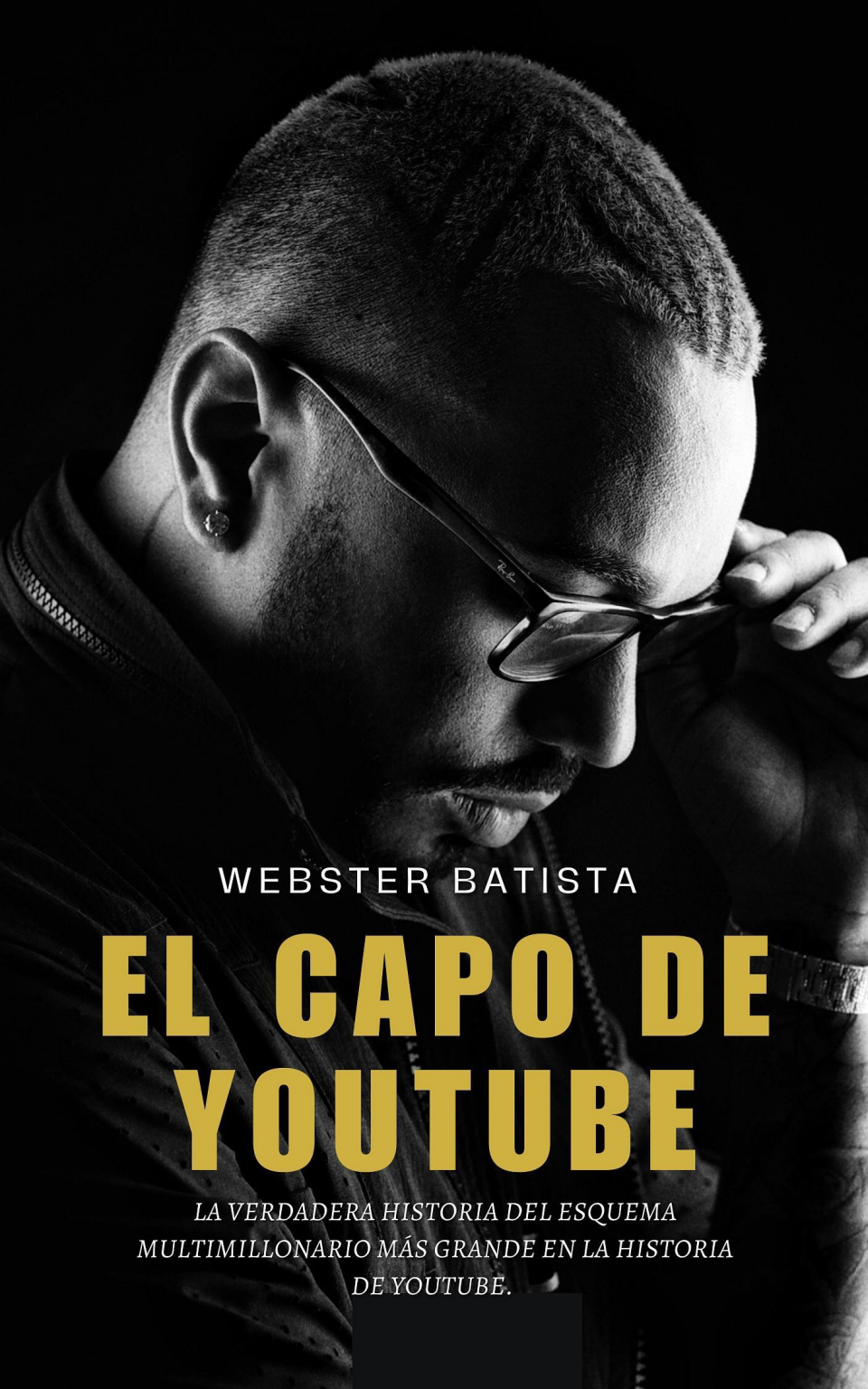

WEBSTER BATISTA

EL CAPO DE YOUTUBE

LA VERDADERA HISTORIA DEL ESQUEMA MULTIMILLONARIO MÁS GRANDE EN LA HISTORIA DE YOUTUBE.

WEBSTER YENDDI BATISTA

El Capo De Youtube

Copyright © 2024 by Webster Yenddi Batista

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o de otro tipo, sin el permiso por escrito del autor. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin permiso.

Este libro es un conjunto de memorias, una historia auténtica basada en algunos de los momentos más inolvidables de mi vida.

Se han cambiado los nombres y detalles de algunas personas mencionadas en el libro para mantener su privacidad y proteger quiénes son. Además, a veces se han reorganizado, recreado y dramatizado diálogos y eventos, cambiando el orden temporal de los hechos para hacer la historia más entretenida para el lector.

Para Prince Heaven, Melody & Armani,
por ser mi mundo en forma
humana.

Prólogo / La señora Parker

«Estoy bastante jodido», fue lo que pensé. Sí, «jodido».

Dieciocho días después de lo que debió haber sido el mejor mes de mi vida, todo se había convertido en una puta pesadilla.

¿Quién iba a imaginar que después de haber enfrentado más de veinte años en prisión me quedaría con las ganas de contar mi historia en un libro? Recuerdo cuando veía mi cara en todas las noticias nacionales y pensaba: «¿Harán una página con mi nombre en Wikipedia que cuente la historia de Webster Batista, uno de los cerebros detrás del millonario fraude de regalías musicales en YouTube?» Yo estaba convencido de que sí lo harían, sobre todo si terminaba pasando el resto de mi vida tras las rejas.

A ver… ¿Por dónde empiezo?

Después de una larga y exhaustiva investigación criminal, los imbéciles del Departamento de Justicia estadounidense lograron encarcelarme.

Según la revista Billboard, yo era el individuo más odiado en el mundo de la música. Muchos me llamaban «el ladrón de regalías más temible de la historia», y hasta me han llegado a decir El Capo de Youtube.

Y tú, ¿has oído hablar de mí?

Quería ser millonario, y cuando lo logré, comencé a vivir como si no hubiera mañana.

Ahí estaba yo, echando candela a 320 kilómetros por hora,

agarrando el timón de mi vida con un solo dedo.

Dios me había dado un don y, si lo hubiera aprovechado, a la larga habría ganado mucha riqueza. No obstante, decidí tomar un atajo y me convertí en el mayor traficante de música ilegal de la historia.

A mis treinta y tantos años, yo había fundado una empresa donde cientos de jóvenes venían a ganar más dinero del que imaginaban ganar. Mi compañía se llamaba MediaMuv, y su objetivo principal era monetizar ilegalmente cientos de miles de canciones que se publicaban en la plataforma de YouTube.

A temprana edad, YouTube me llenó los bolsillos de suficientes billetes verdes como para regodearme en mansiones de playa, navegar en yates gigantes, volar en aviones propios y rugir por las calles con carros exóticos tales como Ferrari, Lamborghini, Rolls Royce y Bentley, aquellos de mis sueños más osados.

Yo era una versión exagerada del sueño americano. Me sentía el amo del universo, el dueño del mundo, y así fui quemando etapas sin darme cuenta de que estaba jugando con fuego.

Cuando era pobre, me preocupaba morir sin haberme hecho rico. Cuando era rico, en cambio, vivía con la preocupación de volver a ser pobre. Tenía miedo de que la miseria en la que había crecido se pusiera al día conmigo; y, siendo honesto, cuando esa miseria y yo nos volvimos a encontrar, sentí miedo de verdad.

Un viejito pilas me dijo una vez que cada inicio conlleva un desenlace, y debo confesar que mi desenlace me pilló de sorpresa cuando escuché ese estruendoso «boom» retumbar en mi cuarto. Casi me da un patatús cuando vi a la marea de agentes federales derribar las puertas de mi mansión en Florida la madrugada del 18 de noviembre de 2021.

Sin embargo, este no fue el episodio más rimbombante de

este cuento. La parte más fabulosa comenzó el 13 de abril de 2014 en una casa muy pequeña, a la cual bauticé como «La Caja de Fósforos».

* * *

La Caja de Fósforos estaba ubicada en uno de los rincones más peligrosos de la ciudad de Los Ángeles sobre Cortes St., una calle integrada por un montón de casas chicas, todas exageradamente pegadas entre sí.

Desde la ventana de mi cuarto, justo al lado de su casa, casi podía tocar la ventana de la cocina del señor Parker.

¿Privacidad? ¡Ja! ¡Una quimera en aquel barrio! Escuchaba cada gemido de pasión de la señora Parker como si estuviera contando monedas en mi bolsillo. ¡Menudo espectáculo gratis en primera fila! ¡Música para mis oídos!

Pero me fascinaba esa vaina.

¡La señora Parker estaba tan buena! ¡Qué barbie en carne y hueso! Me derretía solo de verla. Sus labios carnosos y rosados como fresas; sus piernas largas y doradas, interminables; su cabello largo como una cola en el banco, y esas nalgas… ¡como para tocarse con los pensamientos más pecaminosos!

Ella también era algo traviesa. Cada noche solía correr por Cortes St. usando una lycra excesivamente corta, la cual hacía que su vagina pareciera una pata de camello. Era hermoso ver los labios de su inmensa cuca diciendo "¡Hola!" desde el interior de su tanguita. Era una tortura verla así, y también lo era escuchar sus ruidosos gemidos en mi cuarto.

Un centenar de veces, la señora Parker gritaba tan fuerte que casi parecía que lo hacía a propósito: «¡Oh, papi! ¡Oh, sí, así, duro! ¡Qué rrricoo!». Esos gemidos me tenían al borde; quiero

decir, me desconcentraban, me atormentaban los oídos.

El día viernes 16 de enero de 2015 yo estaba sentado frente a la computadora tratando de leer un artículo sobre Néstor White.

Néstor había sido el presidente de MoneyTube, cuya labor se centraba en la monetización de contenidos dentro de la plataforma de YouTube. MoneyTube tenía acceso a una herramienta de YouTube exclusiva, a la cual prácticamente nadie en el planeta tenía: *Content ID System* o *Content Management System (CMS)*.

Algunos propietarios de derechos de autor utilizan CMS para identificar y administrar fácilmente en YouTube su catálogo musical. Esta herramienta permite que los miles de videos que son subidos a la plataforma a cada minuto sean comparados con los archivos de audio y video registrados dentro de Content ID por los propietarios de derechos, en busca de coincidencias. En caso de existir, se considera como una violación de derechos de autor, y el propietario del contenido puede elegir tanto bloquear el video para que no pueda ser visto como añadir anuncios para monetizar el video, en cuyo caso las ganancias se destinan completamente al propietario del contenido.

YouTube solo concede CMS a los propietarios de derechos de autor que cumplen criterios específicos, como poseer derechos exclusivos sobre una cantidad *sustancial* de material original, lo cual implica que el acceso al Content ID está reservado únicamente a aquellas compañías que tienen los derechos sobre un volumen grande de música.

YouTube ha afirmado anteriormente que, a través del CMS, ha pagado a los propietarios de derechos $5.5 mil millones en ingresos por material recuperado y monetizado. Esta era la razón por la cual estudiaba a Néstor White.

Él tenía la llave de mi futuro.

Mi plan era conseguir unos cuantos artistas para quitarle unos verdes a Youtube usando el CMS. ¿Cómo? Hablando con los que ya estaban chupando de la teta.

Estaba más que listo, dispuesto incluso a poner mi pellejo en juego. El acceso a ese reino estaba guardado bajo siete llaves, disponible solo para las discográficas grandes; y como yo no era un magnate de la música, debía tomar un atajo: espiar a Néstor White para luego untarle la mano.

Pero nada de eso dio resultado.

Los gritos de la señora Parker aún retumbaban a través de la ventana. Me puse de pie y me acerqué a la ventana, y justo en ese momento sonó mi celular. Era mi socio Prada.

—¿Qué ha pasao, hermano? —dije mientras volvía a sentarme.

—El tiburón acaba de llegar al Wang' s con su jeva.

—¿¡Qué dices!? —respondí emocionado.

—¡Feliz día de pesca, hermanito! —resaltó mi socio.

Sin perder tiempo, me levanté, rebusqué en mi armario y saqué mi mejor traje. Me vestí, me peiné con estilo y, mientras buscaba las llaves del carro, volví a escuchar la orquesta de gemidos. Ahora no solo se oían los alaridos de la señora Parker, sino también el sonido de las pieles sudadas haciendo

«¡PLAKATA! ¡PLAKATA!».

¡Por todos los diablos! ¡Lo más probable era que el señor Parker tuviera a su mujer en posición de perrito!

En ese momento intenté imaginar cómo se vería la señora Parker en cuatro. Sus enormes nalgas, esos glúteos rayados

como un mapa de carretera, con estrías que parecían trazar rutas desde la cintura hasta sus muslos, de seguro vibraban como gelatina. El señor Parker debía estar penetrándola, era lo

único que podía justificar los gritos exagerados de su mujer.

Pensé en masturbarme porque, excitado como estaba, no hubiera tardado más de un minuto en acabar, pero tenía una misión más importante que cumplir, así que agarré el maletín de mi escritorio y salí disparado hacia mi coche.

Misión Wang's

Un montón de carros se aglutinaban en la entrada del hotel Cosmopolitan. En el lobby, una multitud desgarbada aguardaba impaciente a que el valet les prestara atención. Yo, al timón de mi gastado Jeep Cherokee, luchaba por encontrar un hueco donde estacionarme. Mi chaqueta azul, tan desgastada que parecía haber sido usada para pulir el Cherokee que conducía, lucía remiendos y marcas de batalla; mis pantalones, más arrugados que un billete, competían con la chaqueta, y el Jeep estaba en mejor estado que yo. ¡Ironías de la vida!

Aparqué y le di las llaves a un hombre con corbata, a quien supuse que sería el encargado del valet. Tras unos pasos, decidí hacer una pausa para contemplar la majestuosidad de ese pedazo de hotel.

Todo el lugar estaba lleno de cafés, bares y restaurantes donde se reunían los magnates y cerebritos de Los Angeles.

Unos minutos después, descubrí mi destino: Wang's. Aquel rinconcito era el punto exacto donde Néstor y sus panas millonarios se juntaban a pasar el rato.

Me senté en las escaleras de la plaza y esperé allí, ansioso por escuchar noticias de mi amigo Prada. Los minutos pasaban y yo me sentía como esperando a que una tortuga coronara a Miss Universo. ¡Es que yo y la paciencia no nos llevamos muy bien, hermano!

Pasaron cinco minutos más. Saqué la cuenta y en total ya eran

diez los minutos perdidos en el reino del misterio, con Prada desaparecido en acción. «¿Dónde estás, hermano?», escribí dando dedazo al celular. «¿Todo bien?», insistí al ver que no tenía respuesta. «¿Todo bien por allá? ¿Qué cuenta, papá?»,

volví a intentar, pero el tipo había decidido hacerse el loco…

¡Ni un «Hola»!

Empecé a notar cómo una de mis piernas se volvía gelatina. Continué escribiendo y nada. El sudor surfeaba por mi cuello, dándome escalofríos, y el asterisco de mi teléfono estaba más apretado que tornillo de submarino.

La peor tragedia sería regresar a casa con las manos vacías. Venía siguiéndole el rastro a ese tipo desde hacía una pila de días, y por nada del mundo me iba a perder esa jugada.

«¿Y si a Noé le dio por mover su arca a última hora? ¿Y si resulta que estoy buscando en el sitio equivocado?», me preguntaba. Cansado de esperar y sin poder aguantar ni un segundo más, me fui trotando rumbo a Wang's.

El restaurant japonés brillaba en el centro de la plaza. Tenía un patio descubierto con un despliegue de luces que parecían florecer a su alrededor y mesas que presumían manteles de seda roja. La llama titilante de una veladora añadía un toque romántico a la atmósfera.

Tras reflexionar sobre los precios astronómicos que imponía Wang's por un sushi comparable al de los supermercados de barrio, comprendí que su fama no radicaba en el menú, sino en su vibrante ambiente.

Aunque odiaba la comida japonesa, aquel restaurante era el lugar perfecto para embriagarse después de largas horas de trabajo.

Giré la cabeza y allí estaba un grupo de yanquis cortados a lo fino, con trajes que gritaban «¡Soy más costoso que tu

Cherokee!» y sonrisas pegadas con el último chicle de marca.

¿Problemas? Lo dudo. Esas criaturas de Silicon Valley apenas sabían deletrear la palabra «problemas» en el Scrabble de sus yates. Las rondas de martinis y las risas

salpicadas (que no sé si salían del alma o del bolsillo) dejaban entrever que aquello no era un simple canje de tarjetas, sino más bien una reunión social, una danza de intelecto mezclada con el suave swing de una banda de jazz que, a pesar de mis dotes musicales, jamás había escuchado.

Siendo sincero, solía pensar que los gringos eran unos mochos que no sabían gozar de la vida, pero, al ver su buena vibra y que se saludaban con carillas dentales que de seguro costaban más que el alquiler de mi casita, comprendí que mi existencia no valía un carajo.

«¡Qué mierda, hermano!», me dije, pero es que con lo que se gastaban en un par de cócteles, bien hubiera podido saldar la deuda de alquiler que me perseguía como sombra.

El olor a éxito pegaba más fuerte que el perfume barato que yo dejaba a mi paso mientras la billetera me temblaba en el bolsillo. «Vida de ricos», pensé, y me prometí que si alguna vez me ganaba el premio de la lotería, el primer martini también lo tomaría riéndome.

Yo me encontraba en una situación en la que era más confiable pedir trabajo en Wang's antes que perder tiempo buscando oportunidades invisibles. Muy probablemente, aquellos gringos de cuello blanco pagarían mejor propina que un cliente fijo en un burdel.

¡Qué sabroso es ser millonario!

¿Crees que alguno de ellos sabía cuánto costaba el galón de gasolina o lo alto que llegaba su factura de luz? ¡No lo creo! Los ricos tienen asuntos mucho más importantes de los que

preocuparse; «detalles», como los llaman ellos. ¿Cuándo fue la última vez que escuchaste a un pobre hablar sobre el NASDAQ o sobre cuánto han bajado las acciones de Apple o Google? ¿Cuándo has escuchado a un pobre hablar de eso?

¡Nunca! Y no es porque seamos menos astutos que los ricos, es

porque nosotros, los pobres, no solo sufrimos problemas económicos, sino también de la falta de conocimiento.

Siempre seremos pobres hasta que nos demos cuenta de que nuestro error principal no es la ausencia del dinero, sino la falta de valentía para dejar de perder el tiempo en TikTok y ponernos a estudiar. ¡Educarnos nos da pereza! Y mientras los pobres pasamos toda la vida trabajando por un sueldo que apenas nos permite subsistir, los ricos se vuelven más ricos con el sudor de los pobres.

Ser pobre no es una condición, es un estado mental. Por eso me encontraba allí jugando al valiente, espiando a un hombre tan poderoso que hubiera podido aplastarme con solo tronar los dedos, pero sin temor. Ya estaba harto de vivir atemorizado, y si ese individuo presentaba una acusación contra mí por extorsión e intimidación, no me hubiera importado. Al final, el que no no arriesga no gana, ¿cierto?

Al entrar al bar, un camarero me frenó en seco.

—¿Tienes reserva?

Estaba tan concentrado buscando a Néstor que apenas escuché mi respuesta.

—No, vine a ver a un pana —mentí descaradamente—. Ya está sentado —agregué.

Él asintió con un gesto veloz.

Escudriñé las mesas sin éxito y sentí todas las miradas posarse sobre mí mientras me movía de un lado a otro como un pollo

sin cabeza, desorientado.

—¿Dónde queda el baño? —le pregunté con urgencia a un mozo, tomándolo del hombro.

Sin mediar palabra, señaló hacia la izquierda, y ahí, en medio de la penumbra, fue que al mismísimo Néstor White, empresario y jefe de MoneyTube, fumando un puro mientras mantenía una charla intensa y susurrante con una mujer sentada frente a él.

Néstor era un tipo de unos 38 años, de mandíbula angulosa, ojos azules y cabello castaño, lo cual le daba un aire a galán de telenovela. Sus manos, grandes como para abrazar a todo un equipo de fútbol, parecían las de Frankenstein, lo cual asustaba un poco; y si bien no era un monstruo, fácilmente podía confundirse con un mafioso italiano, dado su traje entallado.

Allí estaba él, tomado de la mano con su acompañante, disfrutando de un Richebourg Grand Cru 1990 e intercambiando sonrisas y besos furtivos, sumergido en un mundo aparte. Yo esperé un momento y me dirigí al baño. Podía escuchar cómo se agitaba mi respiración, a la vez que sentía un hilo de sudor que caía desde mi pecho hasta el ombligo. Intenté calmar mis nervios mojándome la cara, ya que aún debía esperar a que Néstor terminara su encuentro amoroso. No quería ni pensar en el lío en el que podía llegar a meterse si su esposa lo encontraba en plena escena con su amante. Oriné y, tras lavarme las manos, saqué el celular para escribir un mensaje: «Estoy aquí. Ya tengo al tipo a la vista».

Me miré en el espejo y no pude evitar reírme de mí mismo al ver lo ridículo que lucía con esa chaqueta desteñida que había sacado de una góndola de descuento en Walmart.

Salí del baño y me dirigí hacia el bar… Me paralicé por completo al ver que Néstor se había puesto de pie para pagar la

cuenta. Era hora de actuar.

Su acompañante se había marchado y la botella de vino se había esfumado misteriosamente.

Traté de enviar otro mensaje, pero mis nervios me lo impidieron. «¡Mierda!», pensé al ver que se dirigía hacia la salida. ¿Qué debía hacer? ¿Por qué demonios Prada no respondía mis mensajes? Era hora de improvisar.

Néstor abandonó el restaurante rumbo al estacionamiento, con su celular en una mano y un maletín negro en la otra. Sus pasos eran rápidos como los de alguien que está pronto a perder el tren. Me incorporé y empecé a caminar a su ritmo, manteniendo una distancia de unos cinco metros. De repente, se llevó el móvil al oído y aceleró el paso. Me di prisa yo también y le grité «¡Néstor!».

Sin dejar de hablar por teléfono, se volteó hacia atrás buscando de dónde provenía la voz, tras lo cual volvió a mirar al frente y siguió caminando como si yo no existiera.

Le grité de nuevo, esta vez más fuerte: «¡Néstor!», y se detuvo por completo. Me quedé a unos metros de él, con el corazón en la boca. Me escaneó de arriba abajo, como si yo fuera un código de barras, y continuó su marcha, ignorándome por completo.

—¡Señor Néstor! —volví a insistir mientras intentaba acercarme un poco más.

—¿Te conozco? —me preguntó sin dejar de caminar.

—Soy Webster Batista, presidente de MediaMuv.

—¿Media qué? Nunca he escuchado ese nombre —dijo sin disminuir el ritmo y como si hablara para sí mismo.

Llegamos a una parte del hotel donde las personas parecían estar perdidas, paradas como zombies, observando la arquitectura de la plaza.

Unos metros a la izquierda, la recepción estaba abarrotada

de huéspedes haciendo cola, y Néstor caminaba entre todos como si nadie más importara. Parecía que el presidente de MoneyTube tenía prisa, pero yo no estaba dispuesto a dejarlo ir.

Me acerqué más.

¿Ha leído alguno de los correos que le envié sobre el acceso al CMS? —le

pregunté en un intento por llamar su atención.

Se rio y miró la pantalla de su móvil.

—¿Eres uno de esos? ¿Sabes cuántas peticiones de esas recibimos a la semana?

—No, señor —le respondí apretando el culo.

—Cientas.

Sentí que me hundía en mis zapatos. Salió por la puerta hacia el estacionamiento e hizo un gesto al muchacho del valet.

—El CMS es un instrumento muy delicado —continuó—, por eso lo llaman «Herramienta exclusiva».

Estaba a punto de subirse al coche cuando nuevamente sonó su celular.

«¡Esta es tu oportunidad, Webster!», me alenté. Si lo dejaba subir al auto, definitivamente perdería el juego. «¡Es ahora o nunca! ¡Demuestra al mundo de qué estás hecho! ¡Tú puedes! ¡Ingeniate algo!».

Las 48 leyes del poder de Robert Greene no me habían entrenado para improvisar en momentos tan críticos como ese.

En ese instante vi que el valet detenía el carro frente a nosotros y tenía tan solo treinta segundos para actuar y demostrarle al empresario Néstor White que yo era un emprendedor capaz y honesto… Pero, ¿cómo pensaba sobrevivir en esa selva siendo *honesto*? Entonces me dije:

«Haz lo que mejor sabes hacer. ¡Haz lo que cualquier persona

en tu lugar haría!».

El tipo del valet estaba parado junto al auto y Néstor seguía ocupado con su teléfono, así que me acerqué, di la vuelta alrededor del coche y, justo antes de que se subiera, dejé caer la bomba.

MediaMuv tiene los derechos de autor de una librería musical con más de dos mil canciones.

Él se detuvo en seco y me miró con interés. Su expresión había cambiado por completo. Era como si le hubieran dado una buena noticia en medio de un día lleno de mierda.

—¿Qué has dicho? —preguntó con curiosidad.

Tragué saliva y, por un instante, lamenté haber mentido. Pero, ¡qué leches! Había salido de situaciones peores recurriendo a la mentira. Lo veía como un mal necesario, un mal temporal para hacer un trato con MoneyTube. Luego me dedicaría a contactar a sellos discográficos independientes para que me cedieran los derechos de monetización de su librería musical a cambio de un 20% de comisión. Podía conseguir dos mil canciones en un abrir y cerrar de ojos, ¿de qué me preocupaba?

La naturaleza está llena de animales que buscan sobrevivir y nadie les juzga un carajo la moral. «Que disfruten los que quieren ser honestos», es lo que pensaba.

Por un momento, agradecí a Dios por ese golpe de suerte. Estaba enloquecido por hacer dinero y saltaba de alegría sin tener idea de que, en ese instante, frente al hotel Cosmopolitan, estaba a punto de cometer el mayor error de mi vida.

Después de un momento, Néstor apartó el celular de su oreja.

—¿Qué dijiste? —preguntó.

Volví a tragar saliva y lo miré a los ojos.

—Dos mil…

—¿Cómo se llamaba tu disquera? —me interrumpió, ahora

más interesado.

—MediaMuv, señor.

Dio la vuelta alrededor de su BMW I8, se detuvo frente a mí y me miró con cierto recelo, en tanto que yo trataba de controlar mis nervios, sin ninguna noción de qué sucedería después.

De repente, estiró su mano para estrechar la mía.

—MediaMuv, ¿eh? Creo que te recuerdo.

Néstor estaba mintiendo, ya que no era posible que un tipo tan importante supiera sobre MediaMuv, aparte de que tampoco era cierto aquello de que le había enviado varias peticiones. ¿Ven? Al final del día, todos éramos embusteros, y Néstor no era la excepción.

—¿De verdad me recuerdas? —pregunté, a la vez que le daba un apretón de manos.

—Eres insistente, eso me gusta —dijo tras soltar una sonrisa.

«Tiene razón», pensé, «¡Soy el hijo de puta más insistente que vas a conocer!».

Le sonreí también, al mismo tiempo que él sacaba una tarjeta del interior de su chaqueta.

—Nos vemos el lunes a las nueve en mi oficina.

Ni le presté atención a sus palabras. Todo mi enfoque estaba puesto en aquella tarjeta. ¡Era una tarjeta de negocios! Simplemente, impresionante; pesada y de color platino, similar a las de American Express. En el centro tenía impresas tres letras imponentes que opacaban su propio nombre e incluso el logotipo de MoneyTube, impreso en la parte inferior izquierda. Esas tres letras, que entonces resaltaban ante mis ojos, representaban todo lo que yo quería ser algún día: *CEO*.

Títeres

17 de enero de 2015, un día después..

Sentado en mi escritorio, puse el celular en altavoz mientras escuchaba la voz insoportable de un posible cliente. Su nombre era Germán, y era argentino. Sin prestar mucha atención a lo que me decía, recogí una revista Forbes del suelo. En la portada aparecía una foto de Angelina, Brad y su pequeño hijo, Maddox. No pude evitar mirar la foto y preguntarme por qué este chamaco siempre parecía tan enojado en cada fotografía. Al principio, pensé que, tal vez, estaría molesto por su corte de cabello, pero luego reparé en que parecía más furioso que molesto. Maddox se habrá sentido muy afortunado de que una celebridad de primer nivel como Angelina lo rescatara de un país tercermundista como Camboya, aunque probablemente no sabía que ella lo arrastraría de un lado a otro visitando países aún peores.

Ese pobre niño debía vivir preguntándose: «¿Cuándo llegaremos a Malibú? ¡Cojones!»

Así es como me sentía al oír la vocecita insoportable de Germán. En ese preciso momento, caí en cuenta de que tratar de convencer a un pelele para que me permitiera monetizar su catálogo musical no era mi fuerte. Y créanme, yo no soy de los que se bajan los pantalones y se rinden tan fácilmente.

Imbuido en la revista, escuché al argentino gritar «¡Jeff!» al

otro lado de la línea. Pronto me incorporé y rápidamente tomé el teléfono.

¿Sí, señor? —respondí, sin obtener respuesta alguna esta vez.

«Mierda», pensé. ¿Por qué no se me había ocurrido usar un nombre más común? ¿ Jeff? ¿En serio? ¿Por qué no podía ser José o Ramón? Cuando creé MediaMuv, inventé varios personajes ficticios que integrarían la compañía. Jennifer Brown era mi fiel asistente, encargada de lidiar con los correos de Webster Batista y MediaMuv.

Jeff Flanagan, mi álter ego en ese momento, se desempeñaba como el astuto gerente de adquisiciones que persuadía a ingenuos como German para que nos cedieran los derechos en aras de monetizar su catálogo musical. También estaban Charley Bloom y Melissa Red, quienes se desempeñaban como gerentes de finanzas. Cuando alguna disquera importante llamaba a nuestra oficina, elegía a qué personaje representar dependiendo de la razón de la llamada.

Cada uno de los personajes era estadounidense, razón por la cual las disqueras me tomaban más en serio. Todos ellos eran parte de mi farsa, y yo, Webster Batista, el amo del universo, era el titiritero que movía a mis cuatro marionetas en mi propio circo, donde yo era el dueño de la feria.

Unos minutos después, escuché a Germán hablando con alguien.

—¿Señor Germán? —pregunté al teléfono.

Seguía callado. Tal vez se estaría entreteniendo con algo o, simplemente,decidiendo si terminar la llamada y mandarme a la mierda.

—¿Germán? —volví a insistir.

—Disculpa, Jeff —se sonó la nariz—. Acabo de recibir otro correo del abogado de Marta.

—¡Ay, Dios! —contesté—. ¿Estás llorando?

—No —respondió.

Respiré profundo y acomodé el teléfono en mi oreja mientras pensaba en cómo ese pobre tipo, que no llevaba ni diez minutos conociéndome, me había soltado todo el chisme de su matrimonio. Tan pronto nos conocimos, lo primero que hizo fue contarme cómo su esposa le había pedido el divorcio en pleno festejo de cumpleaños de su perro Oreo. Pero, ¿quién era yo para juzgar?

Coloqué el celular en altavoz, levanté los pies sobre el escritorio y empecé a juguetear con una pelota de tenis. Por un instante, di gracias a todos los santos por que la señora Parker no estuviera en la casa; no quería ni imaginar cómo me hubiera puesto.

Mientras Germán continuaba narrando sus dramas, yo me concentraba más en atrapar la pelota que hacía rebotar en la pared. De vez en cuando, el tipo se quedaba en silencio, como esperando a que yo soltara alguna perlita de sabiduría, pero yo solo respondía irónicamente: «¿De veras? ¡Qué tragedia!».

No es que disfrutara de psicoanalizar a mis clientes, ¡qué va! Pero admito que compararme con su desdicha me hacía sentir menos patético, aunque, sinceramente, Germán no era un tipo miserable en absoluto, más bien un engreído. Decía que si no eras capaz de embolsar al menos doscientos cincuenta mil dolaracos al año, eras un fracasado; y, para colmo, se pavoneaba de ganar el doble de esa cifra gracias a Warner Music, la disquera que distribuía sus insulsas canciones.

Llevábamos más de treinta minutos charlando sobre mi empresa MediaMuv cuando volvió a hacer mención de su matrimonio.

—Como te decía, Jeff, ¿cómo cree ella que yo me sentí después

de todo eso?

—Ajá.

—¡Diablos! ¿Acaso yo —su acento se me hacía cada vez más insoportable— no tengo derecho a negarme? ¡La desgraciada lo quiere todo, ¡TODO!

En ese momento, dejé de jugar con la pelota y me acerqué el teléfono.

—Señor Germán, a ver si le entiendo —le dije apretando los dientes—. ¿Usted licenció su catálogo musical de 1,835 canciones a Warner Music?

—Correcto —respondió con arrogancia.

—Luego su esposa interpuso una demanda de divorcio exigiendo el 90% de todos los ingresos de su catálogo musical, ¿cierto? —continué.

—Así es.

—Después de la demanda de divorcio, ¿adquirió los derechos de un segundo catálogo, verdad?

—Ajá.

—Y ese segundo catálogo no le está generando ni un centavo… ¿es así?

—Sí, y así se quedará, ¡sin generar ni un puto centavo!

Me incliné, apoyé los codos sobre el escritorio y me rasqué la cabeza, frustrado.

—Es lo que no entiendo, Germán, ¿por qué te niegas a monetizar ese segundo catálogo? No te imaginas la cantidad de dinero que estás perdiendo…

—¡Ja! Claro que me imagino cuánto capital estoy perdiendo. No soy un tonto. Es por esa misma razón que me estoy negando a tus servicios. Yo prefiero quedarme sin nada antes que dárselo a esa tarántula.

¡Dios! Era increíble cuánto odiaba Germán a «la tarántula».

Prefería perderlo todo antes que compartir su patrimonio con su ex esposa, y eso sin considerar que, en cualquier momento, Germán y Warner Music podrían separarse, y yo, el amo del universo, estaría allí cuando eso ocurriera, esperándolo con los brazos abiertos, sosteniendo un contrato editorial que me serviría como pañuelo para secar las lágrimas de mi cuenta bancaria.

No estaba dispuesto a permitir que ese pez gordo se me escapara, y menos después de haber escuchado todo el enredo entre él y su esposa.

Habían pasado 45 minutos y la voz de Germán se parecía cada vez más al ruido de un grillo, de esos que no te dejan dormir. El pobre estaba destrozado, y creo que, en el fondo, nole importaba el dinero que su esposa quería, sino que sufría porque todavía la amaba.

Yo no sabía cómo ayudarlo. Mi matrimonio estaba aún peor que el suyo, y él necesitaba a un verdadero amigo que lo escuchara, no a un idiota como yo. Pero, como dije antes, todos vivimos como animales, y cada persona procura su propia supervivencia. Para mí, Germán no era un simple grillo acorralado por una tarántula, sino que jugaba un papel crucial en mis negocios con MoneyTube y YouTube; era mi boleto de oro, el genio que tenía el catálogo musical que le había ofrecido a Néstor White la noche anterior en el hotel Cosmopolitan de Los Ángeles, California.

Finalmente, en un intento por llegar a un acuerdo con Germán, sostuve el teléfono con firmeza, me puse de pie, respiré profundamente e inflé el pecho con gallardía.

—Germán, quiero que me prestes toda tu atención.

—Jeff…, es muy probable que…

—Germán —lo interrumpí—, escucha por un momento.

Te haré una propuesta que te dejará sorprendido —dije con determinación.

Permanecí en silencio, esperando algún tipo de respuesta.

—Germán, ¿sigues ahí?

—Umm… Yo… Sí…

Agarré la pelota de tenis y la apreté contra la palma de mi mano derecha. Me senté de nuevo y sonreí.

—Perfecto, Germán —proseguí—. Si me otorgas los derechos de monetización de tu segundo catálogo, MediaMuv estaría dispuesta a…

Al otro lado de la línea se escuchó un pitido inconfundible.

—¿Germán? ¿¡Germán!?

Me quedé paralizado, boquiabierto. Bajé lentamente el teléfono. Mis ojos no parpadeaban. ¿El maldito desgraciado me había colgado? ¿ Y después de tanto esfuerzo? ¡Aquello ya era el colmo, hermano! El universo estaba en mi contra, siempre me sonreía la mala puta suerte. ¡Estaba salao! Tuve que tomar un tranquilizante para evitar acabar en una sala de emergencias. Traté de relajarme e intenté controlar mi respiración.

«Germán es mi última esperanza», pensé. Sin su catálogo musical vinculado a MoneyTube y YouTube, estaría condenado al fracaso. ¿Qué otra opción tenía ahora? ¿Qué le diría a Néstor? ¿Que mi catálogo de dos mil y pico de canciones se había esfumado? Tenía menos de 24 horas para encontrar una solución. Sabía que en YouTube había miles de canciones sin monetizar, pero, ¿acaso no sería un crimen descargar esas canciones y dárselas a Néstor? No estaba dispuesto a arriesgar mi futuro monetizando música que no era mía solo para vivir una vida de lujos y rezar para no ser descubierto, pero sentía que no tenía alternativa. «¡No! No lo haré. Estás loco, Webster, solo por considerarlo. Ya se te ocurrirá algo, siempre se te

ocurre algo», intentaba decirme. Pero ahí me encontraba, a diecisiete horas de mi encuentro con Néstor White y sin ni una sola canción para monetizar. Me negaba a descargar canciones de YouTube ilegalmente, me negaba a robar. ¡Detestaba a los ladrones!

Los «minions»

Veintisiete horas después me encontraba sentado en las oficinas de MoneyTube con las manos más peladas que una papa. Tras poco más de dos horas de espera, Néstor White entró por la puerta como si fuera Beyoncé en persona.

El tipo era un espectáculo ambulante, un Ken de carne y hueso. Vestía unos shorts al borde del pecado, una camisa pegada al cuerpo y unas chanclas que casi parecían de señora, pero el tipo emanaba testosterona en cada poro. En contraste con su estilo, mi chamarra desteñida parecía haber salido de la sección de gangas de una tienda improvisada.

Observaba aquella escena y me daba risa encontrarme sentado en una silla de madera y tela como si fuera un director de cine, aunque no solamente estaba muy lejos de serlo, sino que tenía bien presentes los fracasos de los últimos cuatro años.

Había fracasado en todas mis empresas. Sí, ¡todas! Intenté armar una página web para los amantes del porno y ni mis amigos la visitaban. Luego me aventuré en el mundo de las Bellas Artes, pero no fui capaz ni de pintar una simple mariposa, tras lo cual incursioné en la música urbana. Trabajaba como esclavo durante más de doce horas al día, los siete días de la semana, y aún así no lograba el éxito. Sin embargo, era mi esposa quien peor la pasaba. Recuerdo cuando en medio de una cena navideña soltó que nuestra situación económica era «estable». ¿Qué creen que pasó?

¡Risas por doquier! ¡Qué fastidio, por Dios! Yo me arrancaba los pelos viendo cómo se burlaban de ella, mi Sofi, mi fiel esposa. Y la verdad, tenían razón. ¿Quién en su sano juicio se esclaviza por un sueldo que apenas alcanza para sobrevivir? Sofi se partía la espalda trabajando para una empresa que nadaba en oro y le pagaba migajas, y se levantaba al alba para seguir siendo cada vez más pobre. ¡Yo no estaba hecho para eso, bro! Mi vida valía más que la de esos tontos que se burlaban de ella.

¡No aceptaría morir en la ruina!

Estaba sumido en esa reflexión cuando Sofi reparó mi silencio inusual.

—¿Qué te pasa, mi amor? ¿En qué estás pensando?

La miré por un instante y desvié la vista hacia sus padres. Con calma, me puse de pie y sentí cómo todos los ojos de los allí presentes se clavaban en mí. En ese instante, me hirvió la sangre y una cantaleta de furia y decepción se arrastró por mis venas.

Todos se partían de risa a costa mía mientras Sofi intentaba tranquilizarme, agarrándome la mano con fuerza.

—¿Qué te pasa,Webster? —preguntó mi suegra, risueña.

Tragué en seco, respiré hondo y me senté nuevamente, en silencio. Todos habían notado mi irritación, aunque ninguno se atrevió a enfrentarla.

—¿Estás bien? —me preguntó Sofi en voz baja, un tanto preocupada.

Inspiré profundamente y lancé una mirada desafiante a cada uno de los que estaban en la mesa. «Sigan riéndose, no hay problema…», pensé mientras le daba un sorbo largo a mi copa, «Muy pronto les daré un veneno que los matará más rápido que lo que digo, ¡Youtube!».

Bajé mi copa sin decir una palabra. Pronto, con el veneno del

dinero, planeaba humillar a cada uno de esos desgraciados. Mi relación con mis suegros era un constante vaivén entre amor y odio: un día me adoraban por ser un buen padre y al siguiente me odiaban porque me rehusaba a trabajar como jardinero en la pequeña empresa familiar. No obstante, todo cambió desde mi primera cita con Néstor White.

Había repasado mil veces ese momento en mi cabeza. Solo necesitaba un poco más de confianza en mí mismo. Sin embargo, por más que intentaba subirme el ánimo, la maldita inseguridad siempre lograba aplastarme. Me susurraba al oído que allí no había forma de sentirme superior a nadie. Germán lo había dejado clarito: «Si no ganas más de doscientos cincuenta mil al año, eres un idiota y un fracasado». Ese día, el más trascendental de mi existencia, me veía como el mayor perdedor del planeta, y estaba convencido de que la recepcionista que tenía delante ganaba fácilmente el triple de lo que yo había alcanzado en toda mi vida como empresario. Me sentía un desastre con piernas, una deshonra para mis hijos.

Apenas unos segundos después, mi estómago comenzó a retorcerse cuando vi al presidente de MoneyTube acercarse a la recepcionista para saludarla. «¡Qué galán es Néstor con sus empleados!», pensé inmediatamente, hasta que vi cómo su mano derecha bajaba de paseo por la espalda de la secretaria hasta aterrizar en su trasero. ¿El CEO de MoneyTube y su asistente tenían un romance en la oficina? ¡Ese tipo sí que sabía dominar el universo!

Resoplé al contemplar el espectáculo ante mis ojos y me puse en pie. Él me miró con una sonrisa tan perfecta que podría haber sido la portada de una revista de belleza. ¡Carajo, pensé que el tipo me había olvidado! Le devolví la sonrisa y le extendí la mano. Tras un apretón, se acercó y me plantó un beso en la

mejilla como si fuéramos panas desde que George Washington era general.

—¿Acabas de salir de una reunión o de tu siesta en la playa? —solté.

Bajó la mirada y observó mis zapatos.

—Cuando eres el jefe, puedes vestirte como se te pegue la gana —respondió en un tono grave.

Sin saber si me halagaba o menospreciaba, decidí callar. Me indicó que lo acompañara a su oficina, se dio la vuelta y comenzamos a andar.

Al cruzar la recepción, atravesamos un pasillo que nos condujo al epicentro de todas las operaciones, la zona más temible de MoneyTube. A simple vista, aquel piso parecía un call center común y corriente. Estaba plagado de cabinas y empleados pegados al teléfono, con la mirada clavada en sus computadoras.

Allí, palabras como «coño» y «pinga» eran parte del léxico habitual.

Todos parecían gringos: tenían ojos claros, camisas bien planchadas, pelo con raya al costado y lentes. Néstor los llamaba «minions», y los comparaba con los mormones que van en bicicleta tocando puertas de casa en casa.

Los que no estaban enfrascados en sus pantallas lanzaban bollos de papel hacia un cesto. Fue en ese instante cuando supe que me había enamorado de aquel sitio. Me sentía como un niño en una tienda de juguetes. Néstor era mi dios y MoneyTube era el reino que yo anhelaba conquistar.

Imbuido en aquella euforia, no me había percatado de que Néstor ya no estaba. «Me toca seguir solo, entonces», pensé, y continué camino, hasta que frente a mis ojos se abrió la grandilocuente oficina del jefe de los minions.

¡Hermano, era una vaina de no creer!

Las paredes eran vidriadas y cubrían un área de al menos doscientos metros cuadrados. El piso de mármol era interrumpido por la piel de un tigre bengalí, que estaba dispuesta como una alfombra sobre la que se apoyaba un escritorio de caoba. En la pared de enfrente, junto al sofá donde recibía a sus invitados, colgaba un cuadro de Jackie Robinson, el mítico pelotero negro que reventó fronteras en el béisbol gringo.

A la derecha del escritorio se erguía un armario de cristal que parecía alcanzar las nubes y dejaba al descubierto una colección de pelotas de béisbol firmadas, gorras de jugadores famosos de los Dauggers y tarjetas coleccionables.

Tras observar detenidamente, me senté al otro lado del escritorio,a la espera de que el jefe me hiciera su propuesta de negocios.

—¿Qué te parecen mis minions? ¿Verdad que son lo más de lo más?

No pude evitar largarme a reír, sin estar seguro de si aquello era en serio o no. Estaba tentado de expresarle lo que realmente pensaba acerca de sus empleados, que estaban desatados como chivos. Y no era exageración. Los panas con pinta de mormones estaban bien pasados de rosca. Y él, peor que ellos, porque nunca antes me había topado con un presidente que tuviera el descaro de permitir el uso de estupefacientes en la oficina. Podía decirle que me parecía un idiota y confesarle que me costaba creer que la mitad de sus empleados trabajaban bajo los efectos de químicos, pero hubiera sido tonto de mi parte. Allí, el que tenía los billetes era él, y yo no era más que un pobre diablo intentando colarme al mundo de los millonarios.

—Esto es como un sueño, hermano.— dije. —Siento como si estuviéramos en Disneylandia y que tú eres Mickey Mouse.

Él sonrió y se reclinó sobre su silla.

—Muy buena respuesta. Ahora hablemos de tu empresa — se inclinó hacia adelante y apoyó sus codos sobre los apoya brazos de su asiento—. ¿Cuántas canciones manejas exactamente?

¡Mierda! Era lo último que esperaba escuchar. Pero pensé en mi miserable situación económica, y que, si lograba asociarme con él, luego podría reclutar a sus propios secuaces para atraer clientes y reemplazar las canciones robadas por canciones legítimas. Después de todo, ya le había mentido antes. Nada haría una mentira más.

Con determinación y sin temor alguno, puse mis manos sobre el escritorio.

—Por ahora, solo dos mil.

Néstor movió su cabeza de arriba abajo, tomó una lapicero y comenzó a tomar notas.

—Es una buena cantidad. Te ofrezco monetizar toda tu librería por un quince por ciento. Podrías ganar mucho dinero.

Yo bajé la mirada y me quedé callado, dubitativo.

—¿Qué dices? En menos de seis meses estarías ganando más de cien mil dólares al año.

¡Virgen Santa! Yo nunca había visto más de diez mil verdes juntos. «Esto no es un chiste», pensé. Aquello era jugar en las grandes ligas, donde, si fallabas, no solamente te convertías en objeto de burla de tu equipo, sino que podía implicar una pérdida colateral y monetaria de una liga completa. Allí no se perdonaban los strikes. ¡Podías llegar a caer en prisión!

De repente, el jefe sacó una bolsita sellada que contenía un polvillo blanco. Se acomodó la mandíbula de un lado a otro y tomó una tarjeta de crédito American Express negra, de esas que parecen no tener límite de uso, para formar una línea con el polvo y luego inhalarlo como si fuese una aspiradora humana.

Yo observaba, tieso como un palo.

Con la cara colorada como un tomate y la nariz embarrada de perico, alzó la cabeza. En un intento por disimular, bajé la mirada.

—¿Aceptas mi propuesta? ¿Sí o no?

Su tono de voz se tornaba cada vez más serio. Sabía que era entonces o nunca. Así que, con la idea fija en mi mente, me levanté, afirmé los pies y solté la frase que sabía que marcaría un antes y un después en mi vida.

—¿Dónde firmo?

El tipo sonrió y se armó otra línea de perico, pero, esa vez, fui yo quien le dio un jalón. Estaba cagado de miedo. Nunca antes había tocado la droga, pero la codicia me carcomía tanto que, al ver cómo Néstor funcionaba con la cocaína, quise seguir sus pasos.

Unos segundos después volvimos a sentarnos. No podía dejar de pensar en aquella cifra, en la cantidad que Néstor me había prometido ganar al año. Sin embargo, en menos de doce meses yo ya estaría ganando cerca de cien mil dólares al mes.

I

Primera Parte

«La cocaína es el diablo en una ampolla»,
Bulgákov, M. (1926). Morfina.

1

Alexis Texas

Tres años después…

Hacia finales del año 2017, yo había creado un alter ego llamado Yenddi que consumía tanta cocaína como para dejar a Guatemala de patas para arriba. Mi empresa facturaba casi un cuarto de millón al mes, y nos habíamos mudado a un nuevo edificio de diez mil pies cuadrados.

MediaMuv era como mi propio paraíso, donde un desfiladero de jóvenes venía a hacerme caso como si fuera el jefe supremo del universo. Por las calles se corría el rumor de que, debido a nuestro tejemaneje con YouTube, varios carteles, inversionistas y dueños de cientos de grupos musicales a los que les estábamos robando las regalías, tenían intenciones de secuestrarnos. Sin embargo, aquello no me preocupaba tanto, ya que nuestro anillo de seguridad, «Culo de gallina», como lo llamaba yo, era impenetrable.

¿Y mi matrimonio? Te cuento que se había convertido en un espectáculo digno del Circo du Soleil, pero sin la gracia ni las acrobacias. Mi Sofi, la luz de mis ojos y el dolor de mis bolas,

andaba con paranoia, convencida de que yo le metía los cuernos hasta con el poste de luz de la esquina. Y bueno, no la culpo, ¿sabes? Desde que empecé a nadar en billetes, me transformé en una versión choreta de Julio Iglesias con esteroides.

Mis amigos me bautizaron como el «Don Juan de Phoenix», ¡imagínate tú! Un Latin Lover made in República Dominicana. ¡Qué vaina! Era como si el dinero me hubiese dado un doctorado en Conquistadera.

Por la tarde de un viernes de mediados de Mayo, acababa de aterrizar en el aeropuerto Opaloka de Miami en un avión privado, acompañado de mi amante, Amanda, una colombiana que había conocido en el set de un video musical de J-Alvares. Nuestras narices estaban entumecidas por los pases de cocaína que nos habíamos dado durante todo el vuelo. Cinco horas de droga y sexo… ¡Casi nos olvidamos de respirar!

Debo admitir que, tener a esa rubia de 1,80 metros, abierta como un libro a quince mil pies de altura, era, como diría Enrique Iglesias,

«una experiencia religiosa».

Al bajar del avión, una limusina negra con las puertas abiertas nos estaba esperando. Inhalé ese airecito húmedo del sur, que me recordaba el olor de la sopa de mondongo. Mi amigo, el abogado Erik Rosa, me había recomendado dar un paseo en jetski, y el día, ciertamente, se prestaba para eso. La rubia, que siempre estaba lista para cualquier locura, aceptó de inmediato la idea y nos fuimos desde el aeropuerto hacia nuestro hotel directamente.

Luego de una corta odisea por el Expressway 95, el chófer dobló a la derecha y tomó la famosa salida hacia la calle Collins con dirección a South Beach.

Al sur de Miami, en Ocean Drive, durante los 80´s y 90´s había

más narcos que en una novela de Telemundo. Hoy en día, en cambio, es frecuentado mayormente por los peores turistas del mundo, por lo que el ambiente ya es menos peligroso.

La rubia, emocionada, le pidió al chofer que nos diera un tour para sentir la vibra del lugar y yo decidí relajarme, por lo que me quité los zapatos y me serví un Don Julio 1942, que el chofer consideró cortesía de la casa.

Mientras ella miraba por la ventana como si fuera un desfile de moda, con una sonrisa que iluminaba más que el sol, yo me recosté y revisé mi móvil. Me topé con un mensaje de alguien a quien tenía agendado bajo el nombre de Anaconda, pero decidí ignorarlo. No pensaba contestar mensajes de trabajo ese día, así que cerré los ojos y suspiré. Di un buen trago al Don Julio y, al saborearlo, una voz en mi mente susurró: «Anaconda no es una de tus empleadas… ¡Es tu esposa, burro!».

«¡Sofi!», solté sin querer.

La rubia se giró, echó un vistazo a mi teléfono y levantó una ceja.

—¿Todo bien?

—Todo cool —respondí, tratando de mantener la compostura. Con algo de escepticismo, se tornó nuevamente a mirar por la ventana. Una gota de sudor frío recorrió mi espalda, a pesar del aire helado que se respiraba dentro de la limusina, y mis manos temblaban como hojas en un terremoto en San Andreas. Siendo franco, estaba aterrado; no por el mensaje de texto, que ni siquiera lo había leído, sino porque justo en ese instante mi celular comenzó a sonar.

¡Era una video llamada!

¡De la Anaconda!

«Esta cagada es culpa mía», pensé. Nunca tendría que haber contado que andaría por Miami, aunque mentirle a mi esposa

no era faena sencilla. Esa mujer era una experta en psicología y siempre captaba mis embustes.

La jeva seguía llamando como si intuyera que andaba con otra. ¿Sería eso? ¿Acaso alguna de mis empleadas, celosa de la rubia, me habría delatado? No lo creía; ganaban lo suficientemente bien como para no ser leales, y habría sido poco inteligente que arriesgaran el trabajo que les daba plata todos los meses solo para caerle en gracia a mi esposa. Además, a excepción de Sofi y Prada, nadie más sabía de ese paseo.

Abandoné esa teoría, me eché otro trago de tequila, apagué el celular y miré hacia afuera. No pensaba atender.

Íbamos avanzando por la Ocean Drive. La rubia sonreía emocionada, señalando y nombrando cada lugar por el que pasábamos como si fuera una guía turística. «¡Mira, amor! Ahí está el Sun Ray Apartment, famoso por la película de Tony Montana. ¿Recuerdas esa escena de la motosierra? ¡Fue allí!». Parecía una cría en Disney World. «¡Y mira! Esa es la mítica mansión Versace. ¡Es el lugar donde fue asesinado Gianni Versace por su novio!», decía mientras asomba la cabeza por la ventana y se embriagaba del aire del sur, que no se respira en Nueva York, y yo le hacía creer que desconocía la historia.

Luego pasamos por un local llamado Mangos, done la música retumbaba y las mulatas movían el esqueleto sobre la barra. ¡Por Dios bendito! ¡Qué mujeres,mi pana! Negras con cuerpazos y nalgas de otro mundo. Era un espectáculo verlas bailar al ritmo del reggaetón cubano.

Mangos era un paraíso selvático, con sus paredes llenas de color y columnas adornadas con hojas de palma. Para un conquistador como yo, era como tener el universo en mis manos. Definitivamente, era un lugar para regresar, pero solo. Me acerqué a mi rubia y le di un toque en la pierna.

Brindamos y sonreí al darme cuenta de que Miami se rendía a mis pies.

Una hora después, cruzamos la puerta de la recepción de la torre Paramount. Nos encontramos con el manager que controlaba la imponente torre de cristal y aluminio que se erguía soberana en el sector metropolitano de la avenida Brickell, quien me dio un abrazo de bienvenida, como si estuviera feliz de verme.

Amanda, mientras tanto, parecía un poco cohibida, quizás porque nunca antes había experimentado la exuberante opulencia de aquel ambiente. Me recordó a Julia Roberts en *Pretty Woman*, y yo, por un instante, me sentí como Hugh Hefner, acompañado por una de sus conejitas en la mansión Playboy.

El gerente me dio una tarjeta y me hizo saber que mi habitación, la famosa Cielo VIP, tenía tres mil pies cuadrados y una vista de 250° hacia la playa de South Beach. Yo saltaba de alegría. Le agradecí y me encaramé en el ascensor hasta el último piso, en tanto que la rubia, eufórica, se sacaba fotos como si acabara de ver a Chayanne en la playa.

Las puertas se abrieron de par en par y nos quedamos tiesos, sin saber si reír o llorar ante semejante cuadro. Allí estábamos, ante el suelo de mármol Calacatta de la habitación 41 de la torre Paramount, con sus cuatro cuartos, cuatro baños y medio, sala de estar, comedor, cocina, una mesa de billar y el estudio. Era como estar flotando entre las nubes. Por cincuenta mil dólares la noche, Miami puede ofrecerte más que una lata de cerveza caliente.

Amanda me miró con los ojos estallados.

—Esto es grandioso, Yenddi.

No tenía idea de si era producto del viaje en avión y la coca o si el lugar la tenía excitada de verdad, pero me daba igual.

Ingresamos a la habitación y depositamos las maletas en una cama de agua que parecía sacada de un anuncio de piscinas inflables para fiestas multitudinarias.

A mi derecha, a unos treinta pasos de la cama, se hallaba uno de los baños. Debo confesar que me causó asombro ver la total carencia de privacidad de ese cuarto de aseo. La puerta y las paredes eran de cristal, es decir, literalmente, podías hacer tus necesidades con vista al mar Caribe.

En el lujoso baño había un jacuzzi de mármol como para diez personas, perfecto para una orgía relajante frente al mar. Tiré una piedra de coca en la mesita, la aplasté con mi celular y preparé dos líneas, una para la rubia y otra para mí.

Después de inhalar, con la cara dormida, la rubia se desvistió y fue a la ducha. La miré, ansioso por sexo, pero decidí hacer otra línea. Después de completar el ritual, eché un ojo a la derecha y ahí estaba la rubia, toda encuerada, con el agua resbalando por su cuerpo mientras tarareaba una canción de Omega El fuerte. De espalda hacia mí, comencé a observarla desde mi perspectiva.

Estaba buenísima.

Su cabello rubio platinado como el de una Barbie de colección, sus caderas moldeadas y su piel blanca y resplandeciente bajo la luz de la ducha la hacían parecer a mi actriz porno favorita, Alexis Texas, con sus tetas operadas.

Ella no estaba allí por amor, claro que no. Esa jeva estaba conmigo por interés, lo sabía, pero no me importaba porque, en aquel entonces, yo no era yo, sino una persona cegada por el puto dinero.

Tanto joder persiguiendo la plata para luego darme cuenta de que, al final, lo que posees también te posee a ti. Me encantaba engañarme a mí mismo. Pero, ¿quién me podía juzgar si en ese

momento no sabía distinguir entre la satisfacción instantánea y la verdadera satisfacción? Mi abuelo solía decirme que el dinero no compra la felicidad, pero que genera una sensación tan similar que se necesita un experto para detectar la diferencia.

De todas formas, la rubia era algo impresionante. Sin exagerar, me atrevo a decir que cualquiera habría reconocido que ver esas curvas doradas con el Atlántico de fondo era como presenciar a los Giants ganándole el Super Bowl a los Patriots de Nueva Inglaterra.

Lo que no lograba comprender era por qué si me consideraba el amo del universo y parecía poder solucionar todo a mi alrededor no podía arreglar los problemas de mi matrimonio. Los terapeutas de pareja a los que habíamos ido nos etiquetaban como un matrimonio disfuncional y tóxico.

Habían pasado dos horas desde que apagué mi celular, y estaba seguro de que, cuando lo volviera a encender, el pobre iPhone iba a explotar antes de que apareciera la manzana en la pantalla. No me atrevía a imaginar el carnaval de mensajes que me esperaba.

—¡Vamos al cuarto, mi cielo! —me dijo Amanda al salir de la ducha.

Si bien al principio me resistí, un momento después estaba perdiéndome entre las piernas de mi Alexis Texas.

Con ella encima de mí, de espalda a mi cara, cerré los ojos e intenté, por un instante fugaz, imaginar que la mujer que estaba montada sobre mi palo no era Amanda, sino mi esposa, pero fracasé miserablemente. Se me hacía imposible confundir las nalgas naturales de mi Sofi con las nalgas perfectamente operadas de la rubia colombiana. ¡Amanda era un terremoto andante, un huracán de deseo y peligro! Era pura adrenalina, una montaña rusa de sensaciones que solo podía ser saboreada

con un toque de cocaína. Era como un veneno letal, capaz de hacer trizas cualquier relación marital.

Y, claro, eso fue exactamente lo que pasó.

2

Una anaconda enfurecida

Dos días después, me encontraba de vuelta en Arizona. Amanda había regresado a Nueva York, y allí iba yo, al volante de mi Lamborghini Aventador, rumbo a mi ranchito.

Eran las cuatro de la madrugada. El cielo empezaba a aclarar y las estrellas se desvanecían junto con la luna. La cabeza me daba vueltas y mi cuerpo parecía estar al comienzo de un resfriado. Aún no caía en cuenta de que había estado fuera de casa por cuatro días. Sentía un feroz ardor en la espalda y lo último a lo que estaba dispuesto era a hacer frente al huracán Sofi.

Lo que más deseaba era encontrar a mi santa esposa sumida en un sueño profundo para evitar peleas y disgustos. Tras cuatro días declinando sus llamadas, era suponer que me esperaría un mierdero de proporciones bíblicas al llegar a casa.

Al adentrarme en el Highway 17, me deslicé por el carril derecho a una velocidad de ochenta kilómetros por hora. Saqué el celular del bolsillo de la chaqueta Dolce & Gabbana que vestía, en composé con mi pantalón, lo apreté con fuerza contra el volante y, cuando se encendió, mi corazón comenzó a retumbar más fuerte que los tambores en una fiesta de Semana Santa.

Con una mano al volante y la otra aferrada al celular, mis ojos alternaban entre la carretera y la pantalla.

¿Qué encontraría al desbloquearlo? Eso, señores, era un misterio. No había prendido el celular desde hacía cuatro días, y estaba a punto de sumergirme nuevamente en el abismo de notificaciones perdidas, mensajes acumulados y llamadas ignoradas. ¡Qué fastidio! Solo de imaginarlo, me daban ganas de volver a apagar el celular. Me daba cuenta de que, cuanto más intentaba ocultar mis aventuras, más imprudente me volvía, como si quisiera que me pillaran. Ser infiel era agotador.

¿Qué era ese ardor que sentía en la espalda?

Intenté averiguarlo llevándome una mano hacia atrás, pero no tuve suerte. Estar dentro de un Lamborghini era como estar encerrado en un sarcófago con ruedas. Luego de un instante, el celular prendió al fin y mi corazón dio un brinco. Tragué grueso y escribí la clave 696969, pero, al terminar, escondí el teléfono entre mis piernas con la pantalla hacia abajo para no ver nada.

Tenía el corazón en la boca. El motor del Lamborghini detrás de mí rugía como un león con hambre. Mi respiración se agitaba como si estuviera en medio de un polvo y la vista se me nublaba de solo pensar en lo que me esperaba.

Pero algo no cuadraba.

El celular llevaba encendido dos minutos y aún no había recibido ninguna notificación. Reduje la velocidad y sostuve el celular frente a mis ojos. Revisé las llamadas. Solo estaban las video llamadas perdidas de Sofi, aquellas que me había hecho mientras estaba con la rubia. «¡Qué mierda!», pensé. Yo juraba por la madre que al menos tendría una llamada perdida de ese mismo día.

¿Y los mensajitos de voz? ¿Qué había pasado con los mensajes

de textos? Esos nunca fallaban.

Abrí la aplicación de mensajes y, cuando entré, casi me atraganto con mi propia saliva. Había un mensaje chiquitico que me dejó el corazón hecho trizas:

Que tengas buen viaje. Te amamos, tu esposa.

Me sentí como una mierda en ese momento, pero no por ser un cachuo infiel, sino por tratar de comprarle amor a una tipa cuando en mi casa me lo daban gratis y de sobra.

Al menos me consolaba saber que mi doña no me había caído a plomo con la rubia. No había ni un solo mensaje amenazador. La tormenta Sofi no se veía por ningún lado, gracias a Diosito.

* * *

Llegué a la casa como a las seis de la mañana, pisando más fino que bailarina de ballet. Metí la mano en mi chaqueta, saqué un par de llaves y abrí la inmensa puerta de caoba, la cual hizo un chirrido que se escuchó hasta en la China. Me frené en seco, con miedo de que pudiera haber despertado a alguien. Me quité los zapatos con más delicadeza que para desactivar una bomba y los dejé junto a la puerta. Di dos pasos hacia dentro y, con extrema sutileza, cerré la puerta detrás de mí.

Una hora después, me estaba acostando al lado de mi esposa, que, por una vez en la vida, se había dignado a compartir mi lado con su pierna encima de la mía. «¡Qué cosas, Webster!», me dije. Pensaba que ya estaba frito, hermano. Esa vez me salvé por un pelito, pero ¿de qué me preocupaba? Después de todo, le había montado a Sofi todos los cuernos del libro y la tipa no se las olía o se hacía la loca. Si algún día se enteraba de algo, era seguro que me iba a perdonar. Siempre lo hacía.

Con ese pensamiento, cerré los ojos y me dormí.

* * *

Ya era la hora en que los marranos de MediaMuv andarían despiertos y echándole bola a sus güevonadas mientras se mamaban un cafecito en la oficina, ¡pero yo nada que ver! Tenía la espalda ardiendo como si me hubiera peleado con un león y estaba revolcándome en la cama, buscando a Sofi entre las sábanas. ¡Ni rastros de mi Anaconda! Así que busqué el botón de las persianas eléctricas en mi mesita de noche y, con un zumbido, se abrieron delante de mí. ¡Coño! La vaina que vi era una puta nota, mi hermano. Una miríada de globos aerostáticos de todos los colores, flotando sobre el desierto de Phoenix como pintados en el aire, se elevaban en el cielo, adornándolo como un árbol de Navidad. Así de hermoso. ¡Quedé loco! Por un instante, olvidé por completo el ardor en mi espalda y me quedé embelesado, contemplando aquel espectáculo.

Exactamente veinte minutos después, me levanté y me dirigí hacia el enorme espejo que había frente a la cama. Me di la vuelta con una gracia que ni yo sabía que tenía para ver qué coño me estaba quemando la espalda, y ¡mierda! Tenía tres rasguños del tamaño de la torre Eiffel, que iban desde el hombro hasta la nalga.

Y entonces, me acordé. Había sido la rubia, Amanda. Si Sofi me veía así, se iba a armar la de Troya, por lo que fui disparado al baño como alma que lleva el diablo. Afortunadamente, había una bata blanca Versace a mano en el closet. Me la puse encima y volví al cuarto, pero, al llegar, me paralicé por completo… ¡Sofi!

Me agarré la bata con las dos manos como si se me fuera a caer. Quería decir algo, pero los nervios me bloqueaban la voz. Ella estaba parada junto a la cama, tendiendo las cobijas con sus manos delicadas. Nos miramos fijamente y, tras unos segundos

que parecieron una eternidad, me regaló una sonrisita, pero no cualquier sonrisa, no señor. Era una de esas tiernas y tristes que delatan el dolor del alma.

Dejó caer las cobijas al suelo y se puso las manos en la cintura.

—Ay, Weby. ¿Qué voy a hacer contigo, pues?

Yo le sonreí con toda la ternura del mundo y me recosté contra la pared, casual. Entonces, ella me hizo señas con su dedo para que me acercara.

—Ven acá, pues —me dijo.

—¿No estás molesta conmigo, mi cielo?

—Lo estaba un poco, pero ya se me pasó. Ven, pues.

¡Santísimo! ¡Esta mujer quería que le diera duro contra el muro! ¡Quería sexo! ¡Más claro no canta un gallo! «Pero, ¿cómo?», pensé. ¡Con esos rasguños! Si se daba cuenta, me pediría el divorcio y yo quedaría en la ruina, igual que Germán, el argentino. Sería mi fin. No obstante, su cara suplicaba que le hiciera el amor y tenía que actuar; se lo debía. Así que me acerqué a ella, intentando disimular el dolor.

—Webster, ¿qué coño te pasa? ¿Qué tiene tu espalda?

—Nada, mi amor —mentí descaradamente.

—Estás todo jorobado.

—No sé de qué hablas, mi cielo —respondí, intentando besarla en esa incómoda posición.

—¡Webster, cabrón! —retrocedió sorprendida— ¿Estás todo doblado o qué? ¿No quieres que te toque?

—No, no, mi vida, es que estoy un poco tenso, ¿ves? No tienes idea de cuánto te extrañé, de cuánto te necesito — improvisé como un campeón.

Ella me miró tiernamente.

—Bueno, amor, si tanto me extrañaste, aquí estoy, pues.

«No te vuelvas a jorobar, pendejo», me repetía mentalmente

una y otra vez. Con tal de que sus manos permanecieran sobre mis hombros, estaba dispuesto a cualquier cosa, listo para entregarme a ella.

La besé apasionadamente, mientras mantenía sus manos ocupadas para evitar que descubrieran mi secreto. Yo rodeaba su cintura y ella mi cuello, como si estuviéramos en un baile elegante, de esos que salen en las revistas.

—Ay, Sofi, mi amor —solté entusiasmado.

Supuse que aquel comentario sería una forma de garantizar que sus manos no se movieran de donde estaban, encima de mis hombros, acariciando mi cuello. De pronto, comencé a sentir cómo sus manos se deslizaban por mis brazos, bajando hasta mi cintura. Rápidamente levanté los codos para apartarme sutilmente, pero ella ya había afirmado sus garras en mi cintura, pegando su cadera contra la mía como si fuéramos uno solo.

«Tranquilo, todo va bien», me tranquilicé. Pero, ¿y sus dedos? ¿¡Dónde coño estaban sus dedos!? Por un segundo, no sentí ni mierda, pero luego algo rozó mi cadera, provocándome un ligero espasmo. ¡Sus putas manos, hermano! Con los nervios de punta, intenté nuevamente reacomodarme, pero, de pronto, sus labios se detuvieron. Aún seguían pegados a los míos, pero el motor se había apagado.

Abrí los ojos, asombrado, y di un paso hacia atrás.

—¡Coño! —vociferé cuando la sentí tocar mi espalda. Su mirada me dio mala espina.

—Webster, ¿qué te pasó en la espalda?

Me retorcí como una culebra en un intento por zafarme, pero me tenía agarrado como garrapata.

—Tienes algo…

Sus dedos palpaban mi espalda a través de la bata mientras yo luchaba por escapar, sin éxito.

—Webster, ¿qué tienes aquí?

—No sé, no es nada.

Pero ella, más terca que una mula, intentó arrancarme la toalla de un tirón.

—¡Sofi! ¿¡Qué carajos estás haciendo!?

Su cara era un poema; estaba que echaba humo por las orejas, furiosa como un toro. Me sacudí como un perro mojado, intentando librarme de aquel embarazo, pero allí estaba ella, plantada frente a mí con una determinación que olía a problemas.

—¡Por Dios, Sofi! ¿Te has vuelto loca?

—¡Quiero ver tu espalda, Webster! —insistió.

—¡No hay nada que ver! —le aseguré mientras me ajustaba la bata con torpeza.

—¡Desnúdate, Webster!

—Sofi, no seas ridícula. Te estás pasando de la raya.

—Quítatela y muéstrame, o me veré obligada a sacártela yo y mostrarte cuánto puedo pasarme de la raya —amenazó con ese brillo en los ojos de quien no tiene nada que perder.

—Amor, no hay que ser dramáticos, los niños podrían oírnos —intenté ponerme serio, aunque la situación ya bordeaba lo absurdo.

—¡Que se jodan los niños! ¡Quiero ver tu espalda, Webster Batista! —exclamó con un énfasis digno de una telenovela.

Cuando traté de interceptarla, me agarró con la determinación que solo saben tener las mujeres. «Santo Niño de Atocha,ayúdame», era todo lo que podía pensar.

Sofi estaba como endemoniada, hermano. Tras una batalla de manotazos erráticos en un intento por zafarme nuevamente, por fin me soltó, solo para plantarse en la puerta y cerrarme el camino.

—¡Oye! ¿¡Qué te pasa!? —grité.

Sofi jadeaba como si hubiera acabado de correr un maratón.

—¡Ahora vas a ver!

Con un movimiento veloz, se abalanzó sobre mí y me quitó la bata.

—¡Verga, Webster! ¿Rasguños? ¿En serio?

Un silencio de misa reinó en la habitación.

—¿Quién te hizo esa marca de garras?

Me quedé mudo. La congoja le vidrió los ojos al punto del diluvio y yo, con la cabeza gacha, me acomodé lo que me quedaba de dignidad con la bata.

—Increíble —soltó, con la voz entrecortada.

Me planté en la pared, sin levantar la vista ni para buscar el norte.

Mi jeva, rendida ya, se arrinconó a un lado de la cama, secándose las lagrimotas.

—¿Era puro embuste lo del viajecito de negocios, ah?

No atiné a decir nada porque no quería estirar lo inevitable, así que me dirigí hacia la puerta, decidido a desaparecer.

—¡Contesta, malnacido! ¡Desgraciado!

Permanecí calladito. Ella, con toda la razón del mundo, podía gritar y sacar los trapos al sol. Crucé la puerta sin volver la vista hacia atrás y la cerré con todo el despecho del mundo. Una vez fuera, me acomodé la bata y respiré hondo, pero los gemidos de dolor no tardaron en traspasar esa puerta cochambrosa, golpeándome como un sacudón en los sentidos.

Sofi, mi bella esposa, estaba desconsolada, echando su mar de lágrimas.

«¡Dios mío! ¿Qué has hecho, Webster? ¿Cuántas peleas más necesitas tener para darte cuenta de que tu matrimonio ya está arruinado? ¿A quién quieres engañar? Tú no amas a esa mujer!

El hecho de que hayas engañado a cientos de personas para llegar adonde estás no significa que puedas engañarte a ti mismo. Esta no es la vida que merecen tus hijos. Hazlo por ellos. Has arruinado tantas cosas… No arruines lo único que te queda», me decía, «pero Sofi me perdonára, siempre lo hace… Hasta que llegue el día en que ya no lo haga».

Quise volver para pedir perdón, pero fue inútil. ¿Culpa o ego de macho alfa? No importaba, no iba a disculparme.

Estaba por darme la vuelta cuando, de repente,

«¡PAPÁ!»

Un sismo de cariño me rodeó las piernas. ¡Un calamar tenía sus tentáculos enredados en mí!

«¡Ah!, Mi hermosa Melody», le encantaba jugar con papá por las mañanas.

Tras jugar a que forcejeábamos para poder salirme de sus bracitos, caí en cuenta de que aquella era mi parte favorita del día. Ese pedacito de cielo, que bombeaba sangre de mi sangre y me hacía brillar los ojos y bailar el corazón; y que, con una inocencia de ángel, daba hasta lo que no tenía solo por robarme un segundo de puro cariño y regalarme su amor, era la razón por la que había vuelto a los brazos de la Anaconda todos esos años.

Su sonrisa era tan dulce que ni una panela de Píritu se le hubiera podido resistir, y yo me estaba derritiendo más rápido que un chocolate al sol.

La niña abrió los brazos y puso su cabecita sobre mi hombro, mientras su manita me acariciaba el pescuezo, y di gracias a Dios por aquel tierno momento. La alzaba a volar y su carcajada me llenaba el pecho como una parranda. Verla así de contenta por verme a mí, un pendejo empelucado, me conmovía el corazoncito. Ella era mi melodía favorita, mi canción dilecta en

ese mundo artificial lleno de tanta nalga postiza y pelo amarillo.

—Papá, ¡mira esta barita! ¿La puedes ver?

Melody sostenía una «barita mágica», de esas que se usan en las películas de magia.

—¿Para qué es? —me preguntó.

—Princesa, es para jugar.

—Pero, ¿para qué?

En ese momento, la puerta de mi cuarto se abrió y Sofi apareció de pie junto a la puerta, observándonos con una sonrisa disimulada. «Mejor me disculpo con mamá ahora, antes de que haga una escena en tres, dos, uno…», pensé.

—Dame un segundo, princesa —le dije a Melody—. Sofi, ¿podemos hablar?

—¡Papá!, ¿¡para qué es!?

—Un mago en la feria se la regaló —intervino Sofi—. Explícale para qué es —me espetó como diciendo

«¡Presta un poco de atención a tu hija, perro!».

—Después de hablar con mamá te explicaré, princesa. Solo dame un minuto. Pero ella brincaba y volvió a insistir.

—¡Papá!

—Espera, mi amor.

—¿Por qué quieres que se espere? —refunfuñó Sofi— Yo contigo no tengo nada que hablar.

—Sofi, yo…

—¡Papá! ¡Dime para qué es!

Miré a Sofi fijamente.

—Te diré la verdad.

—¡Papá!

—¡No grites! —la retó Sofi.

—Papá, ¡mira esto!

La barita mágica flotaba en el aire frente a mi cara y Sofi

seguía cruzada de brazos.

—¿Cuál verdad? No me digas que te peleaste con un oso en Miami y que por eso tienes la espalda como la tienes…

—¡Papá! ¿Te peleaste con un oso?

¡Maldita sea! ¿Para qué había abierto la bocota? Eso era lo que me pasaba cuando trataba de mentir: terminaba haciendo el ridículo.

—Papá no se ha peleado con ningún oso, simplemente estaba…

—Mejor cállate, Webster —gruño Sofi.

— ¡PAPÁ!

Melody estaba a punto de llorar.

—Coño, Webster, ¡mira la bara!

—No digas coño, mamá.

—Tienes razón, Melody —reconoció Sofi—, es que tu padre me desespera.

Me agaché para que Melody pudiera verme a los ojos.

—Bueno… —comencé con voz suave—. Esta es una barita mágica. Con ella puedes hacer magia. Se usa para hacer desaparecer cosas.

—¿En serio?

Una gran sonrisa se dibujó en su rostro y empezó a agitar la barita con la mano de un lado a otro como si estuviera pintando una pared.

—Webster, ¿qué quieres para desayunar?

—No tengo apetito.

—¿Ahora no se te antoja mi comida? —sugirió en un tono amenazante.

La ignoré. Me acerqué a Melody y…

—¡Cielos, Melody! ¿De dónde salió ese conejo?

—¡Es magia! —exclamó emocionada.

—Webster… —continuó Sofi.

—¿Puedes mostrarme el truco? —le pregunté a Melody, intentando evitar a la Anaconda.

—El mago me enseñó el truco —contestó Melody aún más feliz.

—¿Qué mago?

—¡El de la feria!

—Webster, mírame.

La miré.

—¡Papá! ¿Te muestro cómo lo hice?

—Webster… —insistió mi esposa, fulminándome con la mirada.

—Mira, papá, te lo mostraré.

—Melody, ¿adivina a quién le encantan los trucos de magia? —dijo Sofi dulcemente.

—¿A quién?

—A Armani. El ama la magia. ¿Por qué no vas y le muestras a tu hermano tu truco antes de que se vaya a jugar con sus amigos? Luego puedes regresar aquí y mostrárselo a papá.

Melody aceptó con ternura y salió disparada hacia el cuarto de su hermano. Me sentí como una mierda. No podía más, así que me puse de pie.

—¿Vamos a pasarnos todo el día así? —pregunté mientras me acomodaba la bata.

—Podríamos pasar una eternidad, si así lo prefieres. Tarde o temprano tendremos que hablar,Webster Batista.

Era evidente que estaba furiosa, y no me atrevía a mirarla a los ojos. Tenía la

vista clavada en el suelo.

—¿O prefieres que continuemos esta conversación frente a un juez?

¿¡Un juez!? ¡Si todos mis bienes estaban a su nombre! ¡ Un divorcio me habría dejado sin *nada*!

Sin pensarlo demasiado, la miré a los ojos, aceptando mi derrota.

—Vamos a la biblioteca, donde los niños no nos puedan oír.

—Te daré una sola oportunidad para que me hables con la verdad absoluta.

—Vamos…

—Engañados viven los que creen que engañan a otro —sentenció. —Me dices una sola mentira y te puedes despedir de tu empresa.

Y fuimos a la biblioteca. Sin decir más.

3

La mentira es mi verdad

—Amor, siéntate —le dije.

Lo que iba a confesarle era tan fuerte que ni parada se iba a poder mantener.

El aire se cortaba con un alfiler, y una danza de palabras era dicha solo con las miradas.

Tomé mi taza de café, que reposaba en la esquina de mi escritorio de caoba, el cual se había convertido en el nuevo baño de nuestro perro, y le di un sorbo. Odiaba tanto aquel suntuoso escritorio.

—A ver, ¿cómo arranco esto? —solté, con la misma incertidumbre de un novato en un rodeo. Ciertamente, no quería irme por la tangente.

—Arranca por el principio, pues —contestó Sofi, con esa lógica que me desarmaba y dejaba sin excusas.

Yo me quedé callado por un instante mientras un desfile de voces, de opiniones muy disímiles, tenía lugar en mi cabeza. Si confesaba, me esperaba la guillotina. Sin embargo, no era la primera vez que me encontraba en esa situación, a decir verdad. Tiempo atrás también me había liado con su

hermana y con Antonia, su mejor amiga; y Sofi, enterada de eso, igual me perdonó. «Con mentiras o verdades, estás jodido», pensé. Inhalé profundo y largué una cadena de embustes que terminarían siendo mi verdad absoluta.

—El reloj marcaba las dos de la tarde —comencé, mirando fijamente mi taza de café— y mi cerebro funcionaba a medias. Mis manos hacían malabares para protegerme del sol, que me penetraba la piel como una bala. La luz me cegaba y mis labios me suplicaban por agua, al punto de agrietarse. Sentía el profuso sudor deslizándose por todo mi cuerpo, acompañado de una desagradable sensación de ardor en los ojos. Tenía sueño y sed. Me mareaba. Estaba al borde de una deshidratación.

Sofi escuchaba atentamente. Hice una pausa y continué.

—De repente, todo se tornó difuso y me desvanecí. Apenas recobré la conciencia, me levanté de un salto, como si una descarga eléctrica me hubiera sacudido el cerebro. Pude reconocer que me encontraba en el cuarto de hotel, pero todo me parecía un borrón, una mancha de acuarela amorfa. Me froté los ojos con tanta fuerza que casi me los saco de las cuencas, y entonces reparé en que mi Rolex, mi preciado Rolex Presidencial, había desaparecido de mi muñeca. No tenía idea de qué había sucedido la noche anterior. Mi mente era un rompecabezas con las piezas perdidas. Caminé a tientas como un ciego, palpando todo a mi alrededor en la oscuridad hasta que pude encontrar el interruptor de luz y la habitación se iluminó. El dolor de cabeza me taladraba el puto cráneo como un martillo neumático. Ninguna pesadilla, por retorcida que fuera, hubiera podido infligirme semejante tortura.

—A ver, Web… —me interrumpió la Anaconda—, todo este rollo que me estás soltando, como la pérdida de memoria, el dolor de cabeza… ¿Fue por una de tus «cenitas de negocios»

que se fue a la mierda y terminó en un tremendo desvergue, ¿ah? —insinuó con sarcasmo.

Yo sacudí la cabeza, negándolo todo.

—No era una rumba loca, sino una simple cena normal que se convirtió en un desastre total.

—Es exactamente lo que acabo de decir, imbécil. ¿Qué tan desastroso fue?

—Bueno… —vacilé—. En un momento, estábamos discutiendo sobre bienes raíces e, instantes después, comenzaron a explotar botellas en aquel antro de mala muerte.

—Interesante… Y te despertaste en tu hotel con una resaca del carajo. ¿Y entonces qué pasó?

—Entonces escuché un ¡tok!

—¿Un «¡tok!»?

—Sí, un ¡tok!

—¿Cómo que un «¡tok!»? Esa vaina no tiene sentido —arremetió.

—¡Es la misma verga! ¡Un ruido! ¡ Un sonido! ¡ Un tok, un tak, un tuk, lo que sea! —grité, perdiendo la paciencia.

—No es lo mismo. Pudo ser un tok como cuando llaman a la puerta o un tak de algún objeto —insistió con su lógica retorcida.

—¡Ese mismo! —confirmé en un tris— Fue el tak de una taza de café lo que escuché, y venía de la sala.

Me quedé callado, esperando que mis palabras surtieran efecto.

—Fui con mucho cuidado hacia la puerta, echando un ojo por el pasillo que estaba más oscuro que la boca de un lobo. El fondo del corredor se perdía en aquella penumbra, pero una lucecita parpadeante a mitad de camino me llamó la atención. Fui dando pasos hasta acercarme, sin saber si estaba solo o si

aquel destello era puro cuento de la luz de la luna que pintaba sombras que daban escalofríos —me aclaré la voz—. Cuando llegué al final del pasillo, mis ojos se abrieron como platos. Frené en seco y tragué grueso. No podía creer lo que mis ojos estaban presenciando.

—¡Verga, Webster! —me cortó la Anaconda con brusquedad—. Al carajo con los detalles. ¿Qué coño viste?

— Vi… Este…

Me había trabado. «¡Mierda! Y ahora qué invento?», pensé.

—Había un viejo sentado, pegado al televisor —continué con lo primero que se me ocurrió.

—¿Y quién era el tipo ese?

—Ni puta idea. Lo único que sé es que estaba más arrugado que una pasa.

—¿Y entonces?

—El cabrón parecía un zombi. Tenía la mirada clavada en la pantalla como si le hubieran chupado el alma.

Sofi me miraba con recelo, y se me agotaban las ideas.

—Ese carajo solo se movía para darle un sorbo al pocillo de café que sostenía en una mano y una jalada al cigarro que tenía en la otra. No cesaba de hacer aros en el aire con el humo que expulsaba, y había algo hipnótico en su forma de hacerlo. Yo lo miraba boquiabierto, te lo juro. Todo lo que atiné a preguntarle fue cómo se llamaba y quién era, y me respondió que su nombre era Tito y que había estado cuidándome las últimas catorce horas porque me mato.

—¿Casi te matas?

—Mira, no me acuerdo de un coño. Lo último que recuerdo es que estaba entrando en un antro y un pana me ofreció probar un polvo rosado que parecía perico, pero era otra vaina. Supuestamente, uno tenía que meterse como tres veces menos

que la coca, y tú sabes cómo soy yo…

—¿Y ese Tito de dónde salió?

—Le pregunté cómo habíamos llegado al hotel y me contó que yo mismo le había pedido que me llevara.

A esas alturas, mi relato mezclaba verdades con mentiras, pero Sofi estaba enganchada con la historia.

—Después de hablar un rato con Tito, se despachó con un cuento que me costó creer en ese momento. Según él, yo mismo lo había frenado en la calle para pedirle ayuda, empapado en sudor y con los ojos rojos como un tomate. En mi billetera encontró una tarjeta con el nombre del hotel donde me hospedaba, gracias a lo cual pudo llevarme hasta allí, porque yo no hacía más que balbucear direcciones ininteligibles. Dijo que me veía cansado pero normal, y que la vaina cambió cuando llegamos al estacionamiento del hotel. Cuando nos apeamos del carro, en sus palabras, yo «no me mantenía en pie», y el valet tuvo que ayudarlo a sostenerme para evitar que me fuera de bruces al piso. Tras ver el estado deplorable en el que me encontraba, se hizo pasar por mi chofer personal para poder acompañarme a la habitación. Yo, por supuesto, no recordaba nada de todo esto. Por eso, cuando lo vi al día siguiente, dudé en llamar a la policía. «Anoche, después de que entramos a la habitación, te volviste loco», me dijo. Me contó que empecé a tener un ataque de pánico, que las manos me temblaban como si estuviera poseído y que el sudor me brotaba a mares. Intentó calmarme, pero yo estaba hecho una furia. «¡Sal de mi puta casa, maldito! ¡Eres el diablo!», le gritaba, en teoría. Así que el tipo rebuscó en su pantalón para sacar el celular y llamar al 911.

—¡Webster! ¿Qué coño tiene que ver todo esto con los rasguños?

—Déjame que te explique, pues. Cuando vi que metía mano

a su bolsillo, empecé a gritarle como un descosido. De repente, según él, abrí la puerta corrediza del balcón violentamente y monté una pata sobre la baranda. Estaba alienado, fuera de mí, y bramaba desesperadamente: «¡Tenemos que saltar, cabrón! ¡Es una orden!». Así que el tipo me agarró del cuello mientras yo pataleaba en el aire, implorándole que me dejara saltar. Finalmente, logró tirarme hacia atrás y me raspé la espalda con el filo de metal de la baranda. Por último, me dijo que, después de ese episodio, me largué a llorar desconsoladamente, y que estuve así por una hora entera hasta que me quedé dormido en el piso del balcón.

Sofi, la pobre, me miraba atónita, sin saber qué coño hacer. ¿Sería que me estaba dando el beneficio de la duda? Aún no lo sabía, pero les digo algo: todo lo que acabo de narrar pasó de verdad, aunque en momentos distintos. Y bueno, lo de los rasguños sí me lo inventé.

Ahí estaba mi esposa, mirándome con esos ojos grandotes que parecían dos faros buscando la más mínima señal de un embuste. Levantó una ceja y yo sentí que me estaba cayendo a pedazos por dentro. ¡Verga, no tenía pinta de creerme ni medio! ¿Y cómo iba creerme si era un mentiroso de lo peor? Me estaba cagando. No sabía qué hacer.

Ella cruzó los brazos, indignada, y yo temí lo peor.

—¿Entonces los rasguños no te los hizo una perra?

¡Uf! ¡Me había salvado por un pelo de rana calva!

—No, mi amor —le dije mirándola fijamente para ver si me creía.

Y fue ahí que se me ocurrió la gran idea.

—¿Qué tal si dejamos toda esta paja y vamos a un terapeuta de pareja?

Ella sonrió.

—Eso suena genial.

Se incorporó para darme un beso suavecito en los labios y nos reconciliamos, sin saber que pronto me arrepentiría de aquella propuesta. ¡Verga, hermano, esa mierda se volvió una puta pesadilla!

4

El palo de golf

Unas horas más tarde, me encontraba sentado en la terraza disfrutando de una taza de café mientras revisaba las estadísticas de MediaMuv.

Juanita, nuestra chismosa y berborrágica ama de llaves, me había servido un sabroso desayuno de huevos rancheros yjugo de naranja, y no perdió ocasión de hacerme un informe de la mañana.

—Mire, señor —me dijo con expresión de preocupación—, acabo de escuchar a la señora hablando por teléfono con quién sabe quién.

—¿Ah, sí? ¿Y qué decía? —pregunté con curiosidad, apartando la vista de la pantalla.

Tomó aire y miró hacia adentro de la casa, como si esperara ver a la

Anaconda asomándose. Luego se sentó frente a mí.

—Que usted andaba con una prepago en Miami —susurró.

¡Puta madre! ¿Así que la muy viva no me había creído el cuento? Claro, si solo un pendejo como yo se hubiera creído semejante embuste. ¿No había sido ella misma la que me dijo:

«Engañados viven los que creen que engañan a otro»? ¡Y yo bien gracias, confiado de que me había creído!

Sonreí y tomé un sorbo de café para disimular.

—¿Y qué más dijo?

—Que ya estaba preparando los papeles del divorcio y que le iba a quitar todo.

¡Verga! Sentí cómo se me ponían de punta hasta los pelos del culo. Seguro la muy perra estaría esperando a que me durmiera para cortarme las bolas.

Era como una vaina loca, una broma del destino. Mi amigo Néstor me había advertido hacía tiempo sobre salir con una mexicana. Su ex, una loca de remate, casi lo convierte en tostada al tirarle una plancha en la bañera mientras se duchaba.

¡Por poco lo rostiza la muy desgraciada!

Aunque la Anaconda no había llegado a ese extremo, yo no quería darle ningún motivo para que lo intentara. Claro, Sofi no era capaz de matar a nadie, pero era mejor no tentar al diablo porque, cuando se emputaba, era como meterse en una piscina llena de caimanes. Y nadie la sacaba de sus casillas mejor que yo, su «fiel» y «confiable» esposo, el mismísimo Capo de Youtube, quien hacía apenas diez horas había estado en el hotel Paramount con las nalgas de una rubia colombiana en la cara.

Me quedé en silencio, procesando lo que Juanita acababa de soltar.

¿Qué cóño iba a hacer? ¡Sofi quería dejarme pelao! Y la muy viva era dueña de todo ese imperio. ¡Mierda, hermano, qué güevón había sido! Tenía que hablar con Erik, mi abogado. El tiempo era oro y cada segundo contaba. Si no me ponía las pilas, iba a terminar en la calle pidiendo cacao.

Hurgué en los bolsillos de mis pantalones en busca de mi celular, pero nada. ¡Ni rastro del condenado aparato!

—¡Juanita!

Pegué un brinco por encima de la mesa y salí corriendo hacia la cocina.

—¿Señor? —respondió Juanita, una colombiana de 42 años, con un pelo negro azabache, unas piernas de infarto, una piel canela que invitaba al pecado y un acento que derretía a cualquier cristiano.

—Juanita, ¿has visto mi celular?

Sus ojos se abrieron de par en par y su expresión adquirió un cariz misterioso.

—La señora lo tiene —me dijo por lo bajo.

Me puse rojo.

—Cuidado, viene hacia acá.

—¿Qué? —exclamé al borde del colapso.

—¡Que ya viene!

—¿¡Y ahora qué hago!?

Pero ni me contestó; se puso a fregar platos como si nada. Así la laptop y me puse a revisar las estadísticas de

MediaMuv, o al menos eso aparentaba. De reojo miraba a Juanita a ver si me daba alguna señal. «¿Dónde está?», le pregunté entre dientes, pero ella solo negó con la cabeza. La verdad sea dicha, Juanita se había ganado mi respeto. Sabía de todas mis infidelidades y, aún así, jamás había soltado la lengua. Claro, los ochenta mil dólares anuales que le pagaba la convertían en una mujer leal, pero, más allá de eso, era una guerrera con todas las letras. Debo confesar que, a los pocos días de empezar a trabajar con nosotros, tuvimos nuestro romance, pero decidí mantener distancia al darme cuenta de que me era más útil con ropa que sin ella.

¡Mierda, mierda, mierda! Me temblaban las piernas de solo pensar que la Anaconda estaría retorciéndose como una

serpiente allá adentro. ¿Qué demonios iba a encontrar en mi celular? ¿Habría sido tan güevón como para dejar alguna conversación comprometedora sin borrar? No, no podía ser. Siempre había sido más cuidadoso que un monje en un burdel. Pero, ¿y si Amanda me había escrito? ¡No, no, no! Ni siquiera quería pensarlo. Apenas había pasado un día desde que nos vimos por última vez y no iba a escribir tan pronto… ¿o sí?

Respiré hondo, haciendo un esfuerzo por desacelerar el corazón, que me golpeaba el pecho, y me torné hacia Juanita nuevamente, con ojos de súplica.

¿Dónde está? —insistí, pero la muy desgraciada no respondió—. ¡Juanita!

Recién entonces reaccionó e hizo un gesto en señal de que aguardara.

—Aguanta —murmuró.

¡Ja! ¡Más fácil decirlo que hacerlo! Aunque si Sofi hubiera encontrado algo, ya se habría personado allí blandiendo un machete. Pero yo más que nadie sabía que la Anaconda no conocía el control.

De repente, el sonido de una puerta cerrándose nos congeló en el acto y nos miramos desconcertados. Estábamos pálidos, con los ojos desorbitados.

—¿Qué fue eso? —preguntó Juanita con su inconfundible acento colombiano.

—Es Sofi. Creo que salió de la casa.

Pegué un salto que casi me lleva al techo y salí corriendo en dirección al cuarto.

¡VERGA, MI CELULAR! Ahí estaba, tirado en la cama, con la pantalla prendida. ¿Sofi había descubierto mi clave? Si bien jamás había podido desbloquear mi teléfono, yo más que nadie sabía que a las anacondas, como la bicha con la que me había

casado, no había que subestimarlas.

Para terminar con la incertidumbre, me acerqué a la cama y tomé el celular. ¡COÑO, ESTABA ABIERTO!

Me quedé inmóvil, consternado. ¿Cómo lo había hecho? Pensé por un instante… Mi clave era el número de la posición que más disfrutaba en el sexo, ¿y quién más que mi amadísima esposa iba a saber cómo me gustaba la vaina? Entonces sentí un ardor que me subía de pies a cabeza y se me crisparon los nervios. ¡DESDE SIEMPRE LA HABÍA SABIDO!

¿Y ahora qué hacía? Intenté analizar el escenario con calma, pero, justo en ese momento, un brutal ruido de estrépito, como el de un cristal siendo azotado, se coló por la ventana de la habitación y me apartó de mis pensamientos.

—¡Carajos! ¿Qué es ese ruido? ¡Juanita!

Guardé el celular en el bolsillo y corrí hacia la sala. El mismo ruido, esta vez más fuerte, volvió a irrumpir en la casa.

—¡Señor!

La voz de Juanita me llegaba distante y temblorosa, como un eco que rebotaba en cada pared. La encontré en la cocina, nerviosa, sosteniendo a Melody en sus brazos.

—¿Qué pasó? ¿Por qué está llorando mi princesa? ¿Qué es ese ruido? —pregunté agitado.

—Es su esposa, señor. ¡Se ha vuelto loca!

Tomé a Melody entre mis brazos y le sequé las lágrimas.

—Ya, ya. No llores, bebé.

—¡Papá! ¿Mamá está enojada contigo otra vez?

El ruido era incesante. ¿Cómo le explicaba a mi princesa que todo aquel desastre era culpa mía? No sabía qué hacer ni qué decir.

—Señor,¿qué hacemos?—preguntó la sirvienta, angustiada.

—Todo estará bien, nos quedaremos aquí hasta que a mamá

se le pase el
coraje.

—¿Está seguro?

—Sí, hay que dejarla que se desahogue rompiendo las ventanas. Igual, ya me tocaba reemplazarlas.

—¿Ventanas? —Juanita parecía sorprendida—. Ella no está rompiendo las ventanas, señor.

—¿De qué hablas?

Pero no hizo falta que me respondiera. La miré a los ojos y, al igual que si lo hubiera verbalizado, comprendí inmediatamente a qué se refería.. ¡MI LAMBORGHINI!

Bajé a Melody en un santiamén y salí eyectado hacia la entrada. El corazón me palpitaba desbocado y las piernas me flaqueaban. A lo lejos oía la alarma del deportivo que chillaba como un cochino en un matadero, y se hacía cada vez más intensa a medida que me acercaba a la puerta.

Apenas puse un pie afuera, casi me dio un síncope al ver a la Anaconda desatada, con la cara más roja que un ají picante y un palo de golf en la mano, moliendo a golpes a mi bebé sobre ruedas, reduciéndolo a chatarra. Todos los vidrios estaban hechos añicos y el piso parecía un mosaico de cristal, de tantas esquirlas.

Desde donde estaba, alcancé a ver que Sofi llevaba puesto nuestro anillo de bodas, una turmalina Paraiba de diez quilates en azul, rodeada de diamantes baguette, asentada sobre un aro de platino, con un valor de mercado de trescientos cincuenta mil dólares. Conociendo a la Anaconda,sabía que era capaz de hacerlo mierda con una piedra.

—¿¡Qué coño te pasa, Sofi!? ¿¡Por qué haces esto, mujer!? —grité.

Ella ni se inmutó; solo se detuvo por un segundo y me miró

con esa cara de pocos amigos que yo ya conocía demasiado bien. Se dio media vuelta, caminó hacia la parte trasera del Lambo y arremetió contra las luces traseras.

Yo no podía creerlo. Me llevé las manos a la cabeza mientras la observaba, embelesado; se veía hermosa con esos pantalones cortos que dejaban al descubierto sus nalgas respingonas cada vez que blandía el palo como si fuera una maldita bateadora profesional. ¡Dios, cómo me prendía verla así de enojada! Aunque esta vez se estaba pasando de la raya.

—Sofi, te lo advierto: si le vuelves a pegar al auto, te juro que…

—Mírame temblar, cabrón. No te tengo miedo —me interrumpió, alzando el palo.

Otro golpe al parabrisas trasero. Ya había roto los focos, las ventanas, y hasta había acuchillado las cuatro llantas con una navaja. ¡Una puta navaja! Y esas llantas costaban como dos mil dólares cada una. ¡Dos mil verdes, coño! Ese viajecito a Miami me había terminado costando un ojo de la cara. De todos modos, si ganaba más de medio millón al mes, ¿de qué me quejaba? Después de todo, la Anaconda tenía todo el derecho de montar semejante numerito.

Los vecinos de a poco se habían ido asomando para presenciar aquel espectáculo. ¡Lo que faltaba! Éramos igualitos a *La familia P.Luche*, esos monos que salían en la tele: así tuviéramos todo el billete del mundo, nada nos quitaba lo naco y lo tierrudo. Tenían toda la razón cuando decían que éramos unos muertos de hambre con billetes, especialmente mi Sofi, que se las daba de muy sifrína en las reuniones sociales; y a su vez, yo me sentía un poco responsable porque nadie, absolutamente nadie sacaba lo naco de Sofi como yo.

—Entonces, ¿me vas a decir con quién estuviste en Miami?

Agarró fuerte el palo de golf mientras se ponía la otra mano en la cintura. Miró desafiante a los vecinos y luego a mí. Sentía que me iba a caer un golpe en cualquier momento.

—Seguramente andabas con esa puta del video, ¿verdad, desgraciado?

—Yo… no sé de qué…

—¡Cállate o te juro por mi madre que el próximo jonrón se va a llamar Webster, coño!

Se veía a las claras que la jeva no estaba jugando. Estaba frito, hermano. Frito y empanizado. Pude ver el odio inyectado en sus ojos y el veneno corriendo por sus venas como gasolina en un motor de carrera.

—Pero, amor, ¿por qué estás tan enojada? No entiendo nada. Hasta hace un rato todo estaba bien y ahora te me vuelves una demonia…

Se frenó en seco y soltó una risa que me dejó helado.

—¿Qué no entiendes, perro maricón?

—¿Maricón yo? ¿Otra vez con esa vaina?

—A ver, ¿por dónde empiezo, papito? ¿Qué tal si arrancamos con los sesenta mil que te gastaste en Chanel?

—Sofía, mi amor, déjame que te…

—¡Ni se te ocurra venirme con el cuento chino de que compraste algo para ti porque tú odias esa marca de mierda!

—Sofi, yo te juro que…

—¿Qué? ¿Te crees que soy mongolita? Para que veas que no me como ese cuento, llamé a la tienda y les dije que no había autorizado un coño. ¿Y sabes qué me soltaron? Que fuiste TÚ el que dio el visto bueno, que hasta mostraste la licencia y todo; que andabas con tu «esposa», o sea, ¡yo! ¡Coño, si tengo siglos que no me asomo por esos lados!

De repente alzó el palo y me lo clavó en el pecho.

—Ahora sí, papi, o me cantas clarito con quién diablos andabas o prepárate para conocer a la Sofía naca que llevo dentro.

—Mi vida, te lo juro, yo no andaba con…

—¡Nada de «mi vida», coño!

Le metió un coñazo a la puerta que terminó de reventar el deportivo. Seiscientos cincuenta mil verdes a la basura. Todavía no me entra en la cabeza cómo una vaina de un metro sesenta puede tener tanta fuerza. Mierda.

—¡Admítelo como un hombre!

—Mami, por favor, hablemos de esto con calma. Perdóname, ¿sí? —le supliqué con mi mejor acento de galán de telenovela—. ¡Deja de descargar tu ira con el auto, que nos está viendo todo el mundo!

—Bueno —dijo, apenas calmada—. Si admites que andabas con la colombiana esa, tal vez me tranquilizo.

Parecía razonable, a la vez que una trampa.

—Está bien, mi amor, pero vamos pa'l cuarto. Déjame hacerte el amor, te lo ruego.

Y como por arte de magia, su cara volvió a la normalidad. Ya no era una liebre furiosa, sino mi hermosa esposa, la misma de la que me había enamorado hacía ya más de una década.

—Eres increíble, Webster. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Soy una buena esposa, pero claro, eso no es suficiente pa´ti, ¿verdad? Hacer el amor conmigo no te basta, también necesitas a tus perras…

¡Coño! ¿En qué peo me había metido? ¡Las putas iban a ser mi perdición! «Mírala, Webster, mira cómo llora tu mujer. Verga, está llorando de verdad», me decía. Tenía que cambiar de táctica y calmarla de alguna manera. Estábamos quedando como unos ridículos con los vecinos.

—Amor, bájale dos y suelta ese palo, ¿sí? —dije con mi mejor tono de negociador de rehenes del FBI—. Deja el desespero y el llantén, que te quiero explicar lo que pasó en Miami.

Poco a poco, la jeva dejó que el pedazo de metal besara el piso.

—Dale, pues, mi amor —contestó sarcástica—. Ilumíname con otro de tus cuentos chinos. Total, esa es tu especialidad, ¿no? Inventar embustes para ganarte una fortuna a costillas de otro.

La bicha tenía toda la razón. El Capo de YouTube era tremendo mentiroso, pero que lance el primer peñón el que nunca la ha cagao. Una cosa es decir mentiras y otra es creérselas. Yo estaba acostumbrado a engañarme a mí mismo, pero jamás me tragaba mis propias mentiras. Esa era la diferencia entre un embustero y un loco. ¡Mentía para ganarme la vida! ¡Lo admito sin pena! Y agrego: una verdad dicha con malas intenciones es mil veces peor que cualquier mentira, ¡y Sofi lo sabía muy bien! Un mentiroso sabe que lo es, pero alguien que manipula la verdad para engañar es un maldito maestro de la destrucción. Todo lo que había hecho fue para darle a mi familia una vida mejor que la mía; no entendía por qué ella estaba tan enojada conmigo.

Decidí seguirle el juego y la tomé de la mano con firmeza, mirándola a los ojos, que brillaban como faroles en la noche, y ella dejó caer el palo de golf con un suspiro de resignación. Mientras nos alejábamos de la escena del crimen, me despedí de mi querido Lamborghini con un último vistazo, sabiendo que los malditos del seguro no cubrirían ni un solo tornillo cuando descubrieran que no había ocurrido ningún accidente. Pero, ¿saben qué? A veces en esta vida uno tiene que hacer sacrificios, y el viajecito a Miami, la compañía de Amanda, el champán en el jet privado, la cartera Chanel de sesenta mil verdes que

le había regalado y hasta los cincuenta mil por noche que me gasté en la torre Paramount habían valido la pena; y si tenía que sacrificar otro deportivo para volver a disfrutar de un buen culito a cuarenta mil pies de altura, ¡lo habría hecho una y mil veces más con los ojos cerrados, papá!

5

Pequeños adultos

Eran las 11:45 de la mañana siguiente cuando me aparecí en la cocina convertido en Yenddi, mi alter ego descarado y mujeriego. Webster era el marido devoto que se disculpaba con su esposa frente a los vecinos y lucía su bata Versace como todo un caballero. Yenddi, en cambio, era harina de otro costal: un machista consumado, fanático de las putas y el exceso, coqueto, atrevido, ¡imparable! Tan diferentes como el día y la noche.

Allí me encontraba, listo para una nueva aventura, con mi ego inflado y mis vicios a flor de piel.

Esa mañana, exactamente veinticuatro horas después del desastre con la Anaconda, me levanté con una sonrisota de oreja a oreja. ¿Y cómo no? MediaMuv estaba generando seiscientos mil dólares mensuales, ¡y encima iba a desayunar con mis hijos! Sí, mi Lambo se había destrozado, pero prefería perder el carro a algo peor, como mis bolas.

Gracias a Diosito, mi hermana Issa, que en ese entonces era mi mano derecha, pudo mover los hilos para que se llevaran el auto a un taller de restauración en un tris. Claro, me iba a costar un riñón, pero en unos meses mi bebé quedaría como

recién salido de la agencia.

La vaina con mi Sofi seguía color de hormiga, aunque se había enfriado un poco tras echarle otra vez el cuento de meternos a terapia de pareja. ¡Qué cosas! Yo prefería meterme un tiro en las bolas antes que sentarme con un cretino a hablarle de mis líos maritales, pero no me quedó de otra.

Ese día andaba forrado. Vestía una chaqueta negra D&G que me quedaba de pinga, unos pantalones Robin Jeans y unos zapatos Jimmy Choo que mi adorada mujer me había regalado para mi cumple. En la muñeca llevaba un Patek rosado que le había comprado al Russo por cien mil dólares, precio de compa.

Llegué al comedor y mis retoños ya estaban ahí sentaditos mientras Juanita les preparaba el desayuno. ¡Verga, qué bacano era empezar el día así! Mirar a mis escuincles, con sus caritas tan bellas, me hacía dar cuenta de que era capaz de echarme encima lo que fuera por ellos, en especial por Armani. Ese niño parecía más un modelo de pasarela que un carajito normal y corriente. Tenía la piel del color de un cafecito con leche, una melenota castaña que ni te cuento y unos ojazos color miel que te dejaban lelo. ¡Ah! ¡Y espérate a que te hable de su estatura! A los doce añitos ya medía como una jirafa, ¡un metro ochenta de puro muchacho! Yo tenía que estirarme como un chicle para poder darle un abrazo. Eso sí, sus piernas eran tan flacuchas que parecían dos escarbadientes, ¡pero ni se te ocurriera reírte en su cara, que este carajito imponía respeto con su sola presencia!

Me acerqué a la mesa y me senté al lado de mi princesa, Melody, que estaba metiéndole con todo a un platazo de chilaquiles verdes, su vaina favorita. No había terminado de acomodarme en la silla cuando empezó el bombardeo de preguntas.

—¡Papá! ¿Dónde vas tan elegante?

—Tengo una reunión muy importante, mi amor.

—¿En tu oficina?

—Sí, princesa…

—¿Puedo ir contigo? —insistió la niña, emocionada.

—Hmm, otro día, cariño.

—¡Pero, papá! —protestó.

—¿Qué tal si terminas tu desayuno y después hablamos? —dije, tratando de ganar tiempo.

—¿Acaso no puedes pasar más de media hora al día con nosotros? —me regañó mi hijo Armani, al otro lado de la mesa.

—La semana que viene los llevo a un partidazo de fútbol. Palabra de honor —prometí, con la intención de apaciguar su ánimo.

El niño estaba resentido porque había faltado a todas sus obras de la escuela.

—Eso mismo dijiste la semana pasada y la anterior. ¡Ya no te creemos ni papa, papá!

—¡YO SÍ TE CREO, PAPÁ! —exclamó mi princesita Melody, defendiéndome.

¡Ahí estaba yo, tragando como un condenado y con la cabeza gacha, intentando ignorar el palabrerío de Armani! ¿Qué más podía hacer? El carajito apenas tenía doce años, pero igual me estaba haciendo el reclamo del siglo y con toda la razón del mundo. Pero bueno, tampoco es que uno tuvo la crianza del rey de España, ¿sabes? ¡Mi papá brillaba por su ausencia y mi mamá era más ausente que diente de pobre! Ya sabes lo que dicen: «Ten hijos para que otro te los críe».

Mi hermano y yo éramos un par de escuincles jodíos que se metían en líos con otros carajitos todos los santos días. ¡Mi tío no nos aguantaba ni en pintura! Una vez, el muy desgraciado me agarró de las orejas y me dijo clarito: «Eres un malcriado,

pero algún día me voy a encargar de que tu abuela te monte en un barco pa´China pa´que te agarren los piratas». ¿Y saben qué le respondí yo, más terco que una mula? ¡Que ojalá lo hiciera rápido, porque de seguro los piratas harían un mejor trabajo criándome que mis viejos!

Yo pensaba que estaba siendo el papá del año. Claro, en mi cabeza era así: «Si a mis hijos les doy toda cosa que a mí me faltó cuando era carajito, entonces no tengo que estar pegado a ellos como chicle todo el santo día». ¡Menudo genio era! Como si regalarles juguetes y vainas fuera suficiente para criar unos hijos decentes. ¡Qué ingenuidad la mía!

—¡Papá! —aulló Melody, pegandole la mesa con sus manos como si fuera un conjunto de tambores—. ¡Papá!

—¡Shh! Nena, baja dos —dije con suavidad—, que la Anaconda se pone brava si gritas así.

—¿Quién es la Anaconda? —preguntó Armanito, alzando una ceja.

—Nadie, nadie. Es una metáfora, hijo —le expliqué. Tremendo loquillo ese carajito.

—¡Papá!

¡Ay, pero qué bulla armaba esta Melody! Era increíble cómo se emocionaba la niña cuando estaba pegada a su papá. Ya con sus casi nueve añitos, iba dejando atrás esa carita de bebé y se estaba estirando todita, convirtiéndose en una niña de piernas largas y una piel color crema que ni te cuento. Llevaba puesto un traje de baño rosadito y tenía el pelo recogido en una cola. Bajo el sol radiante, su piel relucía por la cantidad de repelente que le había puesto la Juanita.

¡Nada más mirarla se me dibujaba una sonrisota en la cara! Abrí los brazos de par en par como un Cristo Redentor en miniatura para abrazarla y, al mismo tiempo, ella brincó de su

silla y se lanzó hacia mí, aterrizando en mis piernas como un koala bebé.

—¡Papá!

—¡Shh, que no grites, amor!

Contuve la risa y ella se tapó la boca con la mano y esbozó una sonrisita pícara.

—Papá, ¿en qué trabajas? —preguntó al volumen de un susurro mi bebé hermosa.

—No te entiendo muy bien, cariño.

—Es que el papá de Daisy es nada menos que un diseñador de zapatos y tiene a doce personas trabajando para él, ¡doce!

—Ajá…, ¿y eso te lo dijo la mismísima Daisy?

—¡Sí!

—¡No me digas! ¿Doce personas? ¡Qué bárbaro!

Tuve que morderme la lengua para no soltar una carcajada. Verás, el padre de Daisy no era más que un simple zapatero de barrio que se dedicaba a restaurar zapatos usados para venderlos por Amazon. El negocio lo había heredado de su padre y, por algún milagro divino, la empresa aún seguía respirando. Los supuestos «zapatos» que «diseñaba» eran más baratos que las chancletas de la tienda de la esquina, y los «doce empleados» no eran más que sus hermanos, un puñado de delincuentes que no tenía más remedio que trabajar para él porque ningún cristiano se atrevía a contratarlos.

La vaina es que el papá de Daisy ganaba apenas unos cien mil dólares al mes, es decir, todavía no estaba en las grandes ligas como yo; y su hija presumía de ser hija de un famoso zapatero delante de Melody, haciéndole creer a mi bebé que ella no tenía nada de qué ufanarse.

—¿En qué trabajas, papá? —quiso saber.

Mi pobre niña había quedado loca con las pendejadas de su

amiguita y quería encontrar argumentos para impresionarla, sin saber que, en los últimos tres días, la empresa de su papá, MediaMuv, había empezado a facturar más de medio palo al mes; $650,456 mil dólares para ser exacto, ¡y sin tener que oler un puto par de zapatos usados!

En ese entonces, yo era tan ignorante que ni siquiera podía repetir un mismo par de zapatos, no porque no quisiera, sino porque, con un closet del tamaño de Bora Bora, encontrar un jodido par en particular era como buscar una aguja en un pajar.

—Papá, ¿en qué trabajas? —insistió.

—Bueno, papá —intervino Armani, con una risa burlona que me hizo sentir como un imbécil en un interrogatorio policial—, yo también quiero escuchar tu respuesta. Melody, hiciste una excelente pregunta.

¡Coño de la madre! ¿Qué les había picado a mis hijos? Se creían la gran verga, como si fueran los putos detectives de la familia.

Melody le agradeció a Armani por el cumplido y luego me miró fijamente, esperando una respuesta. ¿Qué podía decirle? ¿Que su papá era un estafador de mierda que se ganaba la vida estafando a los artistas en YouTube? No había necesidad de explicarles por qué me conocían como el Capo de YouTube, cuando lo único que Melody buscaba era una respuesta para no sentirse inferior a su amiguita Daisy. ¡Coño! Con tan solo ocho años, ya quería ser la más marrana del corral.

El muy cabrón de Armani, por su parte, de seguro que ya tenía una idea de toda la vaina que se cocinaba en MediaMuv. A sus doce años, el carajo era un genio comparado conmigo a su edad, así que no podía tratarlo como un güevón cualquiera. Los tiempos cambian y los niños nacen con un doctorado debajo del brazo.

Me eché hacia atrás en el asiento y tomé un trago de jugo de naranja.

—Mira, hija, la cosa es que tu papá es el mero mero de una disquera y…

—¿Qué es una disquera, papá? —indagó Melody. Armani se partió de la risa.

—Vas a tener que ser un poco más específico, papá —dijo, burlón.

—Bueno, princesa, una disquera es donde… —no podía encontrar las palabras—. A ver, ¿cómo te explico?

—Sí, pa, explícame a mí también —saltó Armani—. Llevas un año bajando videos de Youtube y hasta ahora no me he enterado qué coño andas haciendo con ellos.

«¡Tú sabes bien clarito lo que hago con esos videos, cabroncito! ¡Eres el único que captala movida!», pensé.

Le di un mordisco a mis chilaquiles mientras clavaba la mirada en mi princesita.

—No le pares a tu hermano, mi amor —comencé nuevamente, intentando mantener la compostura—. Una disquera es donde se distribuyen las canciones para que las pongan en la radio.

—Tú haces canciones para la radio, papá? ¿Eres cantante?

Armani y yo nos desternillábamos de risa mientras Melody nos miraba con

cara de estar más perdida que turista en Guatemala.

—No, mi cielo, yo no hago las canciones, me dedico a comprar los derechos de las que ya están pegando duro en la radio.

—¿Cuáles?

—¿Cuáles qué?

—Dijiste: «canciones que ya están pegando». ¿Cuáles, pues?

—Bueno, no te puedo decir ninguna en particular…

—¿La de *Despacito*?

En ese momento, toditos, hasta Juanita, que andaba recogiendo los platos, guardaron silencio para escuchar a la niña. Dejé la cuchara en el plato y le acaricié con suavidad sus cachetes de bebé.

—No, mi amor, esa canción…

—¡Coño, papá! —interrumpió Armani—. No te hagas el loco y dile que tú eres el Capo de YouTube.

—¡Armani! —le grité, golpeando la mesa con las manos.

De repente, vi el miedo en los ojos de mi hijo. Juanita tragó saliva y un calor subió hasta sus mejillas.

—¡Papá! —exclamó Melody, ya con lágrimas en los ojos—. ¿Eres un capo?

Me quedé callado. Estaba abrumado, sin saber qué decir. Armani bajó la mirada, arrepentido de lo que había soltado.

Sabía que no era el papá del año, pero, ¿acaso no merecía un poco de respeto? Una cosa era que mi hijo tuviera personalidad y dijera lo que se le antojase, y otra muy distinta era que me faltara el respeto. Además, Melody era demasiado sensible y había que andar con pies de plomo con lo que uno decía o hacía delante de ella.

Bajé a la niña de mis piernas y la senté sobre la mesa. La miré fijamente a los ojos, esos ojazos que me derretían el alma. Con delicadeza, sequé sus lágrimas con mis pulgares, le planté un piquito en la frente y la miré fijamente.

—Mira, mi amor, tu papá no es ningún capo, ¿oíste?

Luego miré al otro cipote.

—Armani, túsolo estabas bromeando, ¿verdad?

El jovencito me miró desafiante por un segundo, luego bebió el último trago de su copa, se levantó y se fue sin decir una palabra. Me sentí como una mierda.

—Mira, bebé —retomé la conversación con Melody, buscando

sus ojos de azúcar—, dile a tu amiguita Daisy que tu papá es un tremendo empresario y que tiene como cuarenta empleados bajo su mando.

La carita de mi hija se iluminó como un árbol de Navidad.

—¿De verdad, papi?

—De verdad, de verdad —aseguré.

Pero entonces salió con otra pregunta que me dejó perplejo.

—Papi, Daisy dice que su papá gana más de un melón al año, ¿tú qué?

No daba crédito a estar teniendo aquella conversación con una nena de ocho años.

—Papi —insistió con esos ojitos de cachorrito—. ¿Cuánto ganas tú?

—Mira —tuve que contener la risa y bajé la mirada—, dile a tu amiga que tu papá gana casi un melón…, ¡pero al mes!

¡Deberías haber visto la cara que puso!

—¿Un millón al mes? ¡Wow, papi, qué loco!

En ese momento, se acercó Juanita con el semblante preocupado.

—Señor, es que…

Alcé una mano para interrumpirla. Sentía que se me agotaba la paciencia.

—¿¡Y ahora qué pasó!?

Había pasado las últimas veinticuatro horas viendo cómo la Anaconda torturaba a mi pobre Lambo y mis hijos me sometían a un interrogatorio. Te lo juro, si me hubiera encontrado con un productor de cine y le hubiera soltado todo el cuento de aquella semana, de seguro me habría ofrecido un contrato millonario para hacer un reality show sobre ese circo que yo llamaba familia. ¿Te imaginas?

¡Habría sido una bomba! Ya hasta tenía el nombre perfecto:

La vida disfuncional de unos pobres con dinero. Oye, y de paso me habría lavado unos cuantos millones. Usaría el dinero sucio de YouTube para financiar el programa, ¡habría tenido millones limpios sin ningún riesgo! Eso era oro, hermano, ¡oro puro!

Bajé a Melody de la mesa y me incorporé. Miré a Juanita y noté que estaba paralizada de miedo. ¿Por qué me temía si yo no era un mal jefe? Me sacaba de quicio cómo la gente se achicaba frente a mí.

—¿Qué pasó, Juanita? —pregunté, ahora más calmado.

—Su amigo está aquí —respondió, todavía nerviosa.

—¿Qué amigo?

El tipo con la jeta llena de tatuajes, señor. Era mi guardaespaldas.

No sé cuántas veces te he dicho ya que se llama Gumpy.

—Como sea —replicó la colombiana—. Ese man me da pánico.

Gumpy era un pandillero con una pinta imponente, y estaba lleno de tatuajes tanto en la cara como en el resto del cuerpo. Había pasado quince años en una prisión gringa de máxima seguridad y era conocido como un asesino temido, nadie se atrevía a meterse con él. Sin embargo, a pesar de su descomunal tamaño, Gumpy tenía una particularidad: su voz era tan atiplada que parecía la de una ardilla. ¡Era como un chihuahua atrapado en el cuerpo de Hércules! Y era hilarante ver cómo el respeto que imponía su sola presencia, que incluso llegaba a asustar a muchos, se perdía cuando pronunciaba palabra con aquella voz de dibujo animado. Había venido a recogerme para llevarme a la oficina, pero Melody no me iba a dejar ir así nomás, así que le di un beso en la frente, le pedí a Juanita que la llevara a la piscina y le prometí a mi bebé que iríamos al cine al día siguiente.

Sí, otra promesa que el amo del universo iba a romper. Pero, ¿qué más podía hacer?

A veces, hasta los superhéroes tienen que recurrir a pequeñas mentiras para salvar el día.

6

Un corral de marranos

La Scalade negra frenó en seco delante del semáforo en la intersección de la 35 y Glendale. Yo me encontraba analizando las estadísticas de MediaMuv mientras Gumpy movía la cabeza de un lado a otro como un pavo epiléptico, al ritmo de una canción de Ariana Grande. ¡Aquel malandro gozaba con esa música de carajitas! Así era Gumpy, un tipo más impredecible que la inflación en Venezuela.

Miré por la ventana y los acontecimientos recientes invadieron mi mente. No podía creer que después de tantos años mi matrimonio estuviera tambaleándose. Mi adicción a las mujeres siempre terminaba empeorando las cosas, y si no encontraba la forma de equilibrarlo, Sofi definitivamente tomaría medidas drásticas. Todo aquel mierdero era culpa mía por haber usado la American Express en la tienda Chanel, y derrochar nuestra lana en otra tipa era algo que Sofi nunca me perdonaría. Al margen de eso, debo aclarar que nuestro matrimonio estaba arruinado desde mucho antes de que yo me liara con otras mujeres. No identifico bien qué fue lo que nos pasó. No fue falta de amor, creo más bien que fue la pérdida

de nuestra amistad lo que nos convirtió en algo infeliz, en el sentido de que no podía vivir en paz con una mujer que buscaba en mí algo que yo no poseía y a la cual solo utilizaba como un testaferro.

Me recosté sobre el asiento y miré hacia afuera. De repente, sentí un cosquilleo en el pecho y no pude evitar sonreír al ver aquel letrero que rezaba: «La vida es una», el mismo que tiempo atrás me encontraba al salir de aquella oficina de mierda, ese cuchitril que yo, con todo mi cariño, llamaba «la caja de fósforos».

También recordé mi viejo Jeep Cherokee, esa joyita que había conseguido en una subasta por apenas $5,000 dólares. Ese bebé era mi orgullo y alegría, casi tanto como lo era mi Lamborghini.

Esa mañana me dirigía hacia West Phoenix, una zona de clase media que solía ser tranquila pero que había cambiado sustancialmente desde que MediaMuv se instaló allí.

A West Phoenix le pasó lo a la ciudad de Doral después de la invasión venezolana: ¡se había vuelto un arroz con mango de negocios turbios! Entonces, había lupanares, casinos ilegales, tascas nocturnas y hasta una red de prostitutas escondida en los spas chinos. Eso sí, mis empleados marranos estaban felices, satisfaciendo sus deseos más impúdicos.

Mientras continuábamos viaje por la avenida 51, el paisaje cambió drásticamente. Habíamos dejado atrás los barrios normales, y ante nosotros aparecieron mansiones con establos de tamaños bíblicos.

Lo único que me desagradaba de West Phoenix era que las mansiones se mezclaban con casas de clase media, lo cual me hacía sentir como en una película del Far West y me daba la sensación de que John Wayne saldría a echar unos plomazos en cualquier momento.

Es increíble ver cómo uno, viniendo desde abajo, puede volverse tan insensible a los lujos. ¡Casi que aquellas mansiones me parecían míseros ranchos! Eso, justamente, me dejó pensando en cuán evidente es la brecha que existe entre ricos y pobres y cómo eso afecta a todo el mundo.

En esos tiempos, la Anaconda quería que le comprara una casa en West Phoenix. Imagínate, con MediaMuv a solo tres cuadras, ¿cómo iba a mudarla tan cerca de nuestro corral? Sí, así le llamaba ella a la oficina de MediaMuv: «el corral de marranos». ¿Tú entiendes por qué, no?

De pronto, al pasar por los antros de Westgate, sentí que me asfixiaba. La tentación de la cocaína me llamaba, seductora como siempre, pero sabía que eso solo me traería problemas. No podía darme el lujo de perder el control en medio de mis responsabilidades, aunque, para ser sincero, tampoco eran muchas. Básicamente, me la pasaba lidiando con conflictos entre disqueras y escuchando a youtubers llorones que rogaban para que les devolviera sus regalías, lo cual me tomaba una hora al día como mucho.

Así que, respiré profundo y me enfoqué en el día que tenía por delante. Tenía que mantener la compostura y el profesionalismo, aunque por dentro sintiera que mi mundo se estaba desmoronando; no podía permitir que mis asuntos maritales interfirieran con mi trabajo.

* * *

Apenas había bajado de mi Escalade reluciente en el estacionamiento de Mediamuv cuando Issa, mi asistente, saltó hacia mí con cara de que había visto un fantasma.

— ¡Muévete! ¡Entra ya mismo! —me dijo entre dientes,

mirando fijamente hacia la recepción—. ¡Prada está allá con Pancho y la vaina se puso fea!

¡Tienes que parar este peo antes de que se forme la gozadera! Respiré profundo como un buzo antes de zambullirse al aguay me dirigí con ella hacia la oficina. Tan solo cruzar la puerta, escuché unos ladridos de perros que me dejaron paralizado. Eran dos malditos pitbulls con ganas de hacer sushi con las nalgas de mi pobre asistente Pancho.

Mis ojos quedaron pegados a la escena, que parecía sacada de una peli porno, de esas bien cochinas. Prada, imperturbable como una estatua, sostenía de la correa a dos pitbulls furiosos que gruñían y mostraban los colmillos, listos

para devorar al pobre enano, quien estaba acorralado contra la pared, rogando por su vida. No pude evitar sentir lástima por él.

Pancho era mi leal empleado. Medía menos de la mitad de mi estatura y su cabeza calva relucía orgullosa, más solitaria y brillante que el mismísimo desierto del Sahara. Un pequeño hueco, donde antes existiera un diente frontal, se traslucía de su sonrisa pícara, tan característica de él. Su pasado, tan colorido que incluía una temporada en la prisión por robar cajas de cartón vacías de Home Depot y vender gasolina comprada con tarjetas de crédito robadas, es insoslayable, además del hecho de que nunca lo conocí sobrio, lo juro. ¡Todo un personaje, mi hermano! ¡Imagínate un enano moreno, con los ojos desorbitados y la nariz mocosa, correteando de un lado a otro con un gramo de coca disolviéndose entre las tripas de su estómago! Sin embargo, a pesar de su currículum de delincuente, Pancho aportaba un estilo único a sus funciones de ayudante.

Mi asistente y hermana menor, la hermosa Issa, decía que

cualquier idiota con dos dedos de frente era capaz de llenar mis expectativas siempre y cuando mantuviera mis secretos bien guardados y mi taza de café bien cargada; y me imploraba que contratara a alguien decente, profesional y serio. Yo solo le respondía con una sonrisa socarrona: «¿Quién coño necesita a un asistente común y corriente cuando tienes al periquero de Pancho animando la fiesta? ¡Por favor!».

La tensión en la oficina era insoportable y cortaba el aire. La mirada de Prada era fulminante, mientras que la de Pancho era como la de un niño regañado. Su súplica resonaba en el aire, proveniente de su voz temblorosa, rogando por clemencia de una forma tan lastimera que partía el alma. Miré sus ojos aterrorizados con el corazón acelerado y la determinación hirviendo en mis venas como lava ardiente. Sea lo que fuere que hubiera hecho el pobre diablo, no merecía semejante escarnio.

—¿Qué pasa, Prada? —bramé, con una voz imponente—. ¿Qué vaina hizo Pancho ahora?

—¡Ese desgraciado me robó un Rolex, cabrón! —los perros parecían estar a punto de transformarse en el mismísimo Cerbero y devorar a Pancho de un bocado—. ¡¿Dónde está el maldito reloj, Pancho?! —gritó Prada.

En ese momento, me di cuenta de que regalarle dos pitbulls a mi mejor amigo para su cumpleaños había sido la idea más estúpida desde aquella vez en la que intenté hacer contrabando de sandalias Gucci falsificadas.

Prada creció en un barrio signado por la violencia y las drogas. Un día, su papá se fue de la casa y no regresó, y su mamá tuvo que luchar para sacarlos a él y a su hermanito adelante, lo cual impactó también en la visión del mundo de mi pobre amigo. Con semejante ambiente, no era de extrañar que Prada terminara inmerso en las drogas y en la brutal vida de la calle.

La cocaína lo volvía loco; y si bien se encabronaba por cualquier vaina, defendía a los suyos con uñas y dientes. Tenía un carácter fuerte, pero, cuando no estaba de mal humor, era un tipo de lo más chévere. ¡Igualito a mí, coño! Y con sus 1,90 metros de altura, su apariencia de tipo duro y su barba descuidada, el hijo de puta imponía miedo.

Mientras Issa me suplicaba que calmara a los perros, yo no podía dejar de pensar en el vínculo inquebrantable que Prada había desarrollado con los dos malditos pitbull, Buster y Roxy. Eran como uña y mugre: siempre andaban juntos.

La vaina era que ninguno de los perros me soportaba, lo cual empeoraba las cosas en ese momento.

—¿Llamo a la policía? —me preguntó Issa por lo bajo, acercándose.

Yo, sin despegar los ojos de la escena, esbocé una sonrisa falsa.

—¿Estás loca, mujer? ¿Quieres convertir este lío en un circo mediático?

Mis ojos se clavaron en Prada, ese carajo impulsivo que parecía poseído por una demonia ciega, y di un paso hacia el frente, sacando pecho.

—Prada, suelta a los perros, hermano. Vamos a resolver esto en mi oficina como gente decente —ordené.

Pero él, terco como una mula, me ignoró por completo. Pancho se aferraba desesperadamente a un rincón, acorralado por esos animales sedientos de sangre.

—¿Dónde está, Pancho? ¿Dónde coño está mi reloj? ¡Estaba en mi escritorio anoche! —su voz retumbaba en el pasillo estrecho, cargada de veneno y acusación.

—Se lo juro por Dios, señor Prada —respondió Pancho, con lágrimas rodando por su cara ceniza y la voz entrecortada—, yo no le robé nada.

Limpié su oficina como usted me pidió. Jamás traicionaría su confianza así.

Prada se le acercó más, haciendo que el hocico húmedo de Buster quedara a un pelo de las canillas flacuchentas de Pancho.

—¡No me vengas con esas güevonadas! Anoche eras el único aquí. Nadie más en este maldito edificio se impresionaría por un pinche reloj de oro. Te aprovechaste de mi confianza, de mi generosidad. ¡Ese reloj me lo regaló Camila para nuestro aniversario, hijo de la verga! ¿Dónde carajo lo tienes?

Yo, sintiendo que la vaina estaba a punto de explotar, me acerqué a Prada y le puse una mano en el hombro, tratando de calmarle la jugada.

—Prada, respira y piensa con la cabeza fría, hermano. No saquemos conclusiones apresuradas. Pancho nos ha sido fiel por años. No lo arriesgaría todo por un pinche reloj, por muy valioso que sea para ti.

No obstante, dentro mío una duda oscura empezaba a crecer. ¿Y si Pancho, en un momento de debilidad, había caído en la tentación? No, no podía ser. O al menos, eso quería creer con toda mi alma.

—¿Tú de verdad crees que este pordiosero conoce la lealtad? Eso no significa nada cuando se trata de ladrones indigentes como este pedazo de mierda, Webster —escupió Prada con desprecio. Su voz destilaba veneno, pero yo conocía bien el juego. Este no era el momento para dejarse llevar por la ira, aunque ganas no me faltaban de darle un buen putazo a Pancho.

—Prada, demos un paso atrás y pensemos en esto —dije con firmeza, intentando contener la situación dentro de las márgenes del diálogo.

Pero, ¿qué demonios hacía yo defendiendo a Pancho? Quizás, en el fondo, una parte de mí se identificaba con él. Ambos

éramos peones en ese retorcido juego de poder y, para colmo, compartíamos el mismo gusto por los relojes ajenos.

—Convertir a Pancho en mierda de perro no solucionará nada, aunque admito que sería un espectáculo digno de ver. Primero busquemos el reloj. Déjalo ir, Prada. Esta no es la solución, a menos que quieras que te demanden por crueldad animal.

—¿A cuál animal te refieres? —preguntó Issa—. ¿Los perros o Pancho?

Justo en ese instante entró Julián, el cuñado de Prada, y le ordenó que se llevara los perros. Como mi amigo le hacía caso a su cuñado, pude ver el alivio en los ojos de Pancho, quien se puso de pie y se limpió las lágrimas.

Me acerqué a el y dije:

—Te acabo de salvar el pellejo, cabrón. Si fuiste tú, te pido que pongas el reloj en mi escritorio y yo me encargaré del resto. Considéralo un favor entre colegas de la maña —le dije acercándome, mientras Prada se alejaba.

—Pero señor, yo no lo toqué —aseguró.

El tipo era un pésimo mentiroso.

—Pancho, déjate de pendejadas, que eras el único en la oficina —le espeté, perdiendo la paciencia—. Ahora, ¿quieres que me vaya y te deje a solas con Prada otra vez? Porque puedo llamarlo de vuelta si quieres jugar al valiente.

Se puso aún más nervioso y temblaba desmedidamente.

—No, no. Le juro que le ayudaré a encontrar el reloj, se lo juro por mi madre santa.

La ironía de la situación no se me escapaba. Allí me encontraba yo, jugando al detective, tratando de resolver un misterio que, probablemente, yo mismo había creado. Aquello parecía un mal chiste.

—Osea —gritó Prada—. ¿Estás defendiendo a este muerto de hambre? ¿Te volviste loco o qué?

—¿De qué hablas? —me atajé—. En primer lugar,¡no tienes pruebas! En segundo lugar, tú…

—¡Hey! —intervino mi hermana—. ¿Qué pasa? ¿Se va a desatar el mierdero entre ustedes dos ahora?

—Pregúntale a Prada, él es quien anda con ganas de matar a alguien hoy —respondí, en un esfuerzo por no alterar mi tono de voz.

—Más les vale que dejen la mariconera a un lado y atiendan el teléfono. Daniel Hernández está en la línea — informó Issa.

No tuvo que terminar de decir el nombre para que Prada y yo nos miráramos aterrados. Una llamada de Daniel Hernández significaba problemas serios, y no del tipo que se resuelve con una cerveza y un chiste malo. Algo me decía que mis problemas apenas estaban comenzando… Maldita mi suerte.

7

El puerco en piel de oveja

Eran las doce del mediodía y yo estaba sentado detrás de un escritorio que parecía sacado de la oficina de Fidel Castro, con una silla más grande que la del mismísimo Papa. Frente a mí, hundido en un sofá de cuero rojo pasión, estaba Prada. Su piel se había tornado tan lívida que parecía un fantasma al lado de mi tez morena tropical.

Agarré el teléfono y respiré profundo.

—¡Webster, mi pana! —la voz de Daniel Hernández retumbó en mi oído.

—¡Daniel, hermano! ¿Qué más? —saludé, al mismo tiempo que le lanzaba una mirada cómplice a Prada, quien detestaba a aquel tipo tanto como yo. quizás por su calva tipo Jeff Bezos o su ego que era más grande que Amazon…

Daniel se creía el rey de la industria musical, pero no era más que un esclavo con delirios de grandeza. Era el presidente de Colorido Media, una reconocida distribuidora musical que se había ganado el odio de medio mundo. ¿Sería por su arrogancia injustificada, quizás? ¿O tal vez porque era un ladrón con título que le robaba las regalías a sus clientes en sus propias narices?

Los peces gordos de YouTube se tragaban el cuento de que Daniel era un puerco en piel de oveja, pero para el resto de nosotros no era más que un grano en el culo. ¡Y de los grandes!

—¿Y a qué se debe el honor de esta llamaita, pues?

Una risita del otro lado me llegó a través del teléfono.

—Mira, Batista, dejémonos de jueguitos, que tú y yo sabemos muy bien por qué te estoy llamando.

Mis ojos se clavaron en los de mi socio Prada y me recosté en el asiento.

—A ver, Daniel, ¿qué pasó? No me gusta nadita recibir tus llamadas a estas horas. Me hacen sentir como si tuviera ladilla en el fundillo, ¿sabes?

—Muy chistosito. Mira, Webster, he estado investigando un poco y me topé con algo que no me cuadra para nada.

—¿Y ahora qué pasó, señor Hernández?

—¿Te molestaría explicarme por qué coño hay reclamos de MediaMuv en unos videos de *Corriente Norteña*?

¡Claro que me molestaba! Ni de vaina pensaba darle una sola explicación a aquel hijo de perra que solo andaba buscando un pretexto para hacerme quedar como un pendejo frente a los grandes de YouTube. ¿Quién coño era *Corriente Norteña*? Ese nombre ni siquiera aparecía en la base de datos de MediaMuv.

El semblante de Prada denotaba una preocupación que bordeaba la angustia. Él sabía que lo que estaba pasando no pintaba nada bien, por lo que salió corriendo de la oficina como un toro emberrinchado, en busca de su desgraciado cuñado, quien se había atrevido a hacer dinero con la música de Daniel. Tenía que ser eso, no había otra explicación.

El emputamiento me corría por las venas y mi cara ardía. No podía creer el cuento que Daniel me estaba echando. Si él llamaba a mi oficina, era porque algo serio ocurría, algo capaz

de dejarme más hundido que el Titanic en el fondo del Atlántico. En ese momento, tiré por la borda todas las güevonadas que había dicho sobre no dejar que mis asuntos personales interfirieran con mi trabajo y saqué una bolsita hermética de uno de los cajones del escritorio. Con un cuidado quirúrgico, hundí una cuchara bañada en oro, de esas que estaban de moda en los 80´s, hasta el profundo fondo del polvo blanco e inhalé todo ese perico del fino con la fuerza de una aspiradora industrial.

—Oye, Daniel, ¿de qué carajos me estás hablando? ¿Será que te fumaste uno de más y te confundiste? —solté, con la lengua más amarga que lengua de suegra, pero el cabrón se puso más bravo que perro con sarna.

—¡No me vengas con esas güevonadas, Webster! ¡Yo sé que te estás robando las regalías de *Corriente Norteña*! ¡Admitelo!

Daniel Hernández era tremendo bicho. Decían que el pana venía de abajo, con los bolsillos más pelados que nalga de chivo. Nadie se explicaba cómo había trepado tan alto en ese circo al que llamábamos «industria». Unos chismeaban sobre tratos turbios con YouTube por debajo de la mesa, mientras que otros consideraban que se trataba de una simple pulga en el lomo del negocio. Pero eso sí: al muy ladrón no le gustaba que le robaran.

—¡Mira, Daniel! —grité, con un tono de voz que entremezclaba rabia e incredulidad.—¿Te has drogado o qué vaina? ¿De verdad me estás acusando de semejante güevonada?

El muy desgraciado me respondió a los gritos, jurando y perjurando que tenía pruebas suficientes de los reclamos de YouTube que yo había estado haciendo. Incluso tuve que despegar el auricular de mi oreja de tan alto que vociferaba.

—Esas canciones son de mi sello, no de la cagada de Media-

Muv! —añadió el imbécil.

«Maldito seas, Julián», pensé mientras sentía cómo corría la sangre enardecida por mi cuerpo.

Le había advertido claramente a ese pajúo que no se metiera con los archivos de Daniel. En MediaMuv teníamos una regla de oro: « ¡No jodas con Daniel!». Ese carajo, además de ser un dolor de cabeza, tenía un sinfín de contactos en YouTube, y podía joder mi empresa entera con tan solo un par de llamadas. Julián, el maldito vicepresidente de Operaciones, sabía mejor que nadie que reclamar las canciones de Daniel en YouTube era un puto suicidio. Para ser honesto, me preocupaban más tanto YouTube como MoneyTube, y en especial Néstor White, quien de seguro ya estaría enterado de todo, ya que Daniel solía enviar sus quejas directamente a él cada vez que surgía un problema. Daniel Hernández actuaba como una maldita chismosa.

Prada y Julián entraron y se acomodaron en el sillón. Mi socio intentó meter su cuchara, pero yo lo frené en seco con mi dedo en alto. Pegué el teléfono a mi oreja nuevamente y volví a la conversación con Daniel.

—Mira, hermano, hablemos como gente decente. ¿De cuántas canciones estamos hablando?

—Doce canciones —soltó tras un silencio. No pude aguantar la risa.

—¿Y por ese número me estás montando este show?

—¡DOCE CANCIONES —gritó el muy imbécil—, que están generando más de cincuenta mil al mes!

Quedé paralizado, mirando a Prada con los ojos pelados mientras el Juliancito ni se atrevía a levantar la mirada, sabiendo el lío en que me había metido el muy desgraciado.

Mi computadora parecía tardar una eternidad en cargar. Cuando por fin terminó, entré mis credenciales para acceder al

sistema del CMS de YouTube.

—Vamos a ver, estoy revisando nuestra base de datos —le dije, haciéndole creer que estaba sumergido en las profundidades de la información, cuando en realidad me estaba preparando para otra línea de perico. Tenía que mantenerme despierto de alguna manera mientras lidiaba con tanta mierda.

—No encuentro ninguna canción de *Corriente Norteña —añadí* —, ¿estás seguro de que MediaMuv hizo esas…

De repente, el tipo me interrumpió.

—Escucha, delincuente. Has estado robando material de una de mis agrupaciones más populares, y eso es algo que no tomaré a la ligera. Me debes cada centavo que les has quitado; y si crees que te dejaré salirte con la tuya, estás muy equivocado.

No iba a permitir que aquel tipo me llamara «delincuente». ¿Nunca has escuchado a alguien decir: «No te acerques a un león, especialmente si está comiendo?». Daniel ya se había acercado demasiado; más bien, se había metido en la boca del lobo.

Me puse de pie de un salto y señalé con el dedo al teléfono como si Daniel pudiera ver mi dramática actuación.

—¿O qué? —exclamé con todas mis fuerzas—. ¿Me demandarás? ¡Adelante, mi abogado aplazará la corte durante años, pendejo!

Y tras decir eso, colgué el teléfono de un golpe que casi lo hace añicos. Agarré la bolsa hermética una vez más, pero, en lugar de usar la cucharita, volqué todo el bendito polvo blanco sobre la mesa del escritorio. Busqué mi billetera desesperadamente y saqué mi flamante tarjeta platino de AMEX, mi pase VIP a las nubes. Formé con ella un montículo de perico y, sin pensarlo dos veces, acepté voraz aquella invitación al infierno. Dejé caer mi cabeza sobre la colina de pecado, listo para aspirar cada

gramo de locura hasta llegar al maldito cielo.

¡Webster!

El grito de Prada retumbó en toda la sala.

—¡Webster! —repitió desde el sillón carmesí, como si el volumen pudiera resolverlo todo.

Alcé la mirada lentamente hacia Julián, quien había palidecido como el papel. Mis venas parecían mangueras a presión a punto de reventar, y mis manos temblequeaban de puro coraje.

—¡Qué cagada hiciste, Julián!

—Web, yo…

—¡Te lo advertí! —lo corté tajante—. Te dije clarito que no lo hicieras y, como siempre, ¡ni caso me hiciste, maldito!

Julián se hundió en el sillón, mudo. ¡Qué desgraciado!

¿Qué coño podía decir para justificar semejante cagada? Me levanté lentamente de la silla y lo apunté con el dedo.

¡Verga! ¿Y a mi dedo qué le pasaba? ¡Temblaba como una hoja!

—¡Tú! ¡Grandísimo maricón! —solté—. ¡Mueve ese culo y mete tu narizota en la base de datos hasta que encuentres esas malditas canciones! ¡Para hoy! ¡Tienes dos horas o estás despedido!

—Hey, hey, calma, Webster —intervino Prada—. Hablemos de esto. Primero, bájale dos a la voz.

Sentía una rabia que ni yo mismo entendía. ¿Cómo podía Julián arriesgar todo nuestro negocio por unos cochinos dólares extra? No tenía ni pies ni cabeza.

Me dejé caer en la silla, condenado a aguantar su insufrible presencia por lo que parecía ser una maldita eternidad. En medio de aquel desastre, Prada, el único ser capaz de apaciguar mi agitado espíritu con su voz, emergía como un faro de cordura.

—¿Pa' dónde vergas crees que vas, cabrón? —Julián se había

parado y posicionado para huir, pero Prada lo detuvo *in situ*—. ¡Ja! ¿Pensabas que te ibas a escapar así nomás de la ira de mi socio? Ni de vaina, mi hermano.

—Siéntate ahí y después te largas —le espeté. Luego me volteé hacia Prada—. Mira, hermano, déjame decirte algo: por lo menos la mitad de este lío es culpa tuya por contratar al becerro de tu cuñado —señalé a Julián—. Así que estás tan jodido como yo en este verguero. Además, la unión hace la fuerza, así que tienes que echarme una mano para resolver esto.

Marqué el botón de la recepción en el intercomunicador.

—Issa,dile a Juan José que venga de manera urgente a mi oficina. Él también tiene que lidiar con este embrollo.

—Yo creo que deberíamos mandar a Daniel a la verga — opinó Prada—. Si le devolviéramos esas canciones, ¿no estaríamos admitiendo que se las robamos?

—No necesariamente —respondí—. Podemos decir que fue un error del sistema.

—¿Un error? El CMS no se equivoca, Webster.

—¡Bueno, el nuestro sí, coño! No me voy a poner a discutir por unas putas canciones, Prada.

Volví a mirar a Julián, que había vuelto a apoltronarse en el sillón.

—Necesito que vayas y encuentres esas malditas canciones, es una orden.

—¡No, Julián! —me contradijo Prada, haciéndome encabronar aún más.

—¡Prada, qué vaina te pasa! ¿Acaso quieres joder a esta compañía? ¡Daniel es el mismísimo Satanás, no podemos meternos con ese tipo!

Prada se puso en pie con suspenso y se acercó al escritorio.

—Mira, marrano, apenas le entreguemos esas canciones

a Daniel, estaremos metidos en un verguero de problemas, ¿entiendes? Eso es exactamente lo que él quiere: que admitamos que le robamos las regalías de esas canciones.

Respiré profundo, cerré los ojos por un instante e hice un esfuerzo por pensar. Pero nada, mi mente estaba en blanco.

—Y entonces, ¿qué coño sugieres que hagamos?

Prada volvió lentamente a su asiento, miró a Julián y luego a mí.

—Dejemos que nos demande.

Lo miré fijamente, sin poder creer la vaina que estaba escuchando.

—¿¡Qué!? ¡Tú estás loco!

—No, no estoy loco. Si permitimos que nos demande, iríamos a juicio, pero, justo antes de llegar esa instancia, podríamos llegar a un acuerdo y pagar lo que debemos sin admitir que robamos nada.

En ese mismo segundo, la puerta se abrió de súbito con un estruendo que parecía un estornudo de Diosito, y quedé duro como una estatua. Aquel ruido me asustó más que la vez en que mi mujer me pilló mirando los videos porno de su hermana.

Alcé la vista y mis ojos se encontraron con los de Juan José, nuestro prócer, que llevaba una cara de perro igualita a la de mi mamá cuando me descubría haciendo travesuras de chamaquito. Se paró frente a nosotros y su voz ronca resonó gravemente en la sala, al brillo de sus dientes tan grandes y blancos que parecían un letrero de neón en medio de la noche. Ya estaba enterado de todo el asunto.

—Escuchen, trío de mongolos. Si no resuelven este desmadre de una vez por todas, les juro por la Virgen Santa que los agarro a putazos hasta que lo arreglen.

Comenzó a recorrer lentamente el espacio como un tigre al

acecho, con la cara toda arrugada del enojo que lo atravesaba. Se volteó hacia Julián y le clavó una mirada punzante.

—A ver, tú, ¿qué pasó contigo? ¿No escuchaste cuando Webster dijo claramente que no te metieras con las canciones de Daniel? ¿Qué te picó, aparte de la estupidez?

Prada, el muy pajúo, quiso defender a su cuñado, pero Juan José lo reprendió con dureza. La ansiedad por otra bolsita de coca me cosquilleaba el cuerpo, pero me contuve.

—¡Eres una vergüenza! —seguía gritando mientras le hundía el dedo en el pecho a Julián—. No solo para esta empresa, sino también para tu pobre familia, que de seguro necesita terapia nada más por tener tu sangre en las venas.

Juan se quedó callado por un segundo, respirando como un toro a punto de embestir, y remató:

—Por lo que más quieras, ¡piérdete de mi vista!

Prada le dio una palmadita en la espalda a Julián y le susurró:« Anda, perrito, ve a buscar esas canciones». Y así, con el rabo entre las piernas, el perro faldero se levantó y se fue.

La oficina se sumergió en un silencio incómodo. Juan José ocupó el asiento ahora vacío y me clavó una mirada seria. No tenía ni puñetera idea de cómo arreglar el problema, pero siempre se las daba de sabelotodo.

—No lo puedo creer —dijo más calmado—. Tú, el supuesto presidente de esta mierda, y dejas que pasen estas cosas…

Levanté la mano para frenarlo.

—Mira, Juan. Está claro que no toda esta bronca es culpa mía. O sea…

—¿Ah, no? Si tú, el presidente, no tienes la culpa, entonces, ¿quién vergas la tiene, Webster?

Mis ojos buscaron a mi socio Prada en un santiamén.

—Cálmate, Juan…

—¿Que me calme? ¿Cómo chingados quieres que me calme, cuando ustedes dos, pendejos, manejan una empresa millonaria como si fuera uno de sus estúpidos carros de carrera?

Prada bajó la mirada y comenzó a caminar disimuladamente hacia la puerta, como queriendo escabullirse de la oficina.

—¿Pa´dónde crees que vas? —pregunté, antes de que pudiera dar un paso más.

—Ehh… Yo… Este… —tartamudeaba—. Iba a revisar mi oficina, a ver si de casualidad encuentro el reloj… —soltó la primera excusa que se le ocurrió.

Juan José levantó una ceja.

—¿Qué reloj? —preguntó.

—Un Rolex de oro que me regaló Camila por nuestro aniversario. ¡Lo perdí! —chilló Prada.

—¿Lo perdiste o se lo regalaste a una prosti?

Yo solté una carcajada y la cara de Prada se puso roja.

—¡Que no lo perdí ni lo regalé! ¡Me lo robaron! Y si Camila se entera, me va a cortar los huevos.

—Mira, imbécil —retomé, con una sonrisa burlona—, Camila te va a cortar las bolas cuando sepa que perdiste el trabajo por andar buscando un relojito de mierda. ¿No crees que deberías poner tus prioridades en orden?

Se quedó helado, mirándome con cara de idiota.

—Tú no conoces a Camila, Webster… Me va a matar.

—El que te va a matar soy yo si Néstor o YouTube se enteran del pedo que armó tu cuñadito.

La tensión en la oficina se puso al punto de que dolía respirar. Prada se encogía cada vez más con mis palabras y Juan José observaba el espectáculo con una sonrisa de suficiencia.

De repente, ¡RING, RING, RING!

Mi celular empezó a sonar y miré la pantalla, muerto de

miedo.

Era Néstor White.

8

Las políticas del millón

La cara de muerto de Prada, mi amigo, y Juan José, el viejo que supuestamente me iba a guiar, presagiaba una tormenta sin precedentes en MediaMuv.

Ya no había escapatoria; el huracán Néstor seguía llamando. Sabía que era para hablarme de las canciones de Daniel, y me debatía entre contestar o hacerme el loco. El corazón se me quería salir del pecho. La pantalla arrojaba claramente el nombre de Néstor White junto con su foto de perfil, en la cual se lo veía serio y con el pelo engominado, como acusando con la mirada. Yo sabía para qué me llamaba, pero mi cerebro todavía no había inventado una excusa lo suficientemente buena. Tenía la boca más seca que una toalla olvidada en la playa y el teléfono sonaba incesantemente.

—¿Qué pasa? ¿No vas a contestar? —me preguntó Prada, nervioso.

La angustia me carcomía por dentro. No tenía ni idea de cómo salir de aquel lío. Las palabras se me enredaban en la lengua y lo único que quería era que me tragara la tierra en ese preciso instante.

Solté un suspiro tembloroso y me resolví a enfrentar lo que se escondía detrás de aquella música.

—Néstor, todo tiene una explicación —me atajé.

Hubo un silencio sepulcral en la línea.

—Entonces…, ¿ya lo sabías? —preguntó el gringo, con un tono de sorpresa y decepción.

Me rasqué la cabeza buscando desesperadamente las palabras adecuadas dentro de mi limitado diccionario mental.

—Hermano, ni siquiera sé por dónde empezar a desenredar este embrollo.

—No hace falta que digas nada, Webster.

¡Estaba cagado hasta las patas! Néstor tenía el poder de hacer pedazos nuestro contrato con YouTube y, por culpa del imbécil de Julián, estaba a punto de quedarme sin nada. Una ira abrasadora me invadió, como nunca antes había experimentado. Era la primera vez que me encontraba en una complicación semejante y no tenía ni puñetera idea de si gritar, llorar o echarme a reír. Me sentía como un boxeador grogui tratando en vano de esquivar los golpes que la vida me lanzaba sin piedad, desesperado por encontrar una salida en aquel circo dantesco, sin tropezar más de lo que ya lo había hecho.

—Néstor, te lo juro por mi madre que yo no sabía nada de esto —las palabras me salían eyectadas producto de la berborragia—. Fue una metida de pata increíble.

—Web, escucha…

—Fue uno de mis empleados, pero ya lo tenemos todo controlado. No te…

—¡Webster! —gritó, tan fuerte que casi dejo caer el celular.

Me quedé tieso.

—¿De qué diablos estás hablando? Te llamé para decirte que hay un problema con las pólizas del millón.

—¿¡QUÉ!? —pregunté, completamente perdido.

—¿De qué vaina estabas hablando tú? —retrucó.

Los tres en la oficina nos miramos con los nervios de punta, como si estuviéramos en una montaña rusa a punto de caer en picada.

—Eso significa que…

—Exactamente lo que estás pensando —interrumpió—. Nuestra plata va a estar en cero si no arreglamos este rollo hoy mismo.

Tragué saliva por vez número veinte y no pude evitar recordar la vez en que una serpiente casi me mata a los quince años.

Caminaba por las arenas del desierto de Arizona como Steve Irwin cuando me encontré cara a cara con una serpiente de cascabel Mojave. El calor era tan intenso que parecía inmerso en el infierno de Dante. Intenté retroceder cuidadosamente, pero la muy cabrona no estaba para juegos y, en un pestañeo, se lanzó encima de mí, lista para clavarme los colmillos. Te juro, hermano, que me moví más rápido que el propio Usain Bolt.

Aquella aventura quedó grabada en mi cerebro como un mapa del Subway de Manhattan. Ya habían transcurrido veinte años y aún, cada vez que veía una manguera o una culebra en la tele, se me disparaba el corazón y se me revolvían las tripas. Sin embargo, no había antídoto para el veneno que escondían las últimas palabras de Néstor. Ahí sí que se me revolvió todo por dentro, como si hubiera tragado un costal de serpientes venenosas.

¡Necesitaba otro pase, mi hermano! El sistema CMS siempre tenía algún problema. Si no eran las analíticas de ingresos,era un rollo con los reclamos de canciones. ¡No lo podía creer! ¿Cómo era posible que una empresa tan millonaria como Google, que contaba con los programadores más inteligentes

del mundo, hiciera un sistema tan jodido como aquel? Ni hablar de las políticas, pero, para poder entender lo que era una política del millón, primero había que comprender qué hacía el Content ID. Y déjame decirte, ¡no era tan fácil como parecía, créeme! Te lo explicaré.

Cada vez que un propietario registra su obra musical en el sistema, YouTube le imprime su huella digital para que el Content ID pueda compararla con todos los videos que suben los usuarios a cada minuto, de forma que, cuando el sistema encuentra un vídeo que se parece mucho a la referencia del dueño, el CMS hace un reclamo automático en nombre del propietario.

Ahora, aquí es donde se puso sabroso el asunto. En las oficinas de MoneyTube y YouTube, todo el mundo creía que nosotros teníamos los derechos para monetizar una librería musical de más de 45.000 canciones. Así que, nosotros, más vivos que el hambre, le dimos la orden a MoneyTube de cobrar los ingresos de todos los videos que se les atravesara en el camino. ¡Era como estar en una mina de oro, solo que, en vez de oro, ganábamos puro billete digital!

Néstor andaba preocupado porque aquella cifra de canciones no nos estaba produciendo ni un dólar partido por la mitad, y si no resolvíamos el asunto de las políticas hacia fin de mes, iba a estar más pelado que rodilla de chino. ¿Y mi asesor financiero? ¡Bien, gracias! El muy desgraciado ni me contestaba el teléfono, aunque admito que tenía motivos de sobra para hacerlo. Jamás hacía nada de lo que él me decía y gastaba más que cajero de banco en quincena, mucho más de lo que me ingresaba. De todos modos, eso no quitaba el hecho de que Benicio, mi contador, fuera un santo. Me cobraba casi el triple de lo que me cobraba un buen contador promedio, alegando que yo era

su cliente más necio y que le provocaba más estrés que placer. Pobre hombre. Me acuerdo clarito cómo movía la cabeza al ver las facturas de las tarjetas y que apenas menos del 5% eran gastos legítimos. «Webster, eres un idiota retardado. Tarde o temprano, los puercos del IRS vendrán a hacer una maldita auditoría y, cuando eso pase, estarás metido en un mierdero tan profundo que no podrás nadar pa' salvarte», me advertía el muy desgraciado.

¡Pero a mí qué coño me importaba! Yo regía mi vida según la teoría de las matemáticas del millonario, es decir, si yo ganaba un millón de dólares al mes y Pedro, un ciudadano de clase media, apenas ganaba cinco mil dólares, ¿entonces gastar veinte mil dólares en cualquier verga era para mí lo mismo que para Pedro gastar veinte dolarucos en un pinche capuchino? Todo era cuestión de perspectiva. Mis gastos desmesurados eran solo una gota de agua en el océano, mientras que la billetera de Pedro se sentía mucho más vacía después de su capuchino. En cuestión de malgastar dinero, nadie me ganaba, hermano, ¡nadie!

Tras colgar con Néstor, Prada y yo estábamos incluso más aturdidos que luego del llamado de Daniel. No teníamos idea de cómo solucionar aquella vaina de las políticas; lo que hacía falta era alguien que supiera de esa mierda, ¿me entiendes? Y a Néstor igual le daba. Él pensaba que nosotros, al ser una distribuidora «legítima», debíamos contar con el personal adecuado para lidiar con las susodichas políticas del CMS.

—Y entonces, ¿qué vergas piensas hacer? —me preguntó Juan José, con la curiosidad que lo caracterizaba.

—No tengo ni la más mínima idea —le dije, con una cara de velorio que ni te cuento—, pero si no movemos rápido el culo, Julio será mi último mesen este mundo de la verga.

Juan José respiró profundo, soltando el aire como bestia; y por cómo se plantó en medio de la oficina, supe que se avecinaba un sermón de padre y señor nuestro.

—Ah, claro —comenzó con un tono sarcástico—, ustedes dos están botando a la mierda las oportunidades que les ha dado la vida, par de güevones.

Miró a Prada.

—Tú, peleando por un puto reloj de mierda, y tú, Webster, manejando una empresa sin tener ni puta idea de cómo manejar tu propia vida. Es una vergüenza —sentenció, clavándome la mirada.

¡Se me calentaron los cauchos! Aunque fuera nuestro asesor, ¡no iba a permitir que nadie me hablara así en mi propia oficina!

—¡Juan! Vamos a calmarnos y buscar una solución, ¿te parece?

El tipo se rio en mi cara.

—¿Calmarnos? ¿Mientras ustedes mandan esta empresa a la mierda? ¿Acaso no piensan en toda la gente que depende de este lugar para vivir, maldita sea? ¿No les basta con el riesgo de que los agarren con las manos en la masa? No, en vez de agachar la cabeza, ¡andan por ahí como un par de tontos comprando pendejadas para sentirse más!

Sus palabras me atravesaron como un puñal.

—Y sobre lo del millón —agregó el muy maldito—, mejor contraten a alguien que sepa lo que hace, en vez de seguir metiendo a tantos pendejos como los que ya tienen aquí.

Justo cuando pensé que me iba a terminar de joder, Issa, como un ángel caído del cielo, se asomó a la puerta.

—René Pérez y sus abogados están en la línea. ¿Los pongo en espera o les cambio la cita?

No tenía ni puta idea de quién era René Pérez, pero rápidamente caí en cuenta. Aquella era la excusa perfecta que

necesitaba para salir de ese embrollo. Mi hermanita siempre aparecía justo a tiempo para salvarme el pellejo.

Al ver que debía atender otro asunto, mi asesor se despidió entre disculpas y un abrazo fugaz, y yo, como buen samaritano, prometí controlar a Prada y arreglar el peo con Daniel.

Cuando por fin cerré la puerta, el alma me volvió al cuerpo. «Issa, hermanita, ¡te debo una rumba en Grande!

9

La Ex De Harry Potter

Nueve días después..

Todo empezó con una idea sencilla: ¿Qué tal si ponía mis propios anuncios en todos los vídeos populares de YouTube? De esa forma, podría obtener ingresos de los anuncios que se mostraban en ellos, incluso aunque no fueran de mi propiedad. ¡Ay, papá! Para llevar a cabo ese plan maestro tuve que centrarme completamente en YouTube y poner a Sofi, Melody y Armani en segundo lugar. Mi matrimonio estaba jodido, sí, más jodido que el país, pero no me importaba; prefería ser feliz yo que andar contentando a todo el mundo. Nunca supe cómo encontrar un balance entre el trabajo y mi familia, y, siendo sincero, nadie hubiera podido ayudar a un tipo como yo, que se embolsillaba unos cuantos milloncejos al año y se creía el amo del universo.

Cuando uno tiene billete como para tapizar una pared, todo lo demás vale güevo. Sí, lo sé, era un desconsiderado, ¡pero qué se le va a hacer! Estaba convencido de que la Anaconda y mis propios hijos me guardaban un rencor sin escala.

Mi mente revoloteaba como una mariposa y sentía que me estaba volviendo loco. Primero, el escándalo con Sofi; después, el altercado con Daniel Hernández; y para rematar, el rollo de las políticas del CMS.

¡Era mucho culto para un solo cristiano!

¡Necesitaba una margarita!

Habían pasado ya ocho fatídicos días y yo seguía sin hallar una maldita solución al muerto que me había dejado Néstor.

Eran las siete de la noche de un martes y me encontraba sentado en una mesa VIP del exclusivísimo Clinton's City Hall, acompañado de Prada y Julián, entrevistando a Arthur McQueen, ex empleado de MediaMuv y estudiante excelso de la ASU (universidad estatal de Arizona), quien ostentaba un certificado en las políticas del sistema CMS de YouTube. ¡Vaya currículum!

A Arthur lo apodaban «Harry Potter» por los anteojos gruesos y enormes que llevaba. Medía poco menos de dos metros, tenía unos ojos azules como el océano y su pelo castaño le cubría buena parte de la frente. Era un fumador de primera, y yo estaba seguro de que ya iba por su tercera caja de cigarros.

— Entonces… ¿Te animas? —le dije, pero el carajo me miraba como si yo fuera una cucaracha en su sopa.

Era palpable que todavía me guardaba rencor por aquel pequeño rollo con Leticia, su novia. ¡Pero coño, hermano, pensé que ya habíamos pasado la página!

Leticia fue la asistente personal de Prada durante un tiempo y uno de los mejores polvos que eché en toda mi vida, incluyendo a mi esposa y las prostitutas. Esa mujer llegaba a trabajar con una ropa que provocaba hasta a un cura, y Arthur, el muy cabrón, aún sabiendo lo cerdo que éramos, ni se mosqueaba. «Yo confío en mi conejita», decía el desgraciado. Sin embargo,

cierta noche el destino me sonrió y Leticia decidió hacer horas extras. Nos quedamos solitos en mi despacho, ella llenando unos papeles legales para Prada y yo lidiando con la Anaconda, explicándole por qué no podía acompañarla a cenar. Fue entonces cuando Leticia abrió la puerta de mi oficina y me quedé pasmado, mirándola de arriba abajo. Sus ojos se escondían tras el grueso cristal de unos anteojos considerablemente grandes pero sexys. Su pelo rubio, muy bien recortado alrededor de su cuello, marcaba el inicio de unos senos tungentes talla 34D. La línea de las piernas se interrumpía a la altura de las rodillas por unas calcetas de colegiala que, a su vez, terminaban en el interior de unos tacones rojos de infarto. Era como una actriz porno jugando a la psicóloga, lista para que se lo metan. ¡Dios santo, Leticia!

La vaina es que de allí nos fuimos de cotorreo a un bar y acabamos en su casa porque quedaba más cerca que cualquier motel, tan borrachos que dábamos lástima, aunque de algo me acuerdo clarito: antes de quedarnos dormidos le pedí prestado su cargador porque mi teléfono estaba fundido y la Anaconda me podía llamar en cualquier momento.

A las 5 a.m. me despierta el timbre del teléfono. Lo veo enchufado al lado de la cama, así que me volteo y lo agarro sin ni siquiera ver la pantalla.

—¿Qué pasó? —contesté con mi voz gangosa y somnolienta.

—¿Webster?

—¿Qué pasó?

—¿Porque diablos estas contestando el celular de Leticia?

¡Anda pal carajo! ¡Fue ahí cuando caí en cuenta de que mi iPhone era negro y el que había atendido era blanco! Me levanté, muy asustado, imaginando que el carajo entraría por la puerta en cualquier momento. ¡Los gringos están locos de remate! Le

avisé a Leticia, me vestí en un tris y salí tan rápido como pude de aquel sitio. Ni media palabra más solté y nunca más volví a ver a ninguno de los dos. Él desapareció y ni chance tuve de explicarle que había sido su novia quien nos sedujo tanto a mí como a todos mis amigos. Sí, antes de mí, su bella novia, igualita a Iggy Azalea, ya se había echado al plato a toda la oficina; hasta con Pancho se había liado.

Por esta razón, el muy obstinado solo aceptó reunirse conmigo solo si Julián me acompañaba. Lo cierto era que yo aún tenía mis problemas con Julián, pero su idea de convencer a Harry para que volviera a MediaMuv, quien aún era su amigo, fue una jugada maestra. Por lo tanto, me tocó morderme la lengua y hacer como si nada.

—Bueno, ¿y entonces qué pasó, pues? —me preguntó Arthur, algo desconcertado, evadiéndome.

El pana no podía creer que su amigo Julián hubiera metido la pata hasta el fondo con Daniel Hernández.

Se recostó en la silla, desvió la mirada y le dio una pitada larga al cigarro. Luego me miró con una de esas sonrisas que dicen: «Te odio, pero todo bien».

—Bueno, pana, por lo que me has contado, tú no tienes nada que ver con el peo de Daniel.

El humo le salía por la nariz como una chimenea; jamás había visto a nadie echando humo así desde Tito, allá en Miami.

—Quizás debas ir a conversar con el señor Hernández, pues, pedirle disculpas y eso.

Le di un gustazo a mi margarita; casi me atraganto cuando escuché semejante vaina.

—¿Estás loco o qué? Por nada del mundo daría el brazo a torcer con David. Ni de broma.

—Bueno, tú verás lo que haces —dijo, arrojando un aro de

humo por la boca—. Daniel puede hacer que…

—No me hables de lo que Daniel puede hacer o no —lo frené en seco—. Mejor hablemos de lo que tú puedes resolver con la cuestión de las políticas. ¿te parece?

El tipo arqueó las comisuras levemente.

—Yo puedo resolver un chorro de tus problemas, pero te lo digo clarito, *todo depende de ti*.

—¿Y eso por qué?

No pude evitar verme reflejado en esos lentes grandotes que llevaba puestos. Prada, que hasta ese momento no había soltado ni pío, me miró y luego agachó la cabeza para ver el celular. Comenzó a escribir atolondradamente, como si se hubiera metido tres gramos de perico.

—¿Y a ti qué bicho te picó? —pregunté.

—Los ingresos de hoy cayeron un 46% —me respondió, sin levantar la vista.

Me recorrió un escalofrío y sentí que me hundía en el asiento. El muy desgraciado de Arthur parecía estar disfrutando de lo lindo con mi angustia y eso me emputaba más todavía. Julián, por su parte, me miraba como perro regañado, mudo, y me ponía los nervios de punta más aún.

El humo del cigarro de Harry Potter impregnaba el aire a nuestro alrededor como una nube de malos augurios, y no podía dejar de pensar en qué había querido decir.

Respiré profundo, puse los codos sobre la mesa y clavé mis ojos en los suyos, como retándolo.

—A ver cabrón, ¿qué es lo que quieres?

El carajo bajó la mirada con una sonrisita siniestra, acariciándose la barbita como si tramara algo bien turbio.

—El 10% de todos los ingresos de MediaMuv y…

—¡Tú estás pendejo!

Pegué un salto de la silla, con la cara más roja que un ají, mientras el muy cínico permanecía sentado, mirándome, sin inmutarse.

—Jamás dejaría que un hijo de la gran puta como tú tuviera acciones en MediaMuv.

Tomé una servilleta para limpiarme la boca, le hice señas a Julián para que pidiera la cuenta y empecé a largarme, pero el perro me detuvo.

—Estamos a mano.

Me volteé para verlo, con Prada y Julián parados detrás de mí.

—¿Cómo que a mano? —le pregunté sin dar un paso más, confundido.

—Dije que estamos a mano —repitió Harry Potter.

—¿A mano en qué sentido?

—Jodiste mi relación. Yo jodí tu compañía.

Quedé estupefacto. Me tomé unos segundos y continué.

—MediaMuv no está jodida, Arthur. ¡Tu vida es la que está jodida! Si yo fuera tú, ya me habría hecho exámenes de gonorrea, porque esa perrita tuya se comió más de una sola verga en MediaMuv.

El cabrón sonrió y se paró.

—Eres un cerdo, Webster. ¡Me necesitas! ¡Sin mí, MediaMuv se va pa' lamierda!

—Prefiero comerme mi propia mierda antes que darte un pedazo de mi empresa.

—Entonces vete pa' tu casa, métete en el closet y escoge tu mejor traje negro, porque se viene un velorio.

Di un paso al frente, acercándome más a él, pero me detuve abruptamente. Miré a mi alrededor y noté que todos en el restaurante nos observaban con curiosidad, como si fuéramos

un espectáculo de circo. Volví a mirarlo y sonreí con sorna. Ese payaso no tenía ni idea de con quién estaba tratando.

¿Acaso no sabía que yo era Webster, el mágico, el increíble, el inigualable? ¿Acaso olvidó que había conseguido una herramienta de Youtube que nadie en este mundo podía obtener, a menos que fueras un pez gordo de Warner Music o Universal? Harry sabía que nadie se atrevía a enfrentar a un león como Néstor White. ¡Había logrado hazañas que casi nadie hubiera logrado! ¿Y este cabrón pensaba que podía manipularme con sus patéticas amenazas?

—¿Crees que me conoces? —dije, tras una pausa.

—He leído lo suficiente sobre ti —me respondió, con el pecho inflado de ego.

—¿Sabes cuánto he leído yo sobre ti? Nada, absolutamente nada. No eres más que un don nadie —di un paso atrás y le lancé una mirada desafiante—. Te aconsejo que a tu próxima novia la mantengas bien lejos de mí, si sabes lo que te conviene.

La piel de su cara enrojeció de rabia. «¡Hijo de puta!», me gritó, al mismo tiempo que se lanzaba hacia mí con la intención de estrangularme. Pero Prada, mi fiel escudero, entró al rescate propinándole un certero puñetazo en la boca que lo hizo retroceder tambaleante. Julián, siempre prudente, me tomó por el brazo y me sugirió que nos marcháramos, una idea que me pareció de lo más sensata en ese momento.

Mientras nos alejábamos de la mesa en dirección al baño, la incertidumbre acerca del futuro de mi empresa me daba vueltas en la cabeza y me abrumaba. ¿Lograríamos evitar irnos a la ruina? Nuestros ingresos habían caído un 46% y ya no sabía qué más hacer. Nuestra única esperanza, Arthur, había quedado atrás, con la boca ensangrentada. Estábamos jodidos.

De repente, mi celular empezó a vibrar y reparé en que tenía

llamadas perdidas y mensajes de la Anaconda, mi querida y dulce esposa, los cuales me recordaban que, al día siguiente, a las diez de la mañana, teníamos la primera sesión de terapia de pareja. Solo de pensarlo, sentí como si alguien estuviera dándome martillazos en el cráneo. Intenté calmar mi respiración, pero era tan inútil como querer apagar un incendio con un soplador de hojas, así que me acomodé la camisa y salí del baño.

Al doblar la esquina hacia el bar del restaurante, me quedé petrificado. Allí, sentada a solas, estaba ella.

Quedé loco.

Se veía hermosa con ese martini en la mano y su cuerpazo que podía revivir a una verga muerta…

10

La prosti-amante

Déjame contarte un cuento, que no tiene nada que ver con YouTube ni con mi querida mujer, sino con una linda hembra llamada Sonia.

Lo que pasó esa noche, después de la reunión con el cabrón de Harry Potter, fue una locura que cambió mi vida para siempre. Apenas la vi, me acerqué a la barra y pedí una copa de vino para hacerme el interesante. En ese momento, solo podía ver su espalda, y me preguntaba si se acordaría de mí.

El mesero me trajo la copa y, en ese preciso instante, ella se volteó, dejándome atontado. Sonia, como le decían a esa mujer, era una verdadera belleza, una diosa de piel canela y cabello negro con tremendo cuerpazo, capaz de provocar que hasta el carajo más pendejo hiciera las pendejadas más grandes.

Sonia no era una meretriz cualquiera; era lo que yo llamaba una prosti-amante. Para acostarse con un hombre, primero debía gustarle; si no, lo mandaba al diablo sin importar cuánta plata tuviera. Quizás el amor era una excusa para justificar la prostitución, pero reconozco que cuando supe que para gozar de sus servicios había que conquistarla, se volvió todo un desafío

para mí, aunque nunca había sido cliente ni pensaba serlo. Ahí estaba yo, con otra copa de cabernet en la mano, echándole un ojo a ese mujerón. ¿Acercarme? ¡Ni loco! Me quedé clavado en mi silla, observándola como un cazador a su presa. Los tipos se le acercaban como moscas a la miel, pero ella los espantaba con una sonrisa encantadora y pocas palabras.

Para algunos, ser rechazado por Sonia era como ganarse un trofeo. ¡La tipa estaba buenísima, hermano!

De repente, nuestros ojos se encontraron y casi derramo el vino de los nervios. Pagué mi cuenta y fui a sentarme a su lado en el mostrador de la barra. Con la garganta hecha un nudo y el miedo al rechazo atormentándome, tomé un sorbo de vino para juntar valor. Ella estaba concentrada en su bistec.

—¿Dónde has estado todos estos años?

Se lamió los labios y me miró con esos ojos de miel, brillantes como diamantes amarillos, que contrastaban con mi incipiente rubor.

—Yo esperaba una frase mucho mejor de un compositor de canciones como tú —me dijo, con una sonrisa burlona.

Sonia era amiga de mi querida esposa, ¿recordé mencionarlo? Me quedé sin palabras, boqueando como un idiota. ¡Anaconda! Odiaba que le contara todo a sus amigas. Sin embargo, hermano, ¡la tipa se acordaba de mí!

—Disculpa —solté, con la voz temblorosa y el corazón en la garganta. Las palabras se me atropellaban en la lengua y sentía que me ahogaba en mi propio miedo—. No sabía qué más decir. Tenía miedo de que no me recordaras.

—Pero, mi amor, ¿cómo no voy a recordar al mismísimo Webster Batista, el flamante esposo de Sofía?

La sonrisa le seguía bailando en los labios. ¡Coño, Webster! ¿Por qué había soltado semejante güevonada? De esa forma,

la había obligado a mencionar a la jodida Anaconda, por ende, si quería tener una mínima chance con Sonia esa noche, debía actuar rápido y llevar la conversación a un terreno más interesante. El reloj corría y tenía que demostrar de qué estaba hecho el señor Webster.

—Mejor hablemos de ti.

Ella ladeó su cabeza y me miró con una mezcla de curiosidad y picardía.

—¿Qué es lo que buscas, Webster?

La forma en que sus delicadas manos danzaban en el aire y en que se mordía suavemente sus carnosos labios de vez en cuando me enloquecía.

—Encontrarte aquí…, ¿no será mucha casualidad? ¿Acaso me estás espiando? —pregunté, enarcando una ceja.

—¿Espiando? No, para nada. ¿Y tú? —respondió con un tono juguetón.

Compré unos segundos para pensar pidiendo otra copa de vino.

—No creo en las coincidencias…, al menos no en las amorosas.

—¿Y qué coincidencia acaba de enamorarte? —preguntó, acercándose sutilmente.

—Sonia.

—¿Disculpa?

—Tu nombre es Sonia.

—Mi nombre es Sarah.

—Entonces debes tener una hermana llamada Sonia.

—Soy hija única. Jamás he sabido de una hermana —afirmó.

—Está bien, Sarah —concedí, saboreando su nombre. Sarah era el seudónimo que usaba en horas de trabajo.

Bebió de su trago, apoyó un codo en la barra y acarició su

barbilla.

—La conversación se pone interesante. A ver, dime, ¿qué es lo que quieres?

—¿Dónde has estado toda mi vida? —solté nuevamente, mirándola a los ojos.

Ella estalló en carcajadas, partiéndose de la risa. Yo miré alrededor; me sentía como un payaso en medio de su acto.

—¿Te causo gracia? —le espeté.

Ella tragó saliva y se cubrió la boca con una mano.

—Discúlpame, es que dices unas cosas tan…

—Mejor me voy —la corté, poniéndome de pie bruscamente y haciendo señas al camarero para que me trajera la cuenta, pero ella me detuvo.

—Espera —sus ojos se clavaron en los míos—. ¿Quieres contratarme?

—Pero tú no eres Sonia.

—Me alegra que al fin concordemos en algo.

—¿Me regalas tu número?

—¿Eso es todo lo que quieres de mí? ¿Mi número?

Su pregunta me dejó perplejo.

—¿Qué tal tu hermano menor? —continuó.

—Mi único hermano falleció hace años.

—Qué lástima. Él ya me tendría desnuda en su cama a estas alturas.

—¿Estás jugando conmigo?

—Yo no juego con nadie.

—¿Me acompañas a cenar?

—Acabo de comer.

—Mañana entonces.

—Estaré ocupada.

—¿Entonces…?

—Si tienes tanta hambre —se apuró a dar el último sorbo de su trago—, ¿por qué no cenamos en tu oficina? Serán seis mil por noche.

—¿Por qué en mi oficina? —pregunté, intrigado.

—Tu esposa me ha hablado maravillas de ese lugar. Me dejó con ganas de conocerlo.

Mis ojos brillaron de emoción. Internamente agradecí a la Anaconda por presumirle MediaMuv a sus amigas prostitutas.

—Pero si te voy a pagar seis mil por una noche, primero deberíamos divertirnos un rato, ¿no crees?

—¿En qué sentido?

—Primero vayamos al infierno.

—¿Infierno?

—Tú acompáñame. Te fascinará.

Ella me dedicó una sonrisa cómplice que no dejaba lugar a dudas: estaba dispuesta a todo por irse conmigo.

—Espérame afuera —susurró.

Me quedé mirando cómo se dirigía al baño cotoneando las caderas. Simplemente, no lo podía creer. Moría por llamar a mis amigos para que me entregaran mi estatuilla de macho Alfa estrella.

Entre mis panas y yo, al igual que un grupo de niños con más dinero que cerebro, habíamos inventado un juego al que llamábamos «el juego de las estrellas». La vaina consistía en que el que se acostara con la hembra más buena se llevaba un premio, ¿me explico? Y para que veas que la cosa iba en serio, hasta le dábamos una estatuilla con diez estrellas, ceremonia en la oficina de por medio. Claro, las estrellas eran pura paja, pero servían para ver quién la tenía más grande; y déjame decirte que si yo me liaba con Sonia, me iba a convertir en el primer ganador de las diez estrellas.

Ya sé lo que estarás pensando: que éramos unos idiotas sin oficio. Y sí, mi hermano, pero cuando tienes una bola de billete y no sabes qué hacer con ella, te pones a inventar güevonadas. Así de sencillo.

En eso, la Anaconda me volvió a llamar. La noche ni había empezado y ya la detective me estaba explotando el teléfono.

Guardé el celular y respiré aliviado cuando el bartender me devolvió la tarjeta. Esa vez usé una que estaba a nombre de mi santa madre para evitar otro desastre en casa. Le di las gracias al tipo y salí de ese antro.

11

Pericristo

A las diez en punto de la noche, con la puntualidad de un reloj suizo, mi «carruaje de la Realeza» se detuvo frente a aquel antro llamado Mr. Bowling. ¡Qué nombre tan estupido! En el estacionamiento, cinco cochinadas con ruedas hacían compañía a un letrero de neón epiléptico que daba la bienvenida. Desde el interior de mi limusina, podía ver que adentro estaba más oscuro que el futuro de Haiti y tan olvidado como las promesas de un presidente. Sonia, mi acompañante, alzó una ceja y miró alrededor como buscando la cámara oculta de un programa de entretenimiento. Cuando le ofrecí mi mano para salir, me la rechazó como si tuviera lepra.

—¿Qué pasó, mi amor? —pregunté, galante.

—¿Me trajiste a jugar boliche? ¿En serio?

—¿Qué tiene de malo? ¿No te gusta?

—Sí,pero recuerda que no me estás pagando para eso.

—Te pago por la noche complete, reina. Si quiero gastarla tirando bolas en un lugar de mala muerte, ¡pues eso haremos! —la miré fijo y volví a extender la mano—. ¿Vamos o qué?

Suspiró, claramente disgustada con la idea, y terminó

tomando mi mano a regañadientes.

Si Sonia solo se acostaba con los clientes que le gustaban, entonces yo, sin lugar a dudas, debía estar en su top 5: ninguna prepago de su nivel hubiera entrado a Mr. Bowling sin hacer un escándalo antes. Caminamos hacia la puerta y, justo cuando íbamos a entrar, vimos el cartel de «No pasar» pegado al vidrio. Saqué mi celular y escribí un mensaje: «Alfa Pecho de Oro». Lo guardé y miré a mi princesa, que estaba a punto de agarrar su cartera Gucci y salir corriendo. Pocos segundos después, del interior del antro salieron dos tipos que hacían ver a La Roca como un fideo. Uno de los grandulones me sonrió.

—¡Yenddi, mi brother!

Me abrazó cálidamente y me pidió que lo acompañara, ignorando a Sonia por completo, gesto que no pasó por alto en absoluto, así que tuve que explicarle que lo hacían por respeto a mí.

Hicimos el ingreso a esa boca de lobo y fuimos conducidos por un largo pasillo. Hacia el final, nos esperaba un ascensor automático, de esos que te llevan a las entrañas exclusivas de la alta sociedad.

—¡Yenddi, mi amor!

Al salir, nos recibió mi amigo Maneli, a quien apodábamos «El Águila». Era un griego con pinta de Joe Pesci, uno de los ladrones de de *Mi pobre angelito*: metro y medio de pura grasa, una calva que brillaba más que bombillo de cien vatios y un diente de oro que te encandilaba cada vez que sonreía.

—¿Cómo estás, papi? —me saludó con una sonrisita pícara, mientras le echaba un ojo a Sonia de arriba abajo—. ¡No me habías dicho que tenías una amiga nueva!

—¡Qué bueno verte, Maneli! ¿Cómo te ha ido?

—No mejor que a ti, papito —dijo el muy jodío, apretando los

labios y mirando a mi chica nuevamente—. Ven, que ya tengo tu mesa lista.

Procedió a guiarnos por otro pasillo, más alumbrado que el primero, y la cara de Sonia cambió drásticamente al verlo. Unos treinta metros de profundidad eran delimitados por paredes carmesí que exhibían cuadros de santos a cada lado, mirando como jueces del bien y del mal. Para alguien religioso, aquello era una blasfemia. El que más llamó mi atención fue el de San Miguel, quien, con su espada en alto, parecía listo para mandarnos al infierno de un putazo.

Avanzamos unos tres metros y mis ojos se clavaron en una pintura de la Virgen María. Tenía un semblante triste, como si quisiera llorar por la profanación de su imagen en ese pandemonio.

Y ahí estábamos, respirando un aire que apestaba a tragos y cigarro, adentrándonos en el corazón de aquel club clandestino, donde la música a todo volumen y las risas se burlaban de la solemnidad de los santos. ¡Dios me perdone!

«Bienvenidos a El Infierno», rezaba un letrero en la puerta que daba entrada a un bar. Apenas ingresamos, me sentí como en la cueva del mismísimo Drácula. La música electrónica nos golpeó el pecho con su bajo a tope y las luces láser por poco nos cegan. Había un gentío que me dejó boquiabierto y, a pesar de que había meseras bailando encueradas encima de la barra, no podía quitarle los ojos de encima a Sonia, quien estaba más impactada que yo.

En la pista, las gringas movían las nalgas al ritmo de Deadmau5, un DJ famoso que usa una máscara de ratón igualita a la de Mickey. ¡Me encantaba ese ambiente de El Infierno! En especial, el servicio de El Águila.

Los dos grandulones nos llevaron a nuestra mesa, donde

nos recibieron dos gemelitas pelirrojas que parecían niñas de quince.

—¿Qué quieres tomar? —le pregunté a Sonia.

—Por esta noche, te pertenezco por completo. Tomaré veneno si eso te causa placer —me respondió la hembra, ¿puedes creer?

Ordené una botella de Macallan de treinta años para mí y un martini para mi prosti-amante.

—¿Te gusta el ambiente, mi reina?

—Está bien, muy diferente a lo que suelo experimentar.

—Me alegro, porque todo lo que haremos esta noche será diferente a lo que sueles experimentar, te lo juro —dije con una sonrisa picarona.

De pronto, me miró seriamente.

—¿Por qué yo? Es porque soy conocida de tu esposa, ¿cierto?

Justo cuando estaba a punto de responder, la Anaconda, otra vez, me llamó al celular. Sentí un calambre en las piernas y las manos me sudaban del miedo. Decidí apagarlo rápidamente e invité a Sonia a bailar a la pista, eludiendo su pregunta.

El puto Deadmau5 estaba explotando las bocinas y hacía que Sonia se prendiera más que un fuego artificial. Mientras disfrutaba de esas caderas de sirena, le hice una seña a mi pana El Águila y le pedí que me consiguiera el mejor LSD que pudiera encontrar. Él conocía al tipo perfecto.

Quince minutos después, volvimos a nuestra mesa, e inmediatamente se acercó un sujeto que, según él, se llamaba Pericristo y era mensajero de El Águila. Ese carajo parecía atrapado en una cápsula del tiempo. El pelo, castaño con reflejos dorados, le caía hasta los hombros, y vestía un atuendo hippie que pensé que ya no existía. Llevaba una camisa en tonos azules que ondeaba alrededor de su cuerpo como una nube psicodélica y unos

pantalones desgastados con un mosaico de colores que parecían estar en su propio trip. Sarah casi se desternilla de la risa cuando vio sus sandalias gastadas. Y no te pierdas los accesorios: un colorido cordón alrededor del cuello y una miríada de pulseras de conchas, cuentas y cuero en las muñecas. Definitivamente, el tipo irradiaba una vibra bohemia que lo hacía parecer recién salido de Woodstock.

Su nombre, una conjugación de «perico» y «Jesucristo», dejaba insinuar que era el mismísimo dios de la coca, ¡el salvador del perico en aquel antro infernal! Aunque, para serte sincero, su look lo hacía ver más como el consumidor que como el vendedor, ¿me entiendes?

Nos pidió que lo acompañáramos al despacho de El Águila y lo seguimos a lo largo de otro pasillo más oscuro que mi conciencia. La música retumbaba y hacía vibrar las paredes que, junto con las luces estroboscópicas, mareaban y volvían infernal el ambiente. Finalmente, llegamos a un cuartico en el que había mujeres en pelotas empacando billete en cajas de cartón.

—Bienvenido, amor —me recibió El Águila, fumando un tabacote.

—¿Y por qué las mujeres están desnudas?

El tipo se volteó a mirarlas y después me sonrió con una malicia que si te cuento.

—Pa' que no me roben, marica, ¿tú qué crees?

« Coño, tiene sentido la vaina», pensé.

Pericristo buscó un maletín y lo colocó encima de una mesa.

—Webster, mi amor, un poco de sabor a nuestra noche no nos haría daño —me susurró la jodía con un brillo travieso en los ojos mientras paseaba sus dedos por mi brazo.

—Esto —soltó Pericristo—, estimados, es el *maletín alucín*.

Abrió el portafolio y dejó ver todo lo que había dentro.

¡Parecía una joya de la corona! El cuero del interior era suave y aterciopelado, y guardado en él había un catálogo de ácidos LSD similar a un arcoíris psicodélico, desde ositos de colores hasta pastillas y hongos alucinógenos. ¡Ese maletín era el sueño húmedo de cualquier hippie!

Pericristo me gritó por encima de la música.

—¡Webster! El Águila me dijo que eras el tipo indicado para esta rumba. Tengo la poción perfecta para que esta noche sea de otro planeta.

—Mira, yo no suelo meterme en estos rollos raros, pero a ver, sorpréndeme.

¿A quién quería engañar? Todo el mundo sabía que Webster Batista, el Capo de Youtube, se metía hasta el cloro si se lo ofrecían.

El pana alzó una bolsa hermética con dos pastillas de color azul cielo y nos dio una a mí y otra a Sonia, respectivamente.

Pocos minutos después de haber ingerido las pastillas, aún no sentíamos ni un miserable efecto. Sonia miró a Pericristo.

—¿Cuánto tiempo tarda en hacer efecto?

—Dale tiempo, salgan y diviértanse —soltó el pana, todo relajado.

—¿Cuánto te debemos? —pregunté.

—El águila ya pagó, ustedes disfruten el viaje.

Salimos de aquel recinto y a pocos metros sucedió lo inesperado. Me detuve en seco en medio del pasillo como si me hubieran metido un coñazo, aturdido por la música. El rostro de Sonia se retorcía y distorsionaba; las paredes se cerraban sobre mí; el suelo era una piscina de petróleo y el techo se derrumbaba como en un temblor.

—¡Sarah! ¿¡Qué coño está pasando!?

La oía reír y su risa me parecía diabólica.

—Tú querías esto, Webster. Querías escapar, pues.

Me tambaleé hacia la puerta como un borracho en plena resaca, pero era cada paso era una lucha contra fuerzas invisibles.

—¡Déjame salir, hijo de la gran puta! —suplicaba, con una desesperación que resonaba en mis propios oídos.

Las carcajadas de Sonia se convirtieron en un gemido aterrador. Comencé a arañar las paredes mientras mi corazón latía con más fuerza que nunca, como si quisiera escapar de mi pecho.

—¡Por favor, haz que esta vaina pare, coñazo!

Mi cuerpo temblaba de miedo y todo a mi alrededor giraba velozmente. La música me llegaba como una orquesta de susurros siniestros y satánicos.

—¡Pericristo! ¿Qué demonios me diste? ¿Burundanga o qué coño? —bramé por encima del caos mientras luchaba contra los efectos de aquella maldita droga que nunca debí haber probado.

—¡Webster, párate ahí! Esto es puro invento de tu mente, te estás volviendo loco.

La voz de Sonia atravesó mi confusión, anclándome en medio de aquella pesadilla alucinógena, ese espacio distorsionado que giraba y se retorcía, y empecé a reír a carcajadas de manera incontrolable y grotesca. Me tomó de la mano y me arrastró hasta la mesa.

Ya sentado, miré el reloj. ¿Qué coño había pasado? ¿Cómo era posible que solo un par de minutos hubieran pasado? Miré a Sonia, quien seguía fresca como una lechuga.

—No joda, ¿cómo es que no te afectó? —le pregunté mientras intentaba controlar mi respiración—. Creo que ya tuve suficientes vainas nuevas por esta noche —logré decir.

Las alucinaciones lentamente se desvanecían y lo único

que quería era llegar a mi oficina y comerme ese postre de mujer, después de tremenda noche de locos. Sonia seguía empinándose el vodka como si fuera agua, porque por lo visto los estupefacientes no le hacían ni cosquillas. Yo me bajé el Macallan de un jalón y ella se puso de pie y comenzó a bailar delante de mí. Me clavó una mirada irresistible, a la vez que me llamaba con el dedo, e inevitablemente saqué mi bolsita de coca y aspiré un pase. Entonces la bicha se acercó sensualmente y comenzó a darme unos besos que me dejaron en la lona. ¡Parecían el fin del mundo! ¡Por poco me hace venir sin siquiera ponerme una mano encima! Debía ser que los alucinógenos me tenían el cuerpo alborotado. De cualquier forma, yo ya estaba listo para la acción y ella lo sabía muy bien, así que la agarré de la mano y nos fuimos derechito a mi oficina. Y ahí fue donde la cagué.

12

Los tres chiflados

—¡Llévanos a la ofi, Gumpy!

A las cuatro de la mañana nos subimos a mi limusina. Saqué la bolsa de perico y le pedí a Gumpy que pusiera la música a todo volumen. Sonaba «Ya me acostumbré», de Arcángel. Por un instante, cerré los ojos y me dejé llevar.

¡Coño, sentía ese bajo retumbándome desde las patas hasta las tripas! Sonreí porque en ese momento me sentí algo así como completo, ¿sabes? Quién sabe si por lo que había pasado dentro de El Infierno o porque estaba sintiendo una nota de lo más exquisita. *¡La verdad es que el tiempo que uno goza es el tiempo que de verdad se vive!*

Un ratico después, Sonia me insistió para que nos echáramos más pepas, pero esa vez me opuse.

—¡No, mamita, así estamos bien!

Pero la loca decidió más bien jalar otra línea de coca, la quinta en apenas diez minutos. ¡Y eso sin contar toda la que ya se había metido y las pepas que aún no le habían hecho efecto! Debí atener el hígado como una piedra, porque nunca había visto a una jeva aguantar tanta mierda en el cuerpo. Yo la miraba y no

podía contener la risa, ¡esa vaina era muy loca!

—¿Estás dispuesto a dejar todo por mí? —lanzó de repente.

—¡Claro que sí, mamita! —solté, sin pensarlo dos veces.

—¿Me amas?

—¡Sí!

Entonces se mordió esos labios, se me arrimó y me plantó un beso tremendo…¡mientras me pasaba su mano por adentro del pantalón!

Rápidamente le subí el vestido y la empecé a tocar. No llevaba ropa interior, hermano, y estaba húmeda. Me sentía completamente excitado. Sin embargo, inesperadamente se detuvo. Se alejó de mi boca, retiró su mano de mi pantalón, se bajó el vestido y se sentó erguida en el asiento, mirando hacia afuera. Y así, se desvaneció la expectación en el aire, como un globo que pierde el aire poco a poco. Yo estaba confundido.

—¿Todo bien, mi reina?

La bicha se quedó callada como momia.

—¿Sonia?

Me miró y esbozó una sonrisita de lástima, de esas que te hacen sentir como un maldito miserable.

—Todo bien, mi amor —dijo—. Es que estoy tan caliente que casi me meo encima. ¿Falta mucho para llegar a tu oficina o qué?

Apoyé mi mano en su muslo y la miré fijamente.

—Ya llegamos, mamita.

La limusina se frenó justo enfrente de MediaMuv y entramos corriendo como dos carajitos, riendo como dos drogadictos. La jeva se metió al baño mientras yo preparaba mi despacho para el gran cierre de la noche. Apagué las luces, prendí unas velas y puse a sonar *Earned it* de The Weeknd, como en *Cincuenta sombras de Grey*. El escenario estaba preparado para la pasión,

cuando una nueva llamada de la Anaconda ingresó a mi celular. Cada vez que estaba a punto de pegarle los cachos, la bruja se lo sospechaba como por arte de magia.

¡Su intuición era infalible! ¡No había un solo momento perfecto en mi vida! Seguro llamaba para recordarme la cita con el terapeuta de pareja. ¿¡Por qué tuve que sugerir ir a un loquero!?

Eran las cinco pasadas de la mañana y ahí estaba yo, con el sol entrando por la ventana mientras mis dedos jugaban al béisbol con las llamadas de mi esposa, y Sonia que llevaba más tiempo en el baño que Fidel Castro en el poder. Mi paciencia colmó un límite, así que decidí ir a investigar qué vaina pasaba.

Golpeé la puerta del baño con delicadeza.

—¿Sonia?

Silencio. La intriga me estaba matando. Pegué el oído a la puerta para ver si alcanzaba a escuchar algo.

—¡Sonia! —volví a llamar levantando la voz, pero nada—.

¡SONIA!

El eco de mi voz rebotó en las paredes como una pelotica de goma. Aquello ya parecía un chiste malo. ¿Se habría quedado dormida? Mi gran dilema era si entrar o no.

—¿¡Estás bien, mi amor!?

Un nuevo silencio marcó la hora de la verdad e ingresé al baño dando un portazo desesperado.

Ahí estaba mi Sonia, pero no era ella; era una masa rígida que yacía en el piso, inmóvil, con la mirada ida. Me paralicé, quedando sin reacción. Por un segundo pensé en tomarle una foto y enviarla al grupo de WhatsApp de mis amigos, pero algo me frenó. Verla así, hecha un despojo humano, me puso la piel de gallina.

—¿Sonia? —la llamé, pero seguía inerte.

Algo no cuadraba en ese rompecabezas, y la angustia empezó a trepar por mi espalda como una araña. Algo bien raro estaba ocurriendo. Me acerqué a su nariz… y por poco se me hela la sangre. Ni un soplo de aire. Busqué su pulso como un atolondrado, con el corazón en la garganta, solo para descubrir que no tenía. Intenté alzarla para llevarla a mi oficina, pero el peso muerto me lo hizo imposible. Estaba perdido, sin idea alguna de qué hacer, y mi mente era una proyección caótica de los mil y un desenlaces que aquello pudiere tener. Temía que me inculparan de asesinato si llamaba al 911, aunque juro por mi mamá que no lo hice. Asimismo, tampoco hacía falta ser un profesor de Harvard para saber que alucinógenos más un litro de vodka y dos gramos de perico son igual a fiesta en el más allá. ¿Por qué a mí siempre me pasaban esas cosas?

Intenté reanimarla nuevamente, pero Sonia estaba más ida que el internet de Cuba. Coño, estaba metío en un lío bien serio. Todo apuntaba a que yo la había mandado a entregarle cuentas a San Pedro.

Tomé el celular y marqué a Prada desesperadamente, el único capaz de resolver ese tipo de asuntos. Resultó que el bicho estaba en tremenda rumba con su cuñado Julián y unas hembras que había ligado por Tinder. De todas formas, le solté mi rollo y los muy desgraciados se echaron a reír como si les hubiera contado un chiste. ¡Hasta me pidieron que les mandara un video para seguir riendo! Yo enrojecí de cólera, y tras echar múltiples improperios, por fin los convencí de que la vaina iba en serio.

«Amor, tengo un problemita en la oficina, llegaré tarde a casa. Te quiero <3», le escribí a mi esposa. Realmente no esperaba que me creyera, pero tenía que probar.

Faltaban veinte minutos para las seis y yo estaba lidiando con una resaca mortal, a la vez que sentía que estaba enloqueciendo

porque había una mujer muerta en mi baño. Instantes después, llegaron Julián y Prada, con las narices más coloradas que un payaso después de tantos pases de perico. Los ojos de Prada estaban desorbitados y movía la mandíbula de un lado a otro como si intentara morderse las orejas. Yo estaba acostado en el sillón.

—¿Dónde está? — me preguntó, dándome un toquecito en el hombro.

Les señalé el baño con el dedo y salieron disparados.

—¡Verrrrgaaaa! —gritaron al unísono.

Prada regresó con la cara pálida, aterrado, y yo me levanté para verlo mejor.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó al aire.

Tomó una bocanada de aire y se desplomó en el sofá. El pánico se manifestaba en su rostro, pero no más que a mí.

—Tengo un plan —dijo Julián. Prada y yo nos miramos, pues sabíamos que sus planes siempre terminaban en desastre—. Tenemos que sacarla de aquí cuanto antes.

—¿Ese es tu gran plan, genio? ¿Sacarla de aquí? —lanzó Prada, con sorna—. A menos que quieras que Webster cargue con el muerto literalmente, yo sugiero que le hablemos a Erik. Él es nuestro abogado y nos sabrá asesorar.

—Bueno, si de esas vamos, hablemos con Juan José entonces —replicó Julián.

—¡Tú estás loco! —bramó Prada—. Si Juan José ve este desastre, te aseguro que terminaremos haciéndole compañía a la muertita del baño.

—¿Entonces qué propones, míster inteligente? Yo opino que…

—No la vamos a sacar de aquí y punto —lo interrumpió Prada—. Creo que lo primero es mantener la calma y…

—Tu alfombra —intervine, volteando a ver a Prada—. Busca la alfombra de tu oficina y tráela.

Prada me miró perplejo.

—¿Y eso pa' qué?

—La envolvemos en la alfombra y la llevamos lejos de aquí.

—¿Estás hablando en serio?

—Muy en serio.

—¡Tú también perdiste la cabeza!

—Si nos descubren con un muerto en la oficina, nos lleva quien nos trajo.

—Webster, piénsalo bien, podemos…

—¡No hay de otra!

—Claro que sí hay…

—¡Trae la maldita alfombra! —ordené, echándole la mirada más seria que le he echado a alguien en mi vida.

Prada se quedó callado por un instante.

—Yo no pienso ir preso por esta pendejada —soltó tras procesar mis palabras.

Julián, por su parte, me miró con orgullo. Por primera vez en la historia, su plan no sonaba tan descabellado.

—Tú —ladré—, ayúdame a sacar a la muerta del baño.

Nos dirigimos al baño y nos quedamos parados mirando fijamente el cuerpo de Sonia, tieso como una tabla. Aún no podía creer que aquello estuviera sucediendo. No era la policía lo que me preocupaba realmente, sino más bien mi mujer. Prefería mil veces enfrentarme a un juez que tener que explicarle a mi fiera adorada por qué había una prostituta muerta en mi oficina.

—Agárrale las patas —soltó Julián.

Me agaché, le sujeté los pies y miré a Prada

—¿No piensas ayudar, cabrón?

—Ya va —dijo volviendo en sí.

Acomodamos el cadáver sobre el tapiz, lo envolvimos con cuidado y lo llevamos hasta el estacionamiento de la oficina, donde lo guardamos dentro del auto de Julián. Antes de cerrar el maletero, me quedé observando aquella imagen, y fue entonces que pude comprender por qué Prada había estado tan reticente a prestar su alfombra para envolver a Sonia. ¡Aquella vaina le había costado veintitrés mil dólares!

El motor rugió como un tigre y, como un mal presagio, la canción *Locked Up* de Akon explotó a todo volumen, pero Julián apagó esa vaina rapidito.

* * *

Aceleramos por la autopista y tomamos la salida 56 rumbo al desierto de Sonora, adentrándonos de lleno en esa naturaleza salvaje y desconocida.

—¡Esto no pinta nada bien! —exclamó Prada.

—¿Qué estás diciendo? ¡Ya estamos metidos en este lío! —respondió Julián, con las venas del cuello hinchadas y una mirada de loco que daba miedo.

—No podemos hacer esta vaina. No podemos deshacernos del cuerpo de esa tipa como si fuera una bolsa de basura —protestó mi socio.

—Tranquilo. En un instante resolveremos esto, solo hay que mantener la calma —dijo Julián, virando el volante como si estuviera en una película de *Rápido y Furioso*.

—Esto no es un juego, Julián. ¿Pensaste en lo que podría suceder si nos descubren?

—¡Claro que sí, güevón! Lo único que va a pasar es que ni

Sofi ni Camila ni mi mujer se van a quedar sin saber de esto —contestó Julián algo fastidiado mientras pisaba el acelerador a fondo.

—Pero…, ¿y si nos agarran? ¿Qué vergas vamos a hacer? —reiteró su preocupación Prada.

—Eso no va a pasar. Confía en mí, tengo un plan —aseguró Julián.

—De verdad espero que sepas lo que estás haciendo, Julián. No quiero terminar preso por esta mierda —dije, con un un nudo en la garganta que se estrujaba más con cada kilómetro que nos alejaba de la oficina.

—¡Epa, epa, epa, un momentico, pues! —exclamó Prada desde el asiento de atrás—. A ver, explíquenme clarito ese plan que tienen en mente, porque no podemos seguir a lo loco sin saber en qué nos estamos metiendo.

—Bueno, lo que vamos a hacer es llevar el cuerpo a un punto en medio del desierto y…

—¿Qué? —Prada casi se atraganta con su propio aire al interrumpirlo—. ¿Estás loco o qué te pasa? Mira, yo no me voy a meter en este embrollo. Olvídate de eso, es una locura.

—Relájate, tampoco es para tanto —lo calmó Julián.

Yo alternaba la mirada del uno al otro como en un partido de tenis.

—Sinceramente, yo creo que Prada tiene razón — intervine—. Es demasiado arriesgado este asunto. No podemos simplemente enterrar el problema así nomás y hacer como si nada.

—¡Verga, no mames, no hay tiempo para discutir esta verga! —se molestó Julián, cambiando de carril con una determinación que me dejó cagao.

—No mames tú. Todavía no puedo creer que esté de acuerdo con esta locura. ¿Adónde coño piensas llevar el cuerpo, cabrón?

—indagué.

—Vamos a un lugar que conozco —respondió, con un dejo de misterio en la voz.

—Mierda, esto es una soberana locura… Ahora bien, si vamos a hacer esta vaina, necesito saber que tienes un plan completo para hacer desaparecer al muerto.

—¡Por supuesto que lo tengo, a la verga! Una vez lleguemos al lugar, encontraremos un punto alejado y seguro donde nadie pueda vernos —explicó Julián, con una displicencia que no me infundía ni la más mínima confianza.

—Y después, ¿qué? ¿Enterramos el cadáver?

—No exactamente. Tengo un contacto que se encargará de hacer que el cadáver desaparez…

—¿¡Un contacto!? Esto está comenzando a valer verga —expresé, cada vez más aterrado.

—No le des tanta mente, Webster.

—Julián, ¿a quién chingados estás metiendo en esto? No creo que sea seguro depender de algún contacto misterioso para deshacernos de un muerto —intervino Prada—. Necesitamos ser realistas aquí. Este plan se nos fue de las manos completamente —aseveró.

—¡Dios santísimo! ¡Acabaremos pudriéndonos en el bote! ¡No aguanto la idea de ir preso! —grité desaforado, soltando mis miedos con una mueca de angustia que me desfiguraba la jeta.

—¡Cálmate, Webster, no seas tan dramático! No vamos a parar en el bote —apaciguó Julián—. Enfoquémonos en la meta y dejemos de quejarnos como viejas. Lamentándonos no vamos a cambiar nada. Hay que gozar el momento, aunque sea el último —rio el desgraciado.

—¡Maldita sea! ¡Me cago en la madre! —estalló Prada—

Trabajar con ustedes, par de imbéciles, me tiene harto. ¿Es que no pueden ponerse serios por una vez en su puta vida, pendejos?

A medida que soltaba las palabras, cada insulto me calaba más y más, hasta que no lo pude soportar más y le metí un coñazo a la guantera.

—¡Ya estoy mamado! ¡Me tienen cansado, maldita sea! ¿Captan el mensaje?

Bajaron la mirada e hicieron silencio. Estaba abrumado, pero una voz en mi mente me exhortaba a encontrar una forma de resolver aquel verguero sin que nadie saliera jodido. Cerré los ojos con fuerza, respiré profundo varias veces y me concentré.

—Escuchen, par de pendejos, tenemos que encontrar la manera de manejar esta vaina lo mejor posible. No podemos seguir adelante con este plan de mierda. Necesitamos una alternativa segura y responsable — dije tras reflexionar un rato, con una determinación que nunca antes habían visto en mí.

La autopista del demonio estaba más desolada que un cementerio a medianoche. El sol brillaba tibio, como si le diera flojera, y el paisaje parecía extraído de una película de terror barata. El aire estaba tenso y Julián agarraba ese volante como si quisiera estrangularlo. ¡Estábamos metidos en ese chirolito con ruedas a punto de convertirnos en unos asesinos de pacotilla!

De repente, Julián pisó el acelerador y se escuchó un coñazo en el maletero que nos hizo saltar como resortes.

—¡Qué verga fue eso!? —chilló Prada, con los ojos más abiertos que los de un sapo.

Julián clavó los frenos y nos quedamos quietos como momias. Un nuevo golpe se escuchó proveniente del baúl.

—¡Está viva la jodida! —gritamos todos.

Nos bajamos del carro inmediatamente y corrimos hacia el

maletero, pero por poco nos caemos de bruces al piso cuando lo abrimos. Sonia, todavía envuelta en la alfombra como un taco, se retorcía salvajemente. Forcejeamos durante unos segundos para intentar calmarla y salvarla de que se no se asfixiara ahí mismo, pero estaba hecha una furia. Te juro que quería llorar de la emoción, hermano, a la vez que quería partirme de la risa, producto de los nervios.

—Mira, Sonia, las cosas se nos fueron de las manos, pero te aseguro que no queríamos que esto pasara. Estábamos tratando de hacer lo correcto.

Así como le entraban por un oído mis palabras, le salían por el otro. No había caso. ¡La jeva gritaba tan duro que su voz llegaba hasta el último rincón del desierto! Alegaba que la habíamos drogado y secuestrado en un baúl, y nos amenazaba con llamar a la policía y asegurarse de que nos pudriéramos en prisión.

Al final, logramos comprar su silencio por cincuenta mil dólares, los cuales aceptó a regañadientes.

De regreso a su casa, el ambiente en el carro estaba incluso más tenso que antes. Todos sabíamos que ese amanecer quedaría en los anales de la historia. Al llegar, le dimos la plata y se bajó del carro no sin antes echarnos una mirada mas venenosa que la de mi esposa.

Julián, Prada y yo soltamos un suspiro de alivio mientras nos alejábamos, sintiéndonos como los tres chiflados que se habían salvado por un pelo.

13

Retiro o divorcio

Entré por la puerta principal con la cabeza a punto de estallar. Era rehén de una resaca inhumana, y cada paso que daba retumbaba en mi cráneo como una campanada. Sofi, mi querida y dulce esposa, atravesó la sala como un toro enfurecido en un rodeo, con sus ojos clavados en mí como dos dardos envenenados.

—Webster, ¿acaso tienes la más remota idea de qué hora es o necesitas que te lo diga en lenguaje de señas?

—Sí, sí, ya sé. Mira, lo siento —murmuré, haciendo un esfuerzo por reorganizar mis pensamientos sobre la locura desenfrenada de la noche anterior, la cual involucraba a una prostituta, un montón de alucinógenos y mucho alcohol.

Fue entonces cuando las vi: cuatro maletas Louis Vuitton Alzer 80, tiradas en el suelo como si hubieran sido arrojadas desde un avión en pleno vuelo, ¡sin el más mínimo rastro de sus forros protectores! ¡Había desembolsado trece mil dólares por cada una de esas bellezas, suficiente para alimentar a una familia de doce durante un año! Verlas así, abandonadas junto a la puerta y repletas de ropa, me provocó un dolor físico similar

a una patada en los genitales.

—¿Se puede saber por qué coño están las maletas en el suelo sin protección? —pregunté, cada vez más desconcertado.

La mirada de Sofi me atravesó como un rayo láser.

—Nos vamos a Hawaii.

—¿Hawaii? ¿Cómo que nos vamos a Hawaii? ¿Acaso ganamos un concurso y no me enteré? —alcancé a tartamudear, sintiendo que el mundo se tambaleaba bajo mis pies —. Tengo trabajo, Sofi. No puedo simplemente mandar todo al diablo y largarme a Hawaii, a menos que quieras que terminemos viviendo en una caja de cartón.

—Bueno, pues, qué pena, porque nuestro vuelo sale en una hora, así que mueve el culo o te lo muevo yo —replicó, dejando en claro que no había lugar para negociaciones, a menos que quisiera terminar durmiendo en el sofá por el resto de mi vida.

—Sofi, ¿qué mosca mutante radiactiva te picó? Teníamos programada nuestra sesión de terapia de pareja, ¿ya lo olvidaste?

Intentaba apelar a su razón o a lo que quedara de ella, pero soltó una carcajada sarcástica que me heló la sangre y me provocó escalofríos en lugares que ni siquiera sabía que tenía.

—Vamos a un retiro de parejas en Hawaii. Esa será nuestra terapia. O vienes conmigo y trabajamos en nuestro matrimonio o nos divorciamos y te quedas con la mitad de nada —declaró.

Me quedé en shock. Estaba hasta la coronilla ya de sus amenazas. «¿Divorcio? ¡Por qué diablos no presentas los malditos papeles de una vez y me dejas en paz para que pueda ir a llorar a un rincón!», gritaba por dentro.

—Sofi, por favor, hablemos de esto, te lo ruego; hasta me arrodillo si es necesario —supliqué.

El pánico me invadía como una oleada incontenible de sudor frío, pero Sofi bullía y se movía de cuarto en cuarto arrojando

ropa y objetos a las maletas con la precisión de un quarterback en un Super Bowl.

—Ni te molestes en intentar empacar, a menos que quieras terminar con tu ropa interior en la maleta equivocada. Ya están listas, gracias a mí.

—¡Sofi, espera, por el amor de todo lo que es sagrado! ¿Por qué Hawaii? ¿Por qué no podemos ir a un lugar más cercano, como el parque de la esquina?

—Porque ahí es donde está el terapeuta, idiota. Lo he arreglado todo mientras tú estabas ocupado jugando al galán de telenovela. El auto está esperando afuera, así que más te vale que estés listo en diez minutos o te juro que te saco a rastras en calzoncillos —afirmó, antes de desaparecer en el dormitorio como un ninja en la noche.

Me quedé parado allí como un pendejo, con la cabeza hecha un ocho. Sofi siempre había sido gruñona, pero esa locura ni de vaina me la esperaba. No podía evitar pensar que la situación estaba sucediendo demasiado rápido y quería contarle a alguien, pedir consejo a mis amigos, pero, antes de que pudiera siquiera pestañear, ya estábamos montados en el carro saliendo del garaje rumbo al aeropuerto.

* * *

El vuelo a Hawaii fue una montaña rusa emocional. Sofi se sentó a mi lado en el avión y miró por la ventana durante todo el viaje, perdida en sus cavilaciones. En cuanto a mí, el giro inesperado en medio del vaivén que había sido mi vida en los últimos días me tenía sumamente disperso.

—Esta experiencia va a estar chingona, lo sé —soltó con su

acento mexicano apenas descendimos de la aeronave, llevándose el aire a los pulmones y expulsándolo plácidamente.

Yo por dentro pensé: «Claro, mi amor, preferiría mil veces lidiar con Sonia y las políticas de YouTube que intentar conectar con güevones en un resort en medio de una puta isla».

Mientras nos abríamos paso entre el gentío del aeropuerto, no podía quitarme la sensación de ser un concursante de un reality show, cuyo premio era salvar mi matrimonio. A Sofi le brillaban los ojos de emoción, y era claro que su sintonía era muy diferente a la mía.

—¡Este lugar es el cielo, Webster! —exclamó efusivamente—. Se siente la energía positiva.

Yo intentaba contagiarme, pero por dentro me sentía en las antípodas de aquel entusiasmo.

Nos montaron en una lujosa SUV negra, como las que utilizan los tipos del servicio secreto, y al rato paramos en un resort llamado Honua Kai. La vegetación verde y las flores coloridas eran protagonistas indiscutidas del paisaje.

—¡Bueno, creo que llegamos, pues! —anunció Sofi cuando el auto se detuvo frente a un complejo turístico que parecía un campo de golf para ancianos millonarios del estilo de Donald Trump—. Nuestro nidito de amor por una semana.

La sensación de un nudo estrujándose en la boca del estómago me vino cuando nos bajamos del carro. Aquellas no serían unas vacaciones más; para mí aquel sitio era un campo de batalla y yo andaba sin el equipo adecuado para el enfrentamiento. Por muy fino que se viera, rodeado de un paraíso tropical, esa vaina olía a bola de chivo. Toda la güevonada de la terapia había sonado como una idea más o menos decente cuando la sugerí, pero lo cierto era que estar rodeado de parejas en iguales o peores condiciones que nosotros era razón suficiente para que

yo tomara el primer vuelo de vuelta para Arizona.

—¡Bienvenidos a Honua Kai!

La recepcionista nos recibió con una sonrisa tan amplia que pensé que se le iba a desencajar la mandíbula. Luego nos colgó un collar de flores en el pescuezo como si fuera un caballo en un hipódromo, y Sofi me lanzó una de sus miradas arqueando una ceja perfectamente depilada.

—Vamos, dale una oportunidad —dijo refiriéndose al resort—. Quizás hasta te guste cuando lleguemos al cuarto.

Un carajito que no tendría ni la edad de Armani nos guió a nuestra suite parloteando sobre todas las maravillas del resort y la agenda del retiro.

—Y aquí estamos: su suite VIP con vista al mar. Estoy seguro de que les va a encantar —dijo el mocoso abriendo la puerta de par en par con un gesto exagerado, digno de un mago de Las Vegas.

Tengo que admitir que la suite estaba de pinga. Tenía muebles elegantes y una vista al océano que te dejaba bizco. Sin embargo, ni todo el lujo del mundo podía quitarme el desasosiego que había comenzado a carcomerme por dentro.

¿Sería la abstinencia? Ya habían pasado dos días desde la última vez que consumí.

Sofi empezó a desempacar de inmediato, más emocionada que una niña en una juguetería.

—¿Viste esto, Web? ¡Mira la vista! Podemos ver el atardecer desde el balcón.

Forcé una sonrisa y asentí disimulando el pánico que me había invadido. Tenía que encontrar la manera de aguantar esos días sin mis amigos, sin mi vicio y sin perder la cordura.

* * *

Dos días después nos encontrábamos sentados en un restaurante menos animado que un pueblo fantasma. El ambiente era tan aburrido que hasta las moscas bostezaban, y alrededor solo se veían caras largas, como si de un velorio se tratase. De fondo sonaba un réquiem y el camarero tenía una locomoción tan lenta que me irritaba. No obstante, debo admitir que esa noche fue de película, pero de terror. Cuando supe que la lección del día era renunciar al sexo durante todo el retiro, ¡me entró una desesperación que ni te cuento!

Un señor nos recibió con un discurso que parecía sacado de una misa, y yo por dentro estaba que ponía los ojos en blanco y me armaba de valor para lo que venía. ¡Coño, cuánto necesitaba una margarita para aguantar las próximas horas! Ya habían pasado más de cuatro días y mi sangre estaba más limpia que la sangre de Cristo.

—¡Una margarita doble, por favor! Que sea con tequila Casa Dragones —pedí a la camarera cuando ya no pude resistirme. Saqué un billete de cien dólares y se lo pasé—Esta propina es para el bartender, para que la haga con amor.

Ella miró a Sofi, después a mí, y me devolvió el billete amablemente.

—Muy gracioso, señor.

Yo me quedé atónito y le exigí que por favor me trajera mi trago, pero Sofi intervino rápidamente tomándome la mano y, con los dientes apretados, me soltó que había una política estricta de no beber alcohol durante el retiro. ¡Casi me caigo al piso! ¡No podía creerlo! ¿¡Estaba en Hawaii y no podía tomarme un trago!? ¡Verga, qué desastre! Para empeorar las cosas, una mujer con pinta de sargento empezó a patrullar el restaurant con una cesta, deteniéndose en cada mesa para pedir, con una sonrisita de lo más hipócrita, que entregáramos

los celulares. Al parecer, también estaba prohibido llamar por teléfono. ¿Qué coño estaba pasando? ¿Lo del reality show era en serio? ¿Ni siquiera podía entrar a Snapchat para distraerme de ese maldito aburrimiento? Me quedé mirando fijamente a mi teléfono como si fuera una bomba a punto de explotar y, con un gruñido de frustración, lancé el aparato a la canasta, sintiendo un alivio momentáneo seguido de un miedo paralizante por estar desconectado de todo el mundo. Para colmo, Sofi se estaba partiendo de la risa, disfrutando de mi desgracia como si fuera el chiste más gracioso del universo, y sentí que mi cara se ponía roja.

—¿Te divierte todo esto, no? —solté, con un sarcasmo que ni yo mismo entendía, quizás porque estaba más frustrado que un burro en un barrizal.

Y entonces, no solo la muy descarada se rio aún más fuerte, sino que tanto la camarera como las otras parejas que había allí cerca también parecían estar pasándoselo bomba a mi costa. Miré alrededor, sintiéndome como un completo idiota, perdido en un mar de confusión.

* * *

La noche se alargaba más que un día sin pan y cada minuto era una tortura interminable. Las risas y el cotorreo incesante de los huéspedes más aburridos del planeta llenaban el aire mientras yo luchaba contra mis propios demonios internos. De repente, la voz de Sofi me apartó de mi ensimismamiento.

—¡Vamos a bailar!

Ahí estaba ella, con su mano extendida hacia mí, invitándome a hacer el ridículo frente a todos esos imbéciles. Dudé por

un instante porque lo último que quería era convertirme en el hazmerreír de la fiesta, pero su mirada irresistible, que me recordaba al gato con botas cuando quería salirse con la suya, se clavó en mí y ahí estaba yo, derretido como un helado al sol, incapaz de negarme a nada que ella me pidiera.

La música sonaba por todas partes y yo trataba de moverme con Sofi al ritmo de Usher, en un baile que parecía más una pelea de borrachos que un vals romántico. No recordaba cuándo había sido la última vez que bailamos juntos, y entonces caí en cuenta de lo jodido que estaba nuestro matrimonio. A lo mejor ese retiro de parejas sí serviría de algo después de todo. Miré a Sofi directo a los ojos, le planté un beso y sentí un cosquilleo en las piernas. Todavía la amaba, eso estaba claro. Después de darle vueltas al asunto como un trompo sin cuerda, me di cuenta que lo que me aterraba del divorcio no era quedarme en la calle pidiendo limosna, sino perder a mi familia.

—Estás más tieso que un palo —soltó Sofi separándose un poco, sin abandonar nuestro patético baile.

Su risa burlona me hizo sonrojar.

A medida que la noche avanzaba, yo me sentía como una olla a presión a punto de explotar. Las restricciones ridículas de ese retiro y las interacciones forzadas que parecían sacadas de un manual de tortura psicológica se me venían encima como un tsunami imparable. Encima de eso, cuando volvimos a la mesa, la camarera tuvo el descaro de ofrecerme una cerveza sin alcohol, y yo, francamente, no pude contener la risa. ¿En serio? ¿Cuál era el maldito sentido de tomar una cerveza sin alcohol? Ya me imaginaba contándole a mis amigos: «Cabrón, anoche me puse hasta el culo con una cerveza que contiene alcohol imaginario. El alcohol ilusorio pega duro, te lo digo yo».

—¡Necesito un poco de aire, Sofi! —espeté, al tiempo que

huía de la mesa despavorido.

El airecito de la noche en la cara fue una caricia al alma; como si Melody, mi hija, me estuviera abrazando desde lejos, diciéndome: «Tranquilo, papá, respira».

—¡Webster! ¿Qué te picó ahora? —chilló Sofi detrás de mí.

Su voz era como una alarma de incendios, de esas que te perforan los tímpanos. Traté de explicarle que me moría por un trago, por un pase o lo que fuera, pero las palabras se me enredaban en la boca como trabalenguas a borracho.

—Dame un momento… —dije con dificultad.

Entonces sentí la mano de Sofi agarrando la mía como un ancla en medio de la tormenta.

—Mira, sé que la estás pasando mal, pero todavía podemos arreglar esto —me dijo con ternura.

Era como si me lanzara un salvavidas en medio del naufragio de nuestro matrimonio. Respiré hondo y procuré serenarme. «Bueno, tal vez, solo tal vez, haya una lucecita al final de este túnel de locos», pensé.

* * *

El día siguiente fue bien relajado. Desayunamos unos huevos rancheros bien sabrosos frente al mar; a eso del mediodía fuimos a una vaina de psicología para parejas, y a las 8:30 p.m. en punto ya estábamos sentados en la playa alrededor de una fogata con los demás matrimonios, compartiendo nuestras experiencias. Sin embargo, no solo sufría la abstinencia del alcohol y el perico, sino que también me mordía las uñas por usar mi teléfono para ver si se había resuelto el problema de las políticas de YouTube. ¡Habían pasado casi cinco días y ni mi socio ni nadie en MediaMuv sabía nada de mí! En consecuencia,

me excusé con Sofi de antemano y fingí que me dolía la cabeza y que necesitaba ir al cuarto a buscar unas pastillas, pero, de camino, me desvié y fui derechito a la recepción del resort.

Hablando por teléfono detrás del mostrador había un francés calvo con una peluca que apenas cubría su cabeza brillante y una mirada que congelaba hasta el mismísimo infierno. Su rostro arrugado me recordaba a un bulldog masticando un limón agrio. Esperé a que colgara y reuní coraje.

—*Excusez-moi,monsieur*. ¿Me permite usar su teléfono para hacer una *petite* llamada? —pregunté con mi mejor acento francés.

—*¡NON!* ¡El uso del teléfono está estrictamente prohibido! —ladró, volviéndose hacia su computadora con un resoplido de indignación.

Sentí que mi sangre empezaba a burbujear como una olla de sancocho hirviendo. Ese francés con cara de perro no tenía ni idea de con quién estaba tratando. Respiré profundamente para moderar mi temperamento que estaba a punto de explotar y saqué un billete de mi bolsillo.

—Dime, *mon ami*, ¿has oído hablar de mi buen amigo Benjamín Franklin? —pregunté con astucia.

Sus ojos se iluminaron como si le hubiera dicho que su cabeza calva había sido bendecida por el mismísimo Papa. Cierto es que el dinero habla, y parecía estar gritando en su idioma favorito. No obstante, justo cuando iba a deslizar el billete hacia su mano ansiosa, una voz angelical se escuchó detrás de mí.

—No desperdicies tu feria, cabrón.

Me volteé inmediatamente para ver y allí estaba mi compadre Prada, con una sonrisa larga y la nariz más roja y entumecida que un reno con gripe.

No sabía si gritar de la emoción o plantarle un beso. Mi

corazón se aceleró como un maldito Fórmula 1 y lo abracé con una alegría que no sentía desde hacía mucho.

—¿Qué vergas estás haciendo aquí, cabrón?

—Me costó pagarle cinco mil dólares a tu sirvienta —dijo con picardía el muy zángano, llevándose una mano a la cintura.

Dejé escapar un gran suspiro de alivio y sonreí aún más.

—¿Viniste solo? Hueles a puro trago. ¿En qué parte de este lugar encontraste alcohol?

¡Shhh! —me calló el muy pendejo. Luego se inclinó—. Nos estamos quedando en el Hilton de al lado, güey — susurró con voz de borracho.

—¿Nos? —quise saber.

Julián y el Ballena me acompañaron.

La simple interrupción de Prada en nuestras vacaciones ya era suficiente para que a la Anaconda le subiera la presión, pero la presencia del Ballena significaba que se iba a armar la cacerola del diablo, porque mi dulce y fiel esposa no podía ni verlo al muy desgraciado.

—¿En tu hotel venden alcohol? —cambié de tema.

—No solo alcohol… También encontré algo de perico pa´jalar.

—¿¡Qué!? ¡Vamos ya al baño, hijoeputa! Me muero por un pase. No tienes idea de lo que he pasado estos últimos días.

Lo agarré del brazo, pero el muy idiota se echó hacia atrás.

—Espérate, cabrón, no seas imbécil.

—¿Qué pasa? ¿Te me vas a poner con pendejadas ahora?

—Salgamos de aquí primero. Si Sofi nos descubre juntos, te va a cortar los güevos.

El muy desgraciado tenía razón. Así que nos escapamos de la recepción y nos fuimos al Hilton, que estaba ahí mismito al lado, como regalo caído del cielo.

14

Alani & Malia

¿Recuerdas cuando te conté que estaba en una etapa de mi vida en la que gastaba más de lo que ganaba y que estaba destrozando mis tarjetas de crédito en chorradas inútiles? Bueno, en ese preciso instante me encontraba derrochando plata en Hawaii, en un retiro de parejas, arrastrado por la jeva en contra de mi voluntad. Ella notenía ni idea de mis asuntos con YouTube ni de la amenaza que se cernía sobre MediaMuv, aunque, para ser franco, aquello no me quitaba el sueño porque siempre me las ingeniaba para encontrar una solución y salvar a mi empresa. Lo que realmente me preocupaba era la maldita ansiedad por volver a mi oficina y seguir viviendo mi vida lejos del aburrimiento infernal de Hawaii.

Llegamos al hotel e ingresamos al área de la piscina, y ahí los encontré al Ballena, quien estaba repantigado en el bar con un par de bellezas hawaianas que de seguro cobraban por hora, y al gran idiota de Julián a su lado, el mismo que me había metido en el peo con Daniel.

¡Verga, el Ballena! Tenía tiempo sin ver a ese bicho. A pesar de su personalidad de mierda, me alegraba verlo. ¡Y cómo no,

si ver al carajo coqueteándole a la bartender era un vacilón! El Ballena era tremendo payaso, especialmente cuando una jeva lo rechazaba. Se ponía cabrón, como si fuera algún galán de cine, y daba risa verlo con su cara de oso panda, panza cervecera y metro cincuenta de estatura. ¡Y ni hablar de los zapatos y la franelilla, que parecían sacados de un mercado de pulgas! No obstante, a pesar de todo, el Ballena era un pana de pana, el carajo más humilde que haya conocido. Imagínate,

ganaba veinticinco mil dólares al mes, ¡y todavía trabajaba en una taquería por diez míseros dólares la hora! Nunca entendí por qué coño hacía eso.

En la oficina le hacíamos la vida imposible todos los días, y el día en que llegó con su Volkswagen Jetta del año de la pera, ¡se terminó por convertir en el hazmerreír! Sin embargo, no pasó mucho tiempo de haberlo conocido hasta que nuestras esposas lo comenzaran a odiar. Sucedía que el Ballena era el único soltero entre nosotros y nuestras esposas sospechaban que era una mala influencia. ¡Y con razón! Siempre salía con ideas alocadas, como contratar prostitutas para las fiestas de la empresa.

—Ballena, tienes que sentar cabeza y casarte, pana —le decía Julián, el muy serio.

—¡No chingues! ¿Pa' qué voy a amarrarme a una vieja que me joda la paciencia? Yo tengo toda la compañía que necesito con mis amigas, ¿o no? —contestaba, soltando una sonrisota.

Y ahí quedaba la vaina.

La noche estaba en su esplendor. Eran como las once y el alcohol corría como un río por nuestras venas mientras la música retumbaba en ese coge culo. El Ballena se acercó a mí, me plantó un cóctel en la mano y brindamos por Hawaii. Hermano, cuando le di el primer trago a esa vaina sentí como

si una explosión de limón con sal me violara la lengua. Era como sentir un orgasmo después de una eternidad sin tocar una vagina. Lo terminé de un solo trago y pedí otra, y otra, y otra.

No echaré cuentos; la verdad es que no recuerdo mucho de la conversación en el bar, más allá de vainas específicas que pasaron después de que empezamos a valer verga y a empujar con las putas en ese penthouse que había alquilado Prada. Todo comenzó cuando el Ballena, con esa panza de Buda que se gasta y ese ego del coño de su madre, se abrió paso a trancazos hasta el balcón.

—¡Por los marranos, demostrémosle a Maui cómo es que se pistea de verdad! ¡A la verga! —gritó el muy cabrón levantando su copa como si fuera la última de su vida.

Chocamos los tragos, embriagados por la emoción. A pesar de todas nuestras mierdas y diferencias, éramos una manada de hermanos, unidos por las ganas de joder y ese gustico por el desmadre y la putería.

El champán desfilaba y la música estaba tan alta que hasta los muertos se querían levantar. Ya estaba bien entrada la madrugada y a mí me valía cinco hectáreas de güevos si seguíamos siendo prudentes o no. Las risas se confundían con los pases de coca, y mientras más nos empujábamos las copas, más dejábamos la moral tirada por el piso. Bailábamos y cantábamos a grito pelao las canciones de Juan Gabriel como si no hubiera un mañana. ¡Éramos un espectáculo digno de ver, te lo juro! Un putero de hombres ya mayorcitos comportándose peor que un grupo de carajitos que no tiene ni idea de la vida.

Después del brindis número veinte, me di cuenta de que estaba metido en el mierdero más cabrón de toda la historia.

¡Sofi estaría soltando humo por las orejas, segurísimo! Habría

apostado mi hígado a que el francesito con cara de bulldog de la recepción ya le habría ido con el chisme de mi numerito con Prada. Las tripas se me retorcieron con un arrepentimiento tan agrio que casi vomito. No era justo lo que le estaba haciendo a mi mujer, y no solo por los cuernos. Aquello iba más allá, mucho más allá de eso. Me estaba convenciendo de que mi comportamiento no era normal, que quizás sufría de esa vaina llamada mitomanía. Ya sabes, cuando no puedes parar de soltar mentiras; y yo no podía pasar un minuto con mi esposa sin inventarme algún cuento chino. Podía ser por la razón más pendeja, pero siempre terminaba diciéndole alguna mentira estúpida.

Empecé a sentirme como un maldito inútil. Hasta entonces, creía que mis «amigos» tenían razón en todo lo que decían acerca de mi mujer, tanto que era una controladora como que me tenía agarrado de las bolas porque tenía toda mi plata a su nombre, entre otras. Pero lo que ellos ni nadie entendía era que ella solo administraba mi dinero por una simple razón: yo no podía tener ni una mísera cuenta bancaria en los Estados Unidos. ¡Yo era un ilegal, coño! Un ilegal que se embolsillaba doce millones al año sin vender ni un gramo de perico.

Mientras todos mis amigos y familiares se lanzaban a recorrer el mundo, yo estaba allí, mirando pasar la vida como un güevón sin rumbo. ¿Licencia de conducir? ¡Ja! Eso era un chiste en mi situación. En ese país de mierda, yo no era más que un don nadie. ¡Qué cagada, hermano! Tener que arrodillarme ante cualquiera para conseguir hasta un miserable chicle. Vivía rodeado de lujos, pero, en realidad, no tenía nada. La gente criticaba a Sofi por cómo me trataba, pero, seamos honestos,yo tampoco era un santo.

Eran la una de la madrugada y la rumba apenas comenzaba.

Prada, ya entonado, se me acercó y me ofreció más perico, pero al principio me resistí. Sin embargo, a esas alturas, ya no habría nada que pudiera hacer calmar el enojo de Sofi, así que acepté la oferta de Prada, me tomé otro trago y le pedí al Ballena que me prestara a una de sus hembras. El muy cabrón sonrió de oreja a oreja y les ordenó que se encueraran.

¡Así sí valía la pena la fiesta, coño!

Cuando Alani y Malia, las dos prostis más buenas que Hawaii había parido, se contonearon hacia mí, yo no perdí tiempo. Las tomé de esas nalgas perfectas y les pedí que se besaran, señalando a todos a nuestro alrededor. Yo no pensaba liármelas ahí mismito; lo que yo quería era que ellas nos dieran un buen show, hasta que sus vaginas explotaran.

Debo admitir que me costaba creer lo que mis ojos comenzaban a presenciar. Esas faldas microscópicas que llevaban puestas me tenían loco, ¡casi se les veía el alma! Alani, con una sensualidad que derretía, comenzó a desvestir a Malia como si fuera un regalo de navidad y tomó el control del asunto.

¿Y adivinen dónde terminó su sometida? ¡Acostada encima de la mesa de la sala como Dios la trajo al mundo! Era como ver a un titiritero moviendo sus hilos porque Malia obedecía cada orden que recibía.

Alani se acercó a la mesa y con sus manos separó las dos piernas de Malia. Yo las miraba fijamente y de reojo observaba a mis compas. ¡Qué bola de marranos éramos! Todos babeando como pendejos, chorreados como un caño abierto…, pero no precisamente de la boca, ¿me entienden? El único que parecía inmutable ante semejante espectáculo era el Ballena. ¡Claro, cómo no! ¡Ya había estado con las dos! De otra forma, jamás hubiera compartido semejantes hembras.

¡Astuto el gordito!

—Métete el dedo —ordenó Alani a su sumisa.

Y mientras la chica obedecía, Alani comenzó a desvestirse lentamente, con movimientos sensuales.

Esa Alani tenía un cuerpazo que te dejaba loco. Sus tetas operadas eran una maravilla, redonditas y paraditas; y su cintura de avispa, con esas curvas de guitarra sin una sola estría, parecía dibujada por los mismísimos ángeles. Pero fue el tatuaje de Snoopy justo encima de su vagina lo que terminó por matarme. ¡Nunca había visto nada igual!

Malia ya estaba gimiendo, a punto de explotar al igual que yo, y Alani subió una pierna a la mesa como una bailarina de pole dance, dejando al descubierto toda su entrepierna. Te lo juro, casi me vine en los pantalones allí mismo. Luego la carajita llevó sus manos a las tetas de la otra hembra y se agachó hasta quedar frente a frente con su vagina, y la empezó a lamer como si fuera una paleta de mango.

¡No podía más, hermano! Me levanté, caminé hacia ellas y comencé a tocarlas. Prada, nervioso, también se arrimó y empezó a jugar con los pezones de Malia. Me volteé apenas para tirarle una sonrisa pícara, pero fue lo suficiente como para casi caerme de culo. Julián estaba a pocos metros, con los pantalones bajos y el miembro al aire. ¡Dios mío!

¡Éramos unos depravados de mierda! ¿Hasta dónde íbamos a llegar con toda esa vaina? Hacía unos días andábamos por el desierto, planeando cómo enterrar un supuesto cadáver y ahora, al otro lado del mundo, estábamos metidos de cabeza en una orgía de hawaianas.

La vaina estaba más caliente que un fogón, pero así es la vida del hampón: siempre al límite, rozando la jodedera.

En ese momento, entre el sudor, los gemidos y el olor a sexo, me sentí más vivo que nunca. Era como estar en mi propio

universo de perversión, donde todo valía y nada importaba. Una verdadera montaña rusa de emociones y fluidos corporales.

—¡Quítense la ropa! —ordenó Alani, pero no hizo falta porque yo ya tenía los pantalones por los tobillos.

Todo iba de pinga hasta que, en medio de su masturbación, Julián no tuvo mejor idea que abrir su bocota.

—Deberíamos grabar todo para que te vengues de la Anaconda, esa pendeja.

—¿Qué?

Inmediatamente me detuve y mi cerebro entró en cortocircuito. Cuando volteé a mirar a Prada, el muy desgraciado le hacía señas frenéticas a Julián para que cerrara el pico, como si estuviera tratando de tapar un desagüe con las manos.

—¿Por qué dijiste eso? —le pregunté, confundido. Julián estaba más blanco que la leche; parecía que había visto al diablo—. ¿Vengarme de mi mujer? —insistí.

El silencio que gobernaba en aquel momento era denso. Allí había gato encerrado, y no me estaba gustando ni un pelo.

Me subí los pantalones y le clavé los ojos a Julián.

—¿Qué coño dijiste, cabrón?

—Webster, deja eso así —intervino Prada, pero lo mandé a mamar.

—¡Tú te callas!

¿Qué demonios estaba ocurriendo? ¿Por qué coño tendría que vengarme de mi mujer? ¿Qué sabían esos cabrones que yo no? Julián permanecía callado.

—Te lo pregunto por última vez, mamagüevo, y más te vale que respondas si no quieres que te saque a patadas de mi empresa. ¿Por qué carajo dijiste eso?

—Web, yo…

—¿¡Tú, qué!? ¡Habla, coño!

Por un segundo pensé en agarrarlo del pescuezo y exprimirlo como un limón, pero Prada volvió a interceder.

—¡Sofi fue la que nos jodió con las políticas del sistema! —gritó— Estaba intentando descargar todos los reportes de ingresos y, como no sabe un coño, actualizó las políticas accidentalmente.

—¿¡Y pa' qué diablos quería Sofi descargar los reportes!?

—Eso espero que tú nos lo expliques, mi amigo —contestó Prada con un fastidio indisimulable.

—¿Y cómo saben ustedes todo esto? —inquirí, tratando de encontrarle sentido a todo aquello.

—Arthur —soltó Julián—. Después de llegar a un acuerdo, se puso a investigar y a los diez minutos me llamó con la noticia. Yo se lo dije al Prada enseguida.

Le atravesé la mirada con una rabia que ni yo mismo entendía.

—¿Con que ahora andas empleando a mis enemigos sin mi consentimiento?

¡HIJOEPUTA! —bramé apretando los puños. Las ganas de ahorcarlo me invadían—. ¡Habla pues, cabrón! ¿Acaso no viste como terminó la reunión con ese güevón?

Julián no emitía sonido. La vaina se había puesto más fea que pelea de perros con rabia. Di dos pasos hacia él, listo para reventarle la cara, pero Prada me frenó en seco.

—¡Webster! Julián nos hizo un favor. Yo que tú me guardo esos puños para tu mujer.

En ese momento sentí un escalofrío que me recorrió de pies a cabeza. No sabía ni qué pensar. Busqué al Ballena con la mirada, a ver si me daba alguna señal, pero el muy cobarde había preferido despachar a las hawaianas antes que meterse en ese arroz con mango.

—¡Compadre, esto es grave! —continuó Prada, con su típica

paranoia—. Arthur nos recomendó desactivar su acceso al CMS porque quizás te quiera chingar con alguna otra verga.

—¡No jodas! Estamos hablando de mi mujer… Mi Sofi no haría eso.

—¿Tú crees? Esa cabrona es capaz de eso y mucho más… Tú sabes cómo es.

Empecé a temblar. Me costaba creer que mi Sofi pudiera traicionarme así; no cuadraba con la imagen que tenía de ella, la madre de mis muchachitos.

—¿Y ustedes vinieron hasta acá solo para decirme esto?

—¿Te parece poco, mi hermano? —sonrió Prada—. Tienes que cantarle sus verdades a Sofi y hacer que te explique por qué coño cambió las políticas y qué piensa hacer con esos informes.

Me llevé las manos a la cabeza, todavía en shock.

— Webster, hasta un ciego ve que el que tenga esos informes nos podría joder cuando le dé la gana. Tienes que resolverlo. MediaMuv está dando feria como cancha otra vez. No dejes que nuestro imperio caiga en manos de esa culebra —insistió el Ballena.

¡Sofi, mi compañera de vida! ¡No podía ser posible! No me tragaba que hubiera causado la caída de las políticas del sistema ni que hubiese descargado copias de todos los reportes de ingresos que evidenciaban que MediaMuv no era más que una gran estafa. Sin embargo, no había tiempo para formular hipótesis, así que me acomodé la ropa, me limpié la nariz y miré a los ojos a mis socios y dije:

—Llegó la hora de arreglar esto.

15

Un final feliz

Era de madrugada cuando entré a la habitación con una ira desatada y me encontré a Sofi sentada en el sofá, tomando una taza de café. La luz del amanecer parecía echar vaina sobre las paredes, tiñéndolas de secretos y sombras que estaban a punto de salir a flote.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—Tenemos que hablar, Sofi.

—¿¡Dónde estabas!?

—Estuve con mis amigos.

Ella estaba a punto de explotar, pero no la dejé.

—Hablemos de lo que hiciste…

Sofi levantó la mirada, con una expresión que entremezclaba una aparente sorpresa y un miedo oculto.

—¿Qué hice? ¿De qué vaina hablas?

—No te hagas la loca, sabes a qué me refiero. ¿Para qué coño querías los informes de YouTube?

—No sé de qué vergas estás hablando, Webster, en serio.

—Por favor, Sofi —insistí—. Te pillé ingresando al sistema y descargando los informes de ingresos y monetización. También

vi tu patético intento de actualizar las políticas del CMS. ¡Eres una descarada! ¿Qué coño estás tramando?

La cara de Sofi se contorsionó en una mueca.

—Eso no es nada, tonto; solo estaba… revisando unas cifras por ti. Ya sabes, para echarte una mano.

—No soy pendejo, Sofi —solté con firmeza—. Todos en la oficina sospechan, y yo también. ¿Estás hablando con la policía? ¿Con los federales? ¿Por qué lo hiciste, Sofi?

La tensión entre nosotros crecía como una tormenta que se cierne sobre el horizonte, amenazando con desatar su furia en cualquier momento. En su rostro se formaban grietas de angustia.

—¿Y por qué coño hablaría con ellos?

—Sofi, somos un equipo; o al menos lo éramos. Si estás en problemas o si has hecho algo…, necesito saberlo.

La vaina tomó un cariz más dramático que una novela de Televisa.

—Webster, yo solo quería protegerte —dijo con la voz trémula.

—¿¡Protegerme!? —pregunté incrédulo—. ¿Descargando informes de ingresos a mis espaldas? —insinué.

—Un investigador del IRS vino a la casa hace dos semanas —soltó—. Están haciendo una auditoría a MediaMuv y me pidieron todos los reportes.

Sus palabras fueron la antesala de un silencio insoportable que se adueñó del ambiente. La sangre abandonó mi rostro y palidecí como una hoja de papel, hermano.

El brillo habitual de los ojos de Sofi se había extinguido. Le temblaban las manos como si cargara un bulto de cemento y se le veía el surco de las lágrimas secas en los mejillas. Se notaba que la pobre estaba cargando ese secreto como una maleta llena

de lingotes de oro, a punto de partirle la espalda.

—¿Y entonces qué? ¿Te dio amnesia repentina y decidiste entregarles todo en bandeja de plata pa' que me jodieran?

Mis palabras eran puñaladas venenosas que iban directo a su conciencia culpable.

—No tenía de otra —chilló, con las lágrimas brotando—. Dijeron que si no hablaba, nos llevaría el diablo a los dos. Tenía miedo por mí, por los niños.

—¡Tenías miedo de quedar en la ruina! — mi voz retumbó en el cuarto como un disparo—. Si me hubieras dicho antes, habríamos acudido a Erik.

—Dale con el maldito Erik.

—¿Te das cuenta del lío en el que me metiste?

—¡Vale! ¿Ahora es culpa mía?

Me rasqué la cabeza, iracundo. Ella me miró acongojada.

—Me rogaste que pusiera todo a mi nombre, incluso a sabiendas del riesgo que implicaba. Eres un abusador y un desagradecido.

—No decías eso cuando te gastabas los billetes en la Gucci, ¿verdad? —escupí con rabia.

—Vete a la verga. No sé cómo me metí en este pedo.

—Suenas igualita a tu madre —deslicé punzante, buscando su talón de Aquiles.

—¡No te atrevas a compararme con mi madre!

Su voz se partió en mil pedazos.

—Tanto que la criticas, ¡y eres idéntica a ella! Incluso descuidas a los niños tal cual.

—Antes que nada, amo a mi santa madre. Por seguir, ¿cómo vergas te atreves a comparar mis dotes maternales con los de ella? Seré igualita a mi papá, pero de mi mamá no tengo ni un pelo.

—¡Eres la viva imagen de tu madre! Y para colmo, de la mía también. Tienes lo peorcito de las dos, aunque más de la tuya. A veces, cuando estábamos en la cama, te miraba y la veía a ella, y te juro que me daban ganas de vomitar.

Quería seguir hundiendo la filosa hoja del puñal que eran mis palabras en su llaga.

—Tú sí que me das asco, pendejo. La sola idea de haberme acostado con un tipo que se come a cualquier perra en celo me revuelve las tripas —contraatacó.

—¿Sabes qué? A la mierda con todo esto, me largo a buscar mi felicidad en otra parte. Este puto retiro no es más que una maldita farsa —me di vuelta y comencé a empacar mi ropa—. Desearía haberme quedado en Miami con Amanda… Ella es mucho mejor mujer que tú —agregué.

—¡Tú nunca serás feliz, ni en Miami ni en ningún otro lado! —me gritó desde la sala—. Te comerás el cuento de que encontraste a una tipa mejor y más buenota que yo, y en unos meses te darás cuenta de que todas esas perras solo andan contigo por el dinero.

Allí estábamos, dos almas rotas por la verdad, hundidos en las tinieblas de nuestras vidas de mierda, con una verdad tan jodidamente pesada entre nosotros que ni el más ingenioso juego de palabras ni el chiste más ácido podían aliviar.

En ese cuarto se respiraban traición y mentiras, una vaina más espesa que ese postre que servían en el buffet del resort. Me pelaba el coco pensando qué coño le habría soplado Sofi a los del IRS. ¿Les habría contado de nuestros clientes ficticios o de las regalías que MediaMuv le robaba a los artistas? No tenía forma de saberlo, pero de que me había convertido en el enemigo público número uno de Sofi, de eso no me cabía la menor duda.

Aquella noche en Honua Kai fue lagota que rebasó el vaso. Ya no se trataba solo de dejarme en la quiebra, sino que la jeva quería joderme la vida por completo, dejarme en la ruina.

¿Quién hubiera pensado que el mismo viajecito que ella había organizado para salvar nuestro matrimonio sería el mismo que lo mandaría pal' carajo? Lo que pintaba como un final feliz de telenovela terminó siendo una pesadilla de la que no podía despertarme ni a coñazos. Amarga ironía.

II

Segunda parte

«Si está infringiendo la ley, es mejor que alguien que no sea el IRS se entere primero»,
Amit Chandel

16

La isla

Julio de 2018, un año después…

Una sacudida del carajo me arrancó de mi sueño, empujándome hacia adelante como una muñeca de trapo. ¿Qué coño estaba pasando? Mis manos torpes luchaban contra el cinturón de seguridad mientras la urgencia de la situación aplastaba mi pecho con la fuerza de una tonelada de ladrillos.

A mi lado, Amanda, mi ardiente ex amante y en ese entonces mi novia oficial, releía frenéticamente las instrucciones de emergencia por enésima vez, convencida de que el pedazo de papel la salvaría si aquel pájaro de acero decidía besarse con el suelo.

La cabina se sacudió de nuevo y un coro de gritos de pánico estalló a nuestro alrededor y los compartimentos superiores vomitaron su contenido, bombardeando a los aterrados pasajeros con una lluvia de equipaje y pertenencias.

¿Qué carajo hacía yo en un avión comercial? ¿Dónde coño estaba mi Challenger 300? ¿Cuánto tiempo había estado noqueado?

¡Malditas margaritas!

Un hormigueo de desesperación empezó a treparme por la médula espinal.

—¡Mantengan la tranquilidad! —pidió la azafata, con ese tono que denotaba que estaba más asustada que todos—. ¡Ajústense los cinturones y arréglense para lo que viene!

Yo viajaba en la primera clase de un avión Boeing 737, en el asiento 1A, del lado de la ventana. Pero, la verdad, estaba más hecho bola que ropa de maleta. Me sentía fatal. Los párpados me pesaban, la resaca me taladraba la cabeza y la mandíbula se me había encogido.

—Dios santo —chilló Amanda, agarrándome con toda su fuerza—. Webster, ¿qué está pasando?

En medio de mi sopor etílico, el avión se había sacudido nuevamente, más violentamente que antes, provocando que las luces comenzaran a titilar. «Hay una chance *ligth* de que la palme», pensé, por lo que saqué el iPhone para escribirles una nota a mis hijos: «*Ni siquiera sé quién leerá esto. Supongo que alguien lo encontrará eventualmente. Quizás dentro de cien años. Pero que conste… No morí de una sobredosis de cocaína. Ciertamente, la Anaconda les contará que sí, y no puedo culparla*». No pude terminar porque la turbulencia agitaba la aeronave de tal forma que el celular se me escapó de las manos.

—¿Cómo estás, amor? —grité por encima del clamor de pavor. A Amanda se le había corrido el maquillaje por las lágrimas y en sus ojos había un susto indecible—. Todo estará bien, solo agárrate que esto ya se va terminar —intenté calmarla entre el sainete de azafatas y las alarmas que chillaban como puerco en una matanza.

—¡No entiendo qué carajo hago aquí en esta maldita isla! —gritó un hombre, unas cuantas filas más atrás.

Fue entonces cuando miré por la ventana y pude captar la locura que se estaba apoderando de todos esos pasajeros: estábamos aterrizando en Puerto Rico, hermano. Aquello era un bombazo de cosas buenas: desde el mofongo hasta las tripletas, los caseríos que te echaban cuentos, secuestradores al acecho, bichotes marcando territorio, maleantes con más calle que Google Maps, empresarios que no le daban ni un dólar al IRS y ni hablar de las jevas y el perico de la tierra.

Finalmente, el avión se estabilizó y el berrío humano cesó.

Aún seguíamos volando, pero gracias a Dios se había acabado el temblor, porque ya yo estaba que me embarraba el pantalón. Las nubes se habían disipado y la luna mostraba su carita plateada como quien no quiere la cosa.

—Amanda —susurré—, nos vamos a salvar, mi amor.

—Señoras y señores —se coló la voz de la azafata por el intercomunicador—, hemos atravesado la turbulencia y estamos descendiendo en San Juan, Puerto Rico.

Un aplauso flojito se esparció entre los asientos, al suspiro de haber eludido a la muerte, y las luces de San Juan empezaron a parpadear como luciérnagas de sueños robados. Para nosotros, los que tenemos la cuenta gorda, esa islita es la pera en dulce. Para el que les habla, Puerto Rico significa salvarse del IRS. ¿Y eso, cómo? Generando empleos.

A simple vista, los impuestos en Puerto Rico son parecidos a los impuestos en los Estados Unidos. Dado que Puerto Rico tiene sus propias leyes fiscales, tiene la potestad de otorgar beneficios fiscales a los inversionistas para estimular el crecimiento; y al aprovechar los incentivos fiscales de Puerto Rico, los ciudadanos estadounidenses pueden disfrutar de reducciones fiscales de hasta el 90%. No solamente pueden disfrutar de exenciones en el impuesto federal sobre la renta,

sino que también se benefician de la ausencia de impuestos sobre ganancias de capital, dividendos y una tasa impositiva corporativa de apenas el 4%, aunque aún existe un impuesto sobre los salarios con tasas progresivas que van del 0 al 33%.

Sin embargo, había un detalle: para recibir el beneficio había que mudarse físicamente a Puerto Rico. Esa parte no me gustaba, y por esa razón me encontraba en ese vuelo, rumbo a encontrarme con Marlon Duran, el rey de la evasión de impuestos. Marlon era un mexicano amigo de la Anaconda que vivió en…

¡Dios santo, la Anaconda! A ver, ¿cómo te planteo el acuerdo que hice con ella?

Tras el batuque que se armó en Hawaii, empaqué mis cosas y me fui para Miami. Sofi, la mujer más avariciosa que había conocido, tuvo los cojones de pedirme el 60% de lo que generaba MediaMuv en la demanda de divorcio. ¡Qué descaro! Yo, claro está, ni en sueños le iba a firmar semejante locura.

Finalmente, a través de un cronograma de pagos se resolvió que abonaría por mes la suma de cien mil dólares al IRS y otros setenta y cinco mil dólares a Sofi.

Armani y Melody quedaron bajo la custodia de la madre porque, en uno de sus arranques de estrella de telenovela, declaró frente al juez que yo solía estar drogado. Al menos me pude quedar con el perro, ese consentido con aires de grandeza que responde al nombre de Cookie, una compañía más leal que la mayoría de los seres humanos, debo decir.

Los roces y conflictos entre Amanda y yo eran constantes a causa del escandaloso divorcio, y allí estaba, en un vuelo a Puerto Rico, tratando de sobrevivir a aquel enredo. Por suerte, había palmeras y sol, ¡eso ya era algo!

San Juan se veía hermoso desde las nubes. Amanda se asomó

por la ventana.

—¿Qué es ese mar de lucecitas? —preguntó.

—Son casas —respondí lacónico, con un tono solemne.

No veía necesario reventar su burbuja de ilusión para contarle que, en realidad, era una de las zonas más salvajes y peligrosas del planeta. Esa dura realidad la vería con la luz del nuevo día, cargada de su implacable pesimismo. Habría tiempo de sobra para derramar lágrimas por la injusticia social, pero, por ese momento, la dejé disfrutar de su ingenua contemplación.

17

Escuela criminal

A la salida del aeropuerto internacional de San Juan nos esperaba el Gordo. ¿Apodo irónico? ¡Qué va! Ese tipo literalmente pesaba más de cien kilos de pura manteca. Le di una palmadota en la espalda y nos montamos en la camioneta blindada, listos para la próxima experiencia loca.

A pocos minutos de andar en la carretera, El Gordo puso a sonar un compilado de reggaeton y salsa y me pasó una bolsa con dos piedras de perico.

—Mira papo, vete con cuidado con esa vaina; esa coca es de la isla, no es como la que te metes allá en Miami.

Sin acusar ningún tipo de recibo, saqué mi American Express e inhalé vorazmente.

¡Amanda quedó loca con esa vaina! Empezamos a tocarnos y a descojonarnos de la risa como pendejos. Nos comimos a besos, luego otro pase y luego más besos.

Entramos a Canóvanas, el pueblo famoso por la comida criolla, donde hasta el aire huele a mofongo. Después atravesamos Rio Grande, con ese ambiente tropical de la gente tan característico. Luego paramos en Luquillo para tomarnos un

coco bien frío y, finalmente, tras subir y bajar por sinuosas y empinadas carreteras, llegamos a Dorado, a la mansión donde me esperaba Marlon, listo para ayudarme a escapar de los impuestos.

¡Virgen santísima! Aquella mansión era, sin dudas, no solo una extravagancia, sino una exaltación de los sentidos. La arquitectura era digna de un sultán megalómano; los

jardines parecían los prados del Edén y la piscina era tan ampulosa que hasta un planeta se podría haber chapoteado en ella. Y no podría soslayar el campo de golf, donde seguramente hasta los hoyos estarían incrustados con diamantes de sangre. Todo era tan cegadoramente glamoroso que hasta el bronceado de George Hamilton se habría visto pálido en comparación.

En resumen, la mansión de Marlon era como la guarida secreta de un supervillano con un agudo caso de mal gusto y exceso de dinero.

Antes de permitirnos entrar a ese templo de la ostentación, tuvimos que someternos a un control de seguridad. Dos policías locales, con cara de culo, revisaron nuestra SUV de arriba a abajo como si esperaran encontrar una bomba o un alijo de droga. ¡Hasta nos exigieron las credenciales, como si fuéramos espías infiltrados! Cuando finalmente me devolvieron el pasaporte, el imponente portón de metal se abrió y me sentí como un diplomático llegando a una cumbre del G8.

Marlon nos recibió con una afectuosidad que lo caracterizaba, entre besos y abrazos,

—¡Dios mío, Webster! ¿Qué te trae por aquí con…?

Luego se me acercó al oído y bajó la voz.

—¿Quién es la chica?

Le sonreí con picardía y miré a Amanda; parecía incómoda ante el cuchicheo.

—Es mi novia —declaré con orgullo.

Marlon dio un paso atrás,fingió naturalidad y nos invitó a acompañarlo con un ademán, pero era evidente que la presencia de Amanda lo incomodaba.

Al ingresar al interior de la mansión, me quedé boquiabierto. Imagínate el bastardo amor de Liberace y un santuario tropical de aves con esteroides. Cada habitación era una explosión glamorosa de oro, tonos de rosa y hojas de palma, y puedo asegurar que había un candelabro de araña brillante en cada una. El vestíbulo, que no se quedaba atrás, era tan opulento que casi esperaba ser recibido por un pavo real con sombrero de copa y bastón. La sala de estar era un espectáculo alucinante de muebles dorados y terciopelo mullido, mientras que el comedor hacía sentir a uno como si estuviera dentro de un gigantesco huevo Fabergé, plagado de brillos y diamantes. Todo el lugar parecía como si Puerto Rico y Versalles hubieran colisionado en una explosión psicodélica de extravagancia.

Me encontraba embelesado admirando la escalera en espiral, digna de un musical de Broadway, cuando Marlon me tocó el hombro y me quitó del ensimismamiento.

—Vamos, hablemos de negocios —dijo.

Me condujo hacia una parte de la terraza con vistas a una vegetación tan exuberante que parecía sacada de *Jurassic Park*, y nos sentamos en torno a una lujosa mesa.

—Ajá, mi amigo, ¿así que metído en pedos con los gringos del IRS? ¿Se enteraron de tu negocio con Youtube y la cosa se prendió?

Yo lo miraba mientras el tipo se desternillaba de la risa, echándose su jugo de piña recién exprimido. Imagínate, casi me ahogo con el trago de whisky que me estaba bajando.

—No, hermano, por fortuna los tipos no tienen ni idea de

esa vuelta todavía, pero andan mosca con lo de los reportes de ingresos que mi ex mujer les pasó por a escondidas. Tú sabes… Después de botarme, la jeva se ha dedicado a joderme cada vez que puede; y si no resuelvo lo de los *tax* de este año, la cosa se va a poner fea. Con todo mi despilfarro y el plan de pago de impuestos del año pasado, que aún estoy liquidando, me encaminaba hacia la ruina en muy poco tiempo.

—Seamos realistas —soltó Marlon sin rodeos—. La única forma de que esto funcione es que te conviertas en residente de Puerto Rico.

La sola idea me dieron ganas de cagar.

—Pero, Marlon, en Miami lo tengo todo: mi negocio, mis amistades, mis cafés favoritos… —protesté.

Él levantó una ceja.

—Si no vives aquí, el IRS seguirá chupándote la sangre con tus deudas —aseveró—. Mira, mudarte puede que no le cuadre a todo el mundo, pero es la única forma de salvar tu culo y tu billete. En cuanto a impuestos, Puerto Rico le da un trato chido a los residentes —insistió.

Me dejé caer sobre la silla, sintiendo el peso de la vaina sobre mis hombros.

—Ta' bien, Marlon, pero dejar mi vida así… es como dejar un resort cinco estrellas por un chiringuito en la playa —me lamenté.

—¡Verga! ¡No desprecies el chiringuito hasta que lo pruebes, cabrón! Puerto Rico tiene lo suyo, ¿sabes? Además, ¿a quién no le gustaría despertar con el sonido de las olas y el olorcito de unas empanaditas recién hechas todos los días?

El desgraciado había soltado una carcajada que hizo chillar a unas cacatúas chismosas y encima me vacilaba, tratando de quitarle hierro al asunto.

Mientras los pensamientos revoloteaban en mi cabeza como un maldito enjambre de abejas africanas, sentí la embriaguez de la tranquilidad reinante en aquella isla. La luz de la luna bailaba sobre el mar; las palmeras se bamboleaban, acompasadas a una rumba caribeña que solo ellas escuchaban, y el sonido de las olas me tenía relajado hasta la médula. «Esto sí es vida», pensé. Por un segundo, admití que quizás, solo quizás, Puerto Rico tendría más de lo que yo había imaginado al principio. Sin embargo, no pensaba dejar atrás mi vida de pura candela en Miami, ¡ni que estuviera mal de la cabeza!

Me acomodé en mi asiento y empecé a soltar ideas criminales que a Marlon, siendo el más criminal que conocía, parecían no hacerle ni pizca de gracia.

—¿Y si *le hacemos creer* al IRS que me mudé a Puerto Rico?

—Eso sería genial si quisieras pasar una década en una cárcel federal, compadre.

Dio un sorbo a su copa, saboreando el trago como si fuera el último de su vida.

—Estás tratando con el gobierno Americano, Webster, no con la gente de YouTube —siguió.

Miré a Amanda, que estaba más concentrada en su teléfono que un cirujano en plena operación, y luego me volví hacia el rey del palacio en el que me encontraba metido, preguntándome cómo coño había terminado en ese lío.

—Entonces, ¿qué carajos se supone que haga? ¿Cómo coño voy a mantenerme a flote en este pedo? Mis gastos se han ido a la mierda y, entre la anaconda y el IRS, me están dejando seco el bolsillo.

Ya me sentía desesperado; aquella perspectiva me abrumaba, pero Marlon no parecía percatarse.

—Como te vengo diciendo: muda tu empresa pa' Puerto Rico.

Así de fácil.

—Mira, estoy dispuesto a pensarlo, pero ese no es el bendito problema. Todo sonaba de pinga hasta que mencionaste que yo tendría que mudarme. ¿Vivir aquí? ¿Yo? No joda, no sé.

El güevón hizo silencio.

Antes de continuar, me aseguré de que no hubiera criados merodeando.

—Digamos que me lanzo con la idea. ¿Será que me

pueda quedar aquí por un tiempito? Quizás unos meses, mientras resuelvo el peo de los impuestos, y después me devuelvo pa' Miami —pregunté por lo bajo.

El tipo apretó los labios y suspiró.

—Tienes que comprometerte por lo menos tres años, Webster; cortar totalmente con Miami. Todo, absolutamente todo, tiene que ser de Puerto Rico: tu licencia, tus carros, tus propiedades, tus yates… y hasta el perro —dijo, señalando a Amanda.

La jeva estaba tan absorbida por el celular que ni se enteró del comentario, y yo me quedé calladito porque ese pana Marlon era muy amigo de la Anaconda.

Siendo sincero, no llegaba a comprender por qué todo el mundo detestaba a Amanda; incluso los que no soportaban a la Anaconda la odiaban a morir. Era un cosa sin pies ni cabeza. Prada juraba y perjuraba que Amanda era la reencarnación de Satanás y que me iba a dejar en la calle. Yo le decía: «Mira, no hay mujer en este mundo que le gane a las ganas de la Anaconda de dejarme en la calle». Quizás Amanda generaba ese rechazo por su apariencia de actriz porno y esa actitud de malandra que se gastaba. A mí me volvía loco porque me daba placer a cambio de una vida llena de lujos y riquezas. Sí, ya sé, era una idea disparatada.

—Bueno, bueno, bueno —retomó el rey del castillo—. Ya que

no quieres dejar tu vida de parranda, hablemos de algo más, pues.

—Hermano, no creo que puedas ayudarme con más nada. Si no resuelvo esta cuestión con el IRS, la Auditoría me podría meter en un soberano lío criminal. Gracias por atenderme.

Me paré para irme, le di la mano y le dije a mi novia que hiciera lo mismo, pero justo entonces pasó algo que no me esperaba, la verdadera razón por la que este capítulo se ganó su puesto en mi libro.

—El IRS no es tu verdadero problema. Tu verdadero problema va a ser esconder toda esa plata antes de que te agarren, güevón —soltó Marlon.

—¿De qué vergas estás hablando? —pregunté, intrigado.

—De hacer tu dinero legal, pues.

—¿Te refieres a…?

El tipo esbozó una ligera sonrisa y no hizo falta que respondiera. ¡Era exactamente lo que me imaginaba! ¡Me estaba ofreciendo lavar mi dinero!

—Vamos a mi oficina.

Como ya dije, nadie confiaba en Amanda. Por esa razón, Marlon le pidió a uno de sus lacayos que le diera un paseo por el castillo mientras él y yo conversábamos a solas en su oficina.

Lavar dinero es más fácil que quitarle un caramelo a un niño. En pocas palabras, se trata de tomar dinero ilegal que se obtuvo de forma ilegal y volverlo legal. La única forma de que salga bien es retirarse a tiempo del negocio ilícito, cuando aún estás ganando. Es como jugar en el casino: apuestas, te forras de lana y te vas pitando con tus fichas antes de que la cosa se ponga fea. Porque contra ti conspira el mundo entero. El gobierno tiene a sus agentes listos para echarte el guante y tú solo eres un pobre diablo. Así que, a la larga, si te conviertes en un pez gordo de la

estafa, no hay forma de que no termines preso.

La vaina es así: si quieres salir ganando en este negocio, tienes que esconder la plata, por si acaso te echan el guante o decides retirarte. Sin embargo, has de saber que nadie llega lejos jugando limpio. Esa vaina me la enseñó Néstor y después Marlon me la dejó aún más clarita. Este mundo está lleno de bichos luchando por sobrevivir y a nadie le importa un carajo. Allí estaba yo, sentado en el despacho de Marlon, absorbiendo conocimientos que no te enseñan en la universidad.

El tipo prendió un cigarro.

—Mira, hay un verguero de formas de lavar dinero. Una de ellas es comprar pendejadas como joyas, zapatos y ropa —comenzó, mientras yo lo seguía con la mirada como un carajito nerd—. Si yo fuera tú, por ejemplo, compraría zapatos al por menor en una tienda cualquiera o compraría joyas y ropa de cualquier marca. Lo único importante es que cueste menos de mil dólares. Y, desde ya, pagaría con tu dinero ilegal. Podrías vender ropa en eBay a lo loco. Claro, después de convencer a algún pendejo de que te la compre.

Yo sonreí y asentí, completamente admirado de ese maestro llamado Marlon.

El plan era sencillísimo. Subiría cualquier vaina a Ebay (lo que se me ocurriera), esperaría a que algún güevón picara el anzuelo y ¡listo! No más YouTube, ni la jodida Anaconda, ni sapos husmeando, aunque, claro, debía cuidarme de que el IRS no sospechara nada.

Marlon me lanzó la idea de fundar una empresa, una LLC en Puerto Rico, a nombre de alguien que viviera en la isla. Mi única tarea era no vincularla con MediaMuv y declarar los impuestos. Si lo hubiera sabido antes, ¡habría lavado casi toda mi plata así! En fin, uno iba aprendiendo los trucos en ese juego, ¿no?

Después de todo, Marlon tenía claro que no iba a mudarme a Puerto Rico con mi empresa, pero ¿quién dijo que no podía montar una nueva empresa allí? ¡Yo tenía mis palancas! Un primo por ahí, un amigo por allá, y una empresa nueva para lavar billetes. ¿Quién lo diría? El bajo mundo, al fin de cuentas, puede ser más creativo que un cineasta escribiendo un flim de robos. ¡La imaginación al poder!

—Mira, güey, vamos a pegarnos una rumbita en el viejo San Juan, así hablamos de negocios con un par de chelas encima.

—Hermano, la verdad es que preferiría llegar a casa. Estoy fatigado.

—¿Piensas descansar sin haber pisado las calles del viejo San Juan? ¡Tas loco!

Yo sonreí y asentí.

—Está bien…, vamos. ¿Y qué hago con Amanda?

—¿Amanda, tu amada? —preguntó con sarcasmo.

—Amanda, mi jeva—le respondí.

—Si te pidiera que la dejaras en casa, no lo harías, ¿verdad? Dejé escapar una risa y negué con la cabeza.

—Todo bien, hermano, traiga a su hembra. Nos dimos un abrazo y arrancamos para la villa.

Momentos después, estábamos montados de nuevo en la SUV blindada, con el gordo al volante y nosotros atrás, rumbo al viejo San Juan.

—Mira, güey, que te tengo unos contactos que son candela. Vamos a movernos en el esquema que te dije y a forrarnos en verdes —decía Marlon.

Yo solo pensaba en las cervezas que me iba a tomar y en lo sexy que se veía Amanda con su vestido. La noche prometía.

18

Dos mujeres y una copa

La vida nocturna del Viejo San Juan era como un maldito baile de salsa picante, ¡te lo juro! Imagínate un laberinto de calles coloridas,repleto de bares y clubes contiguos como si fueran bloques de Tetris listos para el desmadre.

Esa noche, la fiesta se armaba en una disco llamada Caravana, justo en el corazón de la rumba sanjuanera. No se trataba de cualquier fiesta, sino de la celebración de los Premios Juventud, la cual reconoce a los artistas latinos por todo el trabajo realizado durante el último año. ¡Podía apostar a que ese lugar iba a estar lleno de estrellas y figuras del mundo de la farándula!

Tras pasar por un ineficiente procedimiento de seguridad, adentro la música nos reventó en la cara como una ola de reggaeton encabronado. Del techo colgaba un sofisticado sistema de luces y dos barras de trapecio, en las que un par de artistas se balanceaban y ejecutaban movimientos de acrobacia y contorsionismo. Las luces de colores parpadeaban alocadamente al ritmo de la música y el ambiente era una vaina loca, una mezcla de perfume,sudor y pura emoción flotando

en el aire. Amanda y yo nos abrimos paso entre el montón de famosos y no tan famosos, escaneando cada detalle jugoso, cada gesto y movimiento. ¡Era un festín para los ojos chismosos que llevábamos dentro! Estábamos en nuestro salsa, con licencia para el chusmeo.

Subimos por las escaleras al segundo nivel, donde se ubicaba el sector VIP con vista a la pista de baile. Cada área VIP era atendida por una camarera privada y se componía de un par de sofás y una mesa equipada con botellitas de vodka, ron y tequila; mezcladores, hielo y vasos. Allí se encontraba Marlon, muy bien acompañado por un par de mamicitas despampanantes, sentadas a cada lado.

—Mira, mi amor, ni se te ocurra mencionarle el tema de las drogas a Marlon. Ese tipo le tiene alergia a los drogadictos, ¿oíste? —le susurré a Amanda mientras la tomaba de la mano y nos acercábamos. Cuando Marlon me vio, se paró de un salto y abrió los brazos como si fuera el Cristo Redentor.

—¡Webster, bienvenido a mi humilde morada! —gritó por encima del volumen infernal de la música.

El muy desgraciado pasó por alto completamente a Amanda, quien estaba demasiado ocupada escudriñando a las dos jevas que lo acompañaban. Nos sentamos a la mesa y Marlon nos ofreció un trago amablemente.

—¿Cuáles son tus planes? —disparó, sin anestesia.

Me quedé turulato, babeando por una de las hembritas, una pelirroja deslumbrante que se me hacía conocida de algún lado, pero que aún no lograba ubicar.

—¡Webster! —ladró Marlon.

—Perdón, estaba mirando…

—Te pregunté cuáles…

—Fundar un sello disquero para lanzar artistas —lo corté.

De repente, Amanda se paró.

—Voy al baño —anunció.

—Te acompañamos, querida —dijo la pelirroja, poniéndose de pie con la gracia de una gacela.

Y así, como si fueran amigas de toda la vida, agarraron sus carteras y se unieron a la excursión.

Yo seguía embobado con la pelirroja, una diosa salida de un cuadro renacentista. No sabría ni por dónde empezar a describirla sin sonar como un poeta cursi.

—Te juro que la cara de esa hembra me suena, hermano.

—Bueno, no solo a ti, a medio mundo también —respondió Marlon.

—¿De qué hablas?

El rubio vació su copa y la apoyó en la mesa con un golpe seco.

—Déjame que te cuente la historia de Ouissam Youssef —arrancó mientras se acomodaba en su asiento—. Cierto día, el tipo estaba tirado en su sofá, devorando una bolsa de papitas y viendo una película porno en dvd, cuando de repente tuvo una epifanía. Se paró de un salto, las papitas volando por todos lados, y salió disparado de su cubil como alma que lleva el diablo, con las papitas en una mano y el control remoto en otra! Fue derecho a la casa de su mejor amigo Matt Keezer y lo que le dijo lo dejó loco. ¡Quería montar un sitio web de porno gratis!

Permanecí en silencio, procesando la historia.

—¿Quién lo diría? —continuó— En el 2007, estos dos cabrones del alma crearon nada más y nada menos que Pornhub. ¿Y adivina cuánto le costó a Keezer el dominio Pornhub.com? ¡Dos miserables dólares! Se lo compró a un tipo que conoció en una rumba en la mansión Playboy.

—¡Dios! —exclamé.

—¡Pero agárrate! Tan solo un año después, Pornhub ya era la sensación del momento, ¡el sitio de entretenimiento para adultos más popular de todos los tiempos! ¿Y su valor? ¡Más de cuatro billones de dólares, papá! Youssef, el muy cabrón, solo quería ver porno sin tener que soltar ni un billete por un DVD. ¿Te lo puedes creer?

Yo me quedé como loco.

—¿Qué me estás contando? ¿Es un chiste o qué?

—¿Te acuerdas de la pelirroja que te tenía babeando hace un rato? —se reclinó y me miró a los ojos—. Pues resulta que es nada más y nada menos que Mina Von D, la misma que sale en Pornhub. Por eso te sonaba tan familiar la tipeja.

¡Coño! ¡Sabía que había visto a esa hembra en algún lado! Esa pelirroja con un cuerpazo de infarto y una cara que parecía esculpida por los dioses había resultado ser la mismísima Mina Von D, la competencia de Alexis Texas, mi actriz porno favorita. ¡Qué vaina tan cabrona, hermano!

—Mira, amigo, no te dejes impresionar por toda esta mierda —me dijo al ver mi cara de asombro— Echa un vistazo a tu alrededor pues. ¿Tú tienes idea de cómo amasé mi fortuna?

Paseé la mirada por el salón y visualicé a unos cuantos artistas famosos.

—La primera mujer de la que me enamoré estaba casada con un ricachón, y yo quería bajársela. Así que, me dije: «voy a inventarme un negocio que nadie antes se ha imaginado». Me junté con unos amigos de Nueva York y entre todos montamos una empresa que le ofrecía a la gente acceso a Comcast, Verizon FiOS, DirectTV y HBO por una ganga de quince dólares al mes, usando el Amazon fire stick. Lo llamamos IPTV. Compramos unos decodificadores chinos que quitaban las protecciones de derechos de autor de las suscripciones legales de cable y los

usamos para transmitir contenido en línea. De repente, el servicio tenía más de doscientos mil suscriptores y comenzó a generar más de cincuenta millones de dólares en ingresos.

¿Cuánto dinero está generando MediaMuv?

—La última vez que revisé rondaba los setecientos mil al mes —respondí con orgullo.

—¿Sabes cuál es la cuestión, Webster?

—¿Cuál?

—Hay que saber cuándo retirarse. Creo que ya sacaste suficiente provecho de YouTube y ya es hora de dejar la güevonada y poner ese dinero sucio a trabajar —hizo una pausa. Su rostro reflejaba preocupación—. ¿Cuánto tiempo llevas metido en esto?

—Tres años.

—En el mundo de lo ilícito, hay que saber cuándo parar. Sobrepasar tus metas a menudo puede traer problemas inesperados. Un empuje constante puede generar resistencia y provocar una caída.

—¿Estás insinuando que debería dejar mi vuelta en Youtube?

—Lo que trato de decir es que si no te detienes por tu propia voluntad, llegará el momento en que te detendrán en contra de tu voluntad. Mírame a los ojos y dime que no tengo razón.

Cruzamos miradas por un instante.

—Y la mujer del ricachón, ¿Se la quitaste al final? — pregunté para romper el silencio.

Él sonrió.

—¿Estás loco? Ni siquiera lo intenté.

Las chicas volvieron del baño y llevaban tremendo peo. Amanda y Mina, la pelirroja, se estaban despepitando de la risa.

—Mira, si van a hablar de negocios y estafas, ¡necesitamos una

ronda de tequilazos ya mismo! —soltó Mina, toda alborotada y con una sonrisota en la cara, como si se hubiera echado un palo en el baño.

—¡Buena idea, mi amor! —respondió Marlon, dándole una nalgada que casi le saca un pedazo.

El alcohol me estaba pegando duro y las ganas de meterme un pase me estaban jodiendo la cabeza. Pero ni de vaina, el Marlon no era de esos.

Un par de horas después, siendo las cuatro de la madrugada, el mexicano y yo andábamos apostando a ver quién se empujaba más margaritas mientras que mi novia y las dos amigas montaban un show lésbico encima de la mesa, ¡un trío sacado de las mejores porno, te lo juro! No obstante, mi situación comenzaba a ser crítica: si no me metía un pase de perico, no iba a aguantar despierto ni una hora más, así me tomara treinta Red Bulls.

Me paré y le hice una seña al gordo para que me acompañara.

—¿Pa´dónde vas? —me preguntó Amanda.

—Voy al baño a retocarme, mi amor.

—¿Llevas perico?

Asentí con la cabeza y, para mi sorpresa, Mina se levantó del sillón y se nos unió.

Cuando llegamos al baño, el Gordo, con su labia característica, convenció al guardia para que nos dejara el baño exclusivamente para nosotros. ¡Quién sabe qué vaina le habrá dicho!

Ya adentro, me pasó un pelotón de roca blanca que era diez veces más grande que la piedra en el anillo de la Anaconda. La hice polvo y esparcí cuatro líneas largas y gordas a un costado del lavamanos. Mina, ni lenta ni perezosa, se adelantó a aspirar la primera.

—La coca la pone caliente —me susurró Amanda al oído.

—¡Dios mío! Parece que a ti también, mi amor —le devolví por lo bajo, con una sonrisita pícara, y ella asintió.

Después de Amanda, llegó mi turno, así que me incliné, esnifé la línea y limpié el lavamanos con mi nariz. Pero cuando me giré para ver a mi novia, ¡casi me da un yeyo! ¡No podía creer lo que mis ojos veían! ¡Amanda y Mina se estaban comiendo a besos, devorándose los labios como si estuvieran filmando una escena para la película *Sodoma y Gomorra*!

Quedé en shock total al ver semejante vaina. Las dos hembras se voltearon hacia mí y soltaron tremenda risotada. De pronto, Amanda se me acercó con la cara endiablada y me bajó los pantalones de un tirón mientras Mina me comía el cuello a punta de besos; pero, por más rico que estuviera el asunto, no podía relajarme porque estábamos en un baño público. Sin embargo, el Gordo, como leyendo mis pensamientos, abrió la puerta justo un instante después para indicarme con una seña que todo estaba bajo control, y entonces empecé a gozar del momento como Dios manda.

Mina se arrodilló y la siguió a Amanda, quien ya tenía mi paloma en su boca.

Éramos nosotros allí, en ese baño público, y yo de pie, con la mandíbula por el piso, mirando como un pasmarote a la carnalidad escandalosa que se desenvolvía ante mis ojos incrédulos. ¡La mujer de mis sueños húmedos, la pepita prohibida de mis fantasías sicalípticas, emergiendo de sus ropas como Afrodita de las olas del mar, desnuda y gloriosa sobre el lavamanos, y mi bombón de leche, Amanda, tocándola como si no hubiera un mañana! Empezó a desvestirse y yo estaba que boqueaba como un pez. El olor de ese cuerpo me embriagaba e inundaba mis sentidos; era como para escribirle una leyenda. Si me pinchaban en ese momento, no me sacaban ni una gota

de sangre, te juro. ¡La jeva de los videos porno, con quien había fantaseado incontables veces, en persona, desnudándose frente a mí! Aún no salía de mi asombro cuando se sentó en el tocador, se recostó contra el espejo y se abrió de piernas, llevándose un dedo a la boca.

¡Madre de Dios! Ahí estaba esa maravilla, mirándome desde el lavabo de un puto baño público. Amanda tomó la delantera y comenzó a practicarle sexo oral, y yo casi me desmayo. Imagínate esto: Amanda, una rubia curvilínea infartante, inclinada hacia adelante mientras paseaba su lengua por la periferia de la vagina de Mina. Ya no se trataba de complacerme, sino de disfrutar del espectáculo.

Me uní a aquella escena de placer y las estimulé con mis manos. Poco después, intercambiaron de posición y eso aumentó mi temperatura aún más.

Me traté de alejar un par de pasos porque Amanda era celosa y podía embravecer si me excedía con la pelirroja. Pero lo que sucedió a continuación me quitó el aliento: Antes de retroceder, Mina me detuvo en seco, se apartó de mi novia, me agarró el chile con fuerza y lo introdujo dentro suyo. ¡Hermano! tuve que hacer un esfuerzo sobrenatural para no irme en leche en el instante. Sentí una emoción que no se trataba solo de sexo, sino de algo mucho más profundo, más intenso que cualquier otra emoción que hubiera experimentado antes. Un par de minutos después, Amanda me despojó del pantalón, dejándome completamente en pelotas, y me hizo recostar contra la encimera. ¡Ni te imaginas las travesuras que estas dos almas ardientes llevaron a cabo!

Aquella desenfrenada carnalidad que parecía desafiar y reescribir los límites del placer me hizo recordar un video porno que vi hace años, el cual lleva el sugestivo nombre de «Dos

mujeres y una copa».

El tiempo parecía transcurrir con una cadencia rota y no sé cuánto habrá pasado hasta que Amanda se cansó de compartirme, se subió encima de mí y enterró mi palo en lo más profundo de su cuerpo. Lo que sí puedo asegurar es que se movía de una forma tan excitante que me hizo acabar más rápido que un pestañeo.

Totalmente inmerso en el orgasmo, busqué a Mina con los ojos y la encontré tumbada en el suelo, con las piernas abiertas y una mano en su cuca, eyaculando como manguera de agua. La cabrona se había entretenido mirando cómo Amanda me reventaba de lujuria. Me levanté dispuesto a penetrar a la pelirroja, pero una llamada a mi celular me desorbitó. Mi sorpresa fue aún mayor cuando vi el nombre de Néstor en la pantalla.

—¡Hermanito! —grité al teléfono todo agitado, fingiendo alegría.

—Webster, tenemos un peo —soltó Néstor.

—«¡No joda! ¿Ahora qué coño pasa?», me dije por dentro. Siempre era la misma vaina: justo cuando todo parecía ir viento en popa, algo venía a interrumpirlo. Ya estaba harto de tanta mala leche. Quizás Marlon tenía razón y era hora de mandar a YouTube a la mierda y buscar otros negocios. Con el IRS respirándome en la nuca con su auditoría de los cojones ya tenía bastante.

—Webster, ¿sigues ahí?

Miré a mis dos princesas, que en ese momento se estaban vistiendo, y respiré hondo para no perder la calma.

—Sí, justo ahora estoy en Puerto Rico. ¿Qué coño pasó?

—YouTube, hermano —dijo con un tono que me puso los pelos de punta.

—¿Qué pasa con YouTube?

—Están investigando tu librería de canciones. Creen que estás robando y quieren ver los contratos.

—No me jodas, Néstor.

—Quieren contratos… legalmente notorizados —remató el muy cabrón.

—¿¡Qué!? —balbuceé incrédulo—. Dime que esto es una broma, Néstor, por favor.

El silencio al otro lado de la línea me llenó de ansiedad.

—¿Néstor? —insistí.

—Necesito que me entregues al menos 250 contratos.

Cerré los ojos, tratando de controlar la respiración.

«Bueno, lo de los contratos no puede ser tan complicado», pensé.

—Dale, hermano. Te los puedo tener listos para dentro de un par de días —respondí.

—No tienes un par de días, tienes un par de horas. Voy rumbo a Miami, nos vemos allá —sentenció y colgó el teléfono.

No podía ni hablar. Miles de escenarios apocalípticos se cruzaron por mi mente. Aquella conversación no parecía cuadrar con lo que hasta hacía un momento era un escenario de libidinosidad desatada. «Esto se fue a la mismísima mierda», fue lo único que atiné a decir.

19

La ética del abogado

El día siguiente me encontraba sentado en la parte de atrás de un Maybach que parecía una lancha de lujo. El reloj marcaba las once y veinte de la mañana y sentía que el peo de los contratos me hundía más a cada minuto. ¿Y qué hace uno en una situación así? Pues llamar al amigo abogado, Erik Rosa, el «firmatodo» que me ha salvado el pellejo más veces que mi mamá y a quien le pedí que me esperara en casa media hora después del mediodía. También había que conseguir un notario a quien no le temblara el pulso para firmar y sellar más contratos que estrellas hay en el cielo. Ese encargo se lo delegué a Tito, el chófer, quien conocía a más de uno dispuesto a jugarse las manos por unos cuantos billetes.

Mientras miraba por la ventana, pensando en todo el lío en el que me había metido, sentí la mano de Amanda en mi pierna. Su cara de tristeza me partía el alma.

—Yenddi, mi amor, ¿por qué esos hijos de puta te están haciendo esto ¿Cómo pretenden que consigas todos esos contratos en menos de un día? Algo huele a trampa aquí, ¿o es que yo estoy loca?

Puse una cara de entierro, como si me acabaran de avisar que se había muerto mi perro.

—Daniel Hernández. Ese maldito tiene que estar metido en este peo —solté con rabia.

—¿Y qué piensas hacer?

—Primero, mandar a YouTube al carajo y después averiguar si Daniel es el que está jodiendo.

—Yo te puedo echar una mano con eso, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—Hace cuatro años, cuando llegué a Nueva Jersey, empecé a trabajar para unos italianos que tenían un antro de apuestas en Atlantic City. Mi labor consistía en atender a los jugadores y supervisar las mesas. Cierta noche, el jefe entró echando chispas. Al parecer, un cliente no quería pagar una deuda de casi treinta mil dólares que había perdido en un torneo de póker. El jefe estaba arrecho, quería darle una lección, y amenazó con quemar una de las propiedades del tipo en York Town. Yo le dije: «Mira, parce, eso es demasiado arriesgado. Si quieres joder a este man, tienes que hacerlo sin levantar sospechas en el club», y el jefe se lo pensó.

—¿Qué estás tratando de decirme?

Esperaba que aquella historia fuera el proemio de un consejo sensato que me apartara de mi perplejidad, pero muy lejos de eso estaría.

—Te daré la receta para preparar un veneno llamado «Tres pasitos».

—¿Estás insinuando que envenene a Daniel?

—¡Tienes que destruirlo o él te destruirá primero! —me dijo con una mirada intensa que me dejó frío hasta los huesos.

—¡Estás loca! ¿¡Qué te crees!? ¡Yo no soy ningún asesino! ¿¡Te faltan un par de tornillos o qué!?

Gritaba porque algo en mi interior me advertía que debía andarme con mucho cuidado con esa tipa. ¿Sería una asesina de verdad o simplemente me estaba jodiendo? Empecé a preocuparme.

—De hecho, creo que puedo estar poseída por demonios, ¿sabes? Cuando era niña me dejaron caer de cabeza.

Seguido de su declaración, soltó una risa tan espeluznante que sonaba igualita a la de la Harley Quinn y me hizo estremecer, dejándome sin más remedio que reírme con ella para disimular el temor.

En ese momento tenía más preguntas que respuestas acerca de Amanda. Era impredecible y veleidosa, una deliciosa ensalada de descaro, dudas existenciales y una dosis de locura. Así le gustaba a ella, el misterio era su marca personal; y a pesar de eso, detrás de toda esa aparente insania había un cerebro bien agudo, siempre iba un paso adelante la muy astuta.

El trayecto desde el aeropuerto ejecutivo hasta mi humilde morada fue como entrar a otra dimensión. El mar, las flores de cayena y el susurro de las palmeras daban la impresión de que habíamos dejado atrás el mundo real y éramos parte de un escenario de película, de esas que pasan los domingos por la tarde. Había alquilado ese pedacito de paraíso a un ex magnate de la tecnología, quien podía dar cátedra a cualquier actor y actriz de Hollywood en materia de excentricidades.

Cuando nos bajamos del auto, Tito me soltó la noticia bomba: ya había hablado con su compadre, el piloto Carruelo, para que me consiguiera un notario en Miami… ¡ese mismo día!

Yo conocía a Carruelo de un par de viajes a Phoenix, y el tipo era puro rifle. Si Tito le tenía fe ciega, yo también.

Para mi sorpresa, doña Gloria me dio la bienvenida recibiéndome con una tacita de café humeante que olía a gloria.

—Erik lo espera en su despacho —me dijo, risueña.

Yo pensé que la pobre señora ya estaba chocheando. ¿Erik? ¿Temprano en la oficina? ¡Imposible! Miré mi reloj: marcaba las 12:30 p. m.

—¿Está segura de que es Erik? ¿No se habrá confundido de persona?

Doña Gloria me miró por encima de sus anteojos.

—Mire, si ese que está sentado en su despacho no es Erik, quizás sea hora de que yo visite al psiquiatra.

¡Válgame! Por primera vez, Erik 'El Toro', el abogado más irresponsable del universo, había llegado puntual a una reunión. ¡El mundo debía estar por acabarse!

Erik era todo un personaje. Con su labia y su agudo ingenio era capaz de salir airoso de cualquier vaina. No era un abogado común y corriente, sino más bien un solucionador de problemas que encontraba siempre las salidas más creativas e impensables para sacar a sus clientes de cualquier lio. Ni el lavado de dinero, ni el tráfico de drogas, ni el chantaje puro y duro le hacían temblar el pulso para torcer las reglas y salirse con la suya, y había que reconocer que el hombre era tan leal como para irse al infierno por los suyos.

Ya en mi despacho, Erik, con sus aires de italiano pero más cubano que un mojito en el Malecón, me plantó un beso en la mejilla. Yo le serví un café de cortesía.

—Al punto, Webster, que no tengo todo el día. ¿Qué coño pasa? —preguntó sin rodeos. Sabía de mis trapicheos con YouTube, pero le daba pavor entrar en el ajo.

—¡Erik, mi bro! Tengo un enredo con Youtube y necesito que me eches una mano.

—¡Yo te lo advertí! —bramó, visiblemente encabronado.

—Ya sé, ya sé, hermano, pero estaré jodido si no me ayudas.

—Me mandaste a la mierda, Webster.

Frustrado, golpeé la mesa.

—¡Mierda, Erik, ¿no lo ves? Si no me ayudas, perderé todo y acabaré en el hueco.

—¿Y qué cojones quieres que haga?

—Necesito que falsifiques unos contratos para enseñárselos a YouTube y demostrar que soy el dueño de esas canciones —expliqué.

—Ni de coña, no pienso hacer esa mierda.

Intenté razonar con él, pero se mostraba intransigente.

—Que no, coño, no seré parte de esta puta conspiración. Entiendo que estés emputado, pero no pienso traicionar mi ética profesional por una ilegalidad.

—Mira, cabrón. ¿De qué cojones hablas? No me vengas con mierdas de ética. Te he sacado del hoyo más veces que los años que tienes y te he prestado dinero sin cobrarte ningún interés. ¿Y así es cómo me pagas?

El muy cobarde ni me miraba a los ojos; tenía la vista clavada en el piso como un niño regañado.

—Solo necesito que abras esa maldita laptop y me hagas diez plantillas de contratos discográficos —continué—. No te estoy pidiendo que vendas un riñón.

—Pídeme lo que quieras, hermano, pero no me metas en tus negocios fraudulentos. Ya bastante tengo.

Me quedé hundido en la silla, pensando en lo desgraciado que era. Él tomó su maletín y se dirigió a la puerta, pero antes de que cruzara el umbral, me paré de un salto.

—Tengo $145,000 dólares esperándote en la caja fuerte —dije en voz alta.

Al muy desgraciado se le fue todo el color de la cara, como si hubiera visto al mismísimo diablo. Esperé en silencio, dejando

que el impacto de mi oferta surtiera efecto.

—¿Qué me dices? ¿Aceptas o se los regalo a otro?

Vi cómo desviaba la mirada al suelo y se pasaba la mano por la cara, como si estuviera tratando de borrar un mal recuerdo. ¿En serio estaba considerando rechazar tan tremenda oferta? ¿Por qué coño no decía nada el muy desgraciado?

—Mira cabrón —continué—. Pienso que…

—Y el Rolex de oro que tanto te he pedido —me interrumpió el carajo.

Me quedé en shock, sintiendo cómo el rubor me subía e invadía mis mejillas. Respiré hondo y esbocé una sonrisa tan sincera como pude.

—Hecho. Tengo menos de diez horas, así que deja el show y abre esa computadora de una vez. Haz lo tuyo, pues.

Tras una mirada cómplice, me levanté y lo dejé en el despacho trabajando, rezando para que todo el plan funcionara.

Un instante después, subí a la terraza. Allí, sentado como un emperador en su decadencia, le di vida a un cigarrillo. ¡Nadie puede imaginar cuánto lo necesitaba! No tenía idea de cómo había terminado envuelto en aquella maraña. ¡El sentido de toda esa vaina se me escapaba como arena entre los dedos! Si tan solo le hubiera hecho caso a Erik cuando me advirtió sobre todo lo que podría pasar con MediaMuv, tal vez, solo tal vez, estaría surfeando en aguas calmas y no en ese tsunami de mierda.

Llamar a la oficina de MediaMuv no era opción porque Juan José me habría picado como cebolla para guiso. El maricón de Daniel de seguro andaría por ahí, escondido en algún rincón oscuro, cagandose de la risa con mi desgracia, disfrutando con el sufrimiento ajeno. Toda esa vaina de los contratos también tenía la firma del cabrón de Julián, el mismísimo rey de las

cagadas. ¿Acaso yo era el único pendejo que debía lidiar con todo aquel desmadre? ¡Qué va! Ese mierdero debía ser el karma del pendejo de Prada también, no solo el mío. Ese cabrón debía estar involucrándose más en el asunto, considerando que el pendejo de su cuñadito fue el que la embarró en primer lugar.

Ahí estaba yo, dándole duro a ese cigarrillo, cuando Tito se apareció de la nada.

—Epa, el notario está listo pa' la fiesta. Quiere verte a las seis en su casa.

¿Sería que, después de todo, habría luz al final de ese túnel de locos?

—Y ese notario…, ¿es de confiar? —pregunté, con mi escepticismo habitual.

—Tranquilo, Carruelo fue quien lo consiguió.

Si Carruelo había metido la mano, algo de fe había que tener, ¿no?

Justo cuando Tito iba a desaparecer en una nube de humo, se volteó.

—Ah, y el señor Erik te está esperando en la sala con un café y una cara de perro que no se la quita nadie.

¡Qué maravilla!

Ironía *mode*: ON. Y para rematar, el bueno de Néstor, ese cronometrista de la puntualidad, iba a aterrizar en el aeropuerto de Miami a las 10:30 p. m. y a las once debía encontrarme con él en un bar.

Reloj en mano, las agujas marcaban las 2:25 p. m. Con la audiencia con el notario programada para las seis, todavía me podía dar el lujo de perder un poco más de tiempo.

20

El Negro de WhatsApp

—Asere, escribe esto y que no se te pierda ni una coma.

El Maybach escupía la voz de Carruelo por las bocinas, que hablaba con esa urgencia que tiene quien se juega el pellejo en la lotería de la vida. Tito, retorciéndose en su asiento de piel, estiró el brazo hacia la guantera y, mano va, pluma viene, empezó a garabatear números y direcciones en un papel apoyado contra el volante, sin perder de vista la carretera.

—Canta ya, marrano.

—250 Biscayne Boulevard. Dock número dos.

—¡Chico, eso es un puerto! ¿Me estás dando una dirección o una invitación pa' ir a pescar?

—¿Tú eres bobo o te haces? Llega a tiempo y con cien mil verdes en el bolsillo.

—Los tengo listos, hermano. Ya nos movemos.

Con el rabillo del ojo, yo acechaba la presencia de Amanda, mi reina de corazones, sentada a mi derecha, con esa calma que me ponía los nervios de punta. A mi otro lado viajaba Erik, con su cara de velorio y sin despegarse de su maletín, donde

guardaba un cerro de contratos, todos con firmas que yo mismo había falsificado, esperando la bendita aprobación del notario, también conocido como la Mayimba.

Eran las 5:45 p. m. según el reloj. Una veloz e inesperada aparición de nubes que cubrieron el cielo en un tris desató una lluvia sin precedentes, tan fuerte que parecía una broma de mal gusto. Ya habíamos llegado y debíamos bajar, pero no teníamos ni un triste paraguas. ¡Y claro! Estábamos en Miami, la ciudad donde el solbrilla más que en una postal, ¿a quién se le iba a ocurrir que nos íbamos a encontrar con un diluvio a pocos minutos de la casa? Para colmo, estaba atrapado en medio de una discusión con Amanda y Erik, quienes se resistían a dejar el coche, como si les diera miedo mojarse. Tito, el salvador del día, sacó unos ponchos de quién sabe dónde y los entregó.

—¡Pónganselos y corran pal' muelle, rapidito!

Salimos corriendo como locos bajo un cielo que parecía sacado de una película de terror. Las nubes grises se arremolinaban y el viento soplaba tan fuerte que debíamos procurar pisar firme o nos llevaba volando.

El panorama que nos encontramos al llegar era desolador. No había *nada*, ni un alma, solo un silencio sepulcral que daba escalofríos. La lluvia nos cortaba la cara como cuchillas y el viento seguía jodiéndonos, amenazando con mandarnos a volar en cualquier momento.

Amanda me miró, echando chispas.

—¡Yenddi! ¿Qué coño es esto?

Erik, más preocupado por no despeinar su look a lo Hitler, se cubría la cabeza con la mano.

—Mano, ¿estás seguro que es aquí?

—¡Que sí! Confíen en Tito. Esperemos a ver qué pasa —respondí, tratando de sonar convincente.

—¿Esperar? ¿Te volviste loco? ¡O nos va a dar una pulmonía o este vendaval nos va a mandar pal' carajo! —gritó Amanda.

Erik asintió frenéticamente.

—Vámonos al carro, hermano, no joda.

—¡No! Nos quedamos —me planté.

Y allí estábamos, contra todo pronóstico y por pura terquedad, emperrados en medio de aquel temporal macabro, esperando a ver cómo se resolvía aquella aventura.

Diez minutos después, la luz del sol que pintaba el horizonte del mar desapareció y la lluvia mermó, dando un poco de tregua. Estábamos empapados y con un humor de perros. Harto de esperar, decidí llamar a Tito.

—¿¡Qué coño está pasando!? Este sitio parece un cementerio. No hay rastros del tal Mayimba.

La situación me estaba sacando de mis casillas. Seguía sin tener idea de a quién demonios estábamos esperando y la furia de Amanda y Erik era palpable.

—¡Se han demorado por la lluvia! Carruelo dice que esperes un poco más, ten paciencia —informó Tito, con la voz un tanto nerviosa.

—¡No joda! ¡Me voy pal' carro!

Desobedecí y les hice señas a mis compañeros para abandonar el lugar, y justo cuando empezamos a caminar, resonó el ruido de un motor a lo lejos.

—¿¡Una lancha!? —exclamó Amanda, antes de que pudiera voltearme a ver qué pasaba.

—¿¡Qué coño es esto!?

—¡Esto es un circo con techo! —exclamó Erik al borde de un ataque.

Una lancha de no gran tamaño se arrimaba al muelle. Transportaba a tres integrantes, pero el que más resaltaba era quien

conducía: un tipo altísimo, con una piel más negra que la noche y una mirada misteriosa bajo el atardecer oscuro. ¡Ni yo mismo me lo creía!

—¿Esto es una broma o qué? —increpé a Tito a través del celular.

—¿Por qué no dijiste que la Mayimba era un lanchero? —cuestionó Erik.

—Estoy más confundido que tú —le contesté, ya enojado.

—Móntate en la lancha y no preguntes más. Te llevará adonde está la

Mayimba —continuó Tito—. Así lo pidió ella.

Respiré profundo y miré a mi novia, sabiendo que no había alternativa. Erik se quedó callado, atento a mis pasos. La lancha se detuvo y el conductor, de unos cuarenta años, nos hizo señas para que subiéramos a su nave. Debo admitir que su presencia me dio una extraña sensación de tranquilidad. Tenía una sonrisota divertida y honesta que revelaba una hilera de dientes blanca como un piano. La cabeza le brillaba más que una bola de discoteca, aunque no hubiera ni un rayito de sol, y sus ojazos me recordaban al «Negro de Whatsapp».

¡Madre mía! Aquel trayecto era como estar yendo de contrabando en una operación secreta. La Mayimba…, esa mujer sí que era más impredecible que un bingo en un asilo.

¿En serio no había podido programar la cita en otro punto de encuentro? ¡Qué va! Estábamos apretujados allí como cochinos en chiquero, ¡válgame Dios! ¿Y por qué rayos nos había mandado una lancha a recogernos? Ni idea, lo único que sabía era que allí estábamos, empapados hasta las nalgas y con un frío que quemaba.

La cara de Amanda era un poema de tristeza. No me atrevía a imaginar las cosas que estarían pasando por su mente en

ese momento. Erik, por su parte, temblaba como si tuviera Parkinson y abrazaba su maletín con de forma férrea. En cuanto al «Negro de WhatsApp», ¡cabrón, qué ladilla con ese tipo! El muy desgraciado se la pasaba sonriendo como un pendejo en medio de toda esa oscuridad que nos rodeaba. Al principio me pareció gracioso, pero después de un rato ya me tenía hasta las bolas. Estábamos hundidos hasta las rodillas en mierda y el carajo seguía con su risita estúpida sin motivo alguno. Cansado de su vaina, lo increpé. ¿Y sabes qué me respondió el muy cara de verga?

—¡Simplemente hago mi trabajo, parce! La Mayimba me paga por entretener a los invitados con una sonrisa de revista.

Los tres nos quedamos mirando con cara de güevones, preguntándonos quién cojones sería esa tal Mayimba. Saqué mi celular para preguntarle a Siri, pero ¡sorpresa! No había ni una barra de señal. Estábamos tan alejados de la civilización que no tenía ni la más remota idea de dónde nos encontrábamos, pero de que estábamos en el quinto coño no había duda. No se veía un carajo. La niebla seguía jodiéndonos la existencia, tapando hasta la luz de la luna.

Cuando nada parecía poder ir a peor, algo nos hizo helar la sangre y nos quedamos callados como momias. Mi boca estaba seca y mis ojos en alerta. La lancha se había apagado de repente.

—Callados —susurró el capitán.

La oscuridad era tan densa que no alcanzábamos a vernos y me crispaba los nervios. Amanda me buscó con la mano y me apretó fuerte.

—¿Qué coño está pasando ahora? —preguntó, asustada.

Traté de distinguir al capitán en la penumbra, pero era como buscar inteligencia en un reality show.

—¿Qué sucede, Capi? —alcé la voz.

—Shh —siseó Erik—. Es la guardia costera.

—¿Y qué? —contestó Amanda, como si desconociera que llevábamos fajos de billetes en vez de ositos de peluche.

—Deberías preocuparte —espetó el abogado—. Llevo como $195,000 dólares en efectivo aquí y no hay factura ni recibo que explique de dónde salieron. Además vamos en una lancha pirata, a oscuras. Y de seguro este carajo ni papeles tiene —culminó, señalando al capitán.

Tragué saliva y sentí un nudo en la garganta. La cosa iba de mal en peor. ¿Cuándo había sido que le vendí mi alma al diablo? Cerré los ojos e intenté respirar calmadamente.

—Tranquilo, mi amor, recuerda por qué estamos aquí. Estás salvando tu empresa —intentó animarme Amanda.

La miré y asentí. Tenía razón. Allí estaba yo, en medio del mar, tratando de rescatar mi negocio, algo que mis colegas, cómodos en tierra firme, metiéndose más perico que Tony Montana y tomando más tequila que un mariachi en fiesta de quinceañera, no se hubieran atrevido a hacer.

De repente, el capitán prendió la luz y el motor dela lancha arrancó como si le hubieran metido perico por el tubo de escape. Busqué a la guardia costera por todos lados, pero no alcancé a divisar nada, pese a que juraba y perjuraba haberlos visto. Así que, decidí relajarme y le di un beso en la frente a mi novia, quien ya parecía estar más tranquila; hasta Erik soltó una sonrisita, vaya uno a saber por qué.

Al ratico, el «Negro de WhatsApp» señaló hacia el horizonte y las luces titilantes de un yate se asomaron en la lejanía. ¡El yate de la Mayimba! ¡Alabao sea el señor!

21

La Mayimba

Aquella bestialidad era un destilado de elegancia, lujo y modernidad de casi cuarenta metros cuadrados. Sus líneas se confundían con el mar como si fueran panas de toda la vida y se llamaba Mayimba, igual que la dueña.

Mientras recorríamos la cubierta principal, los tripulantes nos lanzaban toallas y chaquetas para secarnos y abrigarnos, como si fueran unos malditos héroes salvando náufragos en medio de la tormenta.No daba crédito a lo absurdo del asunto.

—¡Bienvenidos! —chilló una voz.

Volteé y ahí estaba, con un gesto más exagerado que un anuncio de carnaval, la Mayimba en persona. Erik, mi novia y yo nos quedamos paralizados, con la boca abierta como peces fuera del agua al ver semejante esperpento. La Mayimba tenía facciones toscas, cejas largas y delineadas que parecían querer escapar de su cara, y sus dedos parecían patas de araña por lo articulados. Llevaba puesto una peluca color zanahoria que caía sobre los hombros, un vestido sobrecargado de lentejuelas y unas uñas postizas largas como cuchillos.

—Oye, ¿la Mayimba es un travesti? —soltó Amanda entre

dientes.

Y es que aquella figura era, sencillamente, un hombre disfrazado bajo capas y capas de maquillaje, una parodia grotesca de lo femenino que desafiaba cualquier asomo de cordura.

Soslayé el hecho de que nos encontrábamos empapados, lejos de tierra, con un fangote de dinero y cientos de contratos ficticios, y saqué pecho; luego me acerqué con una sonrisa de oreja a oreja, le estreché la mano y me presenté, como si fuera lo más normal del mundo estar en esa situación surrealista.

Tras las pertinentes formalidades, subimos sigilosamente por una escalera en espiral roja. No pude evitar pensar que en cualquier momento nos saltaría un fantasma o un asesino en serie.

—Webster, Carruelo me contó que tú y… —miró a Amanda— ¿Y esta chama quién es?

—Mi novia —respondí confiado.

—El piloto me contó que ustedes dos le dejaron el avión hecho un desastre.

Amanda y yo intercambiamos una mirada cómplice, reviviendo en un instante aquel episodio candente en el pasillo del Challenger 300. Solté una carcajada y le guiñé un ojo a mi rubia.

—Ese piloto es tremendo exagerado. Solo fueron unos traguitos, nada del otro mundo. Bueno, pensándolo bien, más bien nos pusimos una rumba salvaje allá arriba. Se nos pasó la mano con el tequila y terminamos pintando la cabina del jet con una obra de arte abstracta hecha de puro vómito. Carruelo echaba chispas, pero ya tú sabes, como decía la difunta Celia: «Vive, goza, que a cada cual le llega su hora».

—¿Y cuánto tiempo tienen juntos los tortolitos? —indagó el travesti.

—Casi un año —contestó Amanda, con un dejo de orgullo en la voz.

La Mayimba encendió un cigarro, le dio una calada profunda y nos examinó.

—Hacen buena pareja —dijo con cierta ironía. Luego se volvió hacia mí—. Bien, Webster, háblame de tus contratos.

Me removí incómodo en mi asiento.

—Pensé que Carruelo te había informado —mencioné, tratando de ocultar mi desconcierto.

No, no me contó un carajo. ¿Para qué son?

¡Vaya mierda tener que repetir toda la vaina de nuevo! Pasé aproximadamente veinte minutos explicándole todo el peo de YouTube, hasta que finalmente me interrumpió.

—Necesitas notarizar un coñazo de contratos, Webster.

—Exactamente —confirmó Erik, haciendo su primera aparición en el diálogo.

Mayimba lo escrutó, algo sorprendida.

—Disculpa mi ignorancia, ¿tú quién coño eres?

—Soy Erik Rosa —se presentó el abogado—. Perdón si he estado callado, no quiero meterme en este peo.

—Entonces, ¿para qué coño opinas? —replicó Mayimba mordazmente.

—Webster —se volvió hacia mí mientras le daba otra calada a su cigarro—, esto te va a costar más de lo acordado.

Tomé el maletín de Erik y lo abrí frente a ella con un gesto triunfal.

—Carruelo mencionó $100,000 dólares, pero he traído $190,000.

Sus ojos escudriñaron los fajos de billetes como un halcón, con una precisión que sugería que había visto más dinero en su vida que un Banco.

—¿Y cuántos contratos trajiste?

—Un poco más de doscientos.

La Mayimba estalló en carcajadas y mis compañeros y yo nos miramos con estupor.

—¿Te parece gracioso? —pregunté, algo rabioso.

Su expresión se tornó seria de golpe. Apagó el cigarro y me clavó los ojos.

—No voy a firmar esa montaña de papeles por $190,000 dólares.

—¡Pero Carruelo dijo…!

—Sé lo que dijo ese coño de madre, pero no voy a arriesgar mi culo por esa suma —cortó bruscamente—. Trescientos mil. Esa es mi última y única propuesta —sentenció.

Miré a Amanda desesperado. ¿Qué íbamos a hacer? ¡No teníamos esa plata y ese no era el puto acuerdo!

—Pero usted mencionó…

—Es mi oferta final o se acabó el peo, Webster. No lo repetiré.

La Mayimba hablaba con una determinación que no daba lugar a discusión. En ese momento me di cuenta de que estaba bien jodido.

—Tengo que pensarlo, pues —solté, contrariado.

¡Para qué! La muy desgraciada volvió a retorcerse de la risa, como si le hubiera contado un chiste. Erik me lanzó una mirada asesina y luego se volteó hacia Amanda.

—¡Le ofrecen salvar su empresa por trescientas mil lucas y el carajo dice que tiene que pensarlo!

Definitivamente, aquel escenario no lo había previsto. Me sentía desconcertado y bajo presión. Agaché la cabeza ante la mirada inquisitiva de Amanda.

—No seas güevón, Webster —soltó—. Es un negociazo. Si no aceptas, se acabó el juego. No encontrarás otro pendejo

dispuesto como el travesti.

—¿En serio estás considerando pensarlo? —escupió la Mayimba.

Su tono sugería una amenaza velada. Erik, con los ojos desorbitados, sudaba más que un puerco. La oferta estaba a punto de expirar. Si la rechazaba, me borrarían del mapa de un plumazo, me tildarían de sospechoso y me meterían en un peo legal bien gordo. También estaría bajo la lupa de todos los tribunales y tendría que salir corriendo del país o arriesgarme a pudrirme en el tambo. Mi nuevo apodo sería «El pendejo que no se salvó por no soltar trescientas lucas». El becerro de Prada también estaría metido en el mismo peo, porque ya corrían chismes de que era mi socio en ese verguero y hasta en Facebook andaban diciendo que era un ladrón de regalías musicales. Así que, entre salir por patas o soltar la plata…, no había ni que pensarlo, coño. Me empecé a reír y así lo hicieron todos.

—Así es la vaina, mi Webster —dijo la Mayimba con su toque de humor—. ¿Nos ponemos a trabajar o qué?

La miré fijo y luego me giré hacia Amanda; aún había un asunto que resolver.

—¿Cómo hacemos llegar la plata que falta hasta aquí? —le pregunté entre dientes.

Ella señaló mi muñeca.

—Tu rolex vale al rededor de $250,000. Contacta al Griego, tu joyero. Él resolverá.

Y así empezó mi travesía por el mundo de los adultos: valorando más los consejos de mi novia que mi propio ego inflado. Saqué el celular e intenté llamar, pero seguía sin cobertura.

—Tengo uno satelital. Sígueme — dijo el travesti

Una hora más tarde llegó el Griego, mi fabuloso joyero, abrazando su maletín en el bote como si fuera su puta madre. La Mayimba, sin perder tiempo, notarió los documentos con eficiencia y brindamos por el negocio. Todavía sentía el escozor por haber pagado aquel precio, ¡pero qué cojones! MediaMuv valía una fortuna. No era una cuestión de dinero, sino que mi puto ego no podía permitir que un travesti me doblara la mano a mí, ¡al puñetero amo del universo!

Ya eran las nueve y media de la noche cuando la lancha nos dejó de regreso en el muelle. Tito nos esperaba con las puertas del Maybach abiertas de par en par, como una invitación al paraíso. Apenas puse un pie en el auto, sonó mi celular. Era un mensaje de Néstor para avisarme que acababa de aterrizar y recordarme nuestra cita en el Kombo dentro de una hora. Y ahí estaba otra vez ese miedo que me hacía apretar el ano como una monja en un barco pirata. Había sobrevivido al diluvio, pero el día aún presagiaba más sorpresas. ¡La madre que me parió!

22

El jaguar

El famosísimo restaurante Kombo tenía la mejor vajilla que estos ojitos hubieran visto en su cochina vida. Los cubiertos eran de plata pulida a mano y los platos de un blanco que parecía inmaculado, celestial. Estaban prolijamente acomodados sobre un mantel almidonado y reluciente que parecía haber sido alisado con la plancha del mismísimo Papa, y todo brillaba como el sol del Caribe.

¡Mierda, hermano, qué elegancia!

Todavía me hervía la sangre por el desastroso encuentro con la Mayimba y allí estaba yo, sentado cara a cara con Néstor White desde hacía dos horas, deseando con fervor pasar el examen. Llevaba meses sin ver a ese cabrón; desde mi fiesta de cumpleaños para ser exactos. Al principio, pensé que estaba todo bien, pero luego me di cuenta de que el pana estaba afilado, como si estuviera luchando contra un enemigo invisible. Cuando la mesera nos recibió con una ronda de Margaritas, ¿qué crees que hizo Néstor? ¡Se la zampó de un solo trago, compadre! Por un segundo pensé que venía con la misión de rumbear, ¡ja! Pero esa mirada de acero que me lanzó me

hizo desechar esa teoría loca y darme cuenta de que estábamos metidos en un peo más serio que la propia novela de las ocho. Las reuniones con él siempre tenían su toque de drama, y esa no fue la excepción. El tipo se creía el mismísimo Padrino, con esa mirada enigmática y esos gestos misteriosos que ya rozaban lo cliché.

—Acusar a alguien de mentiroso es más fácil que cazar cachicamos con un abrelatas oxidado. Por ejemplo —dijo arrastrando las palabras mientras se empinaba el trago como si fuera miel de abejas—, imagínate que me dices que tu buzón está más vacío que la nevera de un cesante y entonces yo voy y lo abro esperando encontrar puras telarañas, pero ¡sorpresa, sorpresa! Adentro hay un jaguar con un hambre del carajo. Dime tú, ¿quién coño mintió? ¿Tú o yo?

Ciertamente, no tenía ni la más mínima ni remota idea de qué cojones quería decir con semejante ejemplo sin pies ni cabeza y, para serte sincero, en ese momento me importaba un soberano güevo. Lo último que quería era tragarme otro de sus sermones insípidos que me dejaban el cerebro frito. Yo solo podía pensar en el verguero que se iba a armar cuando Néstor le entregara esos contratos a los peces gordos de YouTube. Erik ya me había advertido que por andar falsificando documentos podrían levantar cargos en mi contra.

La mesera plantó dos margaritas más frente a nosotros con un golpe seco. Agarré mi copa, lamí la sal del borde como un perro sediento y di un sorbito cauteloso. Mientras tanto, ¡Néstor ya había aniquilado su trago de un solo jalón! Apoyó el vaso vacío sobre la mesa con un movimiento espástico y frunció el ceño como un sabio en profunda reflexión.

—Érase una vez un intrépido explorador, perdido en lo más profundo de la jungla amazónica… —hizo una pausa para llamar

a la mesera y pidió otra ronda de margaritas y unos shots de tequila para acompañar.

Yo me incliné hacia adelante, absorto en su historia, como un niño embelesado por un cuento de hadas macabro, y él continuó con voz sombría.

—El valiente explorador quedó atrapado por una tribu salvaje, condenado a un destino peor que la muerte: ¡ser devorado vivo por un jaguar feroz! —dejó un instante de silencio para aumentar el suspenso—. Ahí estaba el pobre infeliz, atado a un árbol, su corazón latiendo desbocado mientras la bestia se acercaba, relamiéndose los colmillos. Pero justo cuando el jaguar estaba a punto de saltar… ¡se detuvo en seco! Sus ojos se encontraron con los del explorador en un momento de reconocimiento místico. Verás, años atrás, el explorador había salvado a ese mismo jaguar de cazadores furtivos, y curó sus heridas hasta dejarlo como nuevo.

Néstor se reclinó en su silla.

—El explorador derramó lágrimas de alivio al ver que el jaguar le perdonaría la vida por aquella buena acción. Sin embargo, el felino retrocedió, sin sacarle los ojos de encima, y entonces, con un rugido ensordecedor…

Yo contuve la respiración. Néstor se inclinó hacia mí y remató con una sonrisa diabólica.

—¡El jaguar se abalanzó sobre él sin piedad y lo hizo pedazos!

Quedé mudo, con ese sabor a susto en la bemba cuando vi la cara sospechosísima de Néstor. ¿Qué se creía ese Minion?

¿Que yo iba a traicionarlo? ¡Si allí el único que debía andarse con los ojos bien pelados era yo, no joda!

—¡Ja! Así es la vaina! —retomó—. Es como el jaguar que el explorador salvó, ¿qué pasó al final? Le dio una bofetada de ingratitud, ¿puedes creerlo? El que pide ayuda resulta ser un

pendejo, un resentido que se hace el muy débil y agradecido, pero que por dentro tiene un odio cabrón contra el que le echó una mano porque siente que, al haber sido ayudado, lo han menospreciado. La persona a la que uno le da la mano solo espera el momento preciso pa' joder, abusar y vengarse de los que alguna vez le dieron una ayudita. Se cree que cada favor fue una manera de bajarle la dignidad como persona.

Me quedé callado, pero por dentro quería explotar y gritar: «¿¡Qué coño estás diciendo, imbécil!? ¿¡Cómo carajo voy yo a traicionarte!?». Aquella historia del jaguar, ¿acaso sería una indirecta para mí? La duda me carcomía, así que decidí cambiar de tema rapidito.

—Néstor, esa chaqueta que llevas puesta me gusta. ¿Cuánto te salió?

Honestamente, fue lo único que se me ocurrió. Si de verdad pensaba que alguien lo iba a traicionar, yo debía ser la última persona de la que desconfiara, coño.

Ni el correr de los minutos, ni los tequilas ni las margaritas ayudaban a distender la tensión de la reunión. La vaina con Néstor se estaba poniendo más enredada que el pelo de un niño africano, ¿me entiendes? La camarera trajo la octava ronda de Margaritas, pero yo ya estaba perdiendo la paciencia. Habíamos hablado de todo menos del bendito lío con YouTube, y tenía que resolver de una vez por todas el peo de los contratos para poder seguir adelante con mi vida. La idea de mudarme a Puerto Rico me tentaba cada vez más. Recordé con nostalgia la noche anterior en el Club Caravana; quizás la Mina Von D se había quedado con las ganas y yo la dejé sola para irme a escuchar las lecciones de vida de un Jaguar, cortesía de Néstor.

En ese momento, el pana sacó una bolsita hermética, regó su típico polvo blanco sobre su mano derecha y lo inhaló y

siguió con su trago. Yo lo miraba con un escepticismo del carajo, sin nada de ganas de unirme a su viajecito periquero, solo queriendo desenredar ese peo de una buena vez, así que junté coraje, así el maletín y lo apoyé encima de la mesa con una determinación inusitada.

—Mira, Néstor, entiendo tus preocupaciones, o mejor dicho, tus dudas, pero ya va siendo hora de hablar de los contratos, mi hermano.

El asintió, se limpió la nariz y pidió otra margarita; sacó sus lentes, que parecían más costosos que un iPhone 25, y se metió de lleno en los papeles. Mientras los revisaba atentamente, yo le di un trago a mi copa. La incertidumbre caía por su peso sobre nuestra mesa.

—Néstor, mi amigo, no tienes ni la menor idea de la odisea que he vivido en las últimas horas. ¡Una verdadera travesía digna de Ulises! —solté para romper el hielo.

—¿En serio? —respondió, sin despegar la vista de los papeles.

—¡Claro que sí! Imagínate, me aventuré en una lancha más pequeña que mi maletín. Bueno, capaz exagero un poquito, ¡pero fue toda una hazaña!

Él seguía absorto en los benditos documentos y yo me preguntaba qué demonios estaría revisando con tanta dedicación.

—Webster —musitó de repente, con un tono indescifrable—. ¿Te acuerdas cuando te me acercaste en el restaurante WANG'S aquella tarde?

¡Verga! Justo tenía la copa en la boca y me quedé tieso a medio trago.

—Claro. ¿Cómo olvidar ese día?

Él, muy serio, guardó los papeles en el maletín, se quitó los lentes y los dejó sobre la mesa.

—¿Por qué mentiste, Webster?

—¿De qué hablas? —repliqué, desentendiéndome.

—No te hagas el loco conmigo. ¿Acaso me ves cara de pendejo? No menosprecies mi inteligencia.

Tragué saliva como un condenado porque ya sabía hacia dónde iba la cosa, pero continué con mi papel de niño inocente.

—¡N-N-Néstor, te juro que no tengo ni idea de qué vaina me estás hablando! Yo no… sé…

Empecé a trabarme como un disco rayado. El muy desgraciado sabía que cuando me ponía nervioso por alguna vaina que se me salía de las manos empezaba a hablar como un maldito tartamudo. Era una falla en mi sistema que la Anaconda conocía demasiado bien y, para mi desgracia, todo mi entorno también.

Agarré mi margarita y le di un buen trago, a ver si me calmaba los nervios, pero el tipo volvió al ataque.

—¡Tú eres el maldito jaguar! —gritó, con una furia que parecía que le iba a explotar la cabeza.

Sentí que se me iba el color de la cara y una creciente taquicardia, mientras que la cara de Néstor se transformaba en la de un monstruo salido de una película de terror. El drama de MediaMuv había alcanzado su punto más álgido.El jefe se había enterado de toda la verdad y, por ende, Youtube también se enteraría. «¡Coño de la madre!», pensé. ¡Con que a eso se refería cuando mencionó al jaguar! ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Seguir jugando al mártir o enfrentar al explorador como un verdadero jaguar? Néstor podía ser el rey de Los Ángeles, pero yo también tenía lo mío. Estaba ganando más billete que él, y eso tenía que contar para algo, ¿no? Sí, él tenía a YouTube comiendo de su mano, eso lo sabía, pero tampoco era que me dejaba en desventaja. Yo era el dueño de MediaMuv y, aunque todo estuviera a punto de explotar,seguía siendo el amo y señor de mi propio universo.

—Néstor, creo que podemos…

—¡No me vengas con pendejadas, Webster! Lo sé todo. Eres un maldito mentiroso. ¡Métete esos papeles por el culo! —remató señalando al maletín.

Las palabras salían disparadas de su boca como una ametralladora y su cara estaba más roja que trasero de mandril. Cerré el maletín despacio, como desactivando una bomba, y le respondí, intentando mantener la calma.

—Todos estos contratos son…

—¿Legales? ¿Como los códigos ISRC? —me cortó, con una ironía tan afilada que casi me rebana.

—¿Qué códigos?

—Sabes muy bien de qué hablo. Con una búsqueda rápida me di cuenta de que todos tus códigos salieron de un BOT pichirre.

Coñazo. Malditos códigos. Fueron un puto dolor de bolas desde el principio.

Un código ISRC (International Standard Recording Code) es como el número de cédula de una canción. Se usa para rastrear cuántas veces se reproduce y asegurar que paguen los cobres correspondientes al autor. Es la herramienta secreta que usan los peces gordos de la industria musical para cuidar sus intereses. Para aplicarlo, solo necesitas ser una disquera de verdad, pero ¡sorpresa! MediaMuv tenía más piratería que el Caribe, así que inventamos un sistema para generar códigos falsos y seguir cobrando como si nada. ¡Ahí estaban mis obras maestras con su toque de fraude incluido! Sin embargo, había subestimado a Néstor y el carajo terminó descubriendo la verdad. Verdaderamente, estaba jodido. Si llegaba a oídos de YouTube que nuestros códigos ISRC eran inventados, MediaMuv se iría a pique más rápido que cerote en tobogán. Con una mezcla de incredulidad y furia corriendo

por mis venas, lo miré fijamente con los ojos entrecerrados.

—Néstor, ¿qué te pasa? ¿Te volviste loco?

—¡Hijo de puta! ¡Lo sé todo! Desde siempre lo sospeché, cabrón, pero te di chance… hasta hoy. Daniel me contó con lujo de detalles cómo te has estado forrando con la plata de los artistas.

Su puño golpeó la mesa con rabia y su voz retumbó.

—¡Eres un…!

—¿Desgraciado? —terminé su frase por él.

Mis labios se curvaron en una sonrisa torcida, la de alguien a quien le sabe a casabe que lo pillen con las manos en la masa.

—Seré desgraciado, pero eso no quita que tú seas tan miserable como yo.

—¡No pienso seguir trabajando con un ladrón! — vociferó, sacando pecho como un gallo de pelea.

—Entre tú y yo hay un contrato legal, Néstor —respondí manteniendo la calma y curado de espantos. Me recosté en mi asiento y le di otro sorbito a mi trago—. Me he leído nuestro acuerdo de principio a fin y no hay ni una cláusula que diga que las canciones que MediaMuv registra en el sistema tienen que ser nuestras.

El tipo cambió de color más rápido que un semáforo; había palidecido por completo.

—¡Eres un…!

—No. Ese título se lo lleva Erik, mi abogado.

Sonreí. Los papeles se habían invertido y era yo quien lo tenía agarrado de las bolas a ese gallo.

—¿Y qué vas a hacer cuando YouTube empiece a preguntar? ¿Te vas a enterrar bajo una tonelada de arena o qué? —preguntó.

—¿De qué coño estás hablando? —respondí, algo confundido.

Él empujó el maletín hacia mí, se mandó su enésimo trago y

esbozó una sonrisita maliciosa.

«¡Hijo de puta!», grité por dentro. Lo ví en sus ojos. ¿Cómo no lo había imaginado antes?

—YouTube nunca pidió esos contratos. Fuiste tú.

—Solo quería ver hasta dónde llegabas —sentenció.

Miré alrededor para asegurarme de que nadie más nos estaba escuchando.

—No tienes ni puta idea de todo lo que tuve que hacer para notarizar esos malditos papeles.

—Dime, de esas cincuenta mil canciones que estás monetizando, ¿cuántas son realmente tuyas?

Bajé la mirada y tragué saliva. No necesité responder a su pregunta, mi cara lo decía todo.

—Verga, Webster —exclamó llevándose las manos a la cabeza—. Te estás metiendo en tremendo peo.

—*Nos* estamos metiendo en tremendo peo, querrás decir. Te guste o no, estamos juntos en esto.

—Tengo una idea —sugirió, con un brillo en los ojos—. Quememos estos papeles, cerremos la cuenta de YouTube y piérdete.

No pude evitar soltar una risa burlona.

—¿Te volviste loco? No pienso cerrar mi negocio.

—Webster, has arrastrado a casi todo el género musical a la ruina. Has dejado a miles de artistas pasando hambre. Te has robado el futuro de sus hijos. Vives una vida de lujos exagerados… ¿Y todavía no estás satisfecho?

Me quedé callado, quietecito ahí. Sus palabras, por más que traté de hacerme el loco, me habían dado justo en la madre. Nunca me había detenido a pensar en todo el mierdero que estaba armando con mi vida de despilfarro. Siempre tapando el sol con la mano, haciéndome el ciego con el desastre que dejaba

atrás mientras corría como un güevón hacia mi propia ruina.

—Dame unos meses. Tengo que resolver unos detalles en Puerto Rico antes de cerrar la empresa.

Pura paja, él sabía que MediaMuv no era algo que yo fuera a botar así no más.

—Maldito Webster. Cuando todo esto se vaya a la mierda, y créeme que así va a ser, no voy a meter las manos en el fuego por ti.

—Tranquilo. Pa´ese entonces, MediaMuv será un recuerdo y yo estaré echando caja en alguna isla bien lejos de todo esto.

Se quedó mirándome fijo, como si estuviera viendo algo que ya se sabía de memoria.

—Prepárate pa´las puteadas que te van a llover de todos lados —me advirtió, con una voz filosa como cuchillo. Luego se paró, se ajustó el traje y remató con desprecio —. De ti depende no terminar preso… Qué lastima será ver cómo todo lo que construiste con tanto esfuerzo se va al carajo.

Sin más, se dio media vuelta y se fue tambaleando. Yo me quedé ahí, comiéndome los mocos con culpa y arrepentimiento.

No podía creer que le había regalado casi medio millón a la Mayimba, coño.

23

Un hijo de puta

Habían pasado tres meses desde que vi a Néstor por última vez y el tipo estaba más perdido que el manual de instrucciones de un mueble de Ikea. Marqué su número más veces que un vendedor telefónico y le envié mensajes y correos, pero no obtuve ni respuestas ni señales de humo; incluso recurrí a Jessica, la asistente que tiene más secretos que el diario de un adolescente, y la pobre tampoco sabía ni mierda de dónde andaba su jefe.

La cuenta de MediaMuv, por otro lado, seguía nadando en plata. YouTube todavía nos estaba dejando una buena ganancia, pero algo me olía a cacao. Los pedos legales se mantenían a raya por el momento, pero me preocupaba Néstor. Él era más misterioso que la receta de la Coca-Cola, y mi instinto de sobrevivencia me advertía que me preparara para lo peor.

El Challenger 300 surcaba el cielo a quince mil pies de altura y la música me estaba sacando de quicio. Quizás era por el dolor de cabeza que llevaba encima, o tal vez porque Prada y Julián no dejaban de entonar a todo pulmón la maldita canción *Estamos Bien,* del Conejo.

Me levanté para ir al baño y después me dirigí a la cabina

para echar una plática con el piloto Carruelo. ¡Casi me da un patatús! Los dos pilotos tenían puestas las máscaras de oxígeno, mierda.

—Carruelo, pana, ¿qué pasó? ¿Hay un problema?

Rápidamente se volteó.

—¡Lárgate y cierra la puerta, marrano! —gritó.

Confundido, insistí en saber qué vergas ocurría.

— Todo el aire comprimido del maldito avión está contaminado con moléculas de cocaína. ¡Salte a la verga!

Apenas hube comprendido la gravedad del asunto, cerré la cabina de un portazo, sintiendo el vértigo del temor. No por mí, sino por Carruelo y su compañero: si les hacían un antidopaje, darían positivo por cocaína y ese sería el fin de sus carreras.

Antes de volver a mi asiento, busqué mi frasco de Tylenol. Mi cabeza seguía en su tamborilear y el escándalo de mis amigos no hacía más que joder la vaina. Me tomé las pastillas y apagué la música.

—Okey. Es hora de que ustedes dos, par de tarajos, dejen de joder y me pongan atención por un segundo.

Me senté frente a ellos y, justo antes de empezar a hablar, reparé en que la nariz de Julián estaba sangrando. ¡Coño!

¡Cómo sangraba! Y lo peor era que salpicaba sangre por todos los asientos! Me enfurecí y, entre peos y gritos, lo mandé al baño a limpiarse. Prada, como siempre, intentó morigerar el ánimo de la vaina, pero lo cierto era que su cuñadito me había jodido la vida y yo seguía odiándolo. La única razón por la que aún seguía trabajando para mí era por todo lo que había descubierto sobre la Anaconda, producto de su amistad con Harry Potter, aunque eso no lo salvaba de mi completo desprecio.

—Bueno —retomé—, creo tener una solución para salvarnos de un lío legal.

Prada se acomodó en su asiento en señal de interés.

—Si alguna agencia federal dudara de la legitimidad de las canciones que estamos monetizando en Youtube, ¿qué haría primero para comprobar que estamos haciendo fraude?

Esperé su respuesta… en vano; parecía más perdido que Wally.

— Disculpa, ¿de qué estás hablando? —preguntó Prada después de un rato.

Me llevé las manos a la cabeza, recordando que ese tipo estaba más coqueado que una cabra en plena fiesta de cumpleaños.

—Seguramente sea mejor hablar de esto cuando estés menos prendido.

Me paré, pero su mano agarró mi brazo y me miró con determinación.

—Espera, marrano. Dime qué estás tramando.

Julián salió del baño secándose la cara con una toalla y se sentó al lado de Prada. Amanda, quien hacía unos minutos, cuando la música retumbaba, dormía profundamente, se había despertado, como si la calma y el silencio le hubieran gritado al oído. Le pedí que se uniera a la conversación para escuchar mi propuesta.

—Imaginen que un juez nos exigiera entregar todos nuestros informes al gobierno, ¿qué creen que sucedería? —repetí, ahora con la atención de todos.

—Estos informes contienen los nombres de los artistas cuyos derechos de autor estás infringiendo — respondió mi novia con astucia—. Un solo contacto con uno de ellos bastaría para descubrir que no hay vínculo alguno contigo, es decir, ustedes tres idiotas estarían más fritos que una papita Lay´s.

Las palabras de Amanda dejaron a Prada y Julián estupefactos, como si les hubiesen revelado el porqué de que los políticos

sean tan ladrones.

—Es sencillo. No pasaría mucho tiempo antes de que nos descubrieran, y ahí es donde están anclados nuestros verdaderos problemas —concluí.

—Entonces, si uno de esos artistas decidiera cantarle a los federales y nos delatara, ¿terminaríamos presos? — preguntó Prada con preocupación.

Me quedé callado, dejando que el miedo se apoderara de él.

—Eso no va a pasar porque tengo la solución —sentencié con una sonrisa de héroe.

Tomé mi laptop y abrí nuestra cuenta en el CMS de Youtube.

—Lo único que falta es entrar al sistema y cambiar los nombres de los artistas.

Todos me miraron con desconcierto.

—Habla en español, güey —solicitó Prada.

—Fácil. La base de datos del CMS guarda informes con todos los nombres de los 50,000 artistas cuyas canciones estamos monetizando, incluyendo los códigos ISRC. Esa lista es la prueba definitiva que el gobierno usaría para demostrar nuestra infracción de derechos de autor.

Me acomodé en mi asiento y les mostré la pantalla.

—Mi plan consiste en actualizar los informes reemplazando los nombres de los artistas por nombres ficticios.

El silencio y estupor cortaban el aire.

—¿Si vamos a alterar los nombres de los artistas, no sería prudente también cambiar los títulos de las canciones? —planteó Prada.

—Eso es lo de menos. Mientras no aparezca el nombre original del cantante en la canción, el título importa poco. Si los informes no incluyen los nombres reales…

—El gobierno nunca podrá ubicar a los verdaderos dueños

de las canciones —completó Amanda.

—Exacto.

—Sin los dueños verdaderos no habría cargos criminales. Webster, eres un hijo de puta —señaló Prada.

—Nos queda mucho por hacer. Tenemos cuarenta empleados; es tiempo de que se pongan a laburar — rematé.

En ese momento, Prada agarró una botella de tequila 1942 y la alzó para brindar.

—¡Por los marranos, ni el gobierno gringo nos podrá chingar!

Se tomó casi la mitad de la botella y siguió echando broma, y Julián también se echó unos tragos sin ton ni son. Reiniciaron la música y les recordé que tuvieran cuidado con el perico porque Carruelo, el piloto, estaba emputado. Yo me acosté en el sofá, dispuesto a descansar. Sin embargo, mi calma duró poco porque un instante después escuché a Amanda susurrar:

«Mi amor, ya veo las luces. Llegamos a Las Vegas».

24

Un narco involuntario

Les voy a contar una historia.

Un año después de separarme de la Anaconda, viví el susto más grande de mi vida. Un grupo de música regional mexicana comenzó a reclamar que le habíamos robado sus canciones y comenzó a bombardearnos con correos a través de los cuales exigían su dinero. Yo le encomendé a mi asistente que les contestara con el estilo de un cabello postizo en pleno vendaval: dejándoles en claro que en MediaMuv no compartíamos el bizcocho con nadie y que si querían discutir algo, nos demandaran legalmente.

¡Vaya ocurrencia la mía, carajo! El grupo desapareció del mapa más rápido que al que le toca pagar la cuenta en el bar. No hubo ni demandas ni broncas; ni siquiera un reclamo.

Dos semanas después, me encontraba en plena reunión con mi mentor, Juan José, cuando mi hermana irrumpió en mi oficina con un ataque de pánico.

—¡Me llamaron al celu! —gritó, al mismo tiempo que estallaba en llanto.

Lo miré desconcertado a Juan José y, antes de que pudiera

preguntar nada, ella tomó aire y continuó.

—Me amenazaron. Si no regresas las regalías que supuestamente le robaste al grupo *Trin Norteño*, me caen a mí y a mis hijos.

Un silencio se adueñó de la sala. Lo único que se percibía era el jadeo de mi hermana.

—Webster, tienes que hacer algo —culminó.

Sin dejarme afectar, me erguí sobre el asiento como un general e intenté serenarla.

—Antes que nada, Issa, relájate. No van a tocar a nadie, ni a ti ni a mis sobrinos. Esas amenazas vienen de algún pendejo dolido. Seguro es un enojado más en nuestra lista de fanáticos. Tranquilízate, todo va a estar bien.

Juan José me miraba con incredulidad y su expresión me hacía temer lo peor. Sabía que esa llamada no era solo la jalada de un cantante indignado.

Los días corrían y las amenazas continuaban llegando a mi móvil, pero yo seguía ligero como una pluma, ejecutando la clásica táctica del avestruz: cabeza gacha e ignorar todo lo que pudiere traer problemas.

Un par de días despues, al abrir las puertas de mi oficina, encontré a Felipe Milán, mi amigo de andanzas estudiantiles, chismeando con Prada en la sala de espera. Felipe, un pana de la secundaria, se había mudado a Jalisco al cumplir dieciocho años y desde entonces trabajaba para el cartel. Al verlo, me alegré genuinamente. Nos saludamos con un abrazo fraternal y lo invité a pasar a mi oficina. Sin embargo, tras ponernos al día, me reveló una verdad que me era ignota. Resultó ser que el cartel era el principal inversor del grupo *Trin Norteño*, a quien habíamos desfalcado más de $560,000 dólares, y que, como ese dinero no pertenecía a ellos, sino a la organización criminal,

debíamos devolverlo pronto o, de lo contrario, secuestrarían a alguno de mis hijos. Al caer en cuenta de que la víctima sería yo, Felipe se armó de valor y logró persuadir a su jefe para que le concediera un cara a cara conmigo, evitando así un desastre de proporciones bíblicas.

Enterarme de aquel trasfondo me sacudió. Le dije a Prada que sacara trescientos mil dólares de la cuenta de la empresa y el resto lo tomé prestado de Juan José, ya que estábamos a fin de mes y yo no tenía liquidez. La gratitud que sentía hacia Felipe era inconmensurable. De no haber sido por él, no me atrevo a imaginar lo que podría haber sucedido.

Era viernes por la tarde y el Challenger 300 acababa de besar el asfalto del aeropuerto de Las Vegas. Yo, recién salido del vientre metálico de la bestia voladora, aún sentía el zumbido del jet en mis oídos. El calor desértico me pegaba en la cara cuando a mi teléfono entró una llamada inesperada. Era Felipe, quien, curiosamente, estaba al corriente de mi viaje al estado de Nevada y se encontraba allí, hospedado en el Hotel Flamenco, donde me citó con la urgencia de un espía de película de serie B. No sabía de qué diablos se trataba, pero es sabido que los favores se pagan con otros favores, ¿no?

Esa noche asistiríamos a una de las peleas de box más importantes, por lo que, antes de despedirme, le hice hincapié a Prada en que descansara, ya que por nada del mundo quería llegar tarde al evento. Tito me esperaba con las puertas de la limusina abiertas y nos subimos con Amanda camino al Hotel Flamenco. Al llegar a la entrada, le di mi tarjeta, con el fin de que se fuera a comprar un vestido despampanante para la noche, y le pedí que me esperara en nuestro alojamiento.

Dejé atrás una recepción imponente y lumínicamente ostentosa, y me dirigí hacia los elevadores con destino al último

piso, donde el living de un lujoso penthouse se abrió ante mis ojos, revelando un espacio digno de admirar. El suelo de mármol pulido reflejaba la luz de los candelabros de cristal colgados del techo alto, y a través de los ingentes ventanales se proyectaba una panorámica impresionante que resaltaba las luces parpadeantes y destellantes de la famosa Strip, lo que me transportaba a una escena de la película *Sin City*. Luego de los acontecimientos pasados, una escapada a la Ciudad del Pecado era exactamente lo que mi alma necesitaba.

Un individuo esbelto, alto y con apariencia de traficante me recibió y me guió hacia otra sala, indicándome que

Felipe deseaba tener una conversación privada conmigo. De camino, atravesamos la cocina, la cual estaba dotada de un imponente bar repleto de bebidas de todo tipo, y me convidó una copa de tequila Caza Dragones bien frío. Continuamos viaje por un estrecho pasillo y cuando llegamos a la sala me quedé paralizado. Tragué saliva y apreté los ojos para asegurarme de que no me estaba volviendo loco. ¡Ahí estaban, cien ladrillos de coca, reluciendo bajo la luz de las lámparas de neón encima de la cama! Los conté uno por uno… ¡Sí, eran cien! Di un par de pasos hacia adentro y me giré para mirar a Felipe.

—Hermano, ¿qué diablos es esto? —pregunté. Felipe parecía deleitarse con mi desconcierto.

—Oh, ¿esto? —contestó con una risa socarrona—. Esto es lo que implica el favor que te había pedido.

Me quedé en silencio, tratando de asimilar sus palabras.

—¿De veras me estás diciendo que planeas meterte toda esta mercancía y necesitas mi ayuda?

El cabrón me botó una mirada que, sinceramente, me asustó un poco. Mi mente daba vueltas mientras intentaba procesar el

carácter surrealista de aquella situación. Pensaba que ese tipo de líos solo sucedían en las películas de gángster de los años ochenta.

—Ey, verga, no te hagas ilusiones, estos no son para uso personal. Necesito que hagas un favor por mí. Esos cien «niños» — dio la vuelta y señaló los ladrillos— necesitan un pasaje solo de ida pa' Florida… Nada del otro mundo pa' un carnal que tiene su propio jet —remató.

En ese momento, me invadió una risa nerviosa. ¿En serio esperaba que me creyera capaz de transportar cien kilos?

—¿¡Estás hablando en serio, hermano!? ¿Me ves cara de traficante?

Su rostro pasó de la risa a un rictus severo en una fracción de segundo y me dirigió una mirada que me puso los pelos de punta. Retrocedió unos pasos y se acarició la barbilla, pensativo. Fue entonces cuando percibí que algo iba mal. La situación se había tornado tensa de repente. Observó a su compinche, quien parecía aún más serio que él, y noté que tenía una Colt calibre 45 en la cintura. Sentí la sequedad en mi garganta y un sudor frío que recorría mi espalda. Ese tipo no estaba bromeando.

—Felipe, en serio, no ando en esas cosas. Es simple: pídeme cualquier capricho, menos eso. Esta mierda puede arruinar toda mi vuelta en YouTube —expliqué.

El pana frunció el ceño y la tensión fue en aumento.

—Me debes una. Si no fuera por mí, tú y tus hijos estarían chapoteando con los peces. Necesito esos cien kilos en Orlando ya, compa.

¿«Compa»? ¿A ésto le llamaba él ser «compa»?

El ambiente se cargó, como si estuviera impregnado de insinuaciones amenazantes y un aire a peligro.

—Nosotros no negociamos con droga, tú bien sabes que…

—¡Me vale verga si quieres hacerlo o no! Nadie revisa tu avión. Me debes una.

Su voz dejaba en claro que la paciencia no era su fuerte. Se giró y miró hacia la nada, dándome la espalda.

—Webster, recuerda lo que hice por ti. Me debes esto, quieras o no. Favor por favor, y quiero que me pagues.

Sabía que no había opción por la gravedad con la que hablaba. En ese instante, comencé a pensar en Carruelo, mi piloto, quien, probablemente, estaría disfrutando de unas nalgas en algún lugar poco elegante, completamente ajeno a la tormenta que se avecinaba. ¿Cómo meter a mi leal piloto en medio de un huracán de cocaína y decisiones dudosas? Pasando por alto mi dilema moral, saqué mi móvil, marqué el número de Carruelo y activé el altavoz.

—Marrano —saludó Carruelo.

—Hermano, tengo un lio. Necesito hacer una entrega urgente en Orlando —le informé, luchando por ocultar mi angustia en la voz.

—Depende de qué tipo de « entrega» estemos hablando —respondió Carruelo con su clásico sarcasmo.

—¿Te acuerdas del pana del cual te hablé? Pues resulta que necesita que lleve un equipaje con cien…

—No sigas. Entiendo —me cortó el piloto—. ¿Tú sí sabes en lo que te metes, marrano? Esto no es un juego — agregó con autoridad.

—Estoy pagando una deuda, no tengo otra opción.

—¿Y de cuánto estamos hablando? —preguntó.

—Cien niños.

—Te llamo ahora —sentenció.

La línea quedó en silencio y sentí un leve alivio. Al menos contaba con la ayuda de Carruelo. Mientras aguardaba su

llamada, Felipe me explicó que no era un asunto personal conmigo. Sus panas habían sido pillados y él se había quedado con la responsabilidad de hacer llegar esa mercancía a Orlando en los próximos días. Confesó que se encontraba entre la espada y la pared, sin alternativa, y no hacía falta ser un genio para saber que transportar drogas en un avión privado era mucho más seguro que por carretera, como hacían los narcos.

A los pocos minutos, sonó mi celular.

—Capi, ¿qué tal?

—Marrano, ya cuadré la vuelta con el dueño del hangar. Si nos las ingeniamos para meter los cuadros comprimidos en tu equipaje, se hace la vuelta —anunció Carruelo con su acento arrastrado por el altavoz.

—¿En mi equipaje? ¿No se les ocurre alguna vaina que no implique meter mano en mis maletas?

—¿Y por qué no usas la de tu novia? —sugirió Felipe con cierta malicia.

Lo miré incrédulo y molesto. ¿Involucrar a Amanda en aquel peo? ¡Ni de vaina!

—Carruelo, mejor vente al Flamenco y hablamos en persona, así conoces a Felipe y pensamos en algo que le dé vuelta ala tortilla —propuse.

—¡No seas tan inútil, marrano! —gritó el piloto—. ¿Acaso no sabes que entre menos sepan de uno, mejor? Serán $35,000 dólares y ni un dolar menos —disparó, rápido como un revolver en un duelo del Lejano Oeste.

El lio era que los pistoleros en nuestro lado de la ley siempre querían su oro antes de jalar el gatillo, por lo que miré a Felipe, carcomido por la ansiedad, y le solté la cifra que Carruelo acababa de mencionar. Él se echó a reír a lo bestia.

—Un favor no se hace a medias, carnalito. Es tu avión, tu

piloto, tu gasto.

Yo quería arrancarme la piel, joder. En fin, era un desastre total. Solo me tocaba asentir y tragar saliva.

—Marrano, ¿sigues en línea? —preguntó el piloto.

—Sí, marrano. Dame un segundo, estoy pensando.

—Bueno, no pienses tanto porque nos vamos en 72 horas.

—Y tu crees que 35 es justo? Recuerda que soy yo el que paga.

—¡Mierda, marrano! Estoy con unas putas. Si voy a trabajar, será por un buen billete.

—Bájalo a veinte.

—Imagínate, cabron, te estoy cediendo el hangar, el avión, el copiloto, a quien también hay que aflojarle algo para que se le duerma la lengua, y ¿quieres darme veinte mil? No jodas.

—Veinticinco y cerramos el trato.

Hecho, arrecho. Que tu amigo llame a este número, allá le dicen qué hacer.

Anoté el número y colgué el teléfono. Con una expresión de satisfacción, Felipe se me acercó, me dio un abrazo y me agradeció por el favor. Yo, para serte franco, en ese momento me sentía con unas ganas bárbaras de vomitar. Sentía cómo el ácido me subía por la garganta y un dolor agudo me martillaba la panza. Intenté pedirle a Felipe otra copa para calmarme, pero apenas podía balbucear, por lo que entonces fui al baño a mojarme la cara con agua fría.

Allí, de frente al espejo, solo podía preguntarme qué demonios estaba haciendo. ¿Acaso no tenía suficientes líos con el IRS como para involucrarme con los narcos? Empezaba a convencerme de que mi vida no valía ni un peso.

Me marché de aquel penthouse con la promesa de que Carruelo llevaría a cabo la tarea y oré para que mi avión no se transformara en el escenario de mi destrucción. La ironía de ser

rescatado del secuestro solo para terminar siendo secuestrado por el mismo que me había rescatado. Todo por una puta deuda pasada.

Tremendo humor negro.

25

Juancho

Sentado en el asiento trasero de la limusina, la preocupación me tenía el estómago revuelto. Sequé el sudor de mis manos con mis pantalones por décima vez y traté de no mirar a Tito, aunque era evidente que él me miraba por el espejo retrovisor.

—¿Qué pasa, jefe? Te ves un poco blanco.

—Creo que… la comida me cayó mal.

—Si quieres que frene el carro, me avisas. No quiero que te ensucies la ropa.

Apenas lo imaginé, sentí un cosquilleo en la garganta y tuve que apretar los labios.

—No hay de qué preocuparse, hermano —dije.

Finalmente, llegamos al hotel Trump donde Amanda esperaba por mí. La torre era impresionante.

—Hola, amor. ¿Te la pasaste bien?

Sí, cómo no.

—Sí, me divertí un poco —mentí.

—Me alegra. Voy a pedirle al chef que te prepare la cena mientras descansas.

Amanda cerró la puerta detrás de mí y, aunque la sala era bien

amplia, de pronto me sentí apretado como en un metro en hora pico. Apenas podía pensar en comida.

—No hace falta. Tenemos una cena con mis socios en dos horas. Es mejor que empieces a prepararte.

—Está bien, me voy a bañar.

Sumido en mis cavilaciones y ansioso por refugiarme en mi habitación, comencé a subir las escaleras, pero algo duro me golpeó, haciéndome perder el equilibrio, y una mano se extendió para sujetar mi muñeca antes de que me cayera. Con la mano en mi pecho, recobré el aliento y miré hacia arriba, para encontrar a Juan José mirándome con desdén. De todas las ocasiones en el mundo para toparme con él, ¿por qué tenía que ser en ese momento en el que estaba metido en semejante peo?

—De verdad me estoy pensando que dos esclavos podrían ser más apropiados para ti. ¿Ahora necesitas ayuda pa' caminar?

Aunque por dentro sufría de un ataque de ansiedad, me vi obligado a forzar una sonrisa ante el comentario.

En un universo paralelo, lo hubiera mandado al carajo. Siempre andaba enojado por algo. ¿Cómo demonios había entrado a mi cuarto de hotel? Por el momento, yo solo estaba siendo amable.

—Casi creo que disfrutas de verme tropezar contigo.

—Mentiría si dijera que no lo encontré algo divertido.

—Disculpa. Intentaré observar por dónde voy —bromeé— ¡Espera! ¿Qué carajo haces aquí?

—El inepto de tu socio me contó todo sobre «el notario» al que has sobornado. Llegué hasta aquí para decirte personalmente que me largo.

Permanecí en silencio, asimilando lo que acababa de decir. Mi estómago se empezó a anudar otra vez.

—Juan… José…, yo… —empecé a tartamudear, como de costumbre.

—No tienes que darme explicaciones, Webster. Es tu carga, y solo tú decides cómo manejarla.

—Pero, ¿qué querías que hiciera?

—Me hiciste creer que dirigías una empresa honesta, ¡y ahora vengo a enterarme de que estás metido en un desmadre criminal!

Se me acercó.

—Eres un ladrón. ¡No tienes ni vergüenza!

Su cara estaba roja. No sabía si iba a reventar de la rabia o si, simplemente, me daría un coñazo en la jeta. Traté de calmarlo porque no quería que le diera un síncope por mi culpa… No quería lidiar con otra escena como la que había vivido con Sonia.

—Escucha, Néstor descubrió que…

—¡No necesito saber nada más, Webster! —me interrumpió.

Traté de explicarle que la maniobra del notario había sido un manotazo de ahogado para salvar a la empresa, que YouTube nos pedía papeles que no teníamos y que necesitábamos aparentar tenerlos para evitar lios legales, pero él no quiso escuchar excusas.

—¿Tú crees que eso justifica sobornar a alguien? ¡Está mal, es incorrecto! Yo no puedo formar parte de esto, hermano —sostuvo con firmeza.

Sentía impotencia y la garganta se me cerraba. No podía culpar a Juanjo por querer zafarse de una empresa metida en mentiras y corrupción. Conocía a Juan José de toda la vida. La primera vez que me topé con él, yo tenía quince años. Para mí, era como una especie de figura paternal. Desde siempre me había aconsejado, ya que el tipo era todo un tiburón en la

industria musical, y por eso necesitaba retenerlo. Coño, él era la única persona cuerda y centrada que tenía MediaMuv.

—Juancho, por favor, entiende que lo hice para proteger a la empresa, a todos nosotros.

—¿Nosotros? —exclamó—. Eres un egoísta hijo 'e puta. Todo lo haces por ti, por nadie más.

—Si Youtube se entera de esta vaina, nos vamos a hundir todos —expuse, apelando a su entendimiento.

Él negó con la cabeza.

—Lo siento, Webster, pero no puedo quedarme para ver cómo terminas pudriéndote en una cárcel.

Y eso fue lo último que dijo. Con los ojos empañados de desilusión, se dio media vuelta y bajó las escaleras. Si hubiese sabido que el lío de los contratos no era nada comparado con el peo de Felipe…

Al final, nunca supe cómo fue que había logrado ingresar en mi cuarto, aunque muy probablemente Tito le habría dado una copia de la llave al recogerlo en el aeropuerto, ya que sabía que Juancho era de mi entera confianza.

Las horas transcurrían y allá iba yo, buscando mi tercera pastillita de Xanax, el remedio de los dioses para calmar los nervios, al menos por un rato. Eso sí, sabía que en cuanto empezara a meter cocaína, la paranoia regresaría más dura que la secuela del COVID 19. Carruelo, por su parte, seguía en paradero desconocido. Estaba a punto de cambiar mi número para despistar a Felipe, pero no quería enemistarme con él. No era muy diplomático, la verdad.

26

La Gucci girl

14 meses atrás..

Era Nochebuena, casi las ocho de la noche, y me hallaba parado frente al cajero de una tienda Gucci. Mientras esperaba a la cajera, la jefa de la tienda se me acercó y me preguntó si deseaba un poco de champán. «¿Champán? ¿Acaso intenta embriagarme para que gaste más en su tienda?», pensé, pero finalmente acepté. Se acomodó detrás del mostrador y procedió a cobrarme ella misma en lugar de esperar a la cajera. Entonces me detuve a observarla. La fémina era impresionante. Me hizo recordar a aquel juego de las estrellas que jugaba con mis amigos. La hembra superaba ampliamente el rango que no me había ganado con Sonia, la prosti-amante. Tenía unos ojos azules que parecían canicas y su piel era pálida y lustrosa como la de Blancanieves. Su pelo, una melena negra natural que le llegaba a la cintura, era lo que más me cautivaba. Con sus 23 años, vestía un traje negro que lo cubría todo. Se trataba de una hembra decente, de casa, estudiosa y trabajadora; todo lo contrario a Amanda. Al principio, supuse que sería la hija del

dueño, pero pronto comprendí que era ella quien mandaba en la tienda. No se dejaba impresionar por mi fachada de riquillo y eso me agradaba, pues dejaba traslucir que la chamaquita inocente no estaba cazando billete.

—¿Cómo te llamas? —me atreví a preguntar.

Resultó ser que la hembra se llamaba Lidia, era oriunda de Medio Oriente y había logrado escapar a tiempo de la dictadura de Syria. Entre cuento y cuento, llegó la cuenta: una factura de $23,405 dólares. Saqué mi tarjeta mágica y la pasé.

—¿Traes esposas? —quiso saber la mami.

—¡Ja! ¡Qué va! Soy libre como un guacamayo.

—¿Y esos tacones que estás comprando para quién son?

Para mis tres hermanas. Son más exigentes que un cliente de Gucci y más caprichosas que las Kardashian.

—¡Ojalá tuviera un hermano tan dadivoso como tú! —dijo entre risas.

—Preferiría ser algo más que eso —lancé, con la lengua afilada como un bisturí.

La joven se sonrojó y un brillo arrimó a sus ojos. En ese momento me pregunté: «¿Cómo le puedo hacer esto a esta tipa? ¡Ya rompí corazones de sobra! No podré con la culpa si lastimo a esta niña tan inocente».

—¿Qué harás en Navidad? —pregunté luego de que me devolviera la tarjeta.

—Trabajar.

Su respuesta fue dura. Así es la vida: hay que sacrificar momentos familiares por el trabajo.

—¿Tienes novio?

—No tengo tiempo.

Me jugué mi última carta.

—Necesito un regalo para mi mamá en Navidad, ¿qué me

sugieres?

—A todas nos encanta una cartera bonita —respondió encantadoramente.

—¿Cuál es la más cara que tienes? —fui directo al grano.

Me señaló una vitrina cerrada con carteras de lujo.

—Quiero una.

Lidia soltó una carcajada que resonó por toda la tienda. ¡Se pensó que yo era un comediante!

—Esa cartera cuesta $12,700 dólares. Si no la pagas por adelantado, ni en sueños podría tocarla.

Me hizo gracia, así que le entregué otra tarjeta de plástico.

—Llevaré dos en vez de una.

Me clavó unos ojos que parecían haber visto un chupacabras.

—En total se te irá a más de veinticinco mil —me advirtió.

—Haz lo tuyo —respondí como si nada.

Tras cobrarme, todos en la boutique me miraban como si fuese el rey de la rumba. Lidia me entregó las bolsas, me sirvió una copa de champán y continuamos con la plática.

Luego de unos minutos, me despidió tímidamente y yo, antes de irme, le regalé una de las carteras.

—Feliz Navidad, Lidia.

Ella se quedó boquiabierta. ¡No lo podía creer! Al principio le costó aceptarlo, pero, tras un rato de intentar convencerla, lo hizo. Le di un beso de despedida y justo antes de marcharme me agarró de la mano y me invitó a quedarme un rato más. Fue entonces que me di cuenta de que había cerrado la tienda y estábamos a solas. Eso me prendió por dentro, hermano. Pensé en largarme, porque mi mamá y la Anaconda estarían preocupadas preguntándose dónde rayos me habría metido, pero no lo hice. No podía desperdiciar la oportunidad de ganarme otra estrella imaginaria con mis panas. Tirarme a

Lidia me daría el estatus de «Macho Alfa con pechera de platino y verga internacional». Aquella era una chance que no se presentaba todos los días. Además, la hembra parecía salidita de una pasarela de moda y las demás mujeres la miraban con envidia pura.

Sacó otra botella de champán y nos servimos. Le aconsejé que no se pasara con la bebida, ya que ese champán era de los baratitos y causaba una resaca hija de puta, y la muy loca se partió de risa. Enseguida, metió la mano en su chaqueta y lo que vi me dejó en shock. Resultó ser que Lidia, esa hermosa niña del Medio Oriente, no era tan angelical como yo creía porque de su chaqueta extrajo una bolsita repleta de cocaína. Se me hizo agua la boca. La observé, y la muy pícara sonreía, ¿puedes creerlo? La niña, además de tener su malicia, ¡también era periquera como yo! Me puse colorado; no había nada más seductor para mí que una dama echándose su «rallita».

La seguí para hacer unas líneas y le sugerí irnos a rumbear, pero la tipa me dijo que prefería quedarse a solas conmigo en la tienda. Apenas escuchar eso comencé a sentir una adrenalina y una excitación que se me salían del cuerpo, hermano. Pues, ¿cómo no? La tipa se veía divina. La forma en la que mordía sus labios me sacaba de quicio. Eran las 11 de la noche, víspera de Navidad, y ahí estaba yo, en una tienda Gucci a punto de coronar carne árabe. Charla va, línea viene, de un momento a otro y casi sin darme cuenta nos estábamos comiendo a besos. Y déjame decirte, ella era una fiera. Me agarraba del pelo y me tironeaba como si yo fuese un muñeco, y me besaba con una pasión que nunca había sentido hasta entonces. Desgarró y devoró mi camisa, que terminó volando al otro lado del mostrador, y poco después estaba casi desnudo, tirado en el piso de la tienda.

—¡Por Dios, dame algo ya!

Ella me imploraba por placer, haciendo gemidos en busca de su sexo, pero entonces…nada. Se transformó en una estatua. Se levantó y me soltó que tenía cita con sus padres en media hora. Yo me quedé perplejo y ardiendo más que un desierto en verano. Estaba a punto de explotar. La tipa hablaba en serio y me pidió que me largara como si tal cosa. Entonces, con todo mi orgullo, me vestí y me dirigí hacia la puerta.

—Se te olvida algo —dijo, justo antes de salir.

Me giré y se acercó para devolverme la cartera que le había regalado.

—Puedes quedártela, fue un regalo.

—No estoy a la venta. Si quieres, podría acompañarte a cenar para conocerte mejor; y quizás luego podría considerar aceptar algún regalo.

Ahí me quedé, atónito. La tipa me había devorado a besos y me dejó despojado, a punto de irme en leche. Solo le faltó agarrar mi verga y metérsela hasta el fondo del alma para completar la escena, ¿y luego resulta que no podía aceptar mi obsequio porque, al parecer, no me conocía? ¿Así eran todas las mujeres de Oriente Medio? ¡Coño! En fin, guardé su número y me fui. Esa fue la última vez que la vi.

27

El chiste

Cerca de las siete, hora de Las Vegas, llegué al restaurante The Strat haciendo alarde de mi reloj Patek Phillip de $458,000 dólares. Amanda, mi rubia, lucía un vestido tan ajustado y transparente que, prácticamente, la hacía parecer desnuda. Nos recibió una música que intentaba ser elegante pero que solo conseguía hacerme sentir un poco melancólico. Prada, Julián y el Ballena, quien estaba recién llegado, nos esperaban en una mesa.

—¡Tremenda vista,hermano!—me dijo Prada, abrazándome.

—¿Te refieres a mí o al restaurante? —bromeé.

Él sonrió y contempló la ciudad que se extendía delante de nosotros.

—¡No chingues! ¿No ves cómo brilla la ciudad como un tapete lleno de luces parpadeantes? Deberíamos cerrar el local para mi cumpleaños y celebrar a lo grande.

El pana paseó su mirada por todos los integrantes de la mesa y se me acercó.

—Podríamos hacer una orgía con las mejores putas de Las

Vegas; culear con la ciudad de fondo.

Julián no pudo contener la risa y el Ballena parecía estar considerándolo.

—¿No piensas decirles nada a tus amigos? Que respeten que estoy aquí —me increpó Amanda por lo bajo.

—Tranquila, no pienso asistir a su fiesta de cumpleaños.

Me miró con cierto escepticismo y sacó su celular para hablar con quién sabe quién. Yo no soy de los que husmean en el teléfono de su pareja, así que jamás pregunté con quién chateaba.

Y así, entre risas y charlas, pasaron las horas. Discutimos sobre los nuevos planes para MediaMuv con el Ballena, quien se había perdido la reunión durante el vuelo, y conversamos sobre la abrupta partida de Juan José.

Cuando Amanda se levantó para ir al baño, Prada, aprovechó y me insistió para que le contara al Ballena la historia de Lidia, la Gucci *girl*. Sabía cuánto le gustaba a Prada hacerme hablar en situaciones incómodas, por lo que intenté rehuir de la situación.

—Ahora no es el mejor momento para hablar de eso estando Amanda presente.

Para la terquedad de Prada, mi negativa no fue suficiente.

—Vamos, marrano, ya he oído una versión, pero quiero escuchar la verdad.

—¿No podríamos hablar de esto en otro momento? Amanda está aquí.

—¡Mira, mira dónde estamos! —dijo el Ballena extendiendo los brazos—. ¿Qué mejor momento que este rincón de lujo para narrar las hazañas de las aventuras de Yenddi?

—Anda, marrano, ¡cuéntanos antes de que regrese la bruja de tu novia! —machacó Prada.

Me negué rotundamente y los güevones me lanzaron un sinfín

de cantaletas y palabritas rebuscadas. Un instante después, mi jeva volvió a la mesa y yo agradecí a todos los santos porque ya no soportaba a mis amigos.

La Xanax estaba perdiendo efecto y empezaba a necesitar un toque, así que me paré y le pedí a Prada que me acompañara al baño, el cielo del periquero. Una vez dentro, le conté acerca de todo el peo con Felipe, pero él no abrió la boca. Ahí fue cuando la paranoia me hizo la visita.

—Tengo estas pastillitas rosas. Según Gumpy, son lo mejor para relajarse —me ofreció Prada.

Le arranqué una de las manos y, sin pensarlo demasiado, me la mandé a la boca. Echamos unos pases más y volvimos a la mesa. La calma se desvaneció en un tris porque mi celular recibió una llamada y no tardé en visualizar que se trataba de Felipe. El estrés volvió a sacudirme como un viento huracanado. La paranoia me golpeó con más fuerza aún y mi ojo empezó a parpadear. Amanda me lanzó una mirada preocupada.

—¿Estás bien?

No le di respuesta. El celular seguía sonando y yo lo miraba como si fuera la cuenta regresiva de una bomba a punto de reventar.

—¿No piensas contestar? —preguntó Prada.

—No —contesté, y rechacé la llamada—. Era Felipe.

—¿Y por qué no contestas?

—Ya le devolveré la llamada más tarde. ¿Tienes otra pastillita rosa?

—Webster, una fue suficiente. Creo que deberías contestar la llamada.

—Dame otra más. La que me diste no me hizo efecto.

Pero él seguía negándose. Parecía un adicto, de los que venden el alma por un poco de heroína.

—Amor,¿te encuentras bien?—intervino Amanda, preocupada.

Asentí nerviosamente y volví a machacar a Prada, sin éxito.

—No insistas, marrano. Mezclar esas pastillas con alcohol y perico es como tomar veneno.

—¡Ya tengo la sangre envenenada de tanta porquería que me meto, coño! Una simple pastilla no me hará daño.

Fue en vano. El cabrón se mostraba intransigente, así que me levanté de la mesa, colérico, y regresé al baño.

—Webster, ¿¡Qué pasa!? —gritó Amanda.

No acusé recibo y continué mi camino. Saqué la bolsa y esparcí toda la coca que tenía sobre el lavamanos. Después agarré mi tarjeta y tracé dos rayas grandes, que luego inhalé de un solo respiro. Al mirarme en el espejo, pensé: «¡Felipe me arruinó! ¡Increíble! ¡A qué nivel de desesperación tuve que llegar para que mi salud y mi vida ya no me importen un carajo!».

Perdido en mi tormento, volvió a llamar Felipe. Esa vez, apreté el culo, tragué en seco, sintiendo el amargo sabor de la coca en la garganta, y contesté.

—¿Qué pasó, hermano?

Hubo un segundo de silencio que se alargó como si fuese una vaina infinita.

—¡Webster! —vociferó el narcotraficante—. ¿Dónde estás? Me quedé callado, temblando.

—¿Webster? —repitió carraspeando.

—Estoy en el Strat, ¿qué pasó?

—¡Pues sí que pasó algo! —rugió—. Tengo que verte, ¡es una emergencia!

—Pero ¿qué c…?

—¿Me robas la mercancía y te haces el que no sabe nada? Voy

para allá.

En ese instante, mi mente colapsó. ¡Por Dios, qué rayos estaba diciendo! ¿Habría cometido alguna idiotez Carruelo? No, no podía ser. Traté de hilar los cabos, pero nada encajaba. Felipe sonaba como un caldero a punto de explotar y, para colmo, parecía pensar que le había robado. ¿Yo? ¿Robarle al cartel? Ya me veía muerto.

Quise salir corriendo y escapar de allí. Felipe venía por mi cabeza. Sin embargo, cuando abrí la puerta, un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. El narco estaba de pie en la entrada del baño con los brazos cruzados. Mi párpado nervioso estaba a punto de salirse de la cara y no podía emitir sonido. Mis piernas se chocaban entre sí como dos platillos de batería y mi vejiga decidió anunciarse sin previo aviso, formando un charco bajo mis zapatos. En pocas palabras, ¡me había orinado en mis pantalones! No obstante, había algo aún más alarmante. ¿Qué diablos hacía Prada parado al lado de Felipe como si fuera su escolta personal? ¡Y encima mirando cómo me meaba los pantalones!

—Prada —balbuceé—, ¿qué mierda está pasando aquí?

Los dos me estudiaron con la mirada y luego contemplaron con regocijo el charco amarillo de orines; y casi instantáneamente, se desató una sinfonía de risas. Felipe tenía la cara más roja que un lechón en navidad y Prada se retorcía en el suelo con las manos en el estómago para no cagarse. ¿Y yo? Qué decir… Estaba más caliente que lava. Esos dos pendejos me habían tendido una trampa del tamaño del Gran Canyon y yo caí de pechito como una ficha en un juego de dominó.

—Entonces… ¿lo del transporte de cocaína era solo un chiste?

Los compadres no podían articular palabra de la risa que se estaban pegando. Al final, hasta yo, que me sentía un idiota, me

contagié. ¡Qué vida aquella! ¡Un culebrón mejor que cualquier novela de Univision!

—¡No me lo puedo creer! ¡Ustedes, hijos de puta, miren lo que han causado! —solté divertido señalando el suelo.

Felipe se me acercó para abrazarme, pero di dos pasos hacia atrás y le lancé un puñetazo en el estómago que lo dejó sin aliento y se cayó al piso. A pesar de la falta de aire, continuaba descuajeringándose de la risa, lo cual solo lograba enfurecerme más.

—¡Pendejos! —exploté—. ¡Ustedes, par de hijos de perra, casi me matan! ¿Se dan cuenta de la cagada que han hecho?

—No fue mi culpa, amigo, todo fue idea de Felipe —dijo Prada, en un esfuerzo por recuperar la compostura.

No podía creerlo. ¡El gran puto de Felipe me la había jugado todo ese tiempo! ¿Cómo no lo había visto venir? Siempre con sus putas bromas sin chiste, el muy pendejo.

—¿Desde cuándo llevan planeando esta vaina? —quise saber, con el coraje a mil.

—Fue justo un día antes, cuando te tiré al celular. Quería revivir los viejos tiempos —reconoció el narco—. Disculpa,bro, no pensé que te lo tomarías así.

Los malditos viejos tiempos en que nos tirábamos bromas inocentes ni se comparaban con aquella jugada.

Tras unos minutos de risas y más puñetazos, me observé en el espejo y así, mojado y desalineado, llamé a Carruelo, pero no contestó. El muy idiota ya sabría que se había ganado una buena regañada. Si hubiera estado frente a él, lo habría mandado al diablo y buscado otro piloto.

—Les juro por mis hijos que esto no se va a quedar así. Tarde o temprano, verán que me las cobro —advertí.

Finalmente, debía dar gracias a la vida por no haberme

envuelto en un enredo de narcotráfico, así que me tranquilicé y volví a la mesa, con la cara enrojecida y los pantalones mojados, y pedí la cuenta.

La pelea de Canelo estaba a punto de empezar.

28

Una teta al aire

Me rondaba en la cabeza regresarme a Miami. Sin embargo, ¿cómo iba a botar los 43 mil verdes que había soltado en esos condenados tickets para la pelea? ¡Ni de vaina!

Cuando arribamos al MGM, el sitio donde la pelea estaba echando candela, aún me hervía la sangre. Cuando Tito abrió la puerta de la limusina, volvió a cerrarla inmediatamente para no ver cómo Amanda me lo mamaba, y el pana se quedó como niño bueno esperando a que yo terminara mi asunto.

Mi novia no se detuvo ni por un segundo, y es que ella era puro corazón, hermano. ¿¡Cómo no quererla si era tan *full service*!? A esa mujer le fascinaba tener la lengua en movimiento, y no lo digo para chismear, ¿sabes? Cada vez que a mí me daba un yeyo por cualquier cosa, sin importar qué tan pendeja fuese la causa, mi rubia se me arrimaba calladita, se hincaba y… ya sabes. Como expuse anteriormente, Amanda era como andar con una meretriz exclusiva, una profesional en el arte de la felación.

Apenas crucé la puerta del casino, me encontré de narices con Felipe. Él estaba ahí, plantado como un padrino de la Cosa Nostra, todo engominado y vestido con un traje negro que le

quedaba pintado. El desgraciado estaba apostando, soltando billetes y carcajadas como si le hubieran metido cosquillas, y, para colmo, con él estaban Prada y Julián, con unas escorts que parecían sacadas de una novela barata. Aquello era el colmo. No podría librarme de Felipe fácilmente. El cabrón me había dicho que aún le quedaban pilas de ganas de amargarme la existencia, por lo que, ni lento ni perezoso, soltó 37 mil dólares en un boleto VIP de última hora para el *match* de boxeo. Yo hubiera pagado otro tanto por que se hubiese quedado en su casa, pero, aunque no podía calar ni en pintura ni a él ni a Prada, tenía que comerme el sapo de que esos dos eran mis amigos. Además, a Felipe le seguía debiendo la vida de mis hijos.

La paranoia que me atormentaba con el acoso del IRS, la incertidumbre con Youtube y Néstor, que se hacía el loco con mis mensajes, me llevaron a pedirle a Prada, con todo el drama del mundo y por enésima vez, otra de esas pastillas rosas que eran la pura candela. Lo sé, estaba exagerando, pero es que, hermano, esa vaina me ponía en una vibra de lo más chula y, como si fuera poco, me mandaba a volar esa maldita paranoia. Prada salió con que ya se había jalado la última y en ese mismo instante leí el juego: eran puras sandeces. Ya no le creía ni a mi sombra. Tanta vuelta con la desconfianza que hasta a Tito, y Amanda comenzaba a mirar de reojo, como si ellos también estuvieran metidos en el peo de la broma de Felipe. ¿Sería que también formaban parte del show? Acudí al plan B y le pedí a Felipe un poquitico de coca.

—¡Claro que sí! Pero espera. Primero confírmame que no estás enojado conmigo.

Respondí sin demasiada sinceridad y busqué con los ojos hasta dar con Amanda, quien andaba pegada a la pantalla del celular como mirando un final de temporada de una serie. Le

extendí la bolsita para que se escapara al baño y después me uní yo. La hembra se la merecía por aguantar a mi corillo de locos. «¡Qué mierda!», pensé. A veces, el perico me ponía en modo locura total, pero otras me tranquilizaba, al menos por un rato.Lo malo de la coca es que el efecto dura unos veinte minutos aproximadamente y, cuando baja, las ganas de echar más, es decir, «la seguidilla», empiezan a llamar cada vez más.

¡Una vaina de locos!

Después de conversar con las acompañantes de Prada y Julián, supe que no eran jevas prostitutas, sino colegas del colegio. Eso me quitó un peso de encima, porque significaba que, ellos no iban a querer compartir sus hembras y en algún momento, querrían privacidad, se perderían, y ya no tendría que aguantar a esos dos tarados por el resto del paseo. Me sonaba perfecto.

Felipe se me acercó.

—Hey, verga, ¿por qué no te echas unas apuestas?

No sabía mucho del chisme de apostar en Las Vegas, pero la idea me picó la curiosidad. Me insistió en que Canelo Álvarez ganaría la pelea y quería que apostara una suma respetable, 150 mil, para ganar, quizás, 300 mil.

Con un empujoncito de Amanda, acepté.

—Pero te aclaro: si pierdo esa plata, tendrás que responder por mis gastos durante el resto del viaje.

El tipo sonrió y me llevó con la persona que atendía la casa de apuestas. Pocos minutos después, mi tarjeta American Express había decidido que ya era hora de parar la fiesta en mi billetera y consideró tomarse un descanso, dejando mi cuenta en cero. Felipe había jurado que los tragos corrían por su cuenta durante la pelea, y con eso me conformaba.

De camino a la arena nos dimos otro paseíto por el baño e hicimos una parada estratégica en el bar. Yo pedí tres margaritas

con doble tequila para mí solo, Amanda se pidió una, y mis amigos y sus chicas optaron por el whisky. «Nada como emborracharse en buena compañía», pensé. Nos colamos en el casino por la puerta trasera (privilegio de los boletos VIP) y nos deslizamos hacia la sección exclusiva, donde estaban todos los famosos y las figuras más importantes.

La cuestión estaba caliente. ¡Había una rumba de gente por todas partes! La pelea ya había arrancado y Canelo estaba arrasando, dándole hasta con el sartén de la cocina al otro pobre infeliz que estaba enfrente.

Ya en nuestros asientos, comencé a estudiar detenidamente el sector exclusivo. Dos sillas a nuestra derecha me separaban de Karol G, quien estaba acompañada de un viejo que daba la impresión de ser su papá. La miré de reojo, intentando no ser tan evidente, pero fue en vano porque Amanda ya la había visto y casi me saca el aire de un codazo.

—¡Mira, ahí está Karol! —exclamó.

Mostré desinterés y saqué mi celular para escribirle a Prada, ubicado a unas pocas butacas detrás de mí. «¿La viste?», le envié disimuladamente. «Está buenísima, compadre. ¡Intenta quitarle su número!», me respondió. Claro, fácil como destapar un refresco.

Me llevé mi margarita a la boca y fue entonces que la vi reflejada sobre el borde de la copa. La vista se me nubló con la sal que rodeaba el borde del vaso, mientras que la paranoia, la furia, el miedo y la ansiedad se apoderaron de mí como si me hubiese poseído el mismísimo demonio. Se me erizaron los pelos, se me cerró la garganta, y un dolor agudo se alojó en mi estómago. Ahí estaba… la Anaconda. No podía ser verdad. La bruja, madre de mis retoños y causante de mis desgracias, sentada a dos sillas de distancia, muy campante. Volteaba a

sonreírle al mundo, sosteniendo una copa de vino en su diestra mientras su otra mano jugueteaba con los dedos de otro hombre. No solo ardía de celos, sino que también me invadía una ira similar a la de un volcán en erupción.

¡Cómo me exasperaba ver que aún llevaba nuestro maldito anillo matrimonial en su dedo!

Vacié mi trago e hice señas al mesero para pedir otro. Amanda, perceptiva, me apretó la mano. Intenté disimular y me metí en la pelea. Me hacía el loco para no mirar a la mujer que me había jodido la existencia, pero aún tenía mi corazón enredado. Intentaba hacerme el indiferente, ¡pero qué va! Era muy complicado. No podía soslayar el hecho de que se encontraba con otro tipo, no sé si por orgullo o por no poder aceptar que otro güey gozaba de la mujer que hasta hacía poco estaba conmigo. ¡Pero ya no! Después de que me clavó el puñal por la espalda, nos quedamos mudos y los abogados del divorcio se convirtieron en nuestros mensajeros exclusivos. Yo había empezado a salir con Amanda y, al parecer, ella también tenía una pareja. Entonces, ¿por qué mi corazón estaba tan encendido? ¿Todavía la quería? ¡No, qué va! El amor se había ido por la ventana mucho antes de la separación; esa era la razón exacta de por qué todo se había ido al carajo.

Más de dos años habían pasado desde la última vez que la había visto, y durante todo ese tiempo solo había sentido pura rabia, o al menos eso pensaba. No soportaba estar allí sentado, así que le lancé una mirada a Prada que solo él podía entender y nos encontramos en el baño.

—Y ahora, ¿qué paso?

—¿No la viste?

—¿A quién?

—¡A Sofi! —grité—. Está a dos sillas de nosotros, con un tipo.

Me escudriñó cruzado de brazos y me sonrió. Sabía que moría de celos.

—¿Por eso estás tan enojado? ¿Quieres que vaya y le dé una arrastrada al tipo? ¿Eso te calmaría?

Yo me mantuve en silencio y moví la cabeza negativamente, aunque la idea me gustaba.

—Me importa un bledo ese tipo —mentí—. Lo que… pasa es… que…

Otra vez el tartamudeo, ¡coño! Prada me puso las manos en los hombros.

—¡Hey! Tienes que dejar que esa tipa siga con su vida, hermano. Ella te traicionó, ¿o se te olvidó? ¿Volverías con ella después de todo lo que nos hizo?

Sentí un fuego en el pecho.

—Nunca regresaría con Sofi —afirmé, aunque pensaba exactamente lo contrario—. Creo que la rabia me ganó, no sé. Verla tan cerca, recordar lo que hizo… me dieron ganas de matarla.

No literalmente, claro, solo que un torbellino de los más hirientes recuerdos gobernaba en mi cabeza.

Dios, lucía apoteósica. El vestido que llevaba puesto resaltaba sobre su cuerpo perfecto. Su rostro parecía más refinado y su cabello más cuidado. Sus ojos… Dios, qué ojos tan hermosos. Creo que el tipo que la acompañaba tenía mejor mano que yo, porque cuando estaba conmigo ella andaba toda desaliñada. No se arreglaba a menudo y no lucía tan sensual como ese día en el MGM. Definitivamente, la Anaconda estaba distinta, y lo peor de todo era que se veía feliz con el baboso que la acompañaba. En fin, así es la vida. Dicen por ahí que no valoras lo que tienes hasta que lo pierdes… *Lo cierto es que yo considero que sí valoraba lo que tenía, pero pensaba que nunca lo perdería.*

—¡Webster!

Prada chasqueó los dedos frente a mi rostro, sacándome de mi ensoñación.

—¿En qué vergas piensas?

—¿De qué estás hablando?

—Te conozco mejor que a mí mismo, Webster. Sé lo que estás maquinando, ¡y mi respuesta es no!

—¿Qué dices? —le pregunté confundido.

—Te mueres por hablar con ella, Webster; conozco esa mirada.

Riendo, traté de ocultar cualquier asomo de interés por mi ex esposa.

—Estás mal. No hay nada de eso. No pienso dirigirle la palabra.

—Eso espero. ¡Mira el lío que te armó con los impuestos! Ella es una piraña, Webster; una rata.

Me mantuve firme y bajé la mirada porque el tipo tenía toda la razón. Se ajustó la camisa y se me acercó.

—Si vuelves con ella, no solo perderás tu empresa, sino también a tus amigos.

Me pidió paso y me aparté para dejarlo salir.

—¿Vas a venir? —me preguntó antes de largarse.

Yo me quedé solo unos minutos. Necesitaba calmarme porque no era justo ni para conmigo mismo ni para con nadie reaccionar así por culpa de una anaconda.

Salí del baño con más pena que gloria y me detuve en el bar para pedir una margarita. Quería saborear un trago dulce antes de zambullirme de nuevo en el trago amargo de ver a mi ex con otro tipo. El mesero arrimó la copa, la llevé a mis labios, y tan pronto como los mojé me arrepentí de haber hecho esa parada. Mi corazón empezó a latir desenfrenadamente y mis ojos se clavaron en ella con la misma intensidad que hacía pocos

minutos, cuando la ví a dos taburetes de distancia. Ahora, estaba sola. Sonrió al camarero y pidió una ronda, y yo, aprovechando que me daba la espalda, me levanté con intención de largarme. Y entonces…

—Si estás intentando impresionar a alguien con esa puta, te diré que haces un pésimo trabajo.

Su voz se me clavó como un anzuelo y me paralizó las piernas. Dudé en girarme, pero la curiosidad era más fuerte que mis ganas de escapar. La observé. Nuestros ojos se encontraron y una chispa de electricidad me recorrió de arriba abajo. Cuando por fin recuperé el aire, supe que, por más que intentara huir del infierno, el demonio siempre me encontraría.

¡Que bello demonio! Nunca imaginé que al toparme con Judas, moriría por un beso suyo. Debo admitir que se veía espléndida. Tenerla tan cerca me despertó el deseo, al mismo tiempo que acentuó el ardiente rencor que sentía. Moría de ganas de decirle que hubiese preferido una infidelidad antes que un puñal por la espalda y que, a pesar del amor que sentía por ella, sus acciones despertaban en mí un odio profundo.

—Me prometí no volver a dirigirte la palabra —le espeté.

—Pues, acabas de romper tu promesa.

—¿Qué haces aquí, Sofi?

Yo sabía exactamente cuál era la respuesta. ¡Había regresado para acabar conmigo! Dejó su trago y avanzó hacia mí, y mi corazón empezó a latir más fuerte que un tambor en pleno carnaval.

—Necesitamos hablar —dijo fijando sus ojos no en los míos, sino en mis labios.

—Para eso están los abogados —respondí frío.

—No se trata del divorcio. Se trata de tu novia.

—¿Amanda? ¿Qué pasa con mi novia? —pregunté confun-

dido.

—Ella no es lo que tú piensas, Webster. Debes alejarla de ti.

Reí; internamente, pero reí.

—¿Para eso viniste hasta aquí? ¡No seas cínica, Sofía! Si se trata de celos, mejor regresa con tu noviecito.

—Celos? ¿Crees que estoy aquí por celos? —musitó, tejiendo un enredo de misterio—. Esto no tiene nada que ver con nosotros, idiota. Te estoy ayudando.

—¿De verdad? ¿Así como me ayudaste cuando saliste corriendo a buscar a los federales con información de mi empresa? Gracias a ti, casi voy preso.

—Fue un error, lo sabes —replicó, destellando arrepentimiento en sus ojos—, pero esto es algo distinto. Amanda no es quien piensas.

—Y supongo que tú tienes todas las respuestas, ¿cierto? Anda, ilumíname entonces.

A esas alturas, ya no hacía ningún esfuerzo por ocultar mis emociones. La ira bullía en mi interior como un volcán desatado, y cada palabra era una declaración de cólera. La Anaconda se inclinó hacia mí.

—La vi en Nueva York hace unas semanas, con un tipo. Parecían… íntimos.

Guardé silencio y procesé sus palabras. De repente, empecé a reír. Las cosas no tomaban el rumbo que esperaba. Yo buscaba reconciliación, quizás un último polvo de despedida. Extrañaba su maldita presencia. Anhelaba sus labios. Ella también lo deseaba. La conocía mejor que a mí mismo. Sin embargo, la última cosa que me apetecía era remover el pasado, porque la rabia y el rencor tenían una manera tan peculiar de instalarse en mi ser que hasta a mí mismo me daba yuyu.

—Estás mintiendo —mascullé, negándome a creer sus pal-

abras.

—Webster, yo sé lo que vi —insistió, con una mirada compasiva en su rostro.

—Estás mintiendo —escupí—, Amanda jamás me traicionaría.

—¿Seguro de eso? Porque se veía bastante cómoda en los brazos de ese tipo —se mofó.

Sentí como si el suelo se moviese bajo mis pies.

—Cállate", gruñí enfurecido.

—Solo intento que abras los ojos, pero claro, siempre has sido ciego cuando se trata de mujeres.

—¿Cuando se trata de ti, quieres decir? Porque si mal no recuerdo, fuiste tú quien me apuñaló por la espalda, no al revés.

Ella rodó los ojos.

—Déjalo ya, ¿vale? Eso es historia pasada.

—¿«Historia pasada»? —repetí incrédulo—. ¡Por ti casi me joden!

—Bueno,quizás te lo merecías. Total,no eres precisamente un santo, ¿o sí?

—Al menos yo no traiciono a los seres queridos —solté entre dientes.

—No, solo las usas y las desechas cuando ya no te sirven —replicó con veneno en su voz.

Nos quedamos sin emitir sonido alguno, trenzando miradas cargadas de desprecio. El sentimiento de amor o celos que me había embargado unos instantes antes al contemplarla se transformó en una nube de azufre.

—Haz lo que te plazca con Amanda, pero no vengas luego a negar que no te lo advertí —dijo con una gélida indiferencia—. Ah, y ya que estamos, en cuanto a los niños pienso concederte llevarlos a Miami todo el verano, siempre y cuando dejes caer trescientos mil en mi cuenta.

¡Hija de puta!

Preferí callar, no deseaba prolongar la charla. En aquel instante, mi única ambición era inhalar diez gramos de coca. Ella, con un aire de desdén, me dio la espalda y se marchó, dejándome a merced de mis pensamientos tumultuosos.

De regreso al sector VIP del pabellón, su voz resonaba en mi cabeza como una letanía infernal. ¿Y si tenía razón acerca de Amanda? ¿Y si mi vida entera había sido un gran engaño?

¡Qué lío! No podía permitir que Sofi me pusiera la cabeza como un globo de feria, pero, mientras me acomodaba en mi silla, no pude evitar preguntarme qué trapos sucios estaría escondiendo Amanda y si alguna vez volvería a confiar en alguien después de todas las puñaladas que había recibido. ¡La preocupación del ladrón, que hasta cree que su sombra le roba!

Amanda iba por su décima margarita y mis amigos estaban hechos mierda de borrachos. Canelo le estaba dando con todo en el ring y yo no podía quitarme de la mente las palabras de la Anaconda. La muy venenosa se había salido con la suya otra vez; me había aplicado una dosis de su veneno y ya me estaba quemando por dentro.

—¿Qué pasó, mi amor? ¿Por qué te tardaste tanto? —preguntó mi novia con su carita de ángel.

¿Y a mí qué coño me importaba si me estaba poniendo los cuernos? Yo mismo había dicho que la tipa era mi prepago personal. Cuando la conocí, fui claro conmigo mismo. Mi regla era no enamorarme ni de ella ni de nadie más, y hasta ese día la había seguido al pie de la letra. Aún seguía bobo por mi ex y Amanda no era más que una… ¿cómo se dice? ¡Ah, sí! Una prosti-amante. Entonces, ¿por qué diablos me preocupaba tanto que me pegara los cachos? Con eso en mente, me esforcé en sonreír y miré a mi hembra.

—Estoy de maravilla, amor.

Pidió dos tragos más y quería perico. Le pasé la bolsita y, frente a todo el estadio, se acomodó dos rayitas usando la tarjeta del ascensor. La Anaconda, que miraba de reojo, casi se va en vómito. No hay persona en este mundo a quien le dé más alergia el perico que a mi hermosa ex esposa. Miré a Sofi y conectamos nuestra química por un instante, haciéndome sentir loco de ganas de devorarla viva. De repente, soltó una carcajada; no sé si por lástima o por lo ridículo que me veía al lado de Amanda. Lo cierto es que ya no pude resistirme y me serví un poco del polvo en mi mano, y allí, ante más de quince mil personas, sin quitarle el ojo de encima a mi ex, me pegué una buena jalada.

Exactamente dos segundos pasaron cuando me volteé y ví a mis tres amigos con bolsas en la mano y las narices más blancas que la nieve. La gente nos miraba y se reía y decía cosas por lo bajo, como si hubiese visto una vaina de otro planeta, como si fuéramos puros zánganos. Y es que a nosotros no nos importaba la vida, ¿sabes? Nosotros éramos así, inescrupulosos; unos marranos. Sí, señor, esa era la demostración andante de que mis compas y yo éramos unos adictos enfermos. La única razón por la que no nos echaron del lugar fue por la cantidad absurda de plata que habíamos pagado por nuestras sillas.

Las bebidas fluían, Amanda estaba borracha y las palabras de Sofi seguían resonando en mi cabeza. Justo entonces, Canelo soltó un derechazo que dejó al otro tipo besando la lona. Parecía que le había partido la boca porque la sangre corría como río. Empezaron a contar, pero el fulano no lograba levantarse. La gente se volvía loca a grito limpio y Amanda saltaba como si le hubieran regalado un juguete nuevo. Miré a Felipe, luego a Prada, después a Canelo y otra vez a Felipe. No podía creerlo. Había olvidado por completo la apuesta que habíamos hecho.

¡Con razón Amanda brincaba tanto de la emoción! ¡Hasta se le había salido una teta! Tuve que agarrarla y subirle el vestido para cubrirla.

—¡Ganamos! —gritó Prada desde su asiento.

—¿Cuánto ganamos, amor? —preguntó mi novia.

—Trescientos…, ¡trescientos mil!

29

Otro final feliz

Ni en Las Vegas me pude escapar del IRS. Los malditos impuestos me quitaron la mitad de lo que gané con la apuesta y me quedaron $210,000 dólares limpios; y aunque no era tanto como esperaba, me sentía bastante contento. Íbamos rumbo a la discoteca y yo estaba segurísimo de que ese dinero me sacaría de un apuro antes de que terminara la noche.

La limusina se detuvo en la entrada principal del Caesars Palace, el cual estaba repleto de gente. Me bajé del carro y Tito se me acercó misterioso.

—Patrón, quería hacerle una pregunta.

Yo lo miré intrigado y él me llevó al otro lado del carro sin emitir sonido, como si fuera un espía. Mis amigos y mi novia observaban con curiosidad.

—¿Cuál es el misterio? —le pregunté, pero el tipo no soltaba prenda. Lo miré fijamente a los ojos—. Tito, ¿todo bien?

El viejo bajó la mirada, como buscando las palabras.

—Sí, señor, todo bien.

—¡Entonces habla de una vez! —me impacienté.

—Patrón, qué pena pedirle esto…

—¡Habla, pues!

Paseó la mirada en todas direcciones, se me acercó y me habló casi en un susurro.

—Señor, su amigo Julián me estuvo hablando sobre…

—¿Sobre qué? —lo atropellé, lanzándole una mirada asesina a Julián.

—Qué pena, señor, mi esposa tiene cinco meses que…

—¡Tito, por Dios! ¿Eres un niño o qué? ¡Habla hermano!

El pana miró al piso y lo dejó salir todo de un tiro.

—Le quería pedir permiso para contratar una de esas utas.

—¿«Utas»? ¿Quieres decir… «putas»?

El tipo se puso pálido. Si una de esas jevas agarraba a ese pobre anciano… Miré a Julián de reojo; él sabía de qué iba la cosa.

—¿Quieres cogerte a una prosti? —busqué aclarar.

—Sí…, señor —respondió tímidamente, sin mirarme.

Sonreí y lo tomé del hombro. Tito era tan leal que merecía tener más de una prosti para él solito, ¡aunque se muriera de un yeyo en el intento! Le di diez mil verdes y le dije que se tomara la noche libre. El carajo se negó al principio, pero insistí. Se lo había ganado por sacrificar tiempo con su familia para estar conmigo en Las Vegas. Nos despedimos con un abrazo y quedamos en vernos al día siguiente.

Las horas que siguieron fueron como un maldito relámpago.

¡Qué va! Más bien diría que todo se puso borroso. En la entrada de la disco me topé con un pana que se llamaba Diego, un cubano medio loco que básicamente era el máximo exponente de las rumbas en ese estado, una leyenda viviente. Resulta que el condenado había montado tremenda fiestota oficial después de la pelea y me había reservado la mejor mesa VIP.

Cuando entramos, la discoteca estaba a reventar. Karol G cantaba sus mejores canciones y nosotros parecíamos concursar por ver quién aguantaba más tragos sin desmayarse. En medio de la vaina, Amanda me contó que había invitado a una amiga suya que andaba en la ciudad esa noche, y yo supe que otro trío iba en camino.

Dos horas después, mi amigo Diego apareció en la mesa ¡con el mismísimo Canelo! El carajo nos saludó todo humilde y nos invitó unos traguitos. Amanda estaba que babeaba con el boxeador pelirrojo. Yo tenía unas ganas locas de preguntarle si quería unirse al trisón, tú sabes, para ponerle más sazón a la vaina, pero me contuve, no fuera a ser que el tipo pensara que yo era un depravado sexual y terminara dándome una paliza en vez de unos consejos.

Luego de que regresara a su mesa, me fui al baño a darme unos toquecitos, tú sabes. Y adivina con quién me topé allí…

Con el papá de Karol G.

—Mira, tu hija está buenísima. Tienes que presentármela —le solté sin tapujos.

¿Y sabes que hizo el tipo? Se cagó de la risa, así tal cual.

—Dale, te la presento, pero a cambio me consigues una foto con Canelo.

Resultó ser que el boxeador era su ídolo y conocerlo su sueño máximo. En ese entonces su hija no era tan famosa, por lo que al pobre le costaba llegar hasta la figura. Yo, al acecho de mi oportunidad, acepté el trato sin dubitar. Salimos del baño y nos fuimos a brindar por su hija y por Canelo. ¡Qué noche, papá!

Eran como las cinco de la mañana y Amanda ya andaba hecha un trapo, encharcando tequila como si no hubiera un mañana.

¿Y todo por culpa de quién? De la amiga que había invitado de última hora. Yo pensando que quizá sería la Mina Von D,

esa actriz porno pelirroja que nos habíamos echado en Puerto Rico, pero no era nadie especial. Eso sí, la tipa bebía como una esponja, ¡tres veces más que cualquiera en la mesa! ¡Qué pena con la gente, hermano! Me tocó regañar a mi novia varias veces por estar haciendo el ridículo frente a todos. Imagínate que en determinado momento se montó a bailar en la mesa, agarró la botella de champaña y se la vació todita en la cara. ¡Una puta champaña de seis mil verdes recién abierta a la mierda!

Karol G, su papá y hasta las acompañantes de mis amigos me increpaban con la mirada y yo ahí, comiéndome esa vergüenza ajena con yuca y todo. ¡Qué desastre, hermano!

* * *

Alrededor de las seis, Amando, la amiga y yo, estábamos subiendo en el elevador del hotel. Estábamos tan calientes que aquello más bien se asemejaba a una escena de película xxx. Amanda me había bajado los pantalones sin importarle un carajo las cámaras de seguridad y su amiga me daba unos besos tan apasionados que pensé que las dos hembras conspiraban para dejarme sin pito y sin flauta. Según Amanda, su amiguita era virgen en materia de tríos, y con esa vaina me prendí más que fosforito. Mi mente empezó a volar más rápido que un colibrí, y todo lo que podía pensar era que aquel momento épico debía quedar documentado como evidencia. A mis socios les iba a encantar. ¡En nuestro juego de las estrellas, un trío en Las Vegas me subiría al rango de «Macho alfa, pecho de platino, verga dulce con huevos de toro».

Apenas se abrieron las puertas del ascensor en nuestro cuarto, las dos bestias aventaron sus bolsos y continuaron con su ritual mamador. Traté de buscar mi celular en los pantalones para

documentar la acción, pero ya tenía a las dos hembras de rodillas frente a mí, con unas sonrisitas que prometían el cielo y el infierno al mismo tiempo.

Terco como una mula, seguía emperrado en grabar todo el asunto. Como no podía alcanzar mi celular, mis ojos se posaron sobre la cartera de Amanda, que estaba sobre la mesa. Me estiré como un maldito contorsionista, intentando no mover ni una partícula de mi cuerpo mientras mi brazo se alargaba hacia al bolso como si mi vida dependiera de ello. Hurgué en ella y saqué el teléfono en un tris, pero Amanda me lo arrebató de la mano como si fuera por arte de magia. Me mandó al diablo con la mirada y siguió mamando como si nada hubiera pasado. No me quedó más que desechar la idea y entregarme a la gozadera del polvo.

* * *

Cerca de las ocho de la mañana, yo estaba desnudo, parado en el balcón como zombie, peleando contra los efectos de la coca que no me dejaba pegar un ojo, mirando cómo el sol se asomaba por entre los edificios de la ciudad. Qué vista tan deprimente, hermano. Las Vegas de día era como ver a una mujer bella sin maquillaje, ¿sabes? Toda la vida y el color de la noche se esfumaban con la luz del astro, que revelaba un cascarón gris y sin gracia.

Amanda y compañía dormían plácidamente, así que regresé al cuarto con la esperanza de poder echarme un sueñito. De pronto, un haz de luz se filtró por la ventana y recayó sobre la mesa, donde reposaba el iPhone de Amanda, y todas las pendejadas que la Anaconda me había dicho sobre ella me cayeron encima como un balde de agua fría. No me lo pensé

ni dos veces y tomé ese celular como si fuera mío. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Sería grave invadir la privacidad de otro? Coño, lo cierto era que me estaba gastando una fortuna en una mujer de quien no conocía ni el número de su ropa interior. No sabía prácticamente nada de la vida de mi novia, por lo que no sería gran cosa mirar al menos los últimos mensajes. Era la oportunidad perfecta, pero la vaina era que no debía… Estaba en un momento en el que la moral pesaba más que una vaca en brazos y la tentación era inconmensurable. Finalmente, tras meditarlo un instante, encendí el maldito celular.

El iPhone de Amanda en mis manos era como la manzana que la serpiente había incitado a Adán a comer, la misma que la Anaconda me incitaba a probar a mí. Y yo ahí, parado como un güevón, con el dilema del siglo: ¿morder o no morder?

Cuando el celular terminó de encender intenté desbloquearlo, pero me solicitó la huella. ¡Pues, claro! ¡Semejante animal! ¡Una mujer tan viva como Amanda no iba a cometer un descuido tan tonto!

Me acerqué con sigilo y toqué suavemente su mano, como quien toca un caldero hirviendo.

— ¿Amanda? —susurré bajito.

Nada. No se movió ni un milímetro. Volví a llamarla y el mismo silencio obtuve en respuesta. Las dos mujeres estaban acostadas, desnudas y abrazadas como marido y mujer, sumidas en un sueño profundo. Saqué provecho de aquello y, tras pasear los dedos de Amanda por la pantalla del celular, dí con el correcto. ¡Bingo! Acceso concedido.

Sin perder tiempo, abrí WhatsApp. Ella siempre andaba mensajeándose con medio mundo ahí. Revisé someramente cada conversación, hasta que encontré una escondida en los mensajes archivados. Se trataba de un *chat* muy comprometedor con un

tal Anthony. Mi corazón se aceleró al ritmo de la ira que crecía en mi interior. Con dedos temblorosos, abrí la carpeta de videos y ahí lo encontré: un video de Amanda haciendo lo que mejor sabía hacer.

Sentí que me subía un fogonazo desde las patas y se me nubló la vista. Para colmo, en el video Amanda llevaba puesto el collar Cartier que le había regalado para su cumpleaños. La Anaconda tenía razón.

Me quedé ahí, sentado como un güevón, mirando el celular, pensando qué hacer. Finalmente, resolví llamar a Tito para que fuera a buscarla y la hiciera desalojar el hotel.

No llevaba ni siquiera dos minutos empacando su ropa cuando, de repente, ingresó Tito con Carruelo. Ni ganas tenía de reclamarle al piloto por la broma de Felipe, así que directamente le ordené que despertara a las dos perras y las echara de mi cuarto mientras me daba una ducha. No quería volver a ver a Amanda nunca más, para nada; ya estaba harto de tanta gente mintiendo y jodiendo.

Me senté en la bañera bajo la ducha y dejé que el agua corriera por mi piel. La Anaconda había acertado cuando dijo que nunca sería feliz. Siempre me pasaban esas cosas a mí. En comparación a mi compulsión de gastar como loco y mi adicción al perico, ver a Amanda mamándosela a otro tipo fue como un coñazo en los huevos. No era ingenuo; sabía que ella quizás estaría conmigo solamente por el dinero y que yo sería una carga en su vida, pero tenía que admitir que con esa cabrona me divertía bastante. Sin embargo, a pesar de ello y de que el sexo era del otro mundo, no iba a gastar mi tiempo y mi dinero en alguien incapaz de entender que yo no compartía lo mío con nadie.

La depresión, la soledad y la sensación de estar perdido que

me embargaron después de ver ese vídeo me estaban matando. ¿Qué coño me había llevado a enredarme con Amanda, aun sabiendo que no era para mí? ¿Por qué escogía tan mal con quién juntarme? ¡Quién sabía, hermano!

Cerré la ducha y escuché unos gritos.

—¡Vístete y sal del cuarto, coño! —se escuchaba a Carruelo gritar.

—¿Y tú quién coño eres? —replicó la amiga de Amanda.

Carruelo cada vez gritaba más duro, parecía un malandro.

Salí de la ducha, me puse lo primero que encontré y el peo se puso más feo. Amanda sabía que yo me había encerrado en el baño para no dar la cara y empezó a caerle a coñazos a la puerta.

—¡Abre, hijo de puta!

Yo permanecí mudo. Ella persistió hasta que Carruelo tuvo que llamar a la seguridad del hotel para que se la llevaran.

Un par de minutos después, cuando el silencio me avisó que el escándalo había cesado, salí del baño. Hermano, ¡mi cuarto estaba hecho una mierda! ¿Qué diablos había ocurrido allí?

¡Las mesas estaban rotas! No había escuchado nada que justificara la visual de aquel escenario. ¡Maldito Carruelo! Busqué mi celular y marqué al piloto.

—¿Qué pasó, marrano? ¿Me puedes decir qué coño pasó en mi cuarto?

El muy desgraciado se rió bajito.

—Me pediste que las echara, ¿no?

—Sí, pero no que hicieras de mi cuarto un chiquero.

—Bueno, las vainas se pusieron un poco empepinadas, pero la saqué.

—¿A qué te refieres con eso?

—Mira, la chamaca estaba bien, pero la muy pendeja se puso

a lanzarme todo lo que pillaba por delante.

—¿Le pegaste? —le pregunté mordiéndome las uñas.

—Digamos que ya no te volverá a molestar.

Respiré profundo y colgué, no sin antes mentarle la madre por el chiste que me había montado con Felipe.

Me desperté a las diez de la noche con un hambre del carajo. Me levanté y, antes de ordenar comida, eché un ojo a las notificaciones de mi teléfono. Me llamó la atención un mensaje de texto proveniente de un número desconocido que rezaba: «Llámame, marrano».

«¿Quién es?», respondí.

Cinco minutos pasaron y luego diez y luego quince, y ni un pío. Mi estómago rugía y decidí llamar al servicio del cuarto. Justo antes de hacer mi pedido, el número misterioso llamó a mi celular.

—¿Aló?

—Webster.

Una voz familiar, que llevaba días sin oír, resonó al otro lado.

—Néstor, por fin apareciste, mano.

—No tengo mucho tiempo.

Su voz sonaba apagada, seria, como si ocultara algo.

—¿Dónde coño te habías metido?

—Webster, revisa la cuenta de Twitter. Ya.

—¿Y ahora qué pasó?

—Mejor míralo tú mismo. Te enviaré el link a tu correo.

Puse la llamada en altavoz y lo que ví un instante después me dejó paralizado.

—Néstor, por Dios, ¿qué es esta mierda?

—Lo sé, hermano. Esto va a causar un escandalo del coño.

Miré la pantalla de mi teléfono, incrédulo. Me cagué. Literalmente, me cagué. Alguien había lanzado una campaña

en nuestra contra. Todas nuestras redes sociales estaban siendo bombardeadas con publicaciones difamatorias sobre mis amigos y yo.

—Ya viste la güevonada que están diciendo? —solté incrédulo y nervioso, sabiendo que esas publicaciones acabarían con lo que quedaba de MediaMuv—. Están diciendo que somos unos ladrones, hermano! ¿Quién coño está detrás de esto?

Cerré la página enojado y me llevé el celular al oído.

—Están publicando fotos de mis hijos, coño. Si un juez dudaba en darle al IRS una orden de allanamiento, con esta vaina ten por seguro que nos van a venir a revisar hasta el culo.

—Webster, yo te lo advertí.

—Néstor, no es momento de echar cosas en cara. Tienes que ayudarme a encontrar quién está detrás de esta mierda. No sólo tienen fotos mías, sino también de Prada y sus hijos. ¡Y de Julián!

—Lo sé, Web. ¿Qué quieres hacer?

—Primero, tumbar esas putas publicaciones. Segundo, averiguar quién es el hijo de puta que se atrevió a meter a mis hijos en esto.

El único nombre que me venía a la mente era el de Daniel Hernández. Si ese cabrón tenía algo que ver, se iba a arrepentir el resto de su vida.

III

Tercera Parte

«Ellos no pueden cobrar impuestos legales del dinero ilegal»,
Al Capone

30

La embarazada

¿Que cuántas temporadas del *Señor de los cielos* pude ver antes de coger una pistola y pegarme un tiro en la jeta? ¡Pues te digo que ni media! Cada capítulo era una puta tortura lenta. Te juro que hubiera preferido tragarme un cactus entero antes que soportar otro minuto más de ese desecho fecal al que llamaban serie. Con los ojos cuadrados y el cerebro frito, me preguntaba en qué momento había perdido el rumbo de mi vida como para terminar en ese purgatorio televisivo.

Como todo marchaba bien excepto mi desastrosa vida amorosa, decidí buscarme un nuevo hobby para matar el aburrimiento. Ya me tenían harto los antros y puteríos de siempre. Quería algo fresco, una vaina nueva para entretenerme. Entonces se me prendió el bombillo y fundé una empresa llamada Musika Inc. Ahora no solo me dedicaba a robar en Youtube como un malandro, sino que también le manejaba la carrera musical a un pana cubano llamado Ovi, a quien había conocido hacía un tiempo en Phoenix. En Miami me decían «El don Yenddi», y la verdad, me tripeo ese apodo. En ese día en particular llevaba como dieciocho horas pegado

al televisor, empujando margaritas y metiéndome una cantidad de perico como para mantener despierto a un trailero diez noches seguidas. De repente miré el reloj y pegué un brinco que casi llego al techo. Busqué mi celular por todos lados como un loco hasta que lo encontré tirado en la sala. ¡Ocho llamadas perdidas del productor Nexus, no joda! ¡Y seis de Ovi, coño!

Me di una ducha exprés estilo gato, tomé un Xanax para calmarme los nervios y le grité a Tito que prendiera el Bentley.

En el estudio de grabación me esperaba Ovi, el pana.

— Epa, Nexus te está esperando en la cabina de grabación. Muévete, pues.

Nos saludamos con un abrazo de oso y me dirigí a la sala de control. Allí lo vi a Nexus, el productor de productores, el tipo más duro de la industria, parado frente a una consola que parecía el comando de un avión. A su derecha, Eduardo, un magnate musical, le estaba cayendo a cuentos a un gordo que parecía que se iba a quedar jetón en cualquier momento; y a su izquierda, un tipo flaco y de baja estatura, un poco más viejo que yo, y a su lado estaba ella…, la mujer que secuestró mi atención.

Me quedé pasmado.

Sus ojos me hechizaron; me perforaron el pecho como un bisturí. El ritmo acelerado de mi corazón delataba mis nervios, así como también un ligero sudor en mis manos. ¡Dios mío! Tendría como siete meses de embarazo, porque su barriga estaba a punto de reventar. Por un instante me sentí como un pervertido por estar babeando por una mujer preñada, quien, probablemente, estaría felizmente casada con el tipo bajito, pero no podía evitarlo. Todo en ella me volvió loco, y fue ahí cuando me di cuenta de que el GPS de mi corazón había encontrado su destino perdido y que por fin mi felicidad iba a estar completa;

comprendí que me había hecho millonario para llegar a Miami y conocer a quienquiera que fuera esa hermosa chica, de quizás unos veintitantos años, sentada frente a la consola de Nexus junto a un tipo que, tal vez, sería su esposo.

Como un loco enamorado, no perdí ni un segundo en hacerme notar y ubicarme en su campo de visión. Sin embargo, la tipa ni se inmutó; me miró como si yo fuera un cero a la izquierda, uno más del montón. ¿Y sabes qué? Me encantó, porque significaba que le valía verga el dinero y que quizás, solo quizás, para ella lo más importante era el amor.

«¿Será que están casados?», me pregunté cuando la vi recostar su cabeza en el hombro de su acompañante. ¿Y si estaba creando expectativas alrededor de una tipa que jamás se fijaría en un ladrón y drogadicto como yo? Justo cuando pensaba que nada podía ser peor, ¡el tipo le clavó un beso! Aquello fue la prueba irrefutable de que mi soledad era tan grande como el puto universo y que necesitaba terapia urgente. Mi vida era un desastre total, tal como había aseverado la Anaconda. Mi sueño de encontrar el amor verdadero no era más que una ilusión, y estaba condenado a vivir en la oscuridad, una oscuridad llena de culos ricos, sí, pero tinieblas al fin y al cabo.

No obstante, tomé una decisión: aunque esa mujer estuviera felizmente casada y a punto de parir, yo iba a luchar por ella. Era inevitable. Estaba dispuesto a todo, incluso a darle toda mi fortuna al presunto marido para que me dejara a solas con ella por un miserable minuto. Haría lo que fuera por estar a su lado para siempre, y nada ni nadie me separaría de ella.

Nexus nos introdujo y luego nos enseñó el nuevo tema que Ovi acababa de grabar. Tras un rato de debatir ideas, el tipo que desde ese día se convertiría en mi archirrival abandonó la cabina para ir al baño. Calculé que tenía como treinta segundos

antes de que regresara, así que, como animal al acecho, me acerqué casual.

—¿Cuántos meses tienes, mi reina?

Ella, sin siquiera mirarme, se sobó la barriga.

—Ocho.

Yo quedé todavía más embobado.

—¿Eres actriz? ¿Modelo?

Ahí sí volteó a verme. ¡Dios mío, me volvió loco! Esos ojos, hermano, ¡qué ojos tan bellos! Esa tipa parecía de otro planeta; y no lo digo por su cuerpo, sino por su aura angelical, que me erizaba la piel. Medía no más de un metro y medio, y su pelo corto castaño dejaba su cuello al descubierto. ¡Y a mí que me encantaba un buen cuello! Cada detalle de esa mujer me enloquecía, y me hacía brotar unas emociones que jamás había sentido con nadie.

—¿Actriz yo? ¿De dónde sacas eso? —me preguntó con una sonrisota que daba a descubrir su interés por mí, o eso pensé yo.

—No, nada, es que tu cara me suena.

Le solté tremendo embuste, pero de una me arrepentí.

—Qué va, pura paja, es que eres una mujer bella de verdad.

Se puso más roja que un tomate y se agarró la barriga con las dos manos como si tuviera un cólico.

—Discúlpame, no quise incomodarte para nada. ¿Todo bien? —rematé, intentando no embarrarla más.

Ella se quedó muda y trató de pararse, y luego me contestó con ese acento encantador.

—Sí, parcero. Que estoy casada, ¿oyó?

¡Dios mío! ¡Qué güevón había sido! ¡Claro que estaba casada, pedazo de imbécil!

—Disculpa, solo me interesa contratar los servicios de tu

esposo —quise enmendar.

Le acerqué una tarjeta con mi número y me levanté para irme.

—¿Vives en Miami?

¡Verga! Su voz, brother, me derretía. No jodo, no sé qué diablos me pasaba cuando esa jeva hablaba. Era como si tuviera el control remoto de mis sentimientos.

Respiré profundo antes de responder y me dije: «Así no es la cosa, pendejo, no te está echando los perros. Es muy fácil caer enamorado pero difícil encontrar a alguien que te atrape en la caída. No te enredes. No te confundas».

Busqué sus ojos, pero por alguna razón evitaba el contacto visual conmigo. ¿Sería que la ponía nerviosa?

—Vivo aquí en Miami, en Arizona, en muchas partes; depende de cómo ande de ánimo —le dije.

Hizo una sonrisita e iba a decir algo más, pero justo volvió el tipo del baño. Se limitó a mirarme con complicidad y sentí como me derretía todito, como un helado de coco al sol de Arizona. Esos ojos me decían que había una chispa entre nosotros, una vaina así como fuegos artificiales en la Feria de Las Flores. Pensaba que seguía enamorado de la Anaconda, pero lo cierto era que yo no la amaba, solo extrañaba que alguien me hiciera sentir un cosquilleo en la panza.

Me despedí cortésmente de todos en el estudio y, cuando me subí al Bentley, mi cabeza se disparó a las nubes. Tito me miraba con cara de papa frita, como diciendo: «¿Y a este loco qué mosquito le picó?». ¡Pero no había tiempo para explicaciones! Llamé a Carruelo rapidito para que preparara el avión para ir a Phoenix. ¡No me podía perder el cumple del Ballena!

Bajé la ventana, dejé que el viento me acariciara la cara y me perdí en el recuerdo de esa sonrisa mágica.

¿¡Quién hubiera dicho!? Yo, ¡babeando por una barrigona

casada!

Y es que tú no eliges de quién te enamoras, ¿verdad? Y una vez que te enamoras y eres rehén de la pasión, de ese amor que todo lo puede y por el cual dos personas desean estar unidas por el resto de la eternidad, ¿cómo se supone que vas a dejarlo pasar?

31

La prima Lola

—¡No joda! ¿Rosita casi te cacha con las manos en la masa dándole a tu prima? ¡Alabado sea el perico, hermano! —grité desaforado.

Estaba sentado frente al pendejo de mi amigo Erik Rosa en la sala de las oficinas de MediaMuv, siete horas después de haber aterrizado en Arizona, y el muy desgraciado ya me estaba soltando la novela de las ocho sobre cómo casi lo encuentran tirándose a una prima lejana.

—¡Suelta la sopa, pues, que esto está sabroso! —le insistí, ansioso por escuchar todos los detalles jugosos de ese peo.

—Cabrón —me dijo el pana con cara de tragedia—, ¿qué crees? Lola, mi prima, se había quedado a dormir en nuestra casa porque tenía una cita médica por la mañana. A eso de las once, Betty, mi hija, se enfermó, y como Ramoncito tenía clases tempranito, Rosita me rogó que me quedara con él mientras ella llevaba a la niña a emergencias.

—¿Te dejó solo con Lola? —pregunté incrédulo.

Rosita era una tipa que celaba hasta a su propia sombra y Lola estaba como para chuparse los dedos. Tenía un cuerpazo

esculpido por los mejores bisturíes aztecas y una cara de portada de revista. Desde siempre había babeado por Erik, y entre esos dos había una química que ni Einstein hubiera podido entender,te lo juro por mi madre.

Durante un viaje a Nueva York se armó un peo de madre cuando, estando de copas en un antro, Erik y Lola se fueron juntos al baño a meterse un pase. Imagínate, estábamos todos en la nota, pasándola bomba: Erik con Rosita, Lola con su esposo Brandon, Erik con su Rosita, y yo con la Anaconda. A Rosita algo le olía mal, por lo que le pidió a Brandon que, por favor, los fuera a buscar. Pero Brandon no era de aquellos a quienes su mujer le importara demasiado, y, por el contrario, era un degenerado de primera. Él sabía que Erik se la quería sampar enterita y él mismo le enviaba por WhatsApp fotos de su mujer desnuda.

—Webster, acompáñame —me dijo finalmente Brandon, cediendo al pedido de Rosita.

Entramos al baño de hombres y ahí estaban los dos pájaros, paradotes frente al lavamanos.

—¿Lola? ¿Qué hacen? —preguntó Brandon haciéndose el loco.

La bicha se volteó toda nerviosa mientras Erik dejaba caer la bolsa de perico al piso y se limpiaba la nariz.

—¡Amor! —chilló Lola, más blanca que un muerto y con la nariz más roja que la de un payaso —. Estábamos…

—Anda, lávate la cara que tienes la nariz vuelta un desastre —la cortó su esposo.

Luego miró a Erik y le señaló el cuello, lleno de pintalabios.

—¿Y ustedes qué estaban haciendo? —preguntó.

—Compadre, yo no…

—Por lo menos díganme que usaron protección —soltó

Brandon.

Los dos se quedaron mudos, mirándolo extrañados.

—Amor…, nosotros no hicimos…

—Shhh —la calló en seco el esposo—. Si Rosita no anduviera como loca buscándolos, me les uno a la fiesta. Vámonos.

Pero antes de que pudiéramos poner un pie afuera, llegó la mujer de Erik hecha una fiera, con los ojos que le echaban candela. Se quedó paralizada viendo aquel desastre.

Lola, parada al lado de Erik, hacía evidente que algo andaba terriblemente mal.

—¿Qué vergas es esto? —gritó Rosita.

Erik, pálido y temblando como una hoja, trató de explicarse.

—Mi amor, te juro que no es lo que estás pensando. Nosotros solo estábamos…

—¿¡Qué!? ¿Metiéndose perico y manoseándose? ¡No me vengas con excusas, Erik!

Rosita se volteó hacia Brandon, furiosa.

—¿Y tú qué, Brandon? ¿Te vas a quedar ahí parado sin hacer nada?

—Rosi, ¿y yo qué quieres que haga? —replicó, alzando las manos en señal de desconcierto.

—¡Claro, cómo no! A ti te encanta este pedo, ¿verdad? —le gritó endiablada, fuera de sí, con los puños apretados, listos para repartir coñazos.

Lola, aún con la nariz roja, trató de intervenir.

—Rosita, por favor, cálmate. Te juro por mi madre santa que aquí no pasó nada…

—¡Tú te callas, zorra resbalosa! ¿Cómo pudiste hacerme esto, desgraciada? ¡Yo pensaba que eras mi amiga, pinche puta!

—¡Que no pasó nada, te digo!

Yo, con una sonrisita cínica pintada en mi cara de pendejo, me

recosté contra la pared a disfrutar del espectáculo. Erik seguía balbuceando excusas que nadie escuchaba y me buscaba con los ojos como pidiendo ayuda. En un desesperado intento por calmar a su esposa, se acercó a ella con las manos extendidas, como si estuviera tratando de domar a una fiera salvaje.

—Rosita, mi amor, por favor, escúchame. Yo te amo con toda mi alma, jamás se me ocurriría engañarte…

—¡Bájate los pantalones! —le ordenó ella con una voz que resonó como un trueno en ese baño.

—¿Qué? Estás…

—¡Que te bajes los malditos pantalones!

Traté de intervenir, pero Rosita me fulminó con una mirada que podría haber derretido el acero.

—Tú no te metas en esto —me espetó.

Solo quería echarle una mano a mi compadre porque el desenlace era cantado. Lola llevaba los labios pintados de un rojo tan intenso que parecía que se había estado comiendo una sandía entera; y al ver que el pintalabios estaba medio desgastado, no había que ser un genio para adivinar lo que había estado haciendo con esa boca. Si el muy idiota de Erik le llegaba a mostrar el aguacate a su mujer, iba a quedar frito.

—Mi amor, por favor…—suplicaba.

—Erik, bájate el puto pantalón de una vez! —vociferó Brandon, ya frustrado de tanto peo—. ¡Demuéstrale a tu mujer que ustedes dos solo se estaban drogándose, pues!

Lola le lanzó una mirada asesina a su marido. ¡Qué cagada, hermano! Jamás había visto a Erik así. El tipo comenzó a desabrocharse la correa más lento que una tortuga parapléjica, lo que hizo que Rosita perdiera la paciencia y le bajara los boxers de un tirón.

Te lo juro hermano, por poco me cago encima cuando vi esa

vaina… ¡La verga de Erik había desaparecido! !No sé si fue el susto o el frío, pero me rehusaba a creer que mi abogado tuviera semejante pingüinito.

Rosita se arrodilló y lo examinó de pies a cabeza, como si fuera un detector de metales. Inspeccionó sus piernas, el interior del pantalón, los calzoncillos, ¡hasta le peló el ganso completo! Y así y todo, no había ni rastro de lápiz labial. El cabron estaba más limpio que un cura en cuaresma.

En el baño no se escuchaba ni el zumbido de una mosca. La cara de Lola parecía un tomate maduro. Rosita seguía terca en encontrar algo, y Brandon y yo nos mirábamos aguantando la risa mientras yo pensaba: «¿En verdad a este güevón no le importa que le monten cachos?».

Después de que Rosita se incorporó, el muy hipócrita de Erik se hizo la víctima y se despachó con un chorizo de insultos y regaños.

—¿Estás feliz? ¿Satisfecha? ¡Querías que todos me vieran el chile! ¿¡No!?

Se acercó a su mujer con los brazos extendidos.

—Rosita, por favor. Yo jamás te…

¡Plaf! Una cachetada violenta impactó en el rostro del abogado.

—¡Embustero! ¡Me das asco! —chilló Rosita con lágrimas chorreándole por la cara—. Yo sé muy bien lo que estaban haciendo.

Lola, avergonzada, se escabulló del baño sin decir ni pío, y Brandon salió tras ella, no sin antes hacerle un guiño picarón a el esposo de Lola.

Esta, hermano, es la razón por la que me sorprendí cuando Erik me informó que su esposa lo había dejado a solas en la casa con Lola. Mi cara de incredulidad era un libro abierto.

—Sí, mi hermano, la desesperación de llevar a la niña al hospital la cegó.

Y ahí pasó el muy descarado a contarme con lujo de detalles cómo a media noche se estaba revolcando en la cama, debatiéndose entre si meter las patas en la cama de Lola o no.

—¿Hacer qué? — le dije yo, haciéndome el loco.

—¡Clavarme a la hembra, pues!

Total que el tipo no aguantó y se fue derechito para el cuarto donde dormía la susodicha.

—¿¡Y qué pasó cuando entraste!?

El muy sinvergüenza de Erik se partía de la risa con mi curiosidad. ¡Imagínate el desmadre! Casi se la come completica a Lola de no haber sido porque… ¡escuchó la puerta de la casa abrirse!

—¡No jodas! —exclamé.

—¡Sí, cabrón, era Rosita! Pegué tremendo brinco, salí disparado a la cocina y se me ocurrió dejar la nevera abierta.

El muy desgraciado se partía de la risa.

—¿Qué coño hacías con el refrigerador?

—Verga, ¡me hice el sonámbulo! Rosita me hablaba y yo andaba por ahí, caminando como un pendejo, haciéndome el dormido.

A esa altura del relato, ya no podía ocultar la gracia que me causaba.

—¿En serio se tragó el cuento de que estabas sonámbulo?

—Bueno, después de que intentara despertarme como veinte veces, salió mi prima y le dijo que yo había tratado de meterme en su cama, pero que andaba como ido, que era peligroso despertarme; y Rosita se quedó callada, sabiendo que era pura paja porque en diez años de casados jamás me había levantado sonámbulo.

Las carcajadas eran irrefrenables. Erik sí era la verga loca. En primer lugar, yo ni loco me liaría con una tipa en mi propia casa; eso es un suicidio seguro. En segundo lugar, después de lo acaecido en Nueva York, no me iba a tragar ese cuento de que la doña había dejado que Lola se quedara a dormir allí.

—¿Y Brandon? ¿Dónde se había metido ese imbécil todo ese tiempo? — pregunté, interesado en saber más.

—En su casa cuidando a los chamacos. Mi prima vive a dos horas del médico, por eso le pidió a Rosita el favorcito.

—Lo que no me cabe en la mollera es cómo tu mujer, con lo tóxica y celosa que es, permitió que tu prima Lola amaneciera en tu casa.

Le hice señas a Issa para que me trajera una margarita.

—Mira, ni idea. Acuérdate que en Nueva York no nos vio haciendo nada, y luego Lola pudo convencerla de que solamente estábamos dándole al perico.

—Bueno, ¿y entonces qué? ¿Cómo terminó el peo?

—Verga, la cosa es que ahí estaba yo, con lo pésimo que soy para la actuación, haciéndome el loco sonámbulo; Rosita paradota en la puerta de la sala, toda confundía, y Lola en el pasillo.

Issa me trajo la margarita y le dio otra a mi amigo. Erik prosiguió.

—Sin salirme de mi papel, cerré la nevera y me volteé para irme, cuando un tremendo puntazo en las nalgas casi me deja tieso en el piso. Fue entonces cuando se armó el desvergue. Rosita empezó a gritar como loca, insultándome y dándome golpes por todos lados. Yo trataba de esquivarla, pero esa mujer estaba encabritada. «Estabas revolcándote con esta zorra de nuevo, ¿¡verdad, desgraciado!?», me increpaba hecha una fiera.

—¿Y tu prima Lola? ¿Qué hizo ella con todo ese peo?

—¿Tú qué crees? Se encerró en el cuarto y llamó al marido para que fuera a rescatarla.

—¿Rosita no intentó sacarla de los cabellos?

—¡Por supuesto que sí! Pero menos mal que los niños estaban en la casa y se la pensó dos veces.

—Coño, hermano, no joda. Todo ese lío y ni siquiera le metiste la puntita —dije, todavía incrédulo ante tamaña primicia.

—Así es. Brandon llegó dos horas después y se llevó a su mujer sin decir ni pío. Esa noche me tocó dormir en el mueble, como un perro. Y para colmo, cuando me desperté en la mañana, encontré todas mis cosas metidas en bolsas de basura, amontonadas en la puerta como si fueran unos trapos viejos.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—Me voy a quedar aquí, hermano.

Erik esbozó una sonrisa pícara que yo ya conocía. La idea no me gustó ni un pelo. El pana seguía en sus andanzas de mujeriego mientras que yo andaba buscando amor del bueno.

En ese preciso momento, mi socio Prada entró a la oficina.

—Oye —dije, para cambiar el tema —, aprovechando que estamos aquí, tengo que contarles algo.

Prada siguió derecho a su oficina, pero solté las palabras antes de que desapareciera.

—Estoy enamorado.

Erik y Prada se congelaron como si hubieran visto al mismísmio diablo.

—¿Qué? ¿Y ahora de quién? —Prada se interesó en saber.

—De una hembra espectacular, hermano. Esto es una locura. Se me puso la piel de gallina nada más acordarme de esa niña. No sabía si me volvería a escribir ni tampoco si la volvería a ver; ni siquiera sabía su nombre. Lo único seguro era esa sensación

rara en la panza cada vez que pensaba en ella.

—¿Y Amanda? —preguntó Erik.

—Ni loco vuelvo con esa psicópata.

—¿Y la Anaconda? —espetó mi socio.

—No jodas, Prada. Llevamos dos años separados. No me salgas ahora con que te cae bien.

—¡Ni en broma! Antes prefiero a la demente de Amanda que verte otra vez con esa traidora.

—Es una vaina rarísima, bro. Vi a esta tipa en el estudio de Nexus y quedé loco, perdido.

—Bueno —dijo mi amigo—, lo único que te digo es que pilas con quién te metes. Ya deberías tener vergüenza de las veces que te han visto la cara de pendejo.

Finalmente concluimos la reunión, y justo en ese momento entró el Ballena. Prada, Erik y yo lo escrutamos de pies a cabeza, analizando cada mínimo detalle de su atuendo. Era su cumpleaños, ¿y el muy güevón todavía llevaba puesto el uniforme de ese cuchitril que llamaba trabajo? Increíble. El olor a aceite rancio y cebolla frita prácticamente emanaba de su piel. Me pregunté si al menos se habría tomado la molestia de ducharse antes de ir, aunque, probablemente, no, conociendo su eterno amor por la procrastinación y la pereza.

En comparación a mí, el Ballena era una rata miserable pero de las gordas. Yo al menos disfrutaba mi plata. El Ballena, en cambio, vivía como un muerto de hambre con tal de no gastar. El tipo ganaba como veinte mil verdes al mes y compartía un apartamentico de mierda con todos sus hermanos. ¡Qué carajos! Su único gasto eran las putas; y no es que esté mal, ¿quién era yo para juzgar? Pero el tipo gastaba una plata en prepagos que no tenía nombre. Le gustaban las hembritas caras, esas escort de catálogo, y todos los días estaba buscando una hembra

nueva para darle matarile. Parecía conejo. Yo le decía: «Ballena, esas perras tienen que estar traumadas con esa peste a tacos que traes. Aparte tas descontrolado, pana, bájale dos». Y el carajo respondía: «No, yo controlo, el día que yo quiera le bajo». ¡Ja! Eso mismo decía yo de la cocaína. Todos creemos tener el control hasta que la adicción nos agarra por las bolas. En fin, allá él con su mambo. Yo al menos me daba mis gusticos, ¿sabes? Me compraba mi ropita de marca, salía a comer a buenos restaurantes, me pegaba mis viajecitos… Claro, también me la perdía durísimo con el perico, no te lo voy a negar. A veces, cuando pienso en toda la lechuga que me he gastado en merca, me dan ganas de llorar; sucede que en el momento uno no piensa en eso, sino en subirse a la ola y ya. Sin embargo, prefería eso y no andar como un muerto de hambre durmiendo en el sofá y pasando roncha. ¿Para qué tener plata entonces?

Ahí estaba el gran cumpleañero, luciendo como un anuncio andante de comida rápida barata, ganándose una millonada y viviendo como un pordiosero.

—¡Así no saldré contigo ni a la esquina! —advirtió Prada.

—¡No jodas! —respondió el Ballena gesticulando con exasperación—. No me dio tiempo de llegar a casa, pero tranquilo, siempre ando preparado. Traigo un cambio de ropa en la cajuela. ¡Es mi cumpleaños! ¡Déjenme ser por una vez en mi puta vida!

Ese era otro detallito del Ballena. El muy cabrón siempre llevaba una muda de ropa en su cajuela que no terminaba por usar nunca. Prefería andar por ahí con ese puto uniforme, como si fuera su segunda piel.

—Entonces, ¿qué esperas para cambiarte? —le dije mirando mi reloj con impaciencia—. Nos vamos en una hora, Ballena. ¡Muévete!

De repente, un grito agudo de Lily atravesó la oficina.

—¡Webster! ¿Puedes venir?

Lily era la hermana de la Anaconda, pero era todo lo contrario a esa víbora; era una de mis minions preferidas, un diamante en bruto. Durante el día trabajaba en MediaMuv y se dedicaba a la tarea de descargar videos y atender conflictos de usuarios en YouTube, y por las noches se transformaba en una seductora stripper en un congal local. Una trabajadora ejemplar, sin duda alguna.

Mientras me acercaba a su escritorio, mis ojos se deleitaban con ese cuerpazo. Antes de enamorarme de la Anaconda, ¡ya le había echado el ojo a ese monumento!

—Mira, mi rey —dijo señalando la pantalla—. Este usuario, @roxy2304, ha enviado dos disputas jurando que es el dueño legítimo de este video.

Me incliné para leer mejor. Efectivamente, la tal Roxy había metido una apelación al sistema. ¡Madre mía! Ahora MediaMuv tenía que decidir si devolverle los derechos de la canción o darle una patada en el culo. Sin embargo, la cosa no era tan sencilla, pues cada opción traía su propio paquete de problemas. Por un lado, si le regresábamos los derechos, yo tendría que reembolsarle todo el dinero que su video había generado. ¡Adiós a mis planes de comprarme ese Ferrari! Por el otro, si decidíamos rechazar la apelación, tendría que enviarle una notificación a YouTube para que eliminara el video de Roxy, dejando su canal suspendido por tres meses, y de esa forma yo me quedaría con el dinero. Roxy perdería su canal, su público, su todo. Era una situación de perder o perder. No obstante, lo jodido del asunto era que Lily tenía que decidir en ese mismo instante.

—¿Cuántas vistas tiene el vídeo de Roxy?

—327 millones, señor.

Hasta ese día, ese video me había hecho ganar más de $250,000 dólares limpiecitos. La vaina estaba clarita.

—¿Qué quieres hacer, Lily?

Un destello de furia asomó a la superficie de sus ojos.

—Roxy era el nombre de la tipa que encontré en mi cama cogiendo con mi ex.

Me le arrimé al oído y bajé la voz.

—Qué coincidencia, ¿no? ¿Qué quieres hacer?

Ella se volteó y pegó su nariz a la mía, casi a punto de rozar mis labios con los suyos. Respiró hondo y, justo cuando parecía que nos íbamos a besar, el diablo se pronunció en su boca.

—Que se joda @roxy2304.

—Entonces tumba el video —le ordené.

Le sonreí, la tomé por la cintura, le dí una nalgada, y luego la solté como una guanábana madura.

Regresé a mi despacho y desde ese día el canal de Youtube en cuestión pasó a la historia. El tiempo arrojaría que aquello había sido una pésima decisión porque Roxy terminó siendo un maldito dolor de güevo.

¿Qué coño había pasado con Pancho? Llevaba un rato abstraído mirando por la ventana cuando ese pensamiento me asaltó. Después de aquella pelea loca con Prada, de Pancho ni la sombra había vuelto a ver. Lo llamé como veinte veces, pero nada. Quizás estaría preso otra vez el muy imbécil; o quizás, efectivamente, se habría robado el reloj y yo, de pendejo, defendiendo a un ladrón.

¡Ja! Un ladrón llamando «ladrón» a otro ladrón, ¡qué cojones!

Hablando en serio, la oficina estaba callada por primera vez en semanas. Yo llevaba un tiempito sin ir, y tengo que admitir que se sentía demasiado de pinga ir. Me encantaba regresar a

casa, pero a la casa del desmadre, donde siempre había algún lío con el que entretenerse. Quería estar en ese lugar donde Julián siempre la cagaba con algo y no en aquel velorio en el que se había convertido MediaMuv .

Me senté en mi escritorio y abrí el correo. Tenía varios mensajes, entre ellos dos de Felipe, y otro que casi me saca un peo del susto: de Néstor White.

«Buenos días, Webster. Chequea Twitter. Publicaron una lista de artistas con pruebas de que MediaMuv les está robando».

¡Dios mío! Ya ni sabía cómo reaccionar ante tanta vaina mala. Nada me sorprendía, nada me asustaba. Abrí el cajón del escritorio y hurgué con violencia.

—¡Coño! ¿¡Dónde estás!? —grité desesperado—. ¡Issa, ven pa´acá!

Tiré todo al piso y lo mismo hice con los demás cajones mientras llamaba desaforadamente a mi hermana. Derribé muebles e incluso levanté los cojines. Sentía la sangre hirviéndome bajo la piel. Me temblaban las manos y los pies se movían por *motu proprio*, como bailando bachata. En poco menos de un minuto había convertido la oficina en una zona de guerra.

Issa entró corriendo y se quedó atónita al ver el caos total.

—¡Webster! ¿¡Qué coño te pasa!?

—¿¡Por qué mierdas tardas tanto!? —solté, como un cohete a punto de salir disparado.

—Estaba en el baño, cagando. Disculpa —respondió nerviosa.

¡Era mi hermana, por Dios! ¿Cómo podía enojarme con ella?

—¿Qué te pasa, hermano? ¿Estás bien?

—No encuentro el perico. Dile a Gumpy que vaya por más.

—Webster…, ¿en serio?

—¿¡Qué!? —vociferé, frustrado.

Se dio media vuelta y cerró la puerta.

En cuestión de segundos, el Ballena y Prada estaban parados al pie de mi escritorio, cuestionando mi comportamiento como si fueran un par de fiscales en un juicio.

—¿Hiciste este desmadre solo por perico? —preguntó el Ballena con un tono acusador.

Yo me quedé callado, tratando de mantener la compostura mientras Prada tomaba asiento y comenzaba a reírse como si hubiera escuchado el mejor chiste del mundo.

—Hermano, ¡tú en serio que necesitas ayuda!

—Abre la cuenta de Twitter —le ordené—. Acaban de publicar tremenda mierda.

El Ballena se adelantó.

—No jodas… Esto se fue a la mierda, ahora sí.

Prada, sosteniendo el celular entre sus manos, comenzó a gritar de pánico y enojo.

—¡Verga! ¡Verga! ¡Esto lleva el sello de Daniel por todos lados!

Yo me quedé tranquilo detrás de mi escritorio, observando la escena.

—¿Y ahora qué? —preguntó el Ballena mirándome con expectativa.

—Lo que vamos a hacer es echar esta mierda a un lado y salir a ponernos hasta el culo.

El Ballena y Prada intercambiaron miradas serias.

—Webster —dijo El Ballena—, entiendo que sea mi cumpleaños, pero creo que atender los problemas de la empresa es mucho más importante que…

—Deja la estupidez, Ballena.

Luego me dirigí a Prada buscando complicidad.

—Por casualidad, ¿tienes algo de polvo encima?

—¿Obama aún sigue siendo negro? —respondió con ironía.

Yo sonreí.

—Saca la bolsita, pues.

—¿No estás preocupado por esto? ¿Qué mosquito te picó ahora? —preguntó Prada mientras me pasaba la bolsa.

—¿Tienen alguna idea de cómo resolver todo este mierdero?

Los dos me miraron en silencio, sin saber qué decir. Yo saqué la cucharita mágica.

—Exacto. Dejen que Daniel haga lo que quiera, que se meta a Twitter por el culo.

Y así, como si nada, le pegué un jalón a la cuchara, inhalando la vida misma en ese polvo blanco, listo para enfrentar cualquier vaina que viniera.

32

Repostería Pakime

Al día siguiente, justo cuando pensaba que la cosa no podía estar más jodida, la puerta se abrió de un coñazo y Erik, mi abogado, el que exprime a su prima, entró como un toro embravecido. El carajo venía haciendo un escándalo para llamar la atención, vociferando una vaina loca de términos legales que ni el diablo entendía: «¡Plagio! ¡Fraude! ¡Daños y perjuicios! ¡Difamación! ¡Delito informático!». Prada y el Ballena se quedaron sentados en silencio como dos idiotas, sin mover un dedo.

—¿Qué más, Webster? ¿Como la pasaron anoche?

—Normal. Que pasó Erik?

—¿Ya viste la publicación en Twitter? ¡Qué vaina tan cabrona! ¿Tú crees que fue el maricón de Daniel?

Con tan solo escuchar ese nombre, la ira se apoderaba de mí.

—Siéntate. ¿Qué coño te pasa que me vienes a gritar así delante de mis socios?

Volteó hacia Prada y el Ballena, y luego otra vez hacia mí.

—¿Cuáles socios?¿Estos dos pajaritos?—dijo señalándolos con un gesto burlón.

Mis amigos ya conocían cómo era Erik: siempre jodiendo con sus vainas.

—¿Qué no deberías estar en Miami disculpándote con Rosita, abogado? —preguntó Prada.

—Definitivamente, pero no he venido a ver a un par de pendejos como ustedes. ¿Dónde carajo está el Adriancito?

—Mira, brother, dejémonos de maricoteo y ve al grano de una vez, ¿sí? —lo apuré.

Resultó ser que Erik, el muy desgraciado, no solamente llegó a mi oficina porque la mujer lo había botado de la casa, sino que también había viajado desde Miami para hacerme una «propuesta de negocios».

Llevaba como media hora dando vueltas sobre la misma mierda sin decir nada en concreto. Yo estaba que me caía de culo del aburrimiento, aparentando que escuchaba la sarta de pendejadas que salían de la boca de mi abogado, el muy tarado. El carajo se creía un genio, pero en realidad no era más que un pobre diablo escupiendo pura mierda sin refinar. Y allí, a su lado, el gran Prada, con su cabezota del tamaño de un panda, asentía como un muñeco a todo lo que decía, aunque yo sabía que, en el fondo, Prada también se daba cuenta de que Erik era un completo imbécil y solo le seguía la corriente para no quedar mal.

—Bueno —continuó el abogado—, yo estimo que con unos ochocientos mil dólares de capital semilla, este negocio despega como cohete. Si quieres, me lo pasas en *cash* y yo lo transfiero a mi cuenta a través de mi hermano; y no te preocupes por dejar ningún rastro sospechoso porque él tiene unos bienes raíces y puede justificarlo por ese lado. Yo lo veo así…

Mi cabeza explotó. ¿Su hermano? ¿Rastro sospechoso? El tipo quería que yo invirtiera en una repostería. ¡UNA

REPOSTERÍA! Claro, porque eso era exactamente a lo que yo me dedicaba, ¿verdad? A meterle billete a unos buñuelos, ¿cierto? ¡No joda! ¡Qué locura!

El carajo estaba emocionadísimo con su «gran idea» y no cesaba de hablar, hermano. Yo por dentro me preguntaba si acaso no se cansaría de escuchar su propia voz. Puro floro, pura paja.

—Mi lealtad siempre estará contigo. ¡Vas a hacer más billete con Repostería Pakime que con MediaMuv y Musika Inc juntos, te lo juro por mi madre!

Yo me encogí de hombros aguantando la risa. Ya conocía a Erik de memoria y el tipo era intenso con I mayúscula. Si le decía que no a la primera, me montaría un peo, y lo último que me hacía falta en ese momento era tener a mi abogado ardido, ¿me entiendes?

—Sí, bueno, puede ser, Erik, pero ese no es el punto aquí, ¿ves? No me malinterpretes, claro que planeo hacer billete, o sea, al final del día, ¿por qué no deberíamos llenarnos los bolsillos todos? Pero lo realmente importante para mí, lo que de verdad quisiera lograr, es asegurar tu futuro. Si pudiera hacer eso y, de paso, meterme unos milloncitos extras al año en el bolsillo, pues daría por exitoso todo este peo.

Hice una pausa dramática para que procesara mis palabras. Al velo de la eufonía, le había dicho que no.

—De todos modos, nuestra deuda con el IRS tiene que estar saldada en menos de cinco meses, y quién sabe cómo terminará este peo. Por bien que pinte el panorama, puede que en algún momento nos toque llegar a otro arreglo porque la platica que le estoy mandando a la Anaconda me está dejando el bolsillo seco. Aunque no lo crean, he querido hacer varias inversiones desde hace tiempo, pero el lío con el IRS me tiene con las manos

atadas. Todavía estoy esperando a que termine la auditoría porque cualquier vaina tiene que ser después de eso, no vaya a ser que esos malditos empiecen a joder de nuevo, ¿cachan la onda? —completé.

Erik asintió.

—Tranquilo. Con respecto a la inversión, yo le doy hasta que tú digas. Con Pakime vamos a levantar tanta plata que vas a poder saldar tu vaina con el IRS en un pestañazo. También quiero que sepas que te juro lealtad absoluta, hermano. ¿Recuerdas la discusión que tuvimos en Miami sobre los contratos falsos? Esa vaina no se repite. Tú dime lo que quieres que haga y yo ledoy.

¡Qué cabronazo ese tipo! Tenía presentes todas las güevonadasque había dicho aquel día con la Mayimba.

—Loco, por eso mismo acepto esta vaina, porque confío en ti y sé que harás lo correcto.

¡Ni de broma le iba a soltar un peso para su proyectico! Pero el carajo insistía con su rollo y yo ya estaba empezando a calentar la oreja. Hablaba de «expansión», de «mercado potencial», mientras yo pensaba en todas las cosas que podría estar haciendo en vez de estar ahí, escuchando esa mierda.

Después de que por fin terminara su discursito motivacional, lo despedí con un apretón de manos y una sonrisa que parecía un letrero de «este güevón se la comió». Prada lo acompañó fuera de la oficina y yo me quedé solo con el Ballena, meneando la cabeza de un lado a otro, preguntándome por qué verga la gente simplemente no podía dejarme tranquilo con sus ideas pendejas.

33

El hombre misterioso

Para las ocho de la noche, no quedaba nadie en la oficina. Todo el mundo se había marchado a su casa y yo me quedé solito en la oficina, terminando de arreglar el desastre que había hecho la noche anterior. Apagué la computadora, pero antes me detuve por un instante y miré fijamente la pantalla. Luego me senté, abrí el navegador y entré a Twitter. Un nuevo twit rezaba: «ESTAFADORES DE YOUTUBE. LISTA DE ARTISTAS A LOS QUE HAN ROBADO. SI LOS VES, ¡DENÚNCIALOS!» ¡Verga, qué peo! Hice click en el enlace de la lista y esperé a que se cargara. ¡Mierda, no joda! Era un coñazo de nota con el testimonio de casi todos los cantantes a los que les había estado quitando las regalías. Empecé a leer por encima: «La empresa estafadora MediaMuv usó nombres falsos para abrir cuentas bancarias y reclamar derechos de autor sobre más de 50.000 canciones. Los dueños de #MediaMuv, Webster Batista Fernández y Manuel Prada Perez, y OVI, el "cantante" con el que lavan dinero en #MusikaInc, ahora mismo están viviendo en Miami. Si te los topas, ¡denúncialos!».

¡Estaba que me llevaba el diablo! Quería llorar del enojo.

Me quedé mirando al vacío, pensando en qué cojones hacer. Hubiera deseado que el hijo de puta de Erik, en vez de venir a hablar de su estúpida propuesta de negocios, mejor me hubiese dado un consejo. Aún resonaban en mí sus palabras:

«¡Plagio! ¡Fraude! ¡Daños y perjuicios! ¡Difamación! ¡Delito informático!». Coño, ¿en qué lío me había metido?

Delante de mis amigos podía hacerme el sifrino a quien no le importaba un coño, pero por dentro estaba cagado hasta las patas, como si fuera un viejo con diarrea. ¿Dónde carajo estaba Juan José cuando lo necesitaba? Él siempre fue como un segundo padre para mí y ahora sí que me hacía falta un buen consejo.

La verdad es que ya ni me acordaba de mis viejos. Mi papá se había muerto años antes de que el billete y YouTube me jodieran la vida. El pobre nunca llegó a ver a su hijo hecho mierda por la ambición del dinero y las drogas, y ciertamente me alegraba que así fuera, porque, de lo contrario, ya le habría dado un patatús. De hecho, de seguro el carajo se estaría revolcando en su tumba viendo cómo iba por la vida arruinando todo lo que tocaba y sin poder caerme a coñazos para ver si así espabilaba.

¡Qué les puedo decir de mi santa madre! Era una joyita. Yo le daba todo lo que pidiera con tal de que no me juzgara por mis negocios turbios, ¿me captan? Ella se hacía la loca,
¡una maravilla! Cuando los vecinos chismosos le venían con el cuento de que me habían visto manejando un Lamborghini a 150 km/h y vuelto mierda de borracho, ¿saben qué hacía ella? Les gritaba: «¡Envidiosos hijos de puta!», y seguía como si nada. Para ella, yo era un santo, el más santo de los santos. Eso sí: de ella heredé mi brillante mente criminal, aunque parece que no me pasó la inteligencia completica. A la viejita jamás se le habría ocurrido manejar un negocio como yo lo hacía, todo a lo

loco. Todavía me acuerdo de cuando tenía quince añitos y mi madre me metió en el mundo de las estafas. Mi tío Javier, un duro clonando tarjetas de crédito, había venido desde Nueva York para hacer la jugada del siglo con mi mamá. Imagínate, el tipo tenía tarjetas clonadas de empresas con límites de veinte mil dólares, ¡una locura! El asunto era así: mi tío le llevaba a mi madre cientos de tarjetas y ella se montaba en su carro y se iba de Walmart en Walmart arrasando con televisores, equipos de sonido, computadoras, ¡todo lo que costara más de $500 dólares! Era una operación de alto calibre, te lo digo yo. En un solo día, mi viejita le metía el palo a diez tiendas así, sin pena. Después alquilaba un autobús familiar, nos montaba a todos y nos íbamos en caravana hasta Nueva York con el camión de mudanza del tío. ¿De paseo? ¡No! ¡De compras! En cada estado por el que pasábamos le caíamos a un Walmart, y mi tío y mi mamá se hacían millonarios vendiendo todo ese botín.

¿Y qué crees que ganaba yo con todo ese peo? ¡La escuela! Pero no vayas a pensar que mi mamá me estaba enseñando a robar, simplemente lo hacía porque yo le rogaba que me llevara con ella a todos lados; y ella, que cargaba con la culpa de haberme abandonado cuando yo tenía dos meses, jamás se negaba. Imagínate, ¡la conocí a mis diez años! Por eso es que siempre he sido tan pegostoso con las mujeres, porque me crié sin el calorcito de mi madre. De todos modos, nada de mi pasado justifica la vaina en la que andaba metido a mis treinta y pico. Aunque continuaba con la tradición familiar, mi pasado no era excusa, pues.

Eché un ojo al reloj y vi que marcaba las diez. Llevaba más de una hora sin meterme un pase y el corazón loco ya me lo estaba pidiendoa gritos, así que me levanté y salí a la recepción. La oscuridad era total. Se podía escuchar el sonido de una

mosca. Debo admitir que Mediamuv era, realmente, un lugar deprimente; había una vibra bien fea en esa oficina. Creo que las malas energías de Sonia y todas las putas con las quenos habíamos liado se estaban cargando ese lugar.

Saqué mi verga de celular y le di una revisada a los mensajes.

¡Ni uno solo! ¡Cero llamadas también! Y ahí fue cuando me cayó la locha… ¡Estaba más solo que un dedo sin uña! No me refiero a la mera soledad, sino a una cosa bien profunda que me tenía jodido por dentro.

La verdad es que nunca me había puesto a pensarlo bien, pero todas las hembritas con las que había estado terminaron traicionándome; y ya sé que me lo tenía bien merecido por ser tan mujeriego, pero coño, ¿acaso no tenía derecho a sentirme solo? Era un tipo que lo tenía todo y a la vez no tenía ni mierda. Nadie te enseña a lidiar con la soledad. Nadie te dice cómo aguantar esa vaina.

Salí de la oficina como a las diez y media. Gumpy, el peor guardaespaldas del planeta, me esperaba en la Escalade. Imaginé que estaría escuchando Ariana Grande, porque meneaba la cabeza como un loco detrás del volante. ¡El muy pendejo ni se había enterado de que yo ya había salido de la oficina! Avancé hacia el carro y miré la luna; se veía bella. Las nubes parecían algodoncitos flotando y las estrellas cubrían el cielo como si fueran granitos de arena brillantes. Respiré profundo y sentí una paz confortante. Al final de cuentas, en medio de aquel peo, la soledad era el mejor vallenato. Pero poco duró esa paz…

—¡Señor Batista!

Justo antes de montarme en el carro, escuché una voz al otro lado del estacionamiento. Me volteé para mirar y me encuentro con un tipo de casi dos metros, más blanco que la leche de mi abuela. ¡Gringo tenía que ser! El tipo tenía una

melena que parecía nido de pájaro, unos ojos más azules que el mismísimo cielo, la nariz más perfilada que la de Pinocho y los dientes blanquitos como si los lavara con Clorox. Se me acercó sonriendo como la Mona Lisa y me extendió la mano. En ese momento, Gumpy saltó del auto como un resorte.

—¿¡To´bien patrón!?

Yo puse mi atención en el hombre misterioso.

—¿En qué puedo ayudarte?

El tipo metió la mano en su chaqueta y Gumpy pegó un brinco que casi se sale de su uniforme.

—¡Hey, hey, cuidao, pues!

Mi Gumpy ya estaba a punto de sacar el fierro.

—¡Tranquilo, tranquilo! Soy James Logan —dijo el desconocido levantando las manos.

Menos mal que Gumpy no llegó a sacar la pistola porque aquel hombre misterioso resultó ser nada más y nada menos que un agente especial del puto IRS. James maldito Logan. Ese nombre se terminaría convirtiendo en la pesadilla que me despertaba sudando frío por las noches.

—¿Podemos hablar? —soltó.

Mi mente se quedó en blanco y casi me cago en los pantalones.

—Muéstrame tu placa —fue todo lo que atiné a decir.

El tipo bajó las manos lentamente, metió la derecha en el interior de su saco y sacó una billetera. La abrió frente a mi cara y la placa dorada destelló: «Agente Especial del IRS».

Gumpy, más asustado que yo, se escabulló en el auto. No había duda de que el tipo podía joderlo si quería. Con esa cara de delincuente y voz de niña, Gumpy llevaba su historial de criminal tatuado en la frente.

El agente me miró fijamente y esbozó una sonrisa que me perturbó.

—¿Qué quieres? —espeté, todo nervioso—. Mi esposa ya hizo un plan de pago con ustedes.

—¿Podemos hablar en tu oficina? —sugirió el muy vivo.

Claro, ¡como si yo fuera güevón suficiente como para meterlo en mi despacho a que juntara evidencias!

—Aquí estamos bien —respondí secamente.

—Bueno, primero que nada, quería felicitarte. Eres un tipo muy difícil de encontrar —dijo con sorna—, pero, seamos honestos, ¿a quién carajo se le va a ocurrir buscarte si estabas muy bien escondido en esa mansión que compraste en Miami con el dinero que le estás robando a más de mil cantantes?

Me quedé mudo, asimilando sus palabras mientras un sudor frío me recorría la espalda. Traté de mantener la calma pero mi corazón se aceleraba como si hubiera estado metiendo perico toda la noche en una rumba loca.

—No sé de qué hablas. Todo lo que hacemos en mi empresa es completamente legal.

—¿En serio? Entonces, ¿cómo explica el hecho de que han estado robando regalías de más de 50,000 canciones y no le han pagado ni a un solo artista?

—Eso es absurdo —repliqué, en un esfuerzo por ocultar mi nerviosismo—, todos nuestros pagos están en orden. Puede verificarlo con nuestro departamento de contabilidad.

Logan dio un paso hacia adelante y su mirada se intensificó como un rayo láser.

—Oh, me temo que ya lo hicimos, y adivina quién nos proporcionó la información clave…

¡La maldita Anaconda! Ya lo sabía.

—Mire señor, voy tarde a una reunión importante. Si gusta puede comunicarse con Erik mi abogado.

—No será necesario, señor Batista. Solo vine para dejarle

saber personalmente que esto ya no se trata de impuestos, sino de una investigación criminal.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse, dejándome técnicamente muerto. La mierda iba en serio, más seria que un entierro. El plan de pago ya no era el peo. ¡Investigación criminal! ¡Cárcel! ¡Prisión! ¡Corte! ¡Jueces! ¡Jurados! Me cagué en mi puta vida, en la madre que me había parido y hasta en el coño de la Anaconda.

Mientras me montaba en el carro, el miedo y la adrenalina se me dispararon por las venas como un tiro de heroína. Sabía que estaba hasta las metras, pero ni de vaina me iba a dejar joder así de fácil. MediaMuv era mi vida, mi todo, y primero me comía un ruso antes que dejar que nadie, ni siquiera esos malditos sapos del IRS, me la destruyera.

Con las manos trémulas, saqué mi teléfono y marqué a Erik. «Estamos mamando riata. Mamando riata nivel Dios», le escribí apenas contestó.

* * *

Mientras cruzaba por el centro de Phoenix, me quedé embelesado mirando las luces de los edificios, que parecían rascacielos en New York. De repente, empecé a llorar. Las lágrimas me brotaban como si tuviera una gotera en los ojos y no pudiera taparla. Gumpy bajó la música y siguió manejando, callado como una momia. El bicho sabía que mi mundo se estaba yendo por un barranco. Tanta sal me había llegado en bandeja que yo no sabía ni por dónde agarrar para no perder la chaveta. En ese momento, miles de pendejadas me pasaron por la mente.

¿Cómo coño me iba a defender de lo que venía?

¿Contratando más abogados?

La ansiedad me trepaba como un mono y yo seguía llorando a

moco tendido cuando de repente, sin quererlo, sin esperarlo, ni saber por qué, pensé en ella. La cara de aquella hembra hermosa que había conocido hacía un par de horas en el estudio de Nexus la tenía tatuada en mi mente. Sus ojos de ángel, su tersa piel, como la de una muñeca; su pelo y su barriga de embarazada me habían dejado loco. Dios mío, ¿qué me estaba pasando con esa hembra? No llevaba ni veinticuatro horas de haberla conocido y ya me tenía encochinado hasta los tuétanos. ¿Para qué iba a seguir preocupándome por esa investigación? Mejor le marqué a mi chofer Tito.

—¡Epa Tito, mi hermano! ¿Qué hay?

—¡Patrón! ¡Ya lo extrañaba! Dígame, ¿qué pasó? — respondió con esa risa alegre tan suya.

—Mira, Tito, te tengo una misión, y la cosa debe ser rapidito.

—A ver, ¿a quién hay que darle piso? —bromeó.

—Por ahora no hay que matar a nadie, pero necesito que hables con tus contactos y me consigas el número de una persona.

—¿Y de quién se trata?

—Necesito que ubiques a una hembra.

Al final, ¡no hizo falta tanto lío! Cuando llegué al hotel, recibí una notificación de Instagram que decía: «Liza Peña te ha enviado un mensaje». Abrí el mensaje y quedé loco.

«*Hola, soy Liza. Nos conocimos ayer en el estudio. Escríbeme cuando estés por Miami. Besotes. Liza».*

La muchacha me había soltado un «besotes» sin anestesia y yo, de pendejo, divagando sobre el amor y su ausencia en mi vida. Porque entre panas uno se envía «besitos», cositas chiquiticas e insignificantes, pero «besotes», mi hermano, eso es otro nivel. Ahí supe que lo nuestro sería fijo, sellado y con lacre, como quien dice. Siete letras bastaron para que mi mundo diera un

vuelco de 180 grados. ¡El poder de las palabras, o mejor dicho, del amor verdadero!

Ese día aprendí que cuando el destino tiene algo reservado para ti, no hay manera de que no te encuentre; solo quedaba dejarse llevar por ese intenso sentimiento de amor que te eleva hasta las nubes, incluso si ese amor viene acompañado de un embarazo de ocho meses.

Y así, mediante esa sencilla pero profunda declaración, arrancó nuestra historia: una aventura épica, intensa y llena de sorpresas.

«¡Besotes!», repetí en mi mente, saboreando cada sílaba, cada matiz de esa mágica palabra que había dado un giro a mi vida. Yo tenía un corazón de pollo, no me juzguen.

34

Un escuincle alcohólico

Ya habían pasado cuatro meses desde que el agente especial James Logan me cayera de sorpresa con su visita venenosa, y yo me encontraba sentado en el famoso restaurante COTE de Miami junto a Erik Rosa, mi abogado, esperando a un hacker que nos iba a echar una mano para destapar quién coño estaba detrás de los mensajes de Twitter que me tenían frito.

Le di un sorbo a mi copa de Yamazaki 25 años e intenté desentrañar la lógica del espectáculo que se desataba cada vez que la puerta del restaurante se abría. ¡Y vaya show que era! Tres camareras salían disparadas hacia la entrada al grito de vocablos impronunciables que, en teoría, significaban «Buenas noches» en coreano, mientras que desde la cocina tres chefs se unían a coro. Luego tomaban al pobre cliente del brazo y, prácticamente, le arrancaban la chaqueta para colgarla en la entrada. Pero la cosa no terminaba ahí. Cuando el cliente por fin lograba sentarse, una de las camareras se acercaba con su vestidito rojo vino y su cola de caballo y le daba unas palmaditas en la espalda. «¿Tú tomar Soju? ¿Soju? ¿Soju?», preguntaba con molesta insistencia. Y que no se te ocurriera cometer el error

de decir que sí porque entonces se te pegaba como mosca. El Soju era la bebida más famosa de Corea y la cual, por alguna extraña razón, las camareras se empeñaban en meterte hasta por los ojos.

Después de unos minutos, cuando parecía que la calma había regresado y todos volvían a sus labores, la puerta se abría de nuevo y el circo comenzaba otra vez desde cero.

Mientras escuchaba al abogado soltar sus vainas locas, me acomodé en mi asiento y revisé un mensaje de Prada. Decía que había pasado la noche preso porque se había metido en una persecución con la policía, por lo que lo llamé de una para saber si se refería a las autoridades o a Camila, su esposa. Resulta que, el muy pendejo se estaba liando con… ¡una puta! Y no lo digo jodiendo; estaban los dos metidos en un Porsche Panamera, jalando más monte que Bob Marley en un concierto, cuando de sopetón se frenó una patrulla de policía a su lado. El pana, cagado hasta las patas, en vez de bajar el vidrio para hablar con el policía, ¡pisó el acelerador y salió echando ostias! Hermano, se armó una persecución bien hija de puta que parecía vaina de película. Sin embargo, la fiesta duró lo que un peo en un chinchorro porque al muy güevón lo interceptaron dos patrullas más adelante.

Tuve que interrumpir el cuento porque en ese momento llegó a mi mesa Peter Clark, el hacker que nos iba a ayudar a limpiar la mierda que habían puesto sobre mí en Twitter y, quizás, descubrir quién carajo estaba detrás de todo ese lio.

¡Cabrón! Clark lucía como un escuincle de diecisiete años. Raquítico y desgarbado, tenía el pelo del color de un oso, la nariz más fina que un palillo y la piel del color de la leche. No obstante, como dice el dicho, «No debes juzgar a un libro por su tapa», y el carajo, a pesar de su aspecto, era un maldito genio

de la computación. El hijo de verga podía hackear cualquier cosa, y si te metías con Clark, él no te iba a meter un putazo, no. El muy zorro esperaba al acecho el momento oportuno para joderte la máquina y dejártela hecha pupu.

—Entonces, ¿tú eres el hombre? —saludó Erik, animado.

« ¿El hombre?», pensé. No estaba de humor para otra escena de él y su sarcasmo. Me acomodé en la silla mientras miraba cómo Clark le encargaba una ronda de tequila a la mesonera.

—Cabrón, ¿crees que sea buena idea que un niño se esté poniendo hasta el culo en mi mesa? —le pregunté por lo bajo a Erik.

El muy desgraciado ni se inmutó y se volteó hacia el crío hacker, el cual nos ojeaba como si fuésemos especímenes de zoológico.

—Oye, Clark, cuéntale a mi amigo toda esa vaina de la cual me hablaste ayer.

—Hermano, ayer dije un camión de cosas —replicó el plebe con una soltura de ejecutivo que recién ha descubierto el traje a la medida.

La mesonera aterrizó con los shots y de pronto me sentí intranquilo. ¿Acaso no podía verme envuelto en otro lío legal por brindarle alcohol a un menor? Me comencé a preocupar. Estaba con mi abogado, mi defensor, el tipo que supuestamente iba a protegerme, con su acento y todo, y aún así me sentía más desprotegido que nunca. Coño, el chamaco era un carajito; y si bien entendía que el cabroncito era una eminencia, habría sido mejor conseguir a uno que, por lo menos, tuviera la edad como para freír papas en un McDonald's. Lo que había iniciado como una «genial» idea de Prada, el papá de las ocurrencias y un desaparecido en combate cuando de pasar a la acción se trataba, forzó a Erik a raponear hasta la cárcel para suplicarle

a un antiguo amigo que le hiciera un favorcito. ¿Quién era el amigo? Ni puta idea. El dato caliente era que le había brindado a Erik el contacto de Clark para que se lanzara el salto de la misión.

Yo estaba a punto de abrir la boca, cuando Clark se levantó para ir en busca de otro trago.

—Oye, ¿cuántos años tienes? —lo frené.

Lo suficiente como pa' decirte que si no quitas tu mano, me voy y no vuelven a verme.

¡Qué bolas las de ese carajito! Erik, con la paciencia de un abogado en aprietos, cambió rápido el foco de la conversación.

—Óyeme, Clark, hablemos mejor de lo que puedes hacer por nosotros y listo, porque aquí mi cliente se está sintiendo… ¿cómo te digo? Fuera de base. Solo cerremos este tema y te invitaré los tragos que quieras. Mi cliente aquí presente no está pa' juegos.

No me incomodaba el espectáculo ni la vaina de ver a un joven agarrando la peda… Coño, a su edad ya tomaba más que mi abuelo, y aún así, no se trataba de eso. Una cosa era beberse sus palos y otra muy diferente era parrandear con menores, lo cual sí estaba fuera de liga; y como mi expediente ya estaba hasta el tope, no era cuestión de echarle más leña al fuego, ¿no? Darle alcohol a un menor era tan ilegal como robar las regalías de los cantantes.

—¿Clark? —lo apuró Erik.

—SimSwap —soltó el niñato con una sonrisa pícara.

—¿Perdón? —solté, perdido en la jugada.

—SimSwap —repitió como si nada—. Es la jugada maestra para conseguir la clave de la cuenta de Twitter que te está tirando mierda.

Me rendí, hermano. Le pasé el tequila al mocoso, que, al

parecer, lo necesitaba más que lo que yo necesitaba un pase de cocaína en ese momento.

—El método más común que uso para hackear cuentas se llama SimSwap —continuó el niño con un tono de sabelotodo que daba ganas de quitárselo a puñetazos—. Básicamente, consiste en apoderarse del SIM del objetivo. Como la mayoría de las cuentas están vinculadas a un número de teléfono para mayor seguridad, yo obtendría el acceso a la cuenta tan pronto como reciba el código de confirmación, que generalmente llega por mensaje de texto.

Le metió otro buche al trago mientras Erik y yo, boquiabiertos, le prestábamos atención como si fuéramos un par de mongolos.

—Esto se llama verificación de dos pasos. Contacto a la compañía de telecomunicaciones, me hago pasar por el dueño de la cuenta y obtengo acceso a ella. De esa forma me apodero del número y me convierto en su dueño.

—¿Así de fácil? ¿Llamas a la compañía y te dan acceso al número de otro bicho sin averiguación ni peos? — pregunté, incrédulo.

Clark sonrió y se empinó otro trago. ¡Coño, ese cabrón sí que bebía!

—Claro que no es tan simple. El proceso es muchísimo más complicado, pero les di un resumen de cómo se ve todo cuando el hacker se apodera del número. Técnicamente, puedo acceder a todas las cuentas del objetivo, incluyendo correo, cuentas bancarias e incluso sus billeteras de Bitcoin.

—Ok, capto la idea —dije, dejándole en claro que no era tan inepto—, pero estamos en el año 2019, ¡no joda! Ni de vaina una telefónica como T-Mobile o AT&T te va a dar acceso a un número así como así. Apenas llames, lo primero que te van a

preguntar es el PIN de la cuenta.

El escuincle me miró un tanto pasmado.

—Clark, tienes que entender —intervino Erik—. Webster está más escamado que un bagre con esta vaina. Ya perdió una millonada y no va a soltar medio palo así nomas a cualquier aparecido. Queremos saber hasta el último detalle de este rollo.

El escuincle asintió. ¡Coño, por fin Erik estaba haciendo su maldito trabajo!

—Vale, pues. Esto puede hacerse de varias maneras. Una consiste en que el hacker se haga pasar por otro empleado de la compañía de telecomunicaciones y engañe a un empleado real —se inclinó hacia adelante y nos miró como si fuera un profesor explicando una ecuación—. Por ejemplo, podría llamar a otra oficina de la telefónica haciéndome pasar por un empleado de otra sucursal, presentarme con el pana y decirle que llegó el reporte de un problema técnico. Entonces le daría el número del reporte pa' sonar más creíble, aunque sabemos que es pura mierda. Obviamente, el empleado me va a decir que su sucursal no reportó nada, pero, si eso pasa, le daré un enlace a un sitio web igualito al de la empresa y le pediré que inicie sesión con su propia cuenta pa' verificar el informe. Tan pronto como el empleado ingrese su nombre de usuario y contraseña, habrá regalado sus credenciales a una página web creada por mí.

El carajo esbozó una sonrisota de bufón y se recostó en su silla como si fuera el rey del mundo.

—Después de conseguir la contraseña de la cuenta del empleado, le agradeceré y le diré que todo está resuelto, y el tipo colgará sin darse cuenta de que yo tomé el control de sus cuentas. Con el acceso al sistema de la telefónica y la credencial del empleado, podré cambiar el número del objetivo a mi propia SIM desde el sistema de la empresa. Después, el

objetivo se dará cuenta de que su tarjeta SIM fue bloqueada y ya no podrá acceder a sus cuentas. Para ese momento, todas las contraseñas habrán sido cambiadas y no podrá restablecerlas porque también habrá perdido su número de teléfono. ¡Se jodió!

No joda, imagínate lo que iba a ser ese cabrón de grande…

Claro, si es que no terminaba preso por andar metido en la ciber-delincuencia. ¡Pero así era la cosa! Ese muchachito era puro talento.

—¿Y qué coño pasaría si al empleado no le cuadra tu teoría del «informe»? —quise saber.

El coño de la madre nos miró como si fuéramos un par de trogloditas recién salidos de una cueva.

—Si no jala con una sucursal, pues lo intento con otro empleado o con otra sucursal de la empresa. ¿Qué más? —respondió el cabroncito, con cierta altanería en la voz.

Me quedé en silencio y le di un trago a mi bebida.

—O sea, esto no es tanto un hackeo técnico, sino más bien un hackeo social, ¿no? —llegué a la conclusión.

—¡Vale, hermano! ¡Parece que acabas de descubrir el fuego! —soltó con sarcasmo el muy cabeza de güevo.

Vi a Erik acercarse sutilmente con la intención de decirme algo por lo bajo, pero, antes de que pudiera meter bocado, el «Robin Hood» de Clark nos interrumpió.

—Amigos, hablemos de mi pago, ¿les parece?

¡El colmo, hermano! ¿De verdad era lo único que le importaba a ese hijo de puta?

—Erik me dijo que querías 500 mil, ¿verdad? —solté, con un tono que dejaba claro mi descontento.

—Ajá, en efectivo o en Bitcoin, lo que te sea más fácil, pues.

Tragué grueso, apretando los puños bajo la mesa. Ese coñito de la madre me estaba sacando de las casillas.

—¿Y cuánto tiempo va a tomar esta vaina?

—¿Cómo así? Esto no es hackear la tablet de tu hija.

—¿Pero no habías dicho que esto no es un hackeo técnico? —repliqué.

—Eso lo dijiste tú.

Me dejó callado el muy desgraciado. Lo miré fijamente, imaginando cómo sería saltarle encima y molerlo a golpes. Erik estaba visiblemente más encabronado que yo.

—Mira, escuincle de mierda, no tengo tiempo pa' estos jueguitos. Tengo cosas que hacer. ¿En cuánto puedes resolver esto? —disparó mi abogado inclinándose sobre la mesa.

El carajito se quedó calculando quién sabe qué con ese cerebrito de hacker.

—Tres semanas —resolvió.

—¿No puede ser antes? —preguntó Erik.

—Si quieres tumbar una cuenta de Twitter en menos tiempo, jode a alguien de Anonymous, pues.

—¿Alguien de dónde?

Erik estaba perdido.

El niñ fue a darle otro trago al tequila, pero Erik le arrebató el vaso, derramándolo sobre la mesa.

—¡Ya me mamé de tus jueguitos, coño e' tu madre! Si quieres tu plata, tienes tres putas semanas pa' tumbar esa verga.

El carajito enrojeció, echando candela por los ojos. Asumo que también se estaría cagando, porque con Erik no se jugaba. Ese abogado estaba más emputado que aquella noche mientras esperábamos el bote de la Mayimba bajo tremendo palo de agua. ¡Qué ladilla con esos hackers de mierda!

—Mira pana —le dije con calma—, lo único que quiere mi hermano Erik es que cumplas con lo acordado.

Saqué un paquete amarillo de debajo de la mesa y lo planté

encima con un golpe seco. El niño se quedó estupefacto.

—Aquí hay $250,000 dólares, mi rey. Son tuyos —dije empujando el paquete hacia él.

Con manos temblorosas, el escuincle lo abrió y se quedó mirando los fajos de billetes por un segundo que pareció eterno.

—El resto te lo doy cuando termines el trabajo.

—Hecho. Pronto tendrán noticias mías.

Se levantó de un brinco como si la silla le quemara el culo, pero la voz de Erik lo detuvo en seco.

—¡Epa niño! Acuérdate que sé dónde vives en Tampa. No me hagas ir a buscarte.

—Tres semanas —respondió antes de salir del restaurant agarrando ese paquete amarillo como si su vida dependiera de ello.

Y quizás así era.

—No sé por qué, pero tengo un buen presentimiento sobre este escuincle —le admití a Erik.

—Yo no confío ni mierda en tus presentimientos, güevón. Si no fuera porque mi contacto juró y perjuró que este carajito era el indicado, nunca te habría dejado darle tanta plata por adelantado.

Todavía me costaba creer que tanto mi reputación como la de mi empresa estaban en manos de un puto carajo de diecisiete años de Tampa, Florida, conocido por todos como «Peter Ivan Clark, el carajito que hackeó Twitter».

35

Porsche Tower

—Patrón, acabo de llegar al lugar —dijo Tito con su voz rasposa por el teléfono.

—¿Te contestó?

—Sí, señor. Me pidió que entrara por ella en cinco minutos.

—¿Y por qué te pidió eso?

—Sabrá Dios. Ya voy entrando.

—Tito, presta mucha atención a lo que te voy a decir — ordené con firmeza—. Cuando llegues aquí, no subas. Espera en tu auto hasta que yo te de instrucciones.

—¿Y eso por qué, patrón? No me diga que tiene un culito haciéndole compañía —se burló.

—No seas ingenuo, viejo. Haz lo que te digo, ¿ok?

Había pasado una semana desde mi enigmático encuentro con Peter, el hacker, y finalmente tuve la dicha de volver a hablar con Liza, el amor de mi vida, la ex embarazada; y digo «ex» porque ya el bebé tenía casi cuatro meses de nacido y ella lucía tan perfecta como si nunca hubiese estado preñada, con ese cuerpo de diosa que me quitaba el aliento. Llevábamos varios días platicando por videollamada, y déjame decirte, hermano,

que la vaina iba en serio. Ella me confesó que su matrimonio había acabado y que la separación era más oficial que un decreto presidencial. En esos días hablamos de todo, *de absolutamente todo.* Le conté de la Anaconda y de mis infidelidades, y ni yo mismo sé por qué lo hice; era algo tan inexplicable como cierto que esa hembra me convertía en alguien que ni yo mismo conocía. Me sentía raro, como si durante todo el tiempo pasado hubiera vivido dentro de un cuerpo que no era el mío. Ese tipo mujeriego, infiel y marrano desapareció desde el primer día en que la conocí. Liza fue, técnicamente, como mi Cristóbal Colón, porque fue la primera en descubrir la mejor versión de mí, una versión que hasta entonces me era ignota.

Esa noche, con Tito en la línea, iba a comenzar lo que sería una historia de amor real. ¡Amor del bueno, hermano! Hablo de un amor a lo millonario, donde la verdadera preocupación era el amor mismo y no la plata. Porque plata, mi pana, era lo que más había.

Allí estaba yo, parado frente a la enorme ventana de cristal de mi cuarto, disfrutando de la oscuridad absoluta del océano Atlántico. Unos meses después de separarme de Amanda, me mudé a un apartamento de nueve millones de dólares con vista a la playa. La torre se llamaba Porsche Tower y era el lugar más exclusivo de todo Miami. Allí vivían puras celebridades como Maluma, Anuel y otros pavos. ¡Y fíjate las ironías de la vida! Anuel y Maluma eran unos de los principales artistas a los que MediaMuv les estaba tratando de chupar la sangre en Youtube, y allí me tenían: viviendo en la misma torre que ellos; estacionando mi Lamborghini en la sala de mi apartamento al igual que ellos; despertando con la misma vista al mar y, por si fuera poco, a punto de enredarme con una colombiana, al igual que ellos.

Caminé hacia la sala, donde mi Bentley estaba estacionado al lado de un nuevo Lamborghini que había adquirido después del peo con la Anaconda, me pegué el celular a la oreja y escuché a Tito despotricar.

—¡No jodas, patrón! Ya veo por qué la tipa me pidió que entrara a buscarla. ¡Este lugar es una pocilga, hermano!

Me lo podía imaginar claramente. La pobre vivía en uno de los peores cuchitriles de Miami. Le pedía a Tito que la recogiera porque una reunión prevista con mis abogados de divorcio se había retrasado.

La vaina era que Tito caminaba cagado por el pasillo de ese pulguero donde mi hembra estaba viviendo. Te juro que me hervía la sangre al escuchar cómo Tito, un tipo curtido en la calle, se sentía inseguro en ese lugar. Para que ese viejo malandro se sintiera así, ese lugar tenía que estar hecho mierda.

—Tito, cuando llegues al lobby de la torre, el Bentley te va a estar esperando afuera. Quiero que montes a la hembra en él y le ordenes al valet que meta el carro en el ascensor para que suba hasta mi apartamento.

—¿Cómo dice, patrón? ¿Quiere que la niña suba a su casa en el ascensor del carro?

—Exactamente. Sola. Quiero que viva la experiencia de subir dentro de un carro hasta su nuevo nido de amor — le solté como un Romeo.

—¡Dale, pues!

Misión en mente: darle un toque romántico al apartamento antes de que llegara el amor de mi vida. Nada de restaurantes finos ni mariachis. No, señor. Quería que conociera mi humilde morada primero, donde las ratas hacían fiestas y los marranos pagaban treinta mil dólares de renta.

Bajé las luces hasta crear un ambiente tenue y encendí dos

velas rojas que le daban al lugar un color digno de un burdel de primera, perfecto para el romance. Puse a sonar una canción de The Weeknd (porque nada para la pasión como un tipo con voz de ángel drogado) y me recosté en el sillón, esperando a tener novedades de Tito.

A los ojos de los demás, mi vida podía parecer sacada de un cuento de hadas: un idiota de 33 años nadando en plata, viviendo en un apartamento que valía más que el capital de un país pequeño, manejando autos de ensueño y teniendo acceso a más culos que un inodoro público. Sin embargo, la soledad me hacía sentir que mi existencia era patética, y decidí apostar como un imbécil por un amor que quizás nunca se daría; al menos sentía mariposas en la panza, como cuando conocí a la Anaconda.

Dieron las diez y el celular comenzó a sonar como una sirena de ambulancia. Me levanté de un brinco y corrí hacia la mesa.

—Tito.

—Patrón, la hembra va en camino. Suerte.

Las piernas me flaquearon y las inocentes mariposas mutaron a gusanos que me comían las tripas sin piedad. La piel se me erizó como carne de gallina recién desplumada y me sentía nervioso. «¿Qué coño me pasa con esta mujer?», me pregunté mientras la llama de una de las velas rojas comenzaron a parpadear como un semáforo enloquecido.

Giré sobre mis talones y me planté frente a la pared de cristal, justo a tiempo para ver el elevador del auto arrastrando el Bentley hasta la sala. La maquinaria se detuvo frente a mí con un chirrido. A través del parabrisas empañado, pude distinguir su cara angelical, la misma que había visto aquel día en el estudio de grabación. Padre celestial, qué belleza de mujer… Hasta con el cristal nublado se veía hermosa, como una aparición

divina. La puerta del auto se abrió con un clic y sus pies se asomaron como dos obras de arte. Hermosos. Perfectos. Finos. Delicados.Unos pies de princesa de cuento de hadas. Me quedé allí, embelesado como un bobo, como si estuviera presenciando un milagro. Lucía un vestido rosa ajustado como una segunda piel que resaltaba cada curva perfecta y natural sin nada de silicona, y tacones negros que, a pesar de ser baraticos, en sus pies se veían como sacados de una boutique de lujo.

En esos tiempos, encontrar una mujer tan auténtica y sublime era más difícil que encontrar la madures, y yo la tenía ahí, frente a mí, como un sueño hecho realidad.

La puerta del carro se cerró y ella se quedó ahí parada.

Nuestras miradas se encontraron y así, desde lejitos, sentí esa cosa loca que llaman conexión. Era algo que ni yo mismo me podía explicar, ¿sabes? La miré seriamente porque no tenía ni idea de cómo reaccionar ante tanta belleza. Ella me devolvió la mirada con una sonrisita en esos labios mientras me hacía señas por el vidrio para que le abriera la puerta.

¡Empecé a reírme con ella! No me había dado cuenta de que estaba encerrada en el ascensor del carro; y yo ahí como un idiota, embobado, admirando su perfección.

Abrí la puerta y la invité a pasar.

Era más claro que el agua que estaba nerviosa. Dio un paso hacia adentro y sentí cómo mi corazón daba un vuelco. Me quedé mirando esos labios y ella se fijó en los míos. La cosa estaba que ardía por ambos lados. Sabía que era muy rápido para estar seguro, pero sentí que de verdad había encontrado lo que tanto había estado buscando. Con ella a un suspiro de distancia, me sentía con la timidez de un adolescente en su primer baile escolar.

—Estás hermosísima, Liza —dije tembloroso.

—Y tú estás nerviosísimo —respondió con una sonrisa traviesa bailando en sus labios—. Qué raro es todo esto, ¿no?

Yo, queriendo ser todo un Don Juan, tomé su mano y la besé justo en sus dedos, como si fuera un caballero de brillante armadura.

—Nada es raro si se siente bien, preciosa. Bienvenida a mi humilde morada.

Su piel desprendía el inconfundible y penetrante olor del Eros Pour Femme de Versace. Confieso que siempre he odiado esa maldita marca de perfumes con toda mi alma, pero allí, en ese momento, viniendo de Liza hasta el olor a cebolla me habría parecido un perfume francés.

—Gracias por invitarme. ¿Me regalas algo de tomar, porfa?

Inmediatamente se sentó en mi sillón dilecto y comenzó a escudriñar todo el apartamento con una curiosidad contenida en esos ojazos. Fue como si de repente el trono de mi reino hubiese cambiado de dueño. Mi vida ya no giraba alrededor de mí, sino que el nuevo centro de mi universo era Liza, con sus pestañas infinitas y su sonrisa de niña retraída pero pícara.

—Qué apartamento más bello tienes —comentó ella con melodía en su voz.

—Gracias, mi reina, aunque no es tan bello como la compañía —respondí con galantería desde la cocina.

Regresé con dos copas de vino y me senté a su lado. Yo estaba ansioso por conocerla mejor.

—Entonces, cuéntame más de ti, preciosa.

—¿Dijiste que eras boricua? —me preguntó.

—Dominicano, mi amor —corregí.

—Ay, perdona mi ignorancia.

Me estudió por un instante que pareció eterno.

—No te voy a preguntar a qué te dedicas, eso no me importa

ahorita. Sólo quiero saber si sientes lo que yo siento.

—¿Y qué es lo que sientes? —inquirí, muerto de curiosidad.

—Desde que te vi, sentí una energía fuertísima, algo demasiado raro, algo más allá del amor mismo.

—¿Sabes una cosa? —dije acercándome un poquito más—. Desde el momento en que mis ojos se posaron en ti, tuve la certeza de que el destino mismo nos juntaría aquí; que cada decisión en nuestras vidas fue el medio para llevarnos a este preciso instante, a cruzar miradas en medio del gentío.

Hice una pausa, perdiéndome en sus ojos.

—Y ahora que te tengo aquí enfrente siento una conexión inexplicable pero potente, como si de alguna manera ya te conociera de otra vida o de mis sueños más profundos.

Ella sonrió y bebió de su copa con elegancia. La música romántica nos envolvía.

—Mira —dijo mordiéndose el labio—. No quiero que hagamos el amor hasta que de verdad nos amemos.

—Por ti esperaría mil eternidades si así lo quisieras, mi vida —le respondí con el corazón en la mano.

La noche avanzaba y Liza me compartía pedacitos de su vida, y con cada revelación me atraía más y más. Yo sentía que había encontrado a mi otra mitad, y por cómo me miraba, algo me decía que ella pensaba igual. Eché un vistazo al reloj y me sorprendí al ver que habían transcurrido dos horas.

¡Coño, el tiempo volaba como un cohete cuando estaba con esa tipa! Era como si las manecillas se hubieran ido de vacaciones a la velocidad de la luz. La tensión entre nosotros se elevaba como la espuma. Cada roce accidental era como una descarga eléctrica que me recorría todito el cuerpo.

En un arrebato de valentía, me lancé cual paracaidista sin paracaídas y atrapé sus labios en un beso suave, y ese besito

tímido rápidamente se convirtió en una serie de besos apasionados que nos dejaron sin aliento. Ella me correspondió con un entusiasmo que me hizo sentir en las nubes y nuestros corazones latieron al unísono como si fueran un tambor en pleno Carnaval.

Y fue así, en la intimidad de mi humilde apartamento de nueve millones, como comenzó ese corre-corre que llamamos amor. ¿Quién iba a decir que una noche cualquiera se convertiría en el inicio de algo tan eterno? Y sin embargo, hermano, no podía quitarme de la cabeza a Logan, el agente federal, ya que adonde fuera que mirara creía verlo, vigilándome…

36

Cero estrés

Tres semanas después…

¡Óyeme! ¡Todo se volvió un peo, un desastre total! ¡Te digo! ¡Completamente descontrolado! Pasé de ser solo un individuo más del montón a explotar de popularidad en las redes como el mismísimo 4 de julio. Mis seguidores de Instagram se multiplicaban más rápido que conejos con Viagra y a mi teléfono no paraban de llegar notificaciones. Éramos populares, ¿oíste? Populares como una cucaracha en un restaurant cinco estrellas. ¿Y Prada? Después de que los posts difamatorios se regaran como pólvora en Facebook, Instagram y en numerosos sitios web, y los youtubers comenzaran a hacer videos exponiendo nuestro robo a diestra y siniestra, desapareció como el conejo de un mago.

Todo, era un espectáculo de mierda de proporciones bíblicas. Nuestro gran plan maestro había sido desnudado y expuesto para que el mundo lo viera. Éramos el nuevo hazmerreír del Internet, ¡la sensación de la que todos hablaban!

¿Y yo? Mi nivel de estrés estaba en un tranquilo y calmado

cero. Sí, oíste bien. ¡Cero! ¡Nada de nada! Y todo gracias a Liza. ¡Hermano, estaba volando más alto que una cometa, sin preocupación en el mundo, y por primera vez en mi maldita vida estaba genuina y descaradamente feliz! Tres semanas enteras habían pasado y todavía se sentía de pinga. Claro, íbamos más rápido que un tren bala, pero, ¿a quién coño le importaba? Éramos jóvenes, pendejos y rebosábamos de amor. Entonces, ¿que por qué no soltarlo todo, pues? Con Liza a mi lado me sentía como Lázaro levantándose de la tumba. Antes de conocerla, creía saber lo que era el amor, pero, mierda, en verdad no tenía ni idea. No había ni una atisbo de duda de que lo nuestro era la verdadera melma del enamoramiento.

Nuestro amor era del tipo que te prende el alma en candela y te hace querer ser mejor persona; que te enciende el corazón y te aquieta la mente. Eso era ella para mí y lo que yo anhelaba ser para ella. Para siempre. Por eso me lo tomaba con especial calma, dejando que los buenos tiempos rodaran.

Tres semanas después de la primera cita con el hacker, me encontraba rumbo a la casa de Erik porque el maldito escuincle de Peter todavía no había cumplido su parte del trato. Se le había acabado el tiempo y, como dije, esa puta cuenta de Twitter aún seguía vivita y coleando, para mi gran disgusto.

Mi Bentley Continental derrapó hasta detenerse frente a la casa y salí del carro. En mi muñeca ostentaba un Richard Mille Bubba Watson, del cual me enteraría más tarde, a través del Griego, que era tan real como unos J-Balvins con suela blanca. Pero en ese momento, yo iba pavoneándome como el gallo del paseo, vanagloriándome de haber hecho el negocio del siglo con mi guardaespaldas, Gumpy. El imbécil se lo había robado a quién sabe y yo, como un tonto, solté cincuenta lucas verdes pensando que estaba obteniendo una maravilla de doscientos

mil dólares por una cuarta parte del precio. Se trató de una broma que me hicieron y me sentí como un pendejo de grado A cuando supe la verdad.

Pero me estoy desviando del tema.

Después de que Erik y su esposa, Rosita, lograran resolver sus rollos maritales, sentí que me quitaban un peso del alma, porque el muy cabrón había transformado las oficinas de MediaMuv en su propio resort personal. Sigo sin entender cómo demonios Rosita le perdonó el desliz con la prima Lola, pero bueno, en el enredo del matrimonio hay que ponerse la venda en los ojos y no hacer preguntas incómodas, como si uno estuviera en un carnaval y se tratara de esquivar los fuegos artificiales.

Al llegar a su casa, Rosita, me recibió en la puerta con sus habituales abrazos y besos exagerados, haciéndome sentir como un primo perdido en una reunión familiar.

—El poco hombre de mi marido te está esperando —dijo con un guiño y una sonrisa—. Está encerrado en su supuesta «cueva de hombres», fingiendo estar trabajando. Ya sabes, su «oficina».

Lanzó comillas al aire y una mirada al cielo que hablaba por sí sola.

El escritorio de Erik era todo un espectáculo. Estaba a tope de todo tipo de detrito. Sin embargo, no fue su espacio de trabajo, sino sus palabras lo que me dejó tambaleando.

—Creo que nos estafaron. Lo miré boquiabierto.

—¿Cómo dijiste?

—Peter —aclaró—. Ese pequeño comemierda nos robó a ojos vista.

—¿Y cómo llegaste a esa conclusión exactamente? — indagué.

Erik se inclinó hacia adelante, con los codos plantados en su escritorio, y me miró fijamente a los ojos.

—Lo he estado llamando por tres días seguidos y nada. No

contesta; y eso ni siquiera es lo más bonito. ¿Te acuerdas de ese cuento chino que nos echó sobre hacerse pasar por un proveedor telefónico para robar el número de la persona que creó esa cuenta de Twitter?

—Sí, sí. El rollo del SimSwap. ¿Y qué hay con eso?

—Bueno, ahora dime tú. Para empezar, si él no conoce ni a la madre del dueño de dicha cuenta de Twitter, ¿cómo coño hizo para conseguir su número de teléfono?

Me miró expectante.

—¿Ajá? —solté débilmente.

—Imagínate esto: si te digo que voy a meterme a robar la mansión de Kim Kardashian, ¿cómo se supone que voy a lograrlo si no tengo ni la más mínima idea de dónde vive?

—¿De qué vaina estás hablando?

—Todo el mundo sabe que ella está viviendo en algún lugar de La La Land, pero no su dirección exacta. Eso es otro peo.

Sacudí la cabeza; realmente me costaba seguirlo.

—Me perdiste.

—¡Por el amor de Dios! —bramó Erik gesticulando con las manos—. Peter no puede robarse un número de teléfono que no tiene, ¿entiendes? Twitter no anda regalando esa información así como así, pues. Para meter sus grasientas garras en el número vinculado a esa cuenta, tendría que hackear otro sistema completamente diferente.

Se retrepó en su silla y me miró desde detrás de su escritorio gigantesco.

—Admítelo. Nos vieron la cara de pendejos. Estoy así de cerca de mandarle a unos malandros al carajito para que aprenda la lección.

No pude evitar reírme.

—¿Ahora te crees un mafioso o qué? ¿De verdad piensas

que darle una paliza a un cagado es la solución a nuestros problemas?

Abrió las manos, con una expresión de profunda preocupación tallada en su rostro.

—Webster, ¿qué coño te pasa? ¿Por qué estás actuando como si te valiera verga todo este peo? ¡Nos acaban de tumbar un cuarto de millón y tú ahí muerto de la risa!

¡Claro que me importaba, pero estaba enamorado! La verdad era que el cabrón tenía un punto. Nos habían jodido en grande. El escuincle se había esfumado, dejando a Erik encabronado, y se suponía que yo también debía estarlo. Mi abogado se sentía como un imbécil por haber confiado en un ladronzuelo de mierda que cumplía una condena de veinte años en prisión. Coño, por lo que sabíamos, ese tipo pudo haber estado confabulado con Peter y repartirse nuestra plata a pura risa, pero, si quieres mi humilde opinión, creo que lo que realmente fastidiaba a Erik era que, ese dinero podría haber llenado las arcas del esquema de negocios que me había propuesto hacía unos meses.

—Bueno, quizás esto sea una señal del cielo de que, en lugar de matarnos tratando de tumbar esa maldita cuenta de Twitter, deberíamos unir nuestras cabezas y descubrir cómo quitarnos de encima a ese tipo del IRS.

Erik se tomó su tiempo antes de responder.

—Espera un momento. ¿Te estás quejando de que yo mande a alguien a darle una lección al escuincle, pero tú sugieres que nos carguemos a un agente federal?

—¿Quién dijo algo de cargarnos a alguien? ¿Estás loco?

—¿Entonces qué?

—Qué sé yo. Tiene que haber alguna forma de sacarnos de encima a este tal Logan.

—Lo que me gustaría saber es por qué Prada nunca está por aquí para echar una mano con alguna idea brillante — refunfuñó Erik—. Me parece que eres el único que le echa bolas a esta empresa.

Salté en defensa de Prada, aunque, a decir verdad, Erik tenía toda la razón del mundo.

—Espérate, fue él quien tuvo la idea de contratar a un hacker —le recordé.

¿Qué más podía hacer? Era mi socio y tenía que apoyarlo en las buenas y en las malas, incluso si era más flojo que el culo de una anciana.

—Creo que lo que deberíamos hacer es reunir a nuestro dream team antes de que se desate el mismísimo infierno —sugerí.

—¿Dream team?

—Exactamente. Un grupo de abogados de alto calibre que pueda salvar mi fundillo si llego a ser acusado.

—¿Cómo así? ¿No habías dicho que yo era suficiente para defenderte? —se lamentó, lanzándome una mirada capaz de hacer llorar a un cachorrito.

—Erik, cuando los federales te respiran en la nuca, ninguna defensa es suficiente.

Bueno, tampoco nos adelantemos. Creo que es muy pronto para hacer suposiciones. Ni siquiera sabemos qué tiene este tal Logan en tu contra todavía. Hay un abogado llamado Taylor Suzuki, un buen amigo mío, que solía trabajar con Rayan Wick, el fiscal asignado a tu caso. Voy a pedirle que se contacte con Rayan a ver qué puede averiguar.

Se puso de pie y se ajustó la camisa.

—Mira, mi opinión es que este Logan simplemente está obsesionado contigo.

—¡Coño, qué fantástico! Un agente del IRS obsesionado. Bueno, a ver qué puedes descubrir entonces.

Erik se levantó de su escritorio y se desperezó. Luego se dirigió hacia la puerta.

—¿Tienes hambre? Mi señora está preparando unas chuletas de marrano.¿Marrano?

—No, gracias. Mi novia me está esperando en casa. Se volteó y me miró consternado.

—¿Qué? ¿Ya se mudó contigo? Sonreí como el Gato de con botas.

—Digamos que mis gavetas están desbordadas con sus prendas íntimas.

—Te lo juro, Webster, a veces pienso que en serio tienes un tornillo suelto —concluyó, con un suspiro capaz de apagar una vela.

La verdad es que en la carretera del amor, yo iba manejando a una velocidad que ni un Fórmula 1 se atrevería a alcanzar. Pero, ¿sabes qué? A un pendejo de 33 años, con más billete que un magnate en cuarentena, no le importaba un carajo la velocidad con la que giraba su vida amorosa. Total, si al final del camino llegaba a estrellarme contra un muro, tenía la plata suficiente para cubrir los daños, así que, ¿qué tal?

Qué pendejadas las mías.

37

Golden Steak

Tres días después de ver a Erik, me cayó como un ladrillo en la cabeza el hecho de que había perdido 250 mil verdes. Pero no me malinterpretes, hermano, ¡me importaba un carajo botar la plata en la basura! ¡No, no, no! La verdadera razón por la que estaba emputado por los $250 mil ese cuarto de millón que Peter me había robado era porque llegábamos a fin de mes y me encontraba en la ruina nuevamente. Corría con los últimos quince de los cien mil que mi amigo el Ballena me había prestado para evitar que perdiera la cabeza por mis bolsillos pelados. Le encantaba restregármelo en la cara y saborear la sensación de ser más rico que yo, aunque fuera solo por un día al mes. En fin, eso es lo que ocurre cuando decides vivir en el sofá del apartamento de cucarachas de tu hermano.

Sentados en una mesita del Nusr-Et Miami disfrutábamos de un almuerzo con mi media naranja, a puro margarita y bistec, sumidos en una fascinante plática.

De pronto, una pregunta suya me descolocó.

—¿En qué trabajas, pues?

Mi monólogo interno se prendió en candela, debatiéndose

entre soltar el cuento o dejarla con la intriga.

—Bueno, mi amor, tengo un sello disquero y…, ¿cómo te lo digo? Monetizo música en YouTube —solté, intentando sonar lo menos sospechoso posible—.¿Sabes? ¿Has visto los anuncios que aparecen antes de que un video empiece a reproducirse?

Ella asintió, claramente familiarizada con el concepto.

—Ese es mi trabajo, pues. Yo soy el que mete esos comerciales.

Esperé a ver qué decía, pero ella asió sus cubiertos y empezó a cortar su wagyu de $800 dólares con la delicadeza de una reina. Casi que parecía haber sido criada en un castillo inglés por la elegancia con que sujetaba el cuchillo.

—Entonces —dijo por fin—, ¿es verdad lo que dicen de ti?

¡Ay mamá!

—¿Y qué están diciendo, pues? —pregunté haciéndome el desentendido.

Dejó el bistec a un lado y me clavó esos ojos como dos rayos láser.

—¿De verdad vas a quedarte ahí sentado pretendiendo que no sabes lo qué dicen?

—No sé —mentí descaradamente, sabiendo bien hacia dónde iba la cosa.

—¿Has visto Twitter últimamente?

«Coño», pensé, «Ya lo sabe todo. ¿Y ahora qué hago?

¿Lo niego hasta la muerte o le confieso la verdad y rezo para que su amor aguante semejante peo?»

—Bueno —resolví finalmente—, lo que sea que estén diciendo, es puro embuste. Solo son unos envidiosos hablando paja, ¿sabes?

—Entonces, ¿todo es mentira?

Asentí enfáticamente.

—Interesante —reflexionó, clavando el tenedor en un trozo

de carne.

—Disculpa —murmuré con los ojos clavados en el mantel, incapaz de sostener su mirada tras semejante mentira descarada—, es verdad.

—¿Qué es verdad? —preguntó desconcertada.

—Todo —admití con un profundo arrepentimiento—. Hasta el último detalle.

—¿Todo?

Mis ojos seguían eludiendo los suyos y mis dedos tamborileaban sobre la mesa. Me sentía completamente derrotado pero extrañamente liberado. Era la primera vez en mi vida que era tan sincero, y mierda, sí que se sentía bien. Ya no más mentiras, no más secretos; solo soltarlo todo y un nuevo comienzo, ¿no?

—Es complicado. Todo empezó con buenas intenciones, lo juro. No quería…

El resto se me atascó en la garganta como un chicle.

—Está bien. Ya sé cómo trabaja todo, parce. No necesitas explicárselo a esta pobre diabla.

—¿Cómo dices? —farfullé.

—Recopilas videos sin anuncios de Youtube, les pegas tus propios anuncios sin importarte un comino a quién le pertenecen los derechos y te embolsillas toda la plata cagándote en los verdaderos creadores.

Pinchó otro bocado de comida y se lo zampó como si no acabara de dejarme frito. ¿Cómo coño sabía todo eso?

¿Habría alguien soltado la lengua? ¿Tito, quizás? Bueno, gracias a Dios que no había intentado engañarla, porque déjame decirte que cuando se trataba de oler mentiras, Liza le daba cien patadas a James Logan. El tipo era un bebé de pecho a su lado.

Dos horas después, el velocímetro del Lambo oscilaba cerca de los doscientos km/h en la autopista de regreso al aparta-

mento. Los árboles que pasaban como un latigazo por la ventana no eran más que una mancha negruzca bajo la luna que se alzaba en lo alto. A mi lado, Liza entrelazaba sus dedos en los míos, apretando y soltando, mientras la ansiedad escalaba con cada milla que el coche engullía como un temerario juego de Pac- Man. Sólo se oía el runrún del motor bajo sus nerviosos gemidos.

—Ok, esto va muy rápido —dijo ella, y de no haber sido por el cinturón que la sujetaba, parecía lista para salirse de su piel.

—¿Estás nerviosa?

—Estamos… yendo a casi doscientos cincuenta kilómetros por hora.

Deslicé su mano sobre mi pantalón por encima de la erección que había estado presionando contra mi zipper durante la última jodida hora. El roce de su mano a través de la tela fue suficiente para enviar una descarga de éxtasis por mi columna vertebral y, por reflejo, pisé el acelerador con más fuerza. Ella clavó su mirada en mí, donde su mano tocaba mi pierna.

—Dios mío. Estás como una piedra ahora mismo.

La adrenalina me corría por las venas y la velocidad y sus manos delicadas me llevaban al filo, pero esas no eran las únicas razones de mi excitación. Tener a Liza a mi lado, tan cerca, sabiendo cómo había aprendido a sobrevivir con toda la mierda que la vida le había lanzado… solo la hizo más irresistible para mí. Quería alejarla de esos zamuros que la habían botado y destrozado, y que le seguirían picando los huesos hasta que no quedara nada de ella, los mismos que me habían picado a mí también; quería protegerla del desprecio y el juicio mezquino de la gente.

Había tenido cuidado de no repetir mis cagadas, pero Liza era el tipo de mujer que me hacía acumularlas como una pila

de panquecas con sirope encima. Ella me hacía ser imprudente y posesivo.

Frené de golpe a un costado de la carretera y detuve el coche con un chirrido que hizo que sus manos volaran para no darse contra el tablero.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó asustada.

—Ven acá, mamita —le dije chasqueando los dedos para que se subiera encima de mí.

Ese vestido había estado jugando con mi cabeza toda la noche y ya no podía aguantarlo más. La quería, aunque solo fuera una probadita. Agarré su cara con ambas manos y la jalé hacia mí para plantarle un beso, más brusco de lo que pretendía, como si quisiera devorarla ahí mismo.

Sus labios siempre sabían a caramelo, y eran como una paleta de fresa que podía estar lamiendo por horas sin hartarme nunca del sabor. No había mucho espacio en el auto, pero ella se las ingenió para subirse arriba de mí. En medio del furor, su teléfono vibró prolongadamente; ella lo ignoró por completo y yo solo me concentré en la suavidad de su sedosa piel y los gemidos tibios que salían de su boca.

Sin embargo, el maldito teléfono volvió a vibrar con urgencia. Liza separó su boca de la mía de mala gana y miró la pantalla.

—Es Tito.

—Al carajo con Tito —espeté, jalándola hacia mi cara de nuevo.

—¿Y si es una emergencia? Por algo debe estar llamando a mi celular y no al tuyo.

Frustrado, tomé el teléfono.

—¿Sí? —atendí, dejando entrever mi irritación.

—Perdóneme, patrón, su celular me mandaba directo al buzón y no me quedó de otra que tirarle por aquí — explicó

Tito con nervios.

—¿Qué pasó?

—Acabo de recibir una llamada de Prada. Ha estado tratando de localizarlo en su celular.

—No estoy en mi oficina.

—Me doy cuenta de eso, señor. No sabía que había planeado salir esta noche —balbuceó Tito.

La molestia estaba matando mi líbido a cada segundo.

—¿Qué quería? —pregunté secamente.

—Pues como usted no contestaba, el pana se vino pa´acá. Aquí llegó acompañado de un gringo pipo.

Tito tenía esa vaina rarísima, esa jodida costumbre de llamar «Pipo» a sus desconocidos, lo que a veces me dejaba la cabeza como un peo, especialmente cuando andaba prendido en coca y Xanax. Pero esta noche, gracias a Diosito, lo estaba siguiendo clarito, más sobrio que un juez. Igualmente, déjame decirte: tenía cuatro pastillas de Xanax, que quemaban en mis pantalones grises, y un ocho de coca escondido dentro de mi chaqueta deportiva azul marino, que susurraba mi nombre tan dulce y seductoramente que me tomó cada gramo de fuerza de voluntad no ceder a la tentación. Sí, señor. Iba a mantenerme firme, al menos hasta que la preciosa Liza regresara a casa.

—¿Gringo?

El único gringo que Prada conocía era Néstor.

—Sí, pues. Parece que tienen un asunto importante que hablar con usted.

¿Qué carajo podía ser tan importante como para que Néstor y mi socio volaran desde Arizona hasta Miami?

—¿No te dieron alguna pista? —indagué.

—Disculpe, no me han dicho nada.

Recosté la cabeza contra el respaldo y suspiré. ¿En qué otro

peo me había metido?

—Está bien, voy para allá.

—Les diré. Y disculpe otra vez por molestar. Están bastante insistentes en que usted venga.

—Lo imagino. Gracias.

Corté la llamada y tiré el teléfono, con un humor de perros. Hubiera deseado no haber contestado.

—Perdón, yo solo pensé que…

—Tranquila, no es tu culpa.

Me incliné para agarrarla a besos de nuevo y retomar lo que habíamos empezado, pero la ladilla de tener que hablar de MediaMuv con Néstor era como restregarme la verga contra un rallador de queso. Se me habían ido las ganas de un polvo, así que me acomodé nuevamente en mi asiento, encendí el motor y arranqué. Mientras más rápido llegara a casa, más rápido me podría dar una ducha bien fría.

38

Ir rápido. No mirar atrás

Cuando llegamos a mi apartamento, nos encontramos a mis amigos Prada y Néstor, con sus caras largas, y a Julián y al Ballena, quienes estaban arrumbados en el sofá jugando PobG como si fuesen niños. Apenas nos vieron ingresar, todos los ojos se clavaron en nosotros como si fuéramos un par de extraterrestres recién bajados de un platillo volador.

—¿Qué coño está pasando aquí?

—Vaya, vaya. hasta que apareces —saludó Prada.

—¡Epa, hermano, parece que te alegras de verme! — saludó Néstor.

No pude evitar sonreír mientras nos dábamos un abrazo con el clásico beso en la mejilla.

—Así que ella es la suertuda, ¿eh? —preguntó Prada mirando a Liza con recelo.

Miré a mi amada y luego me volteé hacia mi amigo.

—Mamita, te presento a mi pana del alma, Prada. Prada, esta es mi novia, Liza —los presenté.

La cara de él se transformó.

—Entonces —dijo el cabrón—, ¿cuánto crees que durará esta

historia de amor? ¿Cinco meses? ¿Dos?

—¿Tal vez tres semanas como mucho? —acotó Néstor.

Estaba furioso, absolutamente colérico. ¿Acaso esos dos idiotas habían atravesado todo el camino desde el oeste del país para hablar paja de mi relación? ¡Con qué cara, hermano! Convengamos que ninguno de ellos era una

joyita, ¿o tengo que recordarlo?

—Entonces, ¿es oficial? —preguntaron.

—Ya les había dicho que estaba enamorado —murmuré.

Liza, mientras tanto, se había ruborizado tanto que podría haber detenido el tráfico. Me preguntó por lo bajo dónde quedaba el baño y se fue hecha una furia. Yo me dirigí a la cocina y me preparé una margarita.

—¿Qué coño? ¿Van a soltar de una vez lo que me querían decir o qué?

—¿Alguna novedad sobre ese peo de Twitter? —evadió Néstor.

—Aparte de que me estafaron un cuarto de millón, no. Nada que reportar.

—Te encanta que te vean la cara de pendejo, ¿no? — dijo Prada con sorna.

Le lancé una mirada tan afilada que podría haberle perforado el cráneo.

—Contratar un hacker fue tu genial idea, ¿recuerdas?

—¡Yo nunca dije que buscaras a un culicagado, Webster!

—Mira, puerco mantecoso, yo te dije…

—¡Un morro de diecisiete años te la metió hasta el fondo! ¿Eso no te da vergüenza? —rió.

Sentía la cara al rojo vivo, a punto de estallar. Casi le echo el trago encima a su jeta estúpida, pero Néstor me sujetó del brazo.

—¿Por qué no sueltan de una vez a qué vinieron, par de comediantes? Así puedo seguir con mi vida de una buena vez.

—¿Y ahora por qué te haces el loco como si nada de esto importara? —me picó Prada—. Por esto es que pensamos que esa jeva te está ablandando. ¡Nos estás demostrando que te vale verga todo esto!

Me levanté de un salto, apuntándole con mi copa.

—¡No te atrevas a decir que no me importa, pedazo de mierda! He estado metido hasta el cuello con mi abogado, partiéndome el culo pa' desenredar este lío. ¿Tú qué has hecho? ¡Ni vergas! Tú solo tiras ideas desde la barrera, preocupado por tu oficinita de mierda. ¡Yo soy el que está pasando por el colador aquí, botando una platanera de dinero, tratando de mantener este barco a flote, y tú no has soltado ni un puto peso!

Los dos cerraron el pico como almeja en marea alta. Julián y el Ballena abandonaron su videojuego y Liza se había encerrado en mi cuarto, probablemente asustada.

¡Qué mierda! No estaba listo para que ella viera ese costado mío.

Prada era mi compa del alma, pero tenía que meterse en la cabeza que yo era el único nadando con los tiburones, tratando de evitar que Mediamuv se fuera pal' carajo. Desde la cagada épica de mudar la empresa a Puerto Rico hasta caer como un pendejo con un hacker de mierda, yo era quien se estaba partiéndo el lomo. Quizás fracasaba cada vez, pero al menos lo daba todo; y a veces, eso es lo que cuenta.

—Dale, cabrones, ya párenle a esa paja —se metió Néstor, muerto de la risa con todo el peo—. Webster, ¿cuándo fue la última vez que hablaste con Juan José?

La pregunta me estrujó el estómago al punto de dejarme sin aliento. ¿Qué coño pintaba Juan José en todo eso?

—La última vez que lo vi fue en Las Vegas cuando mandó su trabajo a la mierda. ¿Qué pasó con el cabrón ese?

—¿O sea que no estás enterado de que ahora trabaja para Daniel Hernández?

Casi me atoro con mi propia saliva.

—¿¡Qué!?¿Qué tan seguro estás de eso?

Néstor se levantó de la silla y se paró frente a la puerta del balcón, mirando el mar como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Bueno, digamos que estoy un millón quinientos mil por ciento seguro.

¡Mierda! ¡La sagrada madre de todas las cosas impías!

¡Maldito todo el infierno! ¿Por qué yo, Dios? ¿Por qué yo? Quería gritar.

—Prada, ¿qué coño se supone que hagamos ahora? —pregunté.

Mis ojos saltaban de un lado a otro de la habitación, desesperados por encontrar respuestas que claramente no estaban allí. ¡Coño!

Me levanté de un salto y empecé a pasear como un animal enjaulado, con la mente corriendo a mil. Agarré mi trago y lo tomé de un solo sorbo, el coraje líquido quemando mi garganta.

—¡Tito! —llamé.

—Señor — respondió, siempre obediente el sirviente.

—Prepárame otro trago, ¿quieres, pues? Ah, y chequea a Liza, a ver si necesita algo. Dile que estaré ahí en un rato.

Aquella forma en que mis pensamientos siempre volvían a mi princesa, incluso en medio de mi propia frustración, delataban la profundidad de mis sentimientos por ella. Si eso no era amor, entonces no sabía qué coño era.

—¿Creen que Juancho sea capaz de contarle nuestros secretos

a Daniel? —arrojé al aire.

—Quizás. No confío en nadie, Webster. Pero escuchemos a Néstor antes de sacar conclusiones —contestó Prada, siempre escéptico.

Miré a Néstor, esperando que pudiera arrojar algo de claridad.

—Considerando cuánto te ama Juan José, creo que esta puede ser una oportunidad de oro para que descubramos si Daniel es la rata detrás de Twitter —soltó.

¿A dónde diablos quería llegar con eso?

—Puedes solicitar reunirte con él —continuó Néstor, con un brillo travieso en sus ojos—. Juan no tendrá los cojones para rechazarte, tú sabes eso.

—Néstor, me has perdido completamente. ¿Por qué carajos querría reunirme con alguien que se fue a trabajar con nuestro enemigo?

—¡Exactamente! —exclamó, apuntándome con el dedo como un predicador en un púlpito—. En vez de retorcernos por el pequeño acto de Juan, ¿por qué no le damos la vuelta al guion y lo convertimos en nuestro propio espía?

¿De verdad esperaba que me pusiera a saltar de alegría con esa idea descabellada? Yo sabía mejor que nadie que Juancho era un perro leal y que había dejado sus sentimientos claritos.

Exhalé pesadamente, hundiéndome en la silla.

—No hay ni un copo de nieve en el infierno que pueda hacer que Juan acepte semejante plan.

—¿Y eso por qué? Pensé que te quería como a un hijo —se burló Prada.

Mi sangre ebullió.

—¿Qué coño se supone que significa eso? —gruñí.

—¡Niños! —el grito de Néstor cortó la tensión—. Vine aquí

para encontrar una solución a este lio de Twitter. Si ustedes dos no pueden comportarse como adultos, me iré por esa puerta.

Prada y yo nos miramos fijamente como dos pitbulls listos para destrozarse. Respiré hondo, obligándome a calmarme. Néstor tenía razón. Todo nuestro imperio estaba tambaleándose al borde del abismo y necesitábamos soluciones, no peleas de carajitos.

—Está bien —dije con un tono de voz suave—, lo haré. Mañana iré a visitar a Juan José, pero no puedo garantizar que quiera verme.

—No tienes nada que perder intentándolo —concluyó Néstor mientras abría la puerta que daba al balcón.

* * *

Minutos después, estaba de pie en el balcón como un patricio supervisando sus dominios, fumando un tabaco mientras Néstor y Prada miraban al mar como si el mismo escondiera los secretos del universo. La noche estaba tan clara que hubiera podido leer la letra chiquita de un prenupcial solo con la luz de la luna, y el agua brillaba como el vestido salpicado de lentejuelas de una corista. Liza seguía en la habitación, esperándome.

—Escúpelo ya, Web, cuéntanos sobre Liza —dijo Néstor.

—Estoy enamorado, hermano, ¿qué más quieres que te diga? Es el amor de mi vida —declaré, como si fuera una verdad universal.

—Ella te hace sentir bien, lo entiendo. Pero, ¿qué te hace pensar que es amor? ¿Qué la convierte en el amor de tu vida?

—Miren. Ustedes no están captando lo que «el amor de mi vida» significa para mí. Liza es el amor de mi vida *actual*, del

aquí y ahora, no del futuro, porque el futuro nadie lo puede predecir. Me importa el presente, no el después —expliqué.

Néstor miró a Prada, buscando una respuesta a mis desvaríos sin sentido, y luego se volvió hacia mí.

—¿De qué mierdas estás hablando, güey?

—Yo juzgo al amor de mi vida por el momento que estamos viviendo juntos.

Me recosté en la silla y le di una calada al cigarro.

—Odio romperles la burbuja, pero el amor se desvanece. Lo único que importa es el principio, eso es lo que se siente increíble. Cuando cada canción parece hablar de ella; cuando no puedes parar de contarle todo durante una cena; cuando no puedes dejar de sonreír como un idiota. Eso, mis amigos, es amor. Así es como sé que la amo.

Los dos me miraron como si fuera una especie de extraterrestre.

—No, no, no. El amor es precisamente lo que viene después de todo eso —dijo Néstor—. Cuando la magia se desvanece; cuando las mariposas en el estómago han volado; cuando puedes sentarte a cenar sin decir una palabra porque… porque estás en paz. Cuando una sola mirada te dice lo que ambos están pensando. ¿Cómo puedes amar a alguien que acabas de conocer? No la conoces Webster.

Me quedé en silencio reflexionando sobre sus palabras. Tenía razón, por supuesto, pero no quería admitirlo. Yo solía vivir bajo un código diferente: ir rápido, no mirar atrás. Ya me preocuparía por las consecuencias más adelante.

Esa mentalidad, precisamente, fue la que me terminaría metiendo en problemas más tarde.

39

A-M-O-R

¡RIIING! ¡RIIING! ¡RIIING! El teléfono sonó más fuerte que las trompetas del Apocalipsis.

Ahí estaba yo, acostado en la cama junto a mi novia cuando el celular me sacó a sacudidas del sueño.

—¡Cabrón, el Inspector Logan del IRS quiere reunirse contigo en persona! —chilló mi abogado, Erik Rosa, al otro lado del teléfono.

¿ James Logan, el sádico cazador de evasores? ¿Para qué querría verme? ¿Para tomarme las medidas del uniforme de prisión? ¡Ja!

—¡Esto podría ser algo bueno pa´nosotros, Webster! ¡Reunirnos con él nos podría dar una idea de qué tan profundo ha escarbado el tipo!

¡Bendito el corazoncito ingenuo de mi abogado! ¿Profundo?

¡El hijo de puta estaba haciendo taladreandome el mi culo, buscando mugre para hundirme! Logan era un asesino serial de cuello blanco. ¡Al carajo se le hacía agua la boca de solo pensar en convertirme en el chupete del penal!

—No joda. No pienso meterme en un interrogatorio para que

juegue al «te atrapé» y me engañe para entregarle mi cabeza en bandeja de plata, lo cual, siendo realistas, es una posibilidad muy pelúa. No puedo creer que siquiera lo estés considerando.

—Mano, yo estaré ahí contigo —insistió Erik—. ¿Cómo vas a autoincriminarte conmigo ahí presente?

Nada de eso, pana. Ni de pinga. No iba a acercarme a Logan ni a cien metros de distancia. Era una víbora con corbata barata y me tenía entre ceja y ceja. Todavía me quemaba la mirada de desprecio que me había lanzado en nuestro primer encuentro el desgraciado.

—¿Y qué pasó con ese amigo tuyo que conoce al fiscal de mi caso? —pregunté.

—Todavía estoy esperando a que me llame el carajo ese.

—Bueno, pues, esperemos a ver qué logra descubrir el muy pendejo.

—Ah, una cosa más… Por fin logré dar con el paradero de Peter, el hacker.

Eso sí captó toda mi atención. Le di un beso en la frente a Liza y salté de la cama, apretando el teléfono con el hombro contra mi oreja mientras buscaba a tientas mi bata Versace. Mi corazón latía precipitadamente.

—¿¡Dónde coño se esconde ese comemierda!? — pregunté, casi tropezando con los tacones de Liza tirados al lado de mi cama.

—Bueno…

El tono dubitativo de mi abogado presagiaba alguna noticia de mierda. Y claro, algo terrible le había pasado al carajito, porque sus siguientes palabras no me sorprendieron para nada.

—Al mamaverga lo agarraron —dio a conocer Erik—. Está preso con los federales.

—¿Por qué? —farfullé.

—Los fiscales dicen que hackeó las cuentas de Twitter tanto de Obama como de Elon Musk.

—¿Y por qué coño haría algo así?

—Una cosa loca con Bitcoin, cabrón, yo qué sé. Voy a tratar de arreglar una reunión con el pequeño hijo de puta a ver si puedo recuperar nuestra plata.

—Mira, Erik, que ni se te ocurra. No vayas a sacudir ningún palo. No necesitamos más candela viniendo pa'nosotros.

Regresé a mi cuarto me quedé contemplando a Liza. Aquella visión era una obra maestra, hermano, capaz de hacer llorar de envidia a esas flacas de Victoria's Secret.

—Webster, ¿estás ahí, cabrón?

La voz de Erik me valía madres en ese instante. Mis ojos eran presa de las curvas desnudas de mi mujer, rehenes de quien parecía ser la mismísima Virgen María manifestándose sobre las sábanas de seda blanca de mi cama. La sensación era indescriptible, primitiva. Me sentía como Adán descubriendo el cuerpo de una mujer. Habíamos pasado la noche empapados en el sudor del otro, con los corazones latiendo contra nuestros pechos, saboreando el dulce néctar de nuestros labios. Nunca me cansaba de ella. Ansiaba más y ella también. Nuestra química era un misterio insondable. Hacía solamente una semana habíamos hecho el amor por primera vez, ¡y déjame decirte que fue una vaina de otro planeta!

La voz de Erik seguía resonando a través del teléfono y ya no lo soporté más. Me negaba a permitir que alguien echara a perder ese momento perfecto de devoción que estaba teniendo, así que colgué la llamada, aventé el celular y salté a la cama como un tigre.

—¿Por qué eres tan jodidamente perfecta? —le susurré dulcemente al oído a mi amada.

Amor. A-M-O-R. Esa palabra de cuatro letras que enciende corazones y convierte cerebros en papilla. Néstor, ese viejo pendejo, había dicho que las mariposas se irían volando, pero, ¿qué sabía él? Podía apostar hasta mi último centavo a que esas maravillas aladas habían llegado para quedarse. Liza me tenía enganchado y yo estaba disfrutando de las delicias, sin importar cuán fugaces pudieran ser. Mirando a sus ojos, me di cuenta de que cada paso en falso, cada metida de pata me había llevado hasta ese momento perfecto. Nicholas Sparks dijo cierta vez: «Si ella ilumina tu día y se siente como la pieza del rompecabezas que te falta, ¡agárrala bien fuerte!».

¡Carpediem, hermano! ¡Aprovecha el día y no dejes escapar ese amor!

Mis dedos comenzaron su travesía en una expedición atrevida a lo largo de su sedoso muslo mientras nuestras narices se frotaban al son de un beso apasionado, como un tango labial, y supe en ese mismo instante que nada jamás podría compararse con ese singular pedacito de cielo que era despertar con el beso de la hembra de mis sueños. Había estado equivocado, tan equivocado. Ese amor, ese loco y maravilloso amor, había llegado para quedarse por y para siempre.

Luego de un jodido minuto y medio de éxtasis carnal alucinante, ella se levantó y pareció sorprenderse de ver algo cerca de mis pantalones.

—¿Qué pasó, amor? —pregunté.

Lo primero que se me vino a la mente fue una cucaracha, pero lo deseché inmediatamente; era imposible en aquel santuario de nueve millones.

—Mi vida, ¿qué estás mirando? —insistí, ya con cierta preocupación.

Con la gracia de un depredador acechando a su presa, se

inclinó hacia adelante lanzó su mano para agarrar algo del piso.

—¿Qué es esto? —preguntó, con cierto desconcierto y acusación en su voz.

Mi mirada se clavó en la pequeña bolsita ziploc que colgaba de sus dedos. ¡Ay, Dios bendito, no! ¡Mi perico!

A la espera de mi respuesta, su rostro, una máscara gélida de juicio, me taladraba.

Me quedé sin palabras, totalmente desconcertado. No podía esconderme porque mi cara revelaba cada detalle escabroso cincelado en las arrugas de la pena y la culpa. ¡Maldita sea! Cada vez que lograba sentirme bien y en paz alguna fuerza retorcida del destino se estrellaba en mi vida convirtiéndola en mierda. Aquella vez, sin embargo, no se trataba de una llamada desgarradora con malas noticias de Erik o Daniel Hernández, de Néstor o Prada; ni siquiera de ese agente asqueroso, James Logan. Esa vez, la traición había venido por parte de lo único en lo que siempre pensé que podría confiar: mi fiel amante, doña Cocaína. No obstante, allí estaba Liza, sosteniendo una bolsita del polvo blanco que se me había salido del bolsillo, una evidencia condenatoria de mi sórdida adicción.

—Ay, mi amor, ¿eso? No es nada, solo un poco de Red Bull en polvo.

¿Se tragaría esa sarta de mentiras? ¡Ni de broma! A sus veintiocho años probablemente había visto más ventas de drogas en el pasillo de su apartamento de lo que yo había presenciado en toda mi ilustre carrera como loco por la coca. Me clavó una mirada penetrante y yo, naturalmente, comencé a tartamudear, a la vez que mi párpado izquierdo temblaba por su habitual tic del cual nunca pude deshacerme. Estaba inmóvil en la cama, mirándola boquiabierto como si se tratara de una aparición extraterrestre. Podía sentir el sudor corriendo por

mi espalda como un río de ansiedad.

—Bebé… —balbuceé—, eso es…

Me mordí el labio. Las palabras se me pegaban en el paladar como una bola de chicle. ¡Coño! ¿Cómo podría explicar aquello? Ella no era ninguna idiota; sabía exactamente lo que era. Sabía que era cocaína.

—Eso no es nada, baby, es solo…

—¿Perico? —me cortó, con la voz afilada como una cuchilla.

Mis ojos cayeron al suelo.

—¡Ey! Mírame, pues.

Lo cierto era que yo lo sabía y ella lo sabía; incluso la mesita de luz sabía que las pequeñas bolsitas de polvo blanco eran perico. Había estado intentando dar todo de mí a esa chica, a ese ángel que había adornado mi vida durante los últimos meses, pero el espectro de mi adicción había estado al acecho en las sombras, algo que debía haber revelado desde el principio.

—¿Has estado haciendo esto mucho tiempo? —indagó, dejando entrever su preocupación.

—Bueno, eso depende de cuánto consideres «mucho tiempo» —chisté.

Ella dejó caer la bolsita en el piso, se me acercó y me tomó la mano con un toque suave pero firme.

—Tomaré eso como un sí —dijo en voz baja—. Mira, Webster, creo que deberías…

Antes de que pudiera terminar, su teléfono recibió una llamada y mis ojos se clavaron en la pantalla, y vi un nombre que me heló la sangre. Me volteé hacia ella, con las cejas levantadas.

—¿Quién es «Mi bebé»?

Ella se puso roja, agarrada fuera de base.

—Ese es el papá de mi hijo —balbuceó, debatiéndose entre contestar la llamada o enfrentar mi interrogatorio.

—¿Y por qué lo tienes agendado así? Todavía es tu «bebé»?

Los celos se desprendían de cada palabra. Ella soltó una risita nerviosa.

—¿Estás loco? No, no, ¡qué va! Simplemente se me olvidó cambiar el nombre en mi teléfono, eso es todo. Mil disculpas.

Rechazó la llamada y editó el contacto a toda prisa, cambiando el apodo a «Papá de mi hijo» ante mis propios ojos.

Tomé una bocanada de aire, tratando de mantener la compostura. Lo último que quería era una pelea.

—Mírame a los ojos —dije—. ¿Hay alguien más aparte de mí que tenga un vínculo contigo?

—No, Webster. Él y yo solo estamos alquilando un lugar juntos. No hay nada entre nosotros. No estaría aquí sentada si lo hubiera. Te lo juro por Dios.

Me plantó un besito suave en el pico.

—Eres mi único, Webster, mi número uno. Si todavía estoy compartiendo casa con él, es porque no tengo otro lugar donde colgar mi sombrero. Estoy atrapada allí. No tengo opción —selló.

—Tienes una salida. Puedes venirte a vivir conmigo — ofrecí, mirándola fijamente a esos ojazos color miel.

—No hay nada que desee más. Estaría en la luna de estar contigo, pero tendría que hablar con él primero — respondió con angustia—. Tendré que contarle acera de lo nuestro, y sabe Dios cómo se tomará esa noticia.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Por qué te importa cómo se lo tome?

—Es el papá de mi hijo, Webster. No es un monstruo; y legalmente, todavía estoy casada con él. Tengo que pensar bien y ver cómo manejar esto.

Un brillo en los ojos anunció que estaba pronta a irrumpir

en llanto.

—Ten paciencia conmigo, mi amor. Es todo lo que te pido.

Suspiré gravemente y usé el dorso de mis manos para secarle las lágrimas de las mejillas.

—No quiero presionarte, pero te quiero solo para mí, princesa. No soporto la idea de que compartas techo con otro hombre. Me importa un carajo quién sea.

No iba a compartirla con nadie. No, señor, aunque solo jugaran a la casita como roomies. No quería compartir su cariño. Estaba enganchado a ella como un vicioso a la droga. Me hacía hervir la sangre saber que tenía que tragarme la amarga píldora de que todavía era la doña de otro tipo; y aunque no le calentara la cama, seguían siendo marido y mujer, y solo el cielo sabía cuánto podría aguantar yo esa vaina. Odiaba esperar, y era el hijo de puta más impaciente sobre la faz de la tierra. Quería que fuera mía, solo mía. Mi Liza y de nadie más.

40

Cheque por cash

Un mes después, de vuelta en la oficina de Phoenix, estaba yo muy relajado en el asiento de cuero de mi Porsche Panamera, escribiéndole a Liza por el celular, cuando de repente miré por la ventana y vi a Pancho lavando el carro de Prada. ¿Puedes creerlo? ¿Habría olvidado mi pana aquel peo del reloj?

Las sorpresas no acabarían ahí. Justo antes de bajarme del coche, se estacionó al lado mío nada más y nada menos que Felipe; pero no fue su camioneta destartalada lo que me dejó pasmado, sino el disfraz que llevaba puesto. Imagínate una versión pirata de esos narcos extravagantes de una serie de Netflix. Lucía como un capo de poca monta que se había gastado toda la plata en una camisa Versace amarillo chillón y un sombrero negro que gritaba «¡Vendo drogas!».

Dejando de lado los crímenes contra la moda, tenía que portarme bien con el pana. Me había llamado el día anterior para hablarme de una «propuesta de negocios». Me aseguré bien de que no involucrara meter ladrillos de perico en un Challenger 300 otra vez y me dio su palabra de que no. Eso le valió un punto porque sabía Dios que no estaba de humor para

su rutina de Los Pequeños Traviesos.

Felipe se había recostado plácidamente en mi silla de oficina y mis nervios bailaban en salsa.

—Podrías hacer cheques a la compañía de nuestro beneficiario y nadie sospecharía, ¿cierto? —deslizó.

—Bueno, no exactamente. Si me das diez millones para meterlos en este negocio, hay una posibilidad de que el Tío Sam venga a tocar la puerta preguntando de dónde salió toda esa plata. Y si empiezan a husmear en los libros de la empresa, hasta un mono entrenado podrá ver las banderas rojas que estaríamos levantando por hacer tantos cheques a una empresa mexicana que no tiene un carajo que ver con nuestro negocio. En otras palabras, estaría jodido hasta las patas y tu platita del cartel se iría pal' carajo.

Felipe se reclinó, su silla crujiendo bajo el peso de sus pensamientos. No podía entender el hecho de que realmente estaba considerando aquella conversación. Había venido desde el otro lado de la frontera para ofrecerme la oportunidad de lavar dinero sucio para su alegre banda de criminales, y ahí estaba yo, escuchando su loca proposición como si fuera lo más normal del mundo.

Su propuesta era la siguiente: él quería lavar sus dólares usando una casa de cambio que tenía en algún lado de México. La vaina era queyo le diera cheques de mi empresa y luego cambiármelos por billetes en efectivo. Técnicamente, me estaba pidiendo cambiar cheques con fondos provenientes de MediaMuv por billetes sucios del cartel. ¿Y cuál era mi tajada en toda esa vuelta? Una comisión del 16%, papi.

«¡Que ironía!», pensé. El que tenía plata en el banco quería *cash* y el que tenía *cash* quería plata en el banco. ¡Qué jodedera! Sonaba tan tentador como el canto de una sirena, pero ya

estaba hasta el culo con el IRS; y si el agente Logan percibía aunque fuera un tufillo mío jugando al vivo con un cartel de la droga, me estremecía pensar de qué sería capaz. El efectivo que fluía a través de mi empresa ya estaba tan manchado como un sándwich después de una semana expuesto al sol, y no hacía falta ser un científico para ver la falla flagrante dentro de su pequeño esquema. ¿Cómo diablos iba a lavar dinero con un negocio que ya estaba hasta las cejas en ganancias mal habidas? Era como tratar de limpiar un cochino embarrado tirándolo a un pantano. Traté de explicarle esa vaina a Felipe, pero el carajo era más denso que una estrella de neutrones. El muy necio seguía insistiendo en meterle mano a mis cheques, aludiendo que para cuando el Tío Sam empezara a meter sus narices, la plata ya habría volado de la casa de cambio, esparcida a los cuatro vientos desde alguna cuenta ficticia en México.

Ahora, yo no soy ningún experto en las mañas financieras de carteles, y te juro por Diosito que no quería ningún curso intensivo, por lo que volví a desestimar la oferta. Felipe, el muy vivo, sin embargo, arrojó su última carta, la que había reservado para el final: una comisión del 20%. ¡De golpe tenía toda mi atención! Aquello sería una ayuda de pinga para no andar en la ruina cada fin de mes. Quizás por fin podría construir esa casa de ensueño en República Dominicana con una piscina en forma de piña colada gigante o darme el lujo de comprar el yate nuevo y elegantón al que le había echado el ojo; o mejor aún, podría acumular tanta plata como fuera humanamente posible por si a los cabrones del IRS se les ocurría meterme una acusación estúpida y yo terminara cambiando mis trajes de diseñador por un elegante mono naranja. Era una oferta tentadora, no había duda al respecto. Y sin embargo, no podía quitarme la sensación de estar a punto de hacer un trato con

el mismísimo diablo; y ya sabes lo que dicen de bailar con el diablo: mejor que estés listo para pagar al flautista.

—Entonces —continué—, sobre esos cheques que te estaré entregando cada mes… ¿Por qué no empezamos con algo modesto? Digamos… medio millón o algo así. Si todo sale bien, podemos hablar de números más grandes, ponerle carne al asunto, ¿captas?

El tipo parecía estar procesando lo que acababa de decirle, e hice una pausa antes de continuar.

—Pero tengo que ser sincero contigo: este negocio del cartel me tiene temblando en mis Ferragamos. Si llegan a oler que estoy negociando contigo, se acabó el juego y no firmaré ni un cheque mas, ¿comprendes?

—No hay pedo —respondió con total parsimonia.

—Y otra cosa —continué—. Este rollo del «intercambio de dinero» no va a funcionar. Tienes que regresar al otro lado de la frontera y montar un estudio de grabación o una disquera; firmar a algunos cantantes, quizás una o dos bandas de mariachis, y hacer que se vea legítimo en caso de que los tipos del banco vengan a husmear por aquí.

—Eres más inteligente de lo que pensé. ¿Seguro que no fuiste una especie de narco jefe en una vida pasada?

Quería decirle que había aprendido toda mi maraña de Marlon aquel día que fui a Puerto Rico, pero no quería desviar la paja.

—Me siento halagado —bromeé, tratando de jugar al fresco a pesar del sudor que me picaba la frente—, pero ya, en serio, ¿cómo piensas hacerme llegar la plata a través de la frontera una vez que te entregue estos cheques? Supongo que tendrás algún tipo de sistema montado, un verdadero Escobar, ¿no?

—Oh, yo tengo mis métodos. Digamos que tengo amigos en

las altas y bajas esferas, pero no necesitas preocuparte por los detalles. Tu trabajo es escribir los cheques y dejarme manejar el resto.

Asentí. Lentamente. La idea de meterme hasta la cintura en algo tan descaradamente ilegal envió una descarga eléctrica por mi columna, incluso mientras mi lado racional gritaba como loco, rogándome que me echara para atrás.

—Entonces… sobre esta idea de la disquera, ¿tienes alguna banda en mente? Quizás puedas lavar el dinero a través de las ventas de álbumes autografiados en los conciertos. Los mexicanos se tragarán esa vaina como caramelos.

—Tengo un primo que conoce a un tipo que una vez abrió para la banda El Recodo. Comenzaré con él.

No pude evitar sonreír con suficiencia. Todo ese peo era una locura, pero, de alguna manera, la actitud de «que se joda el diablo» de Felipe me estaba tranquilizando. ¿O acaso sería la comisión del 20% que me cantaba al oído?

—Muy bien, suena como un buen plan, pero dejemos una vaina clara: nada de mariqueras, ¿comprendes? No quiero terminar siendo el tema de algún documental de crímenes reales de Netflix.

—Tranquilo, cabrón. Aquí somos profesionales. Para cuando terminemos, podrás comprar tu propia isla privada y desaparecer como un fantasma.

Sonreí como un completo papanatas, con una mueca que delataba mi absoluta incapacidad para lidiar con la situación.

—Algo más —dijo, con ese tonito de superioridad que me sacaba de quicio—. ¿Cómo vas con ese rollo de Twitter?

Apreté los labios hasta que formaron una fina línea y tomé una bocanada de aire que parecía venir directamente de mis entrañas. Mi reacción le dejó muy en claro el berenjenal en

el que me encontraba. Twitter me estaba haciendo papilla, literalmente.

—Para ser honesto, he intentado dar con el responsable como mil veces, y nada.

—¿Y qué pasó con el famoso Daniel Hernández?

—Eso lo estoy por averiguar.

Él se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo justo antes de largarse.

—Oye, si tienes aunque sea una mínima sospecha de que ese tal Daniel está detrás de todo este peo, sabes que puedo echarte una mano, ¿verdad? —dijo con una sonrisa que parecía sacada del mismísimo averno.

—No, gracias —respondí tajante. No quiero deberte más favores.

—Bueno, tú verás. En una semana paso a buscar el primer cheque.

El muy descarado se largó sin más, dejándome con un pensamiento que me taladraba el cerebro: úntame mantequilla en el culo y llámame galleta. Oficialmente estaba en complicidad con una empresa criminal. Debo decir que tenía que darme crédito. Tenía unos cojones serios para siquiera considerar semejante esquema descabellado, sabiendo muy bien que yo era el blanco de una investigación criminal encabezada por una agencia federal de los jodidos putos Estados Unidos de América.

41

Agarrar valor y llorar

Había viajado a Arizona para una reunión con el mismísimo Juan José. Néstor y Prada, benditos sean, creían que podía llegar a sacarle algo útil al viejo Juancho, pero no lo conocían tanto como yo. Había menos probabilidad de que delatara a Daniel Hernández que de que un cura delatara a un confeso. Ese carajo era leal a morir. La única razón por la que había accedido a un mano a mano conmigo era por mi solemne promesa de que aquella reunión nada tendría que ver con MediaMuv, lo cual, por supuesto, era una gran y gorda mentira.

Ya habían pasado más de diecisiete largos y tortuosos meses, y si él hubiese presenciado todas las locuras en las que me había enredado desde nuestro último encuentro en Las Vegas, se habría agarrado el pecho y caído muerto ahí mismo, fuera de joda. Quizás había sido lo mejor para él largarse de MediaMuv cuando lo hizo; no habría podido soportar la idea de que algo malo le pasara al buenazo de Juancho estando yo a cargo.

Gumpy y yo llegamos a la mansión de Juan y ya sentía esa piquiña, esa tembladera, ese antojo maldito por una rayita. Tres semanas habían pasado sin perico ni Xanax, nada más que el

purgatorio de la sobriedad: y si bien Liza estaba a mi lado, sin ese bastón químico mis días eran un infierno puro y sin rebajar. Le hice señas a Gumpy, y él ya sabía el cuento. Metió la mano en el bolsillo y sacó esa bolsita preciosa, y yo se la arranqué como un perro hambriento al que le tiran un hueso. El dulce alivio me inundó los senos nasales y sentí la confianza para enfrentar al santo de Juan José.

Aparte de santo, Juancho también era el mismísimo diablo. De todos los pinches empleados de MediaMuv, yo era el único que le caía bien. No soportaba a Julián, especialmente porque siempre la estaba cagando de alguna forma. Tampoco era que Prada fuera su favorito. Juan decía que ese gordo cabrón solo me metía ideas en la cabeza para que hiciera vainas malas, lo cual me parecía una soberana estupidez, siendo que, en realidad, era al revés.

Después de que el efecto empezara a darme duro, se me antojó un trago; y tenía todo el sentido del mundo porque la cocaína llama al alcohol y el alcohol a la cocaína. ¿Raro, no? Nunca he podido entender esa vaina. En fin. Hice que Gumpy manejara hasta un autoservicio de licores y compré un par de botellitas de Patrón, de esas que caben en el bolsillo, y las escondí en mi chaqueta Dolce Gabbana.

Apenas crucé la puerta de la casa, Mayra me recibió con un tsunami de abrazos, parloteando sobre el Capitán Gruñón que me esperaba atrás. Yo casi ni la escuché porque mientras me adentraba en la casa me iba revisando la ropa en busca de rastros blancos y hurgándome la nariz como un loco. Sucede que nosotros, los adictos al perico, siempre andábamos con la loca idea de que teníamos la nariz repleta de azúcar blanca a toda hora, sin importar si habíamos consumido o no. Era una obsesión, una comezón infinita. ¡Y ni te cuento del drama de

la moquera y el sangrado! Esa era la razón por la cual siempre había que cargar un pañuelito negro o papel de baño en el bolsillo.

Si están pensando en probar el perico, les sugiero que se preparen para ver la sangre chorreando por su nariz cada vez que terminen de meterse un toque o darse una línea.

Liza ya empezaba a sospechar de mis pañuelitos Gucci que llevaba a todos lados y mis excusas pendejas sobre problemas de sinusitis ya no colaban, especialmente después de que descubriera mi bolsita de perico. De repente, mi lengua de plata se había vuelto de plomo y ya no se tragaba mi embuste.

—¡Oye, oye, Oreo! ¡Tranquilo!

¡YIP! ¡YIP! ¡YIP! El chihuahua maniático de Juancho se me vino encima a ladrido pelado. Dicen que los perros se parecen a sus dueños, y ese bichito neurótico era el orgullo y la alegría de Juancho.

—¡Oreo! ¡Coño e´tu madre! ¡Aléjate de él! —exclamó Mayra.

El enano cara de rata salió corriendo más rápido que un malandro en moto y yo me quedé ahí parado, con la cara roja y el corazón latiendo a millón, mientras Mayra me lanzaba una mirada que gritaba: «Pendejo, ¿en serio? ¡Es solo un chihuahua!», pero ella no tenía ni idea de que yo andaba más pegao que pegatina y con mi mente que distorsionaba cada cosita en una catástrofe apocalíptica. ¡Ah, las maravillas de la paranoia inducida por la coca!

La casa de Juan José era inmensa, casi cómicamente desproporcionada para ser que solo él y su mujer vivían en ella. Tras unos instantes frenéticos luchando por respirar, me despegué del sofá y me tambaleé hacia la entrada de la oficina, un imponente par de puertas dobles de madera oscura que parecía más la entrada al castillo de Drácula que a la oficina de Juancho.

Él, probablemente, estaría dentro, esperando para chuparme la sangre hasta dejarme seco y mandarme a casa en peores condiciones de las que había llegado. No tenía ni idea de cómo acercarme a él. No quería escuchar ni pío sobre MediaMuv o Twitter, así que supuse que lo mejor sería dejar que las fichas cayeran donde tuvieran que caer.

Abrí la puerta despacio como un morrocoy, di dos pasos y me congelé. Mis piernas flaquearon y sentí la sangre caliente corriéndome desde los dedos de los pies hasta la coronilla. El mundo se volvió rojo mientras miraba incrédulo. Ahí estaba él, Daniel Hernández, el hombre que había arruinado mi vida de un plumazo y dejado a mi compañía en picada; la serpiente, el lobo con piel de oveja, sentado ahí, justo frente a Juan José, dedicándome la sonrisa más falsa que había visto en mi vida. Le lancé a Juancho una mirada que podría haber cortado la leche, pero ni se inmutó.

«¿Por qué, Juan?», pensé, «¿por qué me haces esto, dejándome aquí cara a cara con mi propio Satanás?» Oh, quería darle una chinga, ¿sabes? Borrar esa sonrisa engreída de la cara de idiota de Daniel con un buen y rápido puñetazo. ¡Qué cojones ese tipo, hermano! Sentado allí, tan campante luego del numerito que había montado. Estaba apretando los puños tan fuerte que sentí que los nudillos me iban a atravesar la piel.

—¡Hey! —saludó Daniel con esa gran sonrisa falsa, levantándose de su silla—. ¡Cuánto tiempo! Te ves… Bueno, al menos estás vivo, ¿no?

Volví a buscar a Juancho con la mirada, pero él, con el rostro inexpresivo, únicamente me hizo señas para que tomara asiento, así que me dejé caer en un sillón al otro lado de Daniel, quien todavía sonreía como si acabara de ganarse el Powerball. Pinche comadreja.

—Entonces… —solté, con la mandíbula más apretada que una prensa—, ¿a qué debo esta sorpresa? Hasta donde recuerdo, estabas ocupado mandando la reputación de MediaMuv por el inodoro.

—¡El desagrado es mutuo, mi amigo! —rió Daniel, restándole importancia con un gesto—. En realidad, estoy aquí para…

¡BOOM!

Salté por encima del escritorio y arremetí con un fuerte gancho de derecha en la mandíbula, pero el tipo se corrió a un lado en el último segundo y mi puño se estrelló contra la pared, impactando en todo el maldito brazo. Inmediatamente después se me lanzó encima y me rodeó el cuello haciendo una llave.

—Ya no eres tan rudo, ¿eh, machito?

Apretó más fuerte y yole hundí el codo en las costillas. El tipo gruñó y aflojó lo suficiente como para que yo me pudiera dar vuelta y derribarlo al suelo con un tackle digno de fútbol americano.

¡YIIIIJAAAAAA!

Rodamos e intercambiando golpes, inmersos en un lío de puños y furia. José se puso de pie de un salto, agitando los brazos como un loco y con los ojos casi saliéndose de las órbitas.

—¡Deténganse a la verga! ¡Están destrozando mi oficina!

¡CUÁCATA! El pie de Daniel se estrelló contra el escritorio con un ruido estruendoso, volteándolo de lado y arrojando al piso todo lo que había encima. Agarré una grapadora metálica grandota (lo primero que encontré a mano) y lancé un salvaje *swing* a la cabezota de Daniel, pero el tipo la esquivó.

—¡Ja! ¡Peleas como niña borracha! —se burló, lanzándome una maceta con un ficus a la cabeza que explotó contra mi hombro generando un diluvio de tierra.

—¡Te voy a enseñar lo que es una niña, pendejo! —rugí.

¡BUM!

Nos estrellamos contra un librero, tumbándolo como un pino talado. Una granizada de libros me aporreó mientras forcejeábamos envueltos en un ciclón de puños y furia, rebotando contra las paredes y reduciendo los muebles a escombros.

—¡Mayra! ¡Ven p´acá ahorita mismo! ¡Estos cabrones se están matando! —gritaba desesperado Juan José.

Tenía a Daniel agarrado por el pescuezo, martillándole la cara como un saco de boxeo, cuando la doña de Juancho entró cargando como un *linebacker*.

—¡Chingao, ya párenle!

Me agarró del cuello de la camisa y me despegó de Daniel como una curita.

—¡O se calman o los calmo yo!

Jadeando, con los nudillos ensangrentados y palpitantes, Mayra y Juan me sacaron a empujones al patio y me tiraron de culo.

—¡Mejor lárgate! —gritó José, cerrando la puerta detrás de él, con tal fuerza que hizo temblar a Oreo—. ¡Ni se te ocurra asomar la jeta por aquí hasta que tengas la cabeza bien puesta!

Me limpié el labio partido, sintiendo cómo la sangre me llenaba la boca con su sabor a cobre.

—¡Vete a la verga, traidor! —gruñí—. Arrastrándote para trabajar con el mismísimo tipo que está empeñado en destruir todo lo que he construido.

—Mira quién habla… Tú eres el que me vio la cara de idiota haciéndome creer que era parte de algo legal. Y para que lo sepas, Daniel no busca destruirte. No, tú solito te estás encargando de eso y con creces.

A duras penas me podía levantar. Me puse en pie como pude

y saqué mi bolsita de cocaína. Un toque rápido y tendría la fuerza necesaria para enfrentar la traición de frente.

—¡Mírate nada más! ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? ¡Eres un maldito desastre, Webster!

Lo miré fijamente. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos y mi cara del color de la iracundia. Mis manos temblaban como hojas en plena tormenta y mis pies parecían haber olvidado cómo quedarse quietos. La sangre me goteaba de la nariz y mi ojo comenzó su usual danza maniática.

Él me observó, con la repulsión grabada en cada línea de su rostro.

—Por Dios, Webster —dijo, apuntando con un dedo hacia mi nariz—. Estás sangrando.

—No te preocupes por la sangre, estoy bien.

—Lárgate de una vez. Nunca debí haber aceptado verte.

—Desgraciado—gruñí entre dientes, mis palabras destilando veneno puro.

El tipo, que se había dado la vuelta para irse, se congeló a mitad de camino. Luego giró hasta encontrarse nuevamente con mis ojos.

—Después de todo lo que he hecho por ti, ¿así es como me pagas? ¿Defendiendo a esa culebra? Debí saber que eran cortados por la misma tijera —proseguí.

Mi voz subía con cada palabra y mis pies me llevaban hacia adelante, hasta que finalmente quedamos nariz a nariz.

—Y si me entero de que tú estás apoyando todo este peo de Twitter, te juro por Dios que te voy a arrancar la garganta con mis propias…

¡PAM!

Su puño se estrelló contra mi quijada como una bola de demolición, mandándome a volar contra la pared. Vi estrellitas

y el mundo se volteó patas arriba. Coño, el Juancho pegaba duro. La cara de Juan José era pura candela, a punto tal de que su tez competía con el arrebol del atardecer. Nunca lo había visto tan desquiciado.

—Óyeme bien, gusano patético —dijo, conteniendo las ganas de darme otro coñazo—. Daniel no es el que te quiere joder; de hecho, se ha estado partiendo el lomo tratando de averiguar quién está detrás de este peo porque también le está cayendo candela a su empresa. Métetelo en la cabeza, Webster: tus cagadas están poniendo en peligro todo el ecosistema de YouTube.

Agaché la cabeza, sintiendo cómo el peso de sus palabras me caía encima como una sábana de plomo. ¿Sería que yo era el verdadero villano en ese cuento retorcido? Claro, yo era un ladrón, ¿pero de verdad estaba causando tanto daño? Coño, tampoco es que andaba por ahí matando gente, solo estaba agarrando un poquito de plata de la que nadie sabía que existía, en primer lugar. Esos cantantes no tenían ni idea de que sus canciones estaban generando millones de *views* en YouTube, y nadie se paraba a preguntar por qué sus videos no tenían anuncios. En serio, ¿por qué todos actuaban como si yo estuviera cometiendo un crimen atroz contra esos artistas? Quizás, sólo quizás, yo era el héroe anónimo allí y los demás simplemente tenían envidia porque no tenían los cojones para lanzarse a reclamar la plata que estaba ahí, lista para juntar. ¡Que se jodan! Para mí, yo era un maldito genio.

¿Que Daniel estaba tratando de ayudar a descubrir quién estaba detrás de las difamaciones en Twitter? Juancho solo estaba cubriéndole el culo tejiendo una telaraña de pura y descarada mierda. Desde aquel fatídico día en que Daniel llamó a mi oficina ladrando como un perro rabioso sobre las doce

canciones que supuestamente le habíamos robado, ha estado en pie de guerra empeñado en destruirme; especialmente después de su ridículo intento de demandarme, que fue rápidamente desestimado por una flagrante falta de pruebas. Ese pequeño fiasco legal debe haberle prendido fuego, alimentando su obsesión por joderme. Daniel Hernández era el titiritero detrás del circo de Twitter, podía apostar hasta mi último dólar en eso.

Me enderecé la chaqueta, respiré profundamente y observé la escena. ¿Dónde coño estaba Gumpy, mi supuesto guardaespaldas, mientras a mí me daban una paliza de padre y señor mío? Ese monstruo furioso que se suponía que debía protegerme estaba repantigado en mi Porsche Panamera, a escasos cien metros. Así era mi vida, en pocas palabras: nadie cuidaba de mí, a nadie le importaba un carajo.

—Voy a descubrir quién está detrás de este puto show, aunque me cueste la vida —declaré antes de largarme.

—Bueno, espero que descubras al cerebro detrás de toda esta mierda que están publicando sobre ti. Pero mientras juegas a los detectives, haznos un favor y mantente alejado de Daniel y de mí

—¡Vete a la mierda!

* * *

Minutos después, sentado en mi carro, me esnifé lo que quedaba de coca y le exigí más a Gumpy. Me eché hacia atrás en el asiento, con un mar de lágrimas que corría por mi cara, incontenible. Mi amigo, mi único confidente respetable, me había traicionado. Esa vaina me llegó al fondo del alma, te lo juro. La jugada sucia de Juan José fue como una bengala, una luz verde brillante

que les decía a todos a mi alrededor: «¡dale pues, tu también métele el cuchillo por la espalda a Webster!». Lloré, grité, gemí de la pura angustia; incluso Gumpy tuvo que orillar el carro, temeroso de que me lanzara por la puerta en un ataque de desesperación. No te voy a decir que la idea no se me pasó por la mente, pero, coño, si me iba a matar, por lo menos tendría el sentido común de quemar toda mi plata primero.

Tomando una bocanada de aire, traté de controlarme. Sabía que iba a estar bien y que, eventualmente, las cosas se iban a arreglar; solo que, a veces (y solo a veces), la vida te la pone tan dura que uno necesita un minuto o dos para agarrar valor y llorar.

42

Pedazos destrozados

Dos semanas después estaba hundiéndome en un torbellino de melancolía y autocompasión, aspirando línea tras línea como un poseso, encerrado en mi propia cámara de los lamentos.
¡La pelea con Juan me tenía ahogándome en un pozo negro de decepción y drogas! ¿Verlo ponerse del lado de Daniel? ¡Eso fue la tapa del frasco!

Durante esos días me había aislado por completo, sin decir nada a nadie. Y cuando digo nadie, es NADIE; ni siquiera a mi novia, Liza. La pobre debió haber pensado que la había mandado a volar, considerando que nunca pasábamos siquiera un día sin al menos un mensajito coqueto. Pero entonces, después de ignorarla tanto tiempo, ¡definitivamente la cosa no pintaba nada bien! ¡Ni siquiera podía recordar dónde diablos había dejado el maldito teléfono!

Finalmente, decidí recomponerme y salí de mi cueva, luciendo como un extra sacado directamente de la serie The Walking Dead. Tenía cien llamadas perdidas de Liza, ¡cien! Y tanto mi madre como mis hermanas estaban muy preocupadas, tanto que hasta habían enviado a un policía solo para ver si este

muerto todavía respiraba. Liza, por su parte, también estaba angustiada. Le dije que había estado enfermo, pero creo que no me creyó en ese momento. Intenté convencerla de que fuera a mi casa a cenar esa noche, pero se negó porque su bebé no se sentía bien. Por un momento contemplé la idea de ir a su casa, pero todavía me sentía como si me hubiera arrollado un camión por toda la pericoca que había aspirado en la semana.

Me arrastré hasta la ducha como un carapacho apaleado, y adivina qué. ¡La primera en cinco días! ¡Cinco días enteros sin bañarme! Me puse lo primero que encontré tirado por ahí y le escribí a Tito: « ¡Agarra el teléfono y consíguenos una mesa en el COTE, pero ya!». A los cinco minutos vino con el cuento de que el lugar estaba a reventar y que no había ni una sola mesa libre. Me dijo: «Deberías llamar tú mismo al dueño y hacerle saber que vas para allá», pero yo no estaba para esos trotes. ¡Qué va! Mi cabeza retumbaba como si tuviera un taladro con esteroides metido adentro y lo único que me apetecía era un rico y humeante tazón de sopa de miso, por lo que decidí ir de todas formas.

Me personé en ese local japonés cerca de las nueve, con la frente en alto y el pecho inflado, pero me tocó plantar el trasero en la barra porque el lugar estaba hasta las banderas de almas hambrientas. ¡Ni siquiera el dueño pudo hacer aparecer una mesa para este humilde servidor! ¿Y sabes por qué? ¡Porque, simplemente, no había ninguna disponible! Así que me senté en la barra, y diez minutos después ahí estaba yo, sorbiendo una sopa de miso tan deliciosa que te volaba la cabeza, cuando de repente escuché a un bebé llorando como una banshee endemoniada.

«¡BUA, BUA!».

Era tan ensordecedor que giré la cabeza de golpe, convencido

de que algún sádico debía estar torturando al pobre chiquitín.

«¡BUA, BUA!».

Miré a la izquierda. Nada. Eché un vistazo a la derecha, ¡ni un bebé a la vista! El griterío siguió en aumento hasta que me di la vuelta y casi pierdo el almuerzo sobre la barra. Las tripas me dieron un triple salto mortal y estuve a un pelo de rociar esa sopa de vuelta. Agarré el vaso de agua, le di un trago y aparté la mirada, tratando desesperadamente de recuperar el aliento y evitar que mis entrañas se convirtieran en extrañas.

Un Misisipi… Dos Misisipi… Tres Misisipi… Cuatro Misisipi…

Mis globos oculares giraron hacia atrás como bolas de ruleta en frenesí mientras le imploraba al Todopoderoso que no aterrizaran en el número ganador: mi bombón de novia Liza, sentada junto a su legítimo esposo.

Ahí estaba ella, sorbiendo su vino con la elegancia de una Miss Colombia mientras él se empinaba una Corona como si fuera agua bendita, sonriendo con la satisfacción del gato que se zampa al canario. Ella, una visión celestial; él, flotando en el séptimo cielo; y juntos, el retrato perfecto de la felicidad matrimonial.

¿Y yo? Mirando, como una olla a presión a punto de explotar. ¿Qué vaina estaba ocurriendo? ¿Acaso habría estado jugando conmigo como un títere todo ese tiempo? Quería creer en su sinceridad, de pana que sí, pero las pruebas me abofeteaban en la cara, burlándose de mi ingenuidad. Esos dos tortolitos seguían viviendo juntos en su nidito de amor, ¡y yo creyendo que eran compañeros de cuarto! Sí, cómo no. La dura realidad es que cuando alguien empieza a decir mentiras, todo lo que alguna vez ha dicho se vuelve más cuestionable que la fortuna de un delincuente.

Tiré unos billetes sobre la mesa y me paré de un brinco, listo para salir disparado hacia el baño de hombres como alma que lleva el demonio. Pero cuando estuve a un pelo de loro de su mesa, no pude resistir la tentación de frenar en seco y clavar mis ojos en ella como dos puñales. Quería que sintiera el peso aplastante de mi mirada acusadora, que supiera que la había descubierto con las manos en la masa, enredada en su telaraña de embustes. El marido (o ex marido) se volteó para verme, con una sonrisota de oreja a oreja.

—Mira, pues, ¡pero si es un fantasma del pasado! —dijo el muy jodío estirando la mano para saludarme.

No podía dejar al pobre guevón con la mano estirada, ¿o sí? Tampoco era que el tipo me hubiese jodido a mí, así que me armé de valor, sonreí y le estreché la mano.

—Jairo, ¿verdad?

Miré de reojo a Liza. Apostaba lo que fuera a que estaba cagada hasta las patas en esos pantalones baratos.

—¿Te apetece sentarte con nosotros, Yenddi?

El carajo señaló una silla vacía y los ojos de Liza se abrieron como platos, negando con la cabeza casi imperceptiblemente, aunque yo lo vi clarito: la bicha estaba más blanca que una hoja de papel, coño e' la madre. Una parte de mí quería dejarse caer en esa silla y voltearles la salidita familiar, pero no; no pude hacerlo. No soportaba la idea de herirla, incluso siendo que me había roto el corazón en mil pedacitos. Coño, todavía estaba loco por esa hembra.

Rechacé la invitación amablemente, le extendí la mano otra vez y me despedí, y acto seguido me metí en el baño para tomar aire, jurando por la santa de mi madre que iba a salir por esa puerta sin mirar ni a la izquierda ni a la derecha; enfocado, como con un láser, en el estacionamiento, donde el buenazo de

Tito me esperaba con el motor encendido. Si ya había pasado toda la semana deprimido por lo de Juan José, sabe Dios qué coñazo me esperaba en los próximos días.

«¡Al carajo con todo! Liza tendrá que escupir una razón bien creíble para estar mintiéndome en la jeta, aunque, coño, si tienen un carajito juntos, compartir una comida no es un crimen federal, después de todo. Yo solo estoy siendo un maldito celoso, exagerando las vainas», reflexionaba.

Me armé de valor y salí, y al cruzar la puerta, ¿qué crees? Ahí estaba ella, de brazos cruzados, con una expresión que ni de vaina podía descifrar, pero yo, molesto como me sentía, seguí de largo.

—¡Webster! —me llamó, corriendo detrás de mí como si yo fuera el último bote salvavidas del Titanic.

—¿Se lo vas a decir? —le espeté, sin detenerme ni voltearme.

—Por favor, solo escúchame —suplicó, luchando por seguirme el paso.

—¿Se lo vas a decir? —repetí, llegando a la salida.

—Es su cumpleaños. Tenía que estar aquí. No hay nada…

—¿¡Se lo vas a decir!? —rugí, ahora mirándola.

—¡No sé!

Me quedé boquiabierto, incapaz de procesar lo que acababa de escuchar.

—No sé… —dice una vez más, en un susurro.

—Está bien que ilusiones a otro tipo cuando estás peleada con tu esposo, pero apenas tú y él se reconcilien, te devolverás a tu ratonera, ¿así es la cosa? —le escupí, al borde de las lágrimas.

—¡Tienes un descaro! Hablas como si supieras un carajo de mi vida

—Sé bastante…

—¿Ah, sí? Bueno, yo también te tengo calado, señor Batista.

Cuando alguien en verdad quiere algo, lo busca.

—¡Claro que sí!

—¿¡Pero luego te desapareces por una semana!? Me parece que solo quieres ju…

—¡Te quiero a ti! —la interrumpí, con las manos entrelazadas como las de un mendigo rogando por salvación.

—Nunca… Nunca llegamos a entender qué se suponía que era esto entre nosotros —dijo ella, conteniendo un sollozo—. Yo simplemente… no encajo en tu mundo.

—¿Que no encajas? ¿Por eso te negaste a cenar conmigo hoy? ¿Porque crees que no encajamos?

—La vida que llevas… No quiero eso para mis hijos. Estás metido hasta el cuello en las drogas, Webster. ¡Necesitas ayuda!

—Ya, ya. Buscaré ayuda, dejaré el vicio, dejaré atrás esa vida, pero necesito oírte decir, aquí y ahora, en este momento, que estás conmigo, pase lo que pase.

Pude ver que le estaba costando cada gramo de fuerza no llorar.

—Estuve encerrado en ese maldito cuarto por una semana entera, lidiando con cosas que te contaré luego; pero ahora mismo, bebé, enfoquémonos en nosotros, en lo que tuvimos. Fue pura magia, y tú lo sabes.

Estaba prácticamente arrastrándome a sus pies, pero me valía verga. ¿Perderla así? Ni de vaina. Coño, si hubiera sabido que mi aislamiento iba a entorpecer nuestro amor, mejor me hubiera metido un tiro en el coco.

—Entiendo lo que dices sobre que no encajamos, y sé que mi vicio con las drogas es el problema más grande — dije con la voz quebrada—, pero te juro por mi vida que lo voy a dejar. Voy a cambiar, empezar de cero. La verdad es que he estado luchando contra el perro negro de la depresión. Esa es la vaina.

—No, eso no es justo. ¿Cómo iba yo a saber de tu depresión? —preguntó compungida.

—Te amo.

Acuné su rostro entre mis manos, acariciando sus suaves mejillas con mis dedos.

—¿Me oyes? Te amo. Lo diré de nuevo, un millón de veces si hace falta. Te amo, te amo, te amo. Lo supe en el instante en que te vi en ese estudio de grabación. Mis amigos lo saben. Coño, hasta mi perro lo sabe.

Lágrimas calientes empezaron a correr por mi cara. Presioné mi frente contra la suya, sosteniendo su barbilla en mis manos, anclándola a mí.

—Ahora, ¿recuerdas lo que me dijiste en mi cumpleaños cuando nos tomamos de las manos bajo las estrellas? Dijiste: «Me quedo aquí para siempre». Podemos hacerlo. Tú y yo. Ven a casa conmigo. Ven a casa.

Sus ojos eran dos cascadas y las palabras parecían fallarle.

—Entraremos juntos y se lo diremos. Juntos.

Hice una pausa, buscando una reacción en su cara. Sus labios temblaban, pero ella permanecía en silencio.

—Eso es lo que quieres, ¿verdad?

Otro momento de silencio se extendió entre nosotros.

—Es lo que quieres, ¿no? —presioné una vez más.

Movió la boca, pero no alcanzó a pronunciar nada; y otro instante pasó.

—Yo no… lo sé —logró decir.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Solté su barbilla y retrocedí dos pasos, y vi el arrepentimiento inundar su rostro al instante.

—Ok —dije, limpiándome las lágrimas que me negaba a dejar caer.

—Espera… —suplicó, pero yo ya me estaba retirando.

—Okey —repetí, con la voz inquebrantable y los ojos duros.

Se quedó allí como una estatua, probablemente deseando poder retractarse de sus fatídicas palabras, pero ya era demasiado tarde.

Me di media vuelta y me fui, dejándola a ella y a los pedazos destrozados de mi corazón atrás.

43

El 70%

Como si los coñazos no vinieran en combo especial, al día siguiente recibí una llamada de Anthony Juárez, mi abogado de divorcio. Adivina de quién se trataba… ¡De la Anaconda! ¡La medallista de oro en las olimpíadas de joderme la vida!

Pues resulta que la bicha, después de que el juez mandara al carajo su demanda por no llegar a un acuerdo, ¡había arremetido con la exigencia no del 60%, sino del 75% de MediaMuv!

¿Puedes creerlo? ¡La muy desgraciada quería todo! Cuarenta mil verdes por mes de manutención, la custodia de los niños y todos los carros, incluyendo un Tesla, un Lambo y unBMW i8. ¿Acaso a la cabrona no le bastó con la casa y las joyas que le había dejado? Su avaricia la había enloquecido completamente. Según me contaron, la muy pendeja se había vuelto adicta a la marihuana, y mis hijos tenían que andar oliendo esa peste todo el día. ¡Y por si fuera poco, los cien mil que le daba para los impuestos, la muy perra se los gastó viajando con el noviecito ese, que no era mas que un miserable DJ! ¡De todo el dinero que le daba al mes, ni un peso le pagó al IRS! ¡Con razón Logan me tenía entre ceja y ceja, si básicamente nos estábamos cagando

de la risa en su jeta!

Te juro que me quería morir. ¿¡Un puto DJ!? ¿O sea que la Anaconda había preferido no pagar impuestos y arriesgarse a ir presa por llevar de vacaciones a un güevón que en su vida se había montado siquiera a un avión comercial? ¡Qué cojones!

Le pedí a Anthony que le avisara al abogado de mi ex que se fuera pal´coño y que le dijera a la Anaconda que si se sentaba a esperar mi firma, le iban a salir callos en el culo. El juez terminaría tumbando esa demanda otra vez porque, de nuevo, no íbamos a llegar a nada.

Colgué esa llamada y abrí el cajón de la mesita de noche para buscar una Xanax.

—¡Tito, tráeme un vaso de agua! —grité, mientras me tragaba dos pastillas de un solo tiro.

Estaba peleando con una maldita depresión y una ansiedad que me tenían jodido porque la vida me estaba dando duro y parejo en muy poco tiempo. El Tito insistía en que fuera a un psiquiatra, pero yo nada, ¡qué va! Capaz que me ponían a tomar antidepresivos y eso sí que no, aunque, pensándolo bien, de seguro me caerían mejor que todas las Xanax y todo el perico que me estaba metiendo.

Dos horas después, Erik me terminó de alegrar el día con la noticia bomba: el agente federal James Logan había vuelto al ataque, el muy desgraciado. En ese preciso momento, estábamos sentados en mi balcón. Yo, drogado hasta las patas con Xanax y coca, me empujaba una cerveza, y Erik se daba aire con un puro.

—Mira, este coño ‘e madre del Logan no se va a rendir así de fácil —dijo Erik, preocupado—. Está que pide hasta la factura del papel higiénico usado en MediaMuv. ¡Te lo juro que si no se lo das, él y su combo de federales te van a tumbar la puerta a

patadas!

Me quedé tieso, mirando a la nada. Ya estaba curado de espantos. Llevaba más de un año siendo investigado y pensaba que nada me iba a pasar. Sin embargo, hablar del tema, igual me provocaba una rabia que ni te cuento.

—¿Y si le mostramos los contratos que hizo la Mayimba? Esos tienen su pinta de legales —sugerí.

—Claro, si quieres que te endocen más cargos encima. Mira, Webster, déjate de güevonadas. Es hora de que te pongas serio. Estos tipos no están jugando.

Me levanté de un brinco y miré hacia el mar para encontrar un poco de paz en el vaivén hipnótico de las olas.

—¿Entonces qué coño quieres que haga? ¿Me estás diciendo que si no les doy lo que piden por las buenas, me van a joder por las malas? ¡No tengo ni un puto papel para darles!

Una sonrisa torcida se dibujó en los labios de Erik.

—Tu contrato con Néstor —dijo como si fuera la solución más evidente del mundo—. Es lo único más o menos decente que tienes, ¿o me equivoco?

Una carcajada amarga escapó de mi garganta.

—No, hermano. En ese contrato dije que era dueño de más de dos mil canciones y…

—¿Mentiste?

—¿¡Y qué esperabas!? —exclamé alzando las manos en un gesto de impotencia.

—Mentir para sacar plata es fraude, Webster. ¿Eso lo sabes,no?

—¡Coño, claro que lo sé! Lo que no sabía en ese momento era que la muy perra de mi ex se iba a hacer la loca con los impuestos. Por eso es que el maldito de Logan me anda respirando en la nuca.

Me quedé callado un instante, tratando de poner en orden el peo que tenía en la cabeza. Luego, clavé mis ojos en Erik con una mirada que debió parecer la de un animal acorralado.

—¿Y qué pasó con ese pana tuyo que iba a sacarle información al fiscal del caso?

—Un coño e' madre —respondió desanimado—. Ese güevón no me ha dicho ni mierda. Ya estoy empezando a creer que el muy forro solo me estaba tomando el pelo.

—Así es esta vaina, a nosotros todo el mundo nos jode —murmuré, reclinándome en la silla hasta quedar mirando al techo—.Somos unos putos farsantes de mierda. Peter el hacker terminó valiendo verga; los contratos de la Mayimba mejor ni hablar. No tenemos ni con qué limpiarnos el culo, hermano.

—Y me temo que esto es solo el principio, porque cuando Logan se dé cuenta que no tienes ni un miserable papel que demuestre que MediaMuv es dueño de algo, se va a querer meter hasta en el fondo de tus cuentas de Youtube.

Yo tomé aire lentamente y sentí cómo un nudo se me formaba en la garganta. Tan solo imaginarme a ese cerdo de Logan hurgando entre mis cuentas de Youtube como un puerco buscando trufas, me entraban ganas de vaciar las tripas.

—Igualmente, si ese cabrón logra conseguir una orden para meter sus narices en las cuentas, no va a encontrar un carajo porque hace más de un año que cambiamos todos los nombres de los artistas.

—¿De qué coño estás hablando? Le solté la sopa.

—Mira, una vez íbamos para Las Vegas con Prada, Julián y Amanda, y se me prendió el bombillito de meterle mano a la base de datos.

Mientras le contaba los detalles de cómo había cambiado todos los nombres de los artistas en los reportes, Erik me miraba

con una mezcla de asombro, indignación y ganas de caerme a coñazos. Ya se había dado cuenta que toda esa mierda era puro humo y que no íbamos a llegar a ningún lado.

—Bueno —dijo el abogado—, lo único que te puedo decir es que…

¡PLAF!

El sonido de la puerta lo cortó en seco. Miramos hacia atrás, y ahí paradote como poste de luz, con el celular en la mano, estaba Tito.

—Señor, tiene visita.

Erik y yo nos miramos con cara de pasmarote. ¿Quién coño podría ser? Yo no estaba esperando visita ni de la vecina del quinto piso.

—No espero a nadie. Diles que dejen el recado. Tito asintió y se fue.

—Como te iba diciendo —prosiguió Erik, dejando entrever que ya estaba hasta la tapa de tanta güevonada—, si Logan no encuentra pruebas de que tú eres…

¡TOC-TOC!

Erik se puso de pie, fastidioso y giró la cabeza como si tuviera un resorte en el pescuezo.

—Señor —volvió a interrumpir el queridísimo Tito.

—¡Tito! Coño, ¿no ves que estoy en una reunión? ¿Y ahora qué?

El cabrón se puso más blanco que Casper, el fantasma.

—Disculpe, señor. Es… su novia.

Estaba a punto de hablar, pero me quedé quieto como momia. Mi… ¿novia? ¿Liza? No podía creerlo. Después de dejarme por su esposo, ¿qué demonios querría?

—Tito, dile a la niña que suba y me espere en la sala, ¿vale?

El viejo se quedó callado por un instante, como si estuviera

pensando qué decir.

—Señor, hay un pequeño detallito —dijo finalmente.

Miró a Erik para asegurarse de que no estuviera escuchando.

—La cosa es que… la niña no viene sola.

—¿Cómo así? ¿A qué te refieres?

—Vino con toda su familia.

44

La pocilga

El ascensor me hizo sentir como un cohete despegando. Mi corazón aceleraba más rápido que el motor de un carro de carreras. Esa mujer me había botado como si fuera basura del día anterior, escogiendo a su marido en vez de a mí. Sueños destrozados esparcidos por el piso de mi mente y encima tenía que encontrarme con ella abajo, con su madre y sus hijos a cuestas. Era como un episodio surrealista de *La Dimensión Desconocida*.

Las puertas se abrieron con un alegre tintineo que se burlaba de mi dolor y yo salí pavoneándome, escaneando el lobby como un agente de la CIA. Ella estaba allí parada con su madre, quien llevaba una cara que podía agriar la leche. Pero Liza… Ese vestido, dulce Madre de Dios. Se aferraba a sus curvas como papel film a un Twinkie, con un escote que se hundía más que la bolsa durante el Viernes Negro. Sus piernas parecían interminables, como si se tratara de una especie de diosa griega en tacones de aguja.

Nicolás, su niño genio, tecleaba en su iPad, felizmente ignorante del culebrón que se desenvolvía a su alrededor.

Me acerqué con paso arrogante; mis palmas sudaban como un monzón.

—Hey —saludé.

La madre de Liza se mordía el labio como un castor, probablemente asombrada por todos los lujos de la Torre Porsche.

—¿Por qué no nos sentamos en el restaurante del lobby? —propuse, clavando mis ojos en el angelical rostro de Liza.

Ella asintió, con una sonrisa pícara jugando en sus labios. Cristo Todopoderoso, ¿cómo podía seguir enojado con aquel impresionante serafín? Claro, me había arrancado el corazón para lanzárselo a los lobos al no dejar a su esposo por mí, pero, carajo, era la criatura más exquisita sobre los verdes prados de Dios.

Mientras caminábamos hacia el restaurante, no pude evitar asombrarme ante la impresionante montaña de bártulos que ella arrastraba. ¡Parecía que estaba planeando mudarse con todo y chivos! Digo, ¿quién en su sano juicio llevaba un baúl a una reunión casual?

Nos sentamos a una mesa con una incomodidad densa y aclaré mi garganta en un intento débil por romper el ensordecedor silencio.

—Entonces, ¿cuál es el rollo con el equipaje? —pregunté.

Ella clavó su mirada en mí, con un brillo travieso en sus ojos que me hizo estremecer.

—Te amo —dijo con una voz tan empalagosa que daban ganas de ir al baño—. Quiero estar contigo.

Casi me atraganto con mi propia saliva. ¿Esa tipa estaba hablando en serio? No había pasado ni un día desde el episodio en el restaurant y en ese momento estaba profesando su amor eterno por este humilde servidor. No sabía si echarme a reír a carcajadas o llorar como un bebé. Sin embargo, antes siquiera

de que pudiera decir nada, su madre intervino con una voz afilada.

—Así que mi querida hija está loca por ti…

¿Por qué diablos Liza no me había avisado que iba a ir con su mamá a mi casa?

—Eso es lo que ella dice —logré balbucear.

—Webster, ¿cierto? —averiguó.

—Sí, señora —confirmé.

—¿Correspondes a los sentimientos de ella, Webster?

Me volteé hacia Liza. Nuestras miradas se trabaron en una batalla silenciosa de voluntades.

—Claro que la amo —declaré, sin despegar ni un segundo los ojos de la dueña de mi afecto.

La madre sonrió, señaló a Nicolás, el hijo mayor de Liza, y luego me miró fijamente a mí.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres, Webster? Osea, no es una decisión sencilla la que están tomando. Mis nietecitos están en el medio de todo esto.

Aguanta un momentico. ¿De qué coño estaba hablando ella?

¿De verdad creía que yo iba a mudar a su hija con sus carajitos?

¿Había discutido Liza esto con su marido o ex marido, lo que fuera el carajo ese?

Yo estaba perdido. Aquella conversación jamás había tenido lugar entre Liza y yo, y tener que lidiar con eso frente a su madre me hacía asumir que ella estaba perfectamente contenta con mudarse a mi morada.

—¿Qué está pasando? —indagué, perplejo. Liza puso su mano en mi regazo.

—¿Cómo así, papi? Mis niños se vienen conmigo pues.

Tragué saliva con dificultad. ¿¡En qué momento habíamos acordado eso!?

—¿Podríamos hablar de esto en privado, mi amor? — dije fingiendo una sonrisa.

Ella miró a su mamá y luego a mí.

—Yo te escogí a ti, Webster —declaró con seriedad—. Hace 24 horas me estabas rogando que me quedara contigo, ¿y ahora tienes dudas?

—No, no, mi vida. No es eso, es solo que… me agarraste fuera de base, pues.

—Ya se lo conté todo —reveló.

Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo.

—Él ya sabe todo. Me corrió de la casa y por eso estamos aquí mis hijos y yo.

—¿¡Te botó!? —solté atónito.

No podía creerlo. Con razón la pobrecita estaba allí, acompañada de sus dos angelitos y sus maletas. Esa mujer había decidido dejarlo todo por mí, y no podía negar que estaba más feliz que perro con dos colas de tenerla allí conmigo. No obstante, su madre todavía se veía preocupada, como si tuviera un mal presentimiento.

—¿Y tú a qué te dedicas? —quiso saber mi suegra.

Hermano, me sentí como un condenado a muerte frente a la silla eléctrica.

—Yo, eh, soy productor —balbuceé, haciendo sonar mi otrora noble profesión como un patetismo.

—¿Productor? —escupió como si fuera una cucaracha en su caviar—. ¿Y cuáles son tus intenciones con mi hija?

Me retorcía bajo su mirada de acero, con la lengua más enredada que un jamboree de Boy Scouts.

—Bueno, yo, este…la amo. Y quiero hacerla feliz.

Sus labios se fruncieron y sus ojos me diseccionaban como a una rana en clase de Biología. El silencio se extendía, y cada tic

tac del reloj era como un martillazo para mi frágil psique.

Y entonces, justo cuando me preparaba para una sentencia de por vida en el purgatorio, su rostro se derritió como un glaciar ártico en julio.

—Bueno, pareces un tipo lo suficientemente decente. Supongo que puedo aceptar esta relación —concedió.

Exhalé un suspiro que había estado conteniendo desde la era del Myspace. Mi alivio era tan palpable como un indulto del gobernador. Miré a mi novia, cuyos ojos brillaban como el diamante Hope, y en ese momento supe que todo iba a estar bien. Claro, nuestra relación tenía más equipaje que una Kardashian en una gira mundial, pero oye, ¿quién dijo que el amor era pan comido?

Mientras estaba allí sentado, rodeado de mi novia, su madre y sus dos hijos, me di cuenta de que, a veces, *los giros más inesperados de la trama pueden conducir a los más asombrosos finales felices.*

Unos minutos más tarde, mis pensamientos viraron hacia Melody y Armani. ¿Qué estarían haciendo en ese mismísimo momento? No había sabido nada de ellos desde que mi ex le metiera un cuentazo al juez, argumentando que yo ponía en peligro sus vidas con cualquier contacto ¡Qué va! Su Señoría nunca se tragó ese parapeto, pero Sofi movió cielo y tierra para mantenerme fuera de la vida de mis niños.

Eché un vistazo por encima del hombro de Liza.

—Tito, sube sus maletas —le ordené a mi chofer.

Miré a mi novia a los ojos, y estaba a punto de poner los puntos sobre la mesa cuando…

¡RING!

El teléfono hizo mierda el momento.

Saqué el celular del bolsillo y entrecerré los ojos para ver los

números desconocidos. Código de área 602. ¿Arizona? Me estrujé el coco. ¿Quién coño podía ser?

—Ya vuelvo —me disculpé mientras me alejaba para contestar la llamada—. ¿Aló?

—¿Webster?

Por el acento, la voz era la de un tipo más blanco que el cazabe.

—El mismo. respondí.

—Detective Justin Cole, policía de Phoenix. ¿Tiene un minuto?

—Mire, si es por la investigación del IRS, tiene que hablar con mi…

—Señor —me cortó el poli—, lo llamo para informarle que su edificio se incendió.

—Yo no hablo con tiras, vaya a…

Sus palabras por fin me penetraron la cabeza.

—Aguanta ahí —dije, buscando algo de privacidad—. ¿Qué edificio se quemó?

—Su oficina, señor. Se prendió en candela hace dos horas. Tenemos que hablar.

Madre mía.

IV

Parte Cuatro

Se escribe «creí en ti» y se pronuncia «me decepcionaste».

45

Por nuestro bebé

Nueve meses después..

Eran las nueve de la mañana. ¿O serían las diez? ¿Quién coño lo sabía a esas alturas? Estaba hasta las metras de coca, sentado tieso a un lado de Liza en un consultorio frío que parecía una nevera. La mente me daba vueltas como un trompo.

—¿Síndrome de Down?

La voz de Liza temblaba. Tenía los ojos aguados, a punto de derramar un diluvio de lágrimas.

—No…, no puede ser. ¡Tiene que haber un error!

Aquello no podía estar pasando; no a nosotros, no a nuestro bebé. Cuando el doctor mencionó que existía esa posibilidad luego de hacer la primera ecografía, aparté el pensamiento de mi cabeza, negándome siquiera a considerarlo. Los niños con Síndrome de Down le nacían a otra gente, no a nosotros. Sin embargo, una semana después el asunto tomó un cariz más grave: el doctor nos comentó que las probabilidades de que nuestro primer y precioso hijo, cuya llegada habíamos estado esperando con ansias durante seis meses, naciera con

esa discapacidad eran aún mayores, tanto como de un 60%.

Rodeé los hombros temblorosos de Liza con mi brazo, tratando de contenerla, pero no me salían las palabras. ¿Qué podía decir? ¿Qué palabras podrían mejorar la situación? Me sentía como si estuviera observando esa escena desde fuera de mi propio cuerpo, como si todo fuera una pesadilla.

—Lo siento mucho —dijo el doctor con suavidad, con la compasión grabada en su rostro arrugado—. Sé que esta noticia es muy difícil de procesar, pero no lo sabremos con certeza sin más pruebas. Incluso si esto ocurriera, muchas personas con esta condición viven vidas muy plenas y felices hoy en día con el apoyo adecuado.

Sus palabras eran de poco consuelo. Liza ahora lloraba abiertamente, mostrando su cuerpo sacudido por la angustia. La abracé fuerte, intentando no quebrarme. «Esta no puede ser nuestra realidad», pensé, y en un instante, todos los sueños que habíamos imaginado para nuestro hijo nonato parecieron esfumarse.

Mis lágrimas empezaron a caer.

Dios, estaba exhausto. Mi vida de trompicones era un puto limbo. Habían pasado tres pinches trimestres desde aquella noche de candela en las ruinas chamuscadas de MediaMuv y todavía me dolía la cabeza. El detective de incendios de la policía de Phoenix, un cabrón sacado de un policial de poca monta, nos interrogó a Prada y a mí durante horas, insinuando con sus cejas levantadas que un reclamo de nuestra aseguranza contra incendios nos iría de perlas en ese momento, pero, finalmente, hasta él tuvo que admitir lo obvio: no teníamos nada que ganar y todo que perder con ese desastre.

¿Quién coño lo había hecho?

Prada, mi amigo del alma y cómplice en el crimen, tenía

una teoría: él creía que el culpable del incendio era Daniel Hernández. Yo, no obstante, lo dudaba. No lo veía a Daniel arriesgando todo por lo que había trabajado tanto solo para quemar nuestra oficina. Claro, quizás era el cerebro detrás de los ataques de Twitter que nos habían jodido, pero aquello parecía demasiado extremo para él. Para mí era obvio que mi ex esposa, la Anaconda, era la cabeza que había perpetrado ese delito en busca de venganza por mi negativa a firmar los papeles del divorcio, aunque no tenía prueba de ello; solo mi instinto y esa sensación imborrable de pavor que venía de conocer demasiado bien a mi propio demonio.

Fuera quien fuere, decidí cortar con el pasado y cerrar las puertas de MediaMuv para manejar las operaciones de YouTube por mi cuenta. Con el corazón destrozado, tuve que despedir a los empleados, excepto a Prada; él era el único en quien podía confiar en todo ese peo.

El agente James Logan se había esfumado. La última vez que había sabido de él fue cuando me dejó un mensaje de voz implorándome que nos reuniéramos. Estaba desesperado el carajo; y aunque sabía que tenía a tres abogados cuidándome las espaldas, en lugar de ir con ellos quería ir directo a mí. ¡Qué güevón!

Unas cinco semanas después de cerrar la oficina, Prada empezó a planear su boda oficial. Sí, sí, ya sé. Yo tampoco comprendía cómo coño Camila seguía con él. Julián, el cuñado cagón, por su parte, había decidido alejarse de nosotros después de enterarse de que su novia estaba preñada. ¡Lo mejor que podía hacer después de todo el lío en el que me había metido con Daniel!

Hablando del rey de Roma, después de aquella coñaza en la oficina de Juan José, no volví a saber de Daniel.

¿Y sobre Twitter? Coño, el puto Twitter me tenía harto. Aunque nadie hacía caso a todas las pendejadas que publicaban, pensé que iba a ver a Diosito antes de descubrir si Daniel en verdad estaba detrás de esa vaina.

Mi situación financiera mejoró después de botar a todos mis empleados, pero tengo que admitir que me sentí como mierda por dejarlos ir.

Mis gastos mensuales volaban por las nubes tras mudarme a un apartamento que costaba la modesta suma de treinta mil al mes, y mi pobre Liza estaba emputada; no solo por mis gastos desmesurados, sino también por mis adicciones, mis ataques de ansiedad y mi depresión. Todo eso, junto con la noticia que acabábamos de recibir, nos hacía sentir como si estuviéramos siendo castigados por Dios. Nuestro bebé, el que habíamos hecho con amor, no estaba bien. Liza se ahogaba en lágrimas y yo no sabía cómo hacerla sentir mejor. La última vez que la había visto llorar tanto fue cuando le propuse matrimonio. El médico trataba de darnos esperanzas diciendo que había muchos tratamientos para el síndrome, pero yo no quería escuchar ni una palabra más de él.

—Necesitamos una segunda opinión —logré decir, encontrando mi voz—. Esto no puede ser correcto. Tenemos que ver a otro doctor.

Incluso mientras decía esas palabras, sabía que me estaba aferrando a un clavo ardiendo. No podía aceptarlo, no aún. Necesitaba escuchar cualquier otra respuesta que no fuera la que nos habían dado. Por el bien de Liza y nuestro bebé, tenía que aferrarme a algún hilo de esperanza en que el doctor estuviera equivocado.

Salimos del consultorio aturdidos, sintiendo que el mundo entero había cambiado en un instante. La alegría y la ilusión de

convertirnos en padres que habíamos albergado de pronto se sintió como un agobio porel miedo y la tristeza. Pero juntos, lo enfrentaríamos. Teníamos que hacerlo, por nuestro bebé.

46

Necesitaba un milagro de Dios

Dos semanas después…

El COVID 19 estaba en sus inicios y yo estaba emputado esperando en una cola más larga que las güevas en Walgreens, tratando de comprar todo el desinfectante de manos que pudiera encontrar antes de que se agotara. Liza estaba más paranoica que la madre en cuanto a infectarse con el virus porque estaba a punto de reventar y no quería arriesgar la salud de nuestro bebé más de lo que ya estaba expuesta.

Te estarás preguntando por qué coño estaba yo parado en la cola esperando cuando tenía gente que hiciera eso por mí… Bueno, déjame decirte, Tito ya no estaba a mi lado. Me había visto obligado a despedirlo después de que mi madre me dijera que me estaba robando. Por supuesto, eso no era cierto, pero tuve que dejarlo ir porque estaba teniendo demasiados problemas con casi toda mi familia, incluyendo a Liza. Sostenían que él era quien apoyaba mis hábitos con las drogas y que era una mala influencia en mi vida. Pobre hombre… Era la persona más confiable que tenía a mi lado y

tuvo que irse por mi estúpida adicción.

En fin, después de esperar un largo rato, llegó mi turno de abonar. Llevé mis cosas a la cajera y esperé a que la tipa escaneara todos los artículos. Tras unos segundos, le entregué mi tarjeta de débito. La pasó.

—Fue rechazada, señor.

—¿En serio? Debe haber un error. Inténtalo de nuevo, por favor —repliqué, confundido.

Pasó la tarjeta una vez más.

—Rechazada —repitió, perdiendo la paciencia por lo que se veía.

—¿Tiene otra tarjeta, señor? —preguntó; luego miró hacia atrás.

Me di la vuelta y vi la enorme fila de personas esperando su turno para pagar. «Qué vergüenza», pensé.

—Espera un segundo, por favor —dije, frustrado.

Saqué otra tarjeta de mi bolsillo y se la entregué cruzando los dedos. Lo intentó nuevamente y, dos segundos después, lo vi en su cara: también había sido rechazada.

¡Mierda! ¿Qué coño estaba pasando? Probé con otra y nada. La gente que estaba detrás de mí se estaba impacientando. No sabía dónde meter la cara. ¡El total era de tan solo $125 dólares, por el amor de Cristo! ¿Y mi tarjeta no podía cubrir eso? ¡Coño!

Salí de la tienda con las manos vacías y furioso. Cinco minutos después, de camino a casa, decidí parar en el cajero automático del banco para revisar mi cuenta, y casi me da un infarto cuando vi el mensaje en la pantalla: «Esta cuenta ha sido suspendida».

Una hora más tarde estaba sentado junto a mi prometida, teniendo una discusión telefónica acalorada con un representante del banco. Como si todos los coñazos anteriores no hubiesen

sido suficientes, se sumó uno nuevo a la lista: cuentas bancarias cerradas.

Resultó ser que el agente Logan había regresado y decidió joder a los bancos para que le entregaran todos mis registros bancarios. El representante del banco me explicaba que, tras recibir una orden judicial, ya no querían hacer negocios conmigo, y que tenía que esperar noventa días para recibir un cheque de caja por correo con los fondos que tenía en mi cuenta antes de que la cerraran. Estaba que botaba fuego. Yo intentando ahorrar cerrando mis tarjetas de crédito y ahora me veía obligado a sacar una nueva.

Ya era la hora del almuerzo y estaba acostado en la cama cuando Liza entró en el cuarto con una bandeja full de platos con mi lasaña favorita.

—¿Qué vamos a hacer ahora? No tengo cómo usar mi dinero —fue lo único que pude decir.

Ella se sentó a mi lado, me quitó el tenedor y empezó a darme la comida en la boca. Esa era la mejor vaina de Liza. Siempre me trataba como si yo fuera una especie de rey y ella mi sirvienta. La amaba por eso.

—¿Qué hay de tu mejor amigo?

—¿Quién? ¿Prada? —pregunté con la boca llena.

—Sí. ¿No podría abrir una cuenta bancaria para ti?

—Mmm, ¿a qué te refieres?

—Si ningún banco quiere joder contigo, ¿por qué no le pides a tu amigo que abra una cuenta a su nombre para que tú la uses?

—Está en Phoenix el bicho. Si voy a buscar a alguien, esa persona tiene que estar aquí en Miami por si necesito su firma pa´algo.

—En ese caso —dijo levantándose de la cama—, creo que deberías…

¡RING!

El teléfono sonó con insistencia, vibrando contra la mesa de café de vidrio. Néstor White, el bueno de Néstor, siempre parecía llamar con alguna mala noticia o pequeño peo que necesitaba ser resuelto. La ironía me hizo soltar una sonrisita mientras aceptaba la llamada.

—¡Epa! ¿Qué más? —saludé.

La última vez que había sabido de él fue cuando se quemó la oficina. No le sorprendió el incidente porque años atrás me había advertido sobre la Anaconda.

—¡Hey! ¿Tienes un minuto para conversar?

El tono de voz exageradamente alegre presagiaba que las noticias serían peores que de costumbre.

—Claro, ¿qué pasó? Aunque tengo la sensación de que debería prepararme para lo peor…

Intenté mantener un tono ligero, pero mi mano libre se cerró en un puño y las uñas se me clavaron en la palma.

—Bueno… Odio ser el mensajero de malas noticias, pero, ¿recuerdas a nuestro buen amigo, el agente especial James Logan? Parece que no se ha olvidado de ti después de todo. Acabo de recibir una citación del IRS exigiendo todas las comunicaciones entre MoneyTube y MediaMuv. Cada. Maldito. Documento.

Sentí que la sangre abandonaba mi rostro mientras un hormigueo helado me recorría la columna vertebral. James «Jodido» Logan. Ese sabueso burocrático había vuelto a captar el olor. No le había bastado con cerrar mi cuenta bancaria e impedirme acceder a mi propio dinero… Las paredes parecían cerrarse, el aire se volvía más delgado…

La voz de Néstor me devolvió a la realidad.

—No tengo otra opción, Webster. Tengo que entregar todo. Y probablemente sea mejor que…

—Néstor, ¿no puedes…?

—Ni de broma, compadre. Tengo las manos atadas. Tengo que darle lo que quiere. Y oye, ¿me haces un favor? Dejemos nuestras comunicaciones en pausa hasta que todo esto se calme.

—Pero…

¡CLIC!

Me quedé sentado al pie de la cama, aturdido, con el teléfono aún pegado a la oreja, escuchando el tono de marcado zumbando en mi oído. ¡Néstor me había colgado!

¡Ese comemierda!

Marqué frenéticamente el número de Erik Rosa, mi última esperanza.

—¡Erik! Volvió Logan. Néstor está cantando como un canario. Tenemos que hablar, mano.

—Ven a mi oficina —dijo con calma.

—¡Mierda! Bueno, ¡ya voy!

Antes incluso de colgar, aventé iracundo el teléfono al otro lado de la habitación. Rebotó contra la pared y la pantalla se hizo añicos. Me di la vuelta y ahí fue cuando la vi a Marta, la mamá de Liza, mirándome con recelo desde el otro lado del cuarto. Dios mío, había visto mi pequeño berrinche. Sentí que el calor me subía a la cara mientras ella se acercaba lentamente.

—¿Qué pasó, pues? —preguntó con cautela, estudiando el desastre a mis pies como un detective en una escena del crimen.

Suspiré pesadamente, tratando de mantener la calma.

—Nada. Solo un pequeño percance.

Ella se quedó allí paradota, con las manos en las caderas, lanzándome esa mirada patentada de suegra que podía hacer cagar a cualquier bicho, por bravo que fuera. Un año entero conviviendo y la vieja podía leerme como un libro abierto.

—¿Qué está pasando,Web?—insistió,denotando sospecha.

—¡Nada! No es nada.

—¡Dime!

Su tono no dejaba chance al pataleo. Gemí, cayendo en cuenta que no había escape.

—Ok. ¿Quieres saber? Mis cuentas bancarias… Las cerraron. Están Congeladas. No tengo forma de llegar a mi plata.

No podía mirarla a los ojos. Me sentía como un carajito al que lo habían atrapado robando galletitas.

—¿Por qué? —frunció el ceño.

—El peo de los impuestos… —mentí.

—Impuestos? ¿No habías arreglado esa vaina?

—No. Este agente está obsesionado con joderme. Es una puta ladilla.

Me reí sin gracia.

—Entonces…, ¿fue y te cerró las cuentas así nomás? ¿Puede hacer eso legalmente?

—Es el banco quien no quiere hacer negocios conmigo. Por lo visto, soy muy riesgoso.

Me encogí de hombros, tratando de hacerme el loco.

—¿No puedes simplemente irte a otro banco?

—No tengo documentos legales para abrir cuentas. Mis cuentas estaban a nombre de mi ex —admití, sintiéndome un completo fracasado.

Una mirada pensativa cruzó su cara curtida. Luego, palabras pronunciadas de su boca llamaron mi atención.

—Tal vez yo pueda ayudar.

¿Ayudar? Esa mujer estaba en una peor situación económica que la mía, ¿y quería ayudarme a MÍ? La ironía era cabrona.

—Ay, no, tranquila, no podría posiblemente…

—Insisto —me cortó tajante—, puedo abrir una cuenta a mi nombre. Pa' que la uses tú.

Mi mente daba vueltas. ¿Transferir mi dinero, mi dinero ILEGAL, a su cuenta? ¿Estaba loca? ¿Tenía idea de en qué se estaba metiendo?

—Podemos abrir una empresa juntos —continuó con entusiasmo—. ¡Entonces podrás mover todos tus fondos allí! ¡Es la solución perfecta!

Sonaba tan simple. Pero había un gran problema: ¡ella no tenía ni idea de que mi plata estaba sucia, pensaba que yo era un exitoso productor legítimo! Y si Liza se enteraba de que había metido a su propia madre en mi lío criminal, me serviría la cabeza en bandeja, acompañada de un «te lo dije».

Miré a esa amable mujer. Sus ojos estaban llenos de inocente preocupación. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podría explicarle eso a su hija sin arruinarlo todo?

—Mira, agradezco la oferta, pero no puedo permitir que te involucres en esto. Es demasiado complicado.

—¡Tonterías! Somos familia, Web. Nos ayudamos mutuamente. Eso es lo que hacemos.

Abrí la boca para protestar, pero ella levantó un dedo, silenciándome.

—No aceptaré un no por respuesta. Necesitas ayuda y voy a dártela. Fin de la historia.

Suspiré, consciente de que no había salida. Una vez que la madre de Liza se decidía, no había forma de cambiarla.

—Está bien, de acuerdo —cedí, levantando las manos en señal de derrota—, pero si esto nos explota en la cara, no digas que no te lo advertí.

Ella sonrió.

—Una cosa más: ni una palabra de esto a tu hija.

Se volvió para mirarme y sonrió con una mirada de complicidad.

A mi suegra le encantaban los secretos.

* * *

Me removí incómodo en el sillón de cuero pulido, mientras el sol de mediodía de Miami se colaba por los ventanales de la oficina esquinera de, Erik Rosa, proyectando largas sombras por la habitación y destellando sobre la pluma plateada que tamborileaba rítmicamente contra una pila de expedientes del caso. Los sonidos distantes del tráfico y el suave zumbido del aire acondicionado llenaban el espacio por de más silencioso.

—Mira —dijo recostándose en su silla ergonómica de alta gama, con las cejas levantadas y las manos en pináculo bajo la barbilla—, si queremos tener alguna posibilidad de vencer esta vaina, tenemos que traer a los peces gordos. Y aquí en Miami eso significa Richard Dobson.

Me preocupé, mis dedos distraídamente tirando de un hilo suelto en mi pantalón.

—¿Quién es Richard Dobson? ¿Es bueno?

—Oh, yo soy bueno, ¿ pero Richard? ¡Él es el mejor! Nunca ha perdido un caso. Conoce a todos los jueces personalmente.

Agitó una mano despectivamente.

—Pero olvida eso por un segundo —continuo diciendo—. ¿Por qué te preocupa tanto la citación que le entregaron a Néstor? ¿Hablaron de cosas ilícita?

—Bueno, tú sabes, solo algunas conversaciones sobre… negocios, ¡pero nada ilegal! Al menos, no creo…

Mi voz se apagó débilmente.

—Bueno, parece que el Agente Logan todavía no te tiene agarrado de las bolas. No obstante, tenemos que asegurarnos de que no consiga más municiones.

Chasqueó los dedos y su rostro pareció iluminarse con una repentina inspiración.

—¿Qué pasa con tu suegra? ¿No dijiste que se ofreció a abrirte una cuenta? ¡Que lo haga y mueve tu plata para allá!

—¿No crees que es demasiado arriesgado para ella?

—¡No, cabron! Ella no sabe los detalles de tus «negocios». En lo que a la ley concierne, ella está más limpia que un silbido.

Su reloj de oro destelló bajo la luz del sol.

—¿Entonces qué dices? ¿Traemos a Dobson, movemos algunas cuentas por aquí y por allá y mandamos al viejo Logan a olfatear por el camino equivocado?

La confianza en su voz hacía que el plan sonara tan fácil, tan a prueba de tontos. Respiré hondo, relajando mis hombros ligeramente y asentí.

—Está bien. Hagámoslo.

Sin embargo, mientras me estiraba sobre el escritorio para estrechar su mano, no pude reprimir la sensación persistente en mis tripas de que las cosas estaban a punto de complicarse muchísimo más. Mi estómago se revolvió, inquieto, cuando quise imitar, sin éxito, la sonrisa que tan fácilmente se dibujaba en el rostro de Erik.

Momentos más tarde, me llamó Prada.

—¿Qué pasa?

—¿Has… revisado el correo de MediaMuv últimamente?

Suspiré.

—No, cabrón, he estado un poco ocupado, por si no te habías dado cuenta. ¿Por qué?

—Google… El departamento legal… recibieron una citación de los federales. Quieren todo: documentos, información de cuentas, contratos, todo el paquete; cualquier cosa relacionada con MediaMuv.

Sus palabras me golpearon como un bate en las bolas. Aquello no podía estar pasando, no después de todo lo demás. Logan, ese hijo de puta, había vuelto con sed de venganza.

—Mejor llamamos a Dobson lo antes posible —concluyó Erik tras conocer la noticia.

Una hora más tarde, de nuevo en mi casa, me dejé caer en mi silla, con la cabeza hecha un torbellino. El universo parecía estar conspirando en mi contra con una implacable avalancha de infortunios. Estaba bien y verdaderamente jodido. Todo lo que podía hacer era esperar el próximo golpe. En ese juego del gato y el ratón, yo, indudablemente, era el ratón, y mis probabilidades de escapar se reducían a cada segundo.

«Necesito contratar a ese nuevo abogado», pensé. Erik solo no era capaz de pelear contra el agente Logan. Necesitaba a Richard Dobson.

Necesitaba la cuenta bancaria de la madre de Liza lo antes posible.

Necesitaba escapar de ese infierno.

Necesitaba un milagro de dios.

47

Todo estará bien

Una semana después…

Entramos al consultorio del doctor con el corazón latiendo a millón.

—Venimos a ver al Dr. Jameson para una segunda opinión —me presenté.

—Siéntense, por favor. El doctor los atenderá en un momento —dijo amablemente la recepcionista.

Liza sujetaba mi mano como si fuera su salvavidas. Su barriga, redonda y llena de ilusiones, parecía burlarse de nosotros.

—No puedo parar de temblar —susurró—. ¿Y si es igual que la vez pasada?

Apreté su mano, tratando de ser fuerte por los dos.

—Hemos estado rezando toda la semana, mi amor. Dios tiene esto bajo control.

Pero incluso mientras lo decía, sentía la duda colarse dentro de mí. La pericoca zumbando en mis venas tampoco ayudaba. No podía dejar que Liza se enterara de que en esos momentos yo me encontraba drogado. Ella me necesitaba como su bastión.

Los minutos pasaban lentos como eternidades, hasta que por fin la puerta se abrió y el Dr. Jameson nos llamó.

—Señor y señora Batista —dijo, sentándose en su silla—, tengo los resultados de su examen.

Liza me clavó las uñas en la mano, aunque ni lo sentí. Tenía el corazón en la garganta y el pulso retumbándome en los oídos.

—Como saben, su prueba anterior indicaba una alta probabilidad de Síndrome de Down. Sin embargo, después de revisar los nuevos resultados…

Hizo una pausa dramática.

—Hay una variedad de terapias y programas educativos disponibles —cambió de tema, con esa voz de compasión profesional ensayada—. La intervención temprana es clave. Con el apoyo adecuado, muchas personas con este síndrome llevan vidas plenas.

Sus palabras me llegaban como desde muy lejos. A mi lado, Liza soltó un quejido ahogado y su cuerpo se sacudió por la fuerza de su dolor. Quería consolarla, ser su pilar, pero yo mismo me estaba ahogando en la desesperación.

La ironía amarga no se me escapaba. Allí estaba yo, más drogado que un perico, mientras que mi hijo nonato enfrentaba una vida de desafíos. ¿Qué clase de padre era yo?

¿Qué clase de esposo era? ¿Cómo podía ser tan egoísta en nuestra hora más oscura?

El doctor me miró fijamente. Sabía que estaba drogado. Comenzó a ojear los papeles en su mano y me dieron arcadas. Liza pegó un grito que se escuchó hasta el parqueadero del consultorio.

—Aguarden un momentico, ¿por qué están llorando? —preguntó el doctor—. ¡Su bebé está perfectamente sano!

Liza y yo lo miramos boquiabiertos, con lágrimas irrefren-

ables rodando por nuestras caras.

—¿¡Qué!? —exclamé con la voz entrecortada por el nudo en la garganta.

La cara del Dr. Jameson se iluminó con una sonrisa.

—Discúlpenme por alarmarlos, solo estaba describiendo lo que podrían haber esperado si la prueba hubiese dado positiva, pero les aseguro que su hijo no muestra ningún signo de Síndrome de Down en absoluto.

Liza soltó un gemido que se confundía con la risa y el llanto, y enterró su cara en sus manos.

—¿Está seguro? —pregunté—. El doctor dijo…

El negó con la cabeza.

—Verifiqué los resultados yo mismo. No hay duda al respecto. Tu bebé está bien.

Me senté en la silla, aturdido. El alivio era tan abrumador que casi resultaba doloroso. Miré a Liza; lloraba aún más fuerte.

—Hey —dije suavemente, extendiendo mi mano para tomar la suya—. Está bien. Todo va a estar bien, mi amor. Pude sentir cómo el miedo, la ansiedad y la tensión de la última semana finalmente soltaban su agarre y que por fin podía respirar de nuevo. Del mismo modo, el zumbido de la cocaína se estaba desvaneciendo y siendo reemplazado por una sensación de pura e incontrolable alegría.

—Felicidades a ustedes dos. Van a tener un niño sano — nos despidió el Dr. Jameson.

De regreso en el carro, Liza se volvió hacia mí, aún conmovida pero resuelta.

—Saldremos de esto.

—¿De qué estás hablando? El bebé está bien.

—De la investigación. La superaremos. Vas a estar bien. Lo sé.

—Todo estará bien —dijo con una voz suave.

Asentí, sin demasiada fé. Busqué su mano y la apreté fuerte. Una promesa silenciosa. Sin importar lo que pasara, sin importar cuán difícil se pusiera, lo enfrentaríamos juntos. Pero incluso mientras hacía ese juramento, el antojo me picaba bajo la piel como un susurro en mi sangre, y me odiaba a mí mismo por ello, por la debilidad que me había llevado hasta aquel punto. Tenía que ser fuerte, por ella y por nuestro hijo. Tenía que encontrar una manera de vencer esa maldita investigación, de ser el hombre que ellos necesitaban.

Tenía que ir a ver al abogado Richard Dobson.

48

El bulldog

Ahí estaba yo, tres horas después, hundiéndome en un sillón de cuero suave como mantequilla, con el aire acondicionado erizándome la piel mientras agarraba con fuerza ese puñado de citaciones que me tenían las tripas revueltas. Richard Dobson, mi nuevo abogado estrella, cobraba un ojo de la cara y parte del otro. Caminaba de un lado a otro detrás de su escritorio de caoba, y su cara reflejaba el mismo pavor que me carcomía por dentro. Las citaciones, plagadas de frases siniestras como «investigación criminal», se sentían como una sentencia de muerte colgando sobre mi cabeza.

—Webster, llevamos más de una hora dándole vueltas a este asunto, y siento que no estamos llegando a ningún lado. Hay que enfocarnos.

Su voz cortó el pesado silencio como una espada samurái.

—Esto es serio. Muy serio.

El peso de sus palabras, cargadas con la gravedad de la tormenta de mierda que se avecinaba, me aplastaba. Asentí, con la garganta reseca, sintiéndome como un niñito al que sus padres estaban regañando.

—Lo entiendo, de verdad, pero nunca pensé que llegaríamos a esto, hermano.

Richard se apoyó contra el escritorio.

—Bueno, has llegado a esto, Webster, y ahora estamos hablando de posibles cargos criminales.

—Nunca pensé… O sea, sabía que lo que estaba haciendo no era exactamente legal, pero esto… Esto es demasiado.

Mi voz se quebró, traicionando al miedo que me desgarraba el corazón.

—¿Cómo iba a saber…?

—Tus cagadas te están alcanzando, Webster. Quizás no conocías la seriedad del asunto, pero eso no te absuelve de tus acciones. ¡Al gobierno solo le importa lo que hiciste, lo que orquestaste!

Dio un puñetazo contra el escritorio que me hizo saltar.

—¡Y ahora, encima, tienen tus correos electrónicos! ¡Por el amor de Cristo! ¿Tienes idea de qué tipo de evidencia podrían encontrar ahí?

Sus palabras quedaron suspendidas en el denso aire que se respiraba en la sala.

—Fraude electrónico, lavado de dinero, robo de identidad agravado, conspiración…

Enumeró los cargos como leyendo una sentencia por todos mis pecados, y cada uno era un clavo más en mi ataúd.

—Si los federales se salen con la suya, Webster, tendrás suerte si ves la luz del día antes de ser un anciano.

El mundo se me vino abajo, hermano.

—No, Dios, no. Nunca quise que llegara tan lejos. Solo quería construir algo, dejar mi huella…

Mis palabras sonaban vacías incluso para mis propios oídos; no eran más que una defensa débil contra la montaña de

evidencia que se acumulaba en mi contra.

La ironía de todo aquello no se me escapó: los mismos correos electrónicos que alguna vez había usado para orquestar mi esquema terminaron siendo la clave de mi perdición. Solté una risa amarga, ganándome la desaprobación de Richard.

—Esto no es para estar riéndose, Webster —espetó, al borde de perder la paciencia—. Necesitamos comenzar a formular una estrategia, encontrar una manera de minimizar el daño; y necesitas ser completamente honesto conmigo, sin importar cuán incriminatorio pueda ser.

El camino por delante era traicionero y sabía que tendría que navegarlo con cuidado si tenía alguna esperanza de salir airoso al otro lado, pero, con Richard a mi lado, tenía un atisbo de esperanza en medio dela oscuridad. Sentía que era mi única salida, incluso aunque tuviera que lidiar con su temperamento de mierda. Lo digo en serio. Ese tipo era toda una joya, con su apariencia y todo. Imagínate a un jugador retirado de la NBA que fue estirado en una tortura medieval y te harás una idea exacta de cómo era Richard: alto y flaco como un fideo. Su cabello era del color de un golden retriever y su barba, te juro, tenía su propio código postal; probablemente escondería meriendas ahí para después. La mandíbula era cuadrada y tenía unos ojos tan azules que hacían que el cielo se viera gris aun en un día diáfano.

Había que admitir que el viejo era atractivo, pero, hermano, qué amargado era. Siempre andaba con el ceño fruncido como si alguien se hubiera meado en sus pies, y nada le encantaba más que asustar a los clientes soltándoles ese discurso de «¡Disfruta tu cadena perpetua en Guantanamo Bay!». ¡Qué aguafiestas! No obstante, había que darle crédito porque cuando se trataba de abogados penalistas, Richard era el mejor en el negocio. Ese tipo

no perdió ningún caso desde que Bush era un niñato en pañales, razón por la cual los federales tiemblan en sus mocasines cuando entra a la corte. Si los abogados fueran perros, él sería un bulldog: todo papada y mandíbula. Pero era *mi* viejo y arrugado bulldog, y no quería a nadie más cuidándome las espaldas en el tribunal.

Un destello de algo parecido a la compasión cruzó por su rostro.

—Podría haber una salida, una oportunidad de zafarse de la soga, por así decirlo.

Su tono era medido y calculado, como si estuviera sopesando las probabilidades de que yo saliera vivo de aquel despelote.

Una chispa de esperanza ardió en mi pecho.

—¿A qué te refieres?

—Jugamos su juego, eso es. Hacemos que el sistema trabaje para nosotros en lugar de que juegue en contra. Si logramos mantener callados a tus antiguos lacayos y convencerlos de que cantar a los federales solo los meterá en la misma tormenta de mierda que a ti, quizás tengamos una oportunidad.

Me incliné hacia adelante, queriendo aferrarme a cada una de sus palabras.

—¿Y cómo hacemos eso? ¿Cómo compramos su silencio?

—Todos tienen un precio, Webster. Averiguamos cuál es y lo pagamos. Los amenazamos, los sobornamos, apelamos a su instinto de supervivencia; lo que sea necesario.

En ese preciso instante, me di cuenta de que Richard Dobson era un estafador más grande que el mismísimo Erik Rosa. La pregunta era: ¿cuánto de mi alma estaba dispuesto a sacrificar en el proceso? ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar para salvar mi propio pellejo? Cuando encontré la mirada de Richard, supe la respuesta: hasta donde fuera necesario, hermano, sin

importar el costo.

—Escucha, Webster.

La voz de Richard interrumpió mis pensamientos.

—He estado en este juego mucho tiempo. He visto a una buena cantidad de tipos como tú creyendo que son intocables, hasta que la ley llama a la puerta. Pero aquí está la cosa: la ley es solo otra herramienta, un arma para ser usada solo por aquellos con el *poder*.

—Y tú tienes el *pododer*, ¿cierto? ¿Puedes hacer que todo esto desaparezca?

Richard rió.

—No puedo hacerlo desaparecer, Webster, pero puedo hacerlo manejable. Puedo darle un giro a la narrativa, enturbiar las aguas, hacer que los federales tengan que trabajar el doble para clavarte algo. Todo se trata de crear dudas, sembrar confusión.

—¿Y qué pasa con los correos electrónicos? ¿Las pruebas? —pregunté, pensando en todos los mensajes incriminatorios que flotaban en el éter digital.

—Los correos electrónicos pueden explicarse, Webster. Todo está en cómo lo encuadres, y ahí es donde entro yo. Te pintaré como un empresario ingenuo, un visionario que se vio envuelto en algo más grande que él mismo. Jugaremos con su simpatía, les haremos verte como una víctima en lugar de una mente maestra.

—¿De verdad crees que eso podría funcionar y darle la vuelta a esto a mi favor?

La sonrisa de Richard era afilada como una navaja y sus ojos brillaban con un destello depredador.

—No lo creo, Webster… Lo sé. Lo he hecho antes y lo volveré a hacer, pero no será fácil ni barato. Tendrás que confiar en mí y estar dispuesto a hacer lo que sea necesario, sin importar

cuán desagradable pueda parecer. Porque déjame decirte algo: cuando toda la fuerza del gobierno federal se te viene encima, no hay lugar para medias tintas. Es todo o nada, hacer o morir. Y yo, por mi parte, no pienso dejar que mueras bajo mi supervisión.

Sentí una oleada de gratitud mezclada con aprensión al darme cuenta de que estaba poniendo mi destino en manos de aquel tipo. Pero, ¿qué otra opción tenía? Él era mi única salvación, mi única esperanza de navegar por las traicioneras aguas que se avecinaban.

—Está bien, Richard. Haré lo que digas, lo que sea necesario para arreglar esto. ¿Cuánto?

—Un millón, para empezar.

«Dios, tendré que vender el culo para poder conseguir esa cantidad», pensé.

—Dame unos días para pagarte.

—Excelente. Entonces pongámonos a trabajar, ¿te parece? Tenemos mucho terreno que cubrir y no mucho tiempo para hacerlo.

Mientras detallaba su plan de batalla y enumeraba los pasos que tendríamos que dar para adelantarnos a los federales y mantener a raya a mis antiguos socios, sentí que una extraña determinación se apoderaba de mí y cerré los ojos por una fracción de segundo. «Dios me ayude», pensé mientras firmaba en la línea punteada, sellando mi pacto con el mismísimo diablo.

« Dios nos ayude a todos».

49

Resaca y todo

30 de octubre de 2020, dos meses después…

—¡Eres un maldito desconsiderado! —chilló Liza retorciéndose entre la furia y el dolor de otra contracción desgarradora—. Aquí estoy, pariendo a tu engendro, ¿¡y a ti te parece un momento genial para irte de juerga!?

La sala de hospital era un caos y Liza profería insultos como desquiciada hacia mí, su inútil y patético intento de marido.

—Mi amor…

—¡Cállate, imbécil! ¿Cómo pudiste hacerme esto? ¡A nosotros!

Sus palabras calaban hondo, más afiladas que un bisturí. La saliva volaba de su boca mientras continuaba su diatriba, y cada dardo aterrizaba como un puñetazo en mi estómago. Las enfermeras intercambiaban miradas de juicio y lástima.

«Coño, este es el momento perfecto para que Logan venga a arrestarme», pensé.

—Señor, por favor, venga aquí y apoye a su esposa —me solicitó una joven partera con un tono teñido de desaprobación.

Yo no podía moverme. No podía hablar. Estaba petrificado.

—Vamos, Liza, respira —la animaba una enfermera regordeta y maternal, secando el sudor de su frente.

Luego se volteó hacia mí y me miró con desdén.

—¿Y usted? ¿Quizás podría intentar actuar como si le importara? —espetó.

Mierda. Liza estaba encabronada. Nunca la había visto tan molesta, pero ¿por qué? Ella sabía que yo siempre andaba más drogado que un hippie, aunque, pensándolo bien, quizás sería porque cuando finalmente entré tambaleándome a la sala de maternidad apestando a whisky y perico, ella ya tenía siete centímetros de dilatación y la cara contorsionada de agonía. Quería ir con ella, rogar perdón y ser la roca que necesitaba, pero la habitación daba vueltas y tenía la mente nublada, por lo que me quedé allí parado como un cobarde mientras ella soportaba cada aplastante contracción.

—¿¡Vas a decir algo o qué!? —vociferó Liza.

La jeva estaba fuera de sí y yo, si bien abrí la boca, no pude emitir sonido. ¿Qué coño podía decir? ¿Que lo sentía por haberme enrumbado en tremenda fiesta mientras ella rompía bolsa?

—Ni una oración coherente puedes formular. ¡De seguro sigues bajo el efecto de lo que sea que te hayas metido por la nariz desde el culo de una stripper anoche! — escupió.

—Mi amor, no fue así —dije, por fin encontrando mi voz—. Fueron solo unos traguitos con los productores. No quise…

—Ay, por favor, déjate de mierdas —gruñó—. Puedo oler esa vaina en ti desde aquí, maldito basurero ambulante. Te lo juro, Webster, si algo le pasa a este bebé por tus mierdas egoístas…

No necesitaba terminar la amenaza. Ambos conocíamos lo que estaba en juego y el miedo asfixiante que nos había

atormentado por meses. Los dos habíamos atravesado la amniocentesis, las advertencias ominosas de los médicos sobre marcadores de síndrome de Down y las noches sin dormir imaginando una vida de penurias para nuestro hijo; y en su momento de mayor necesidad, yo estaba tan jodido que poco podía hacer más que mirar embobado el linóleo.

—Señor, quizás sea mejor que espere afuera —sugirió una de las parteras, dejando en claro que no era una petición.

Quise discutir, plantar los pies y quedarme allí para el nacimiento de mi hijo, pero no estaba en condiciones dejugar al esposo devoto.

Cuando otra contracción se apoderó de Liza, gimió de dolor y clavó las uñas en su piel, dejando medias lunas sangrientas en sus palmas.

—¡Sáquenlo de aquí! ¡No lo aguanto ni ver ahorita!

La enfermera me agarró del brazo y me condujo hasta la puerta con mano de hierro.

—Yo… necesito un poco de aire —murmuré.

—¡Es lo mejor que haces! —gritó Liza con la voz ronca de dolor y traición.

Desterrado de la sala de parte, me dejé caer de espaldas contra la pared del pasillo como un muñeco de trapo, sosteniéndome la cabeza entre las manos. ¿Qué clase de hombre era yo? ¿Qué clase de padre? El tiempo se escurría en un borrón surrealista que me hacía perder la noción de lo que eran las horas, minutos y segundos. Lo único en lo que podía enfocarme era en los desgarradores gritos que provenían de la sala donde se encontraba mi esposa, con la nauseabunda certeza de que yo era el causante de su agonía.

Justo cuando los primeros dedos del amanecer comenzaban a colarse por las ventanas, un nuevo sonido cortó el aire: el llanto

agudo y tenue de un recién nacido. Mi corazón se disparó. Verga. Ya era papá otra vez.

Me incorporé de un salto e irrumpí en la habitación, listo para arrastrarme a los pies de mi esposa y rogar por misericordia.

No obstante, un panorama inesperado se abrió ante mis ojos. Liza estaba recostada en la cama con un diminuto bulto que se retorcía acunado en sus brazos. El enojo y la maledicencia se habían esfumado, y en su lugar reinaba una expresión de amor puro y radiante. Me miró de reojo, con una sonrisa vacilante asomándose en las comisuras de su boca.

—Bueno, mira quién se dignó a aparecer —bromeó, sin vestigios de rencor en sus palabras—. Ven a conocer a tu hijo, desastre hermoso.

Me acerqué sigilosamente. En ese instante, los insultos y recriminaciones se disolvieron, y todo lo que importaba era la perfecta criaturita que habíamos creado. Me deslicé a su lado, con lágrimas escociendo mis ojos, mientras mi atención se dirigía hacia un pequeño angelito envuelto en una suave manta azul. Era la cosita más perfecta que jamás había visto. Con un remolino de pelo castaño miel, labios de capullo, una naricita de botón y un par de ojos más azules que el azul mismo, era lo mejor de ambos.

—¿Está… Está bien? —pregunté, quebrándome por la emoción—. Por favor, dime que no salió con…

—¿Síndrome de Down? Nah, esta bolita de grasa es pura perfección. Diez deditos en las manos, diez en los pies, y unos pulmones que podrían despertar a los muertos.

Como si fuera una señal, el bebé soltó un chillido ensordecedor, agitando los puñitos con fuerza.

—Parece que alguien salió a su mamá en el departamento de gritones —bromeé débilmente.

Liza resopló.

—Por suerte para él, sacó la devastadora guapura de su papá. Solo esperemos que no haya heredado tu inclinación por las malas decisiones y los hábitos de drogas.

—Lo siento, mi amor —susurré.

Extedí una mano para acariciar su mejilla suave, pero ella se estremeció, acercando insintivamente el bebé a su pecho. No podía culparla después de todo lo que le había hecho pasar. No merecía aquel momento de conexión. Sin embargo, cuando los diminutos dedos de nuestro hijo se enroscaron alrededor de los míos en un agarre feroz, juré en silencio pasar el resto de mis días recuperando su confianza y siendo el padre que él necesitaba que yo fuera.

—Amor, por favor. Lo siento tanto —insistí, acomodándome con cuidado en el borde de la cama—. La cagué a lo grande. Nunca debí haber ido a esa rumba. Debí haber estado aquí, contigo, en cada paso del camino.

Ella suspiró.

—Tienes toda la razón, deberías haberlo hecho…

Hizo una pausa y miró a nuestro hijo con una ternura que me hizo doler el corazón.

—Pero estoy demasiado mamada para seguir enojada contigo en este momento. Además, este muñeco necesita a su papá. Incluso si su papá es un pendejo.

Acaricié con un dedo la suave mejilla del bebé. Su piel era como seda, increíblemente suave y nueva.

—Prince —murmuró Liza—, nuestro pequeño Prince.

Era el nombre que habíamos elegido juntos, cuando el futuro parecía brillante y todo era posible. Un sentimiento de orgullo embargó mi pecho. Sabía que tenía un largo camino por delante, una vida entera para enmendar mis errores y demostrar mi

valor como padre y esposo. Sin embargo, en ese glorioso, aterrador y milagroso momento, nada de eso importaba; todo lo que existía éramos nosotros, una familia forjada en el amor, con probada candela, y emergiendo más fuerte que nunca.

—Mira —susurró Liza, rompiendo el cómodo silencio—. ¿Quieres cargarlo?

—No sé, mi amor. Todavía estoy medio borracho. ¿Y si se me cae? ¿Y si empieza a llorar?

—Ay, por el amor de Dios —resopló Liza transfiriendo cuidadosamente al bebé a mis brazos—. Es un recién nacido, no una granada viva. Solo sostén su cabeza y trata de no desmayarte, ¿ok?

Mientras arrullaba a mi hijo contra mi pecho, sentí que algo cambiaba dentro de mí. De repente tenía un sentido de propósito, de responsabilidad, de un amor tan feroz que me robaba el aliento.

—Hola, pequeñín —susurré, plantando un beso suave en su frente—. Soy tu papá. Sé que ahora mismo apesto a mierda, pero te prometo que voy a mejorar, Voy a estar ahí para ti, siempre. Tú y tu mamá son todo mi mundo.

En ese momento, juro que me miró directo al alma, descubriendo todos mis miedos y defectos, y amándome de todos modos.

—Bueno, mira eso —se maravilló Liza, con un toque de asombro en su voz—. Ya te tiene comiendo de su mano.

Me reí, sintiéndome más ligero de lo que me había sentido en meses.

—¿Qué puedo decir? Debe sacar su encanto de ti. Melody y Armani se van a volver locos.

Mientras el sol de la mañana incendiaba la habitación en un tumulto de colores, me incliné cerca, respirando el aroma

embriagador de mi esposa e hijo.

—Te amo —dije, volcando cada onza de mi corazón en las palabras—. Los amo a los dos; más que a nada en este mundo. Y por primera vez desde que había entrado tambaleándome al hospital como un borracho tonto, Liza encontró mi mirada.

—Demuéstralo.

Reto aceptado, mi amor. Reto aceptado.

Y mientras Prince se quedaba dormido en mis brazos con su diminuta mano envuelta alrededor de mi dedo, supe que estaba exactamente donde debía estar.

Resaca y todo.

50

Una idea brillante

El sonido de un hermoso llanto me perforó los tímpanos a la mañana siguiente, sacándome del sueño más profundo que había tenido en meses. Abrí los ojos poco a poco y me encontré con la visión de mi radiante esposa Liza acunando a nuestro recién nacido. Me tomó un momento para que los eventos del día anterior volvieran de golpe a mi memoria: la fiesta, la carrera frenética al hospital, la pelea con mi esposa, las horas con los nervios de punta en la sala de parto y, finalmente, la alegría indescriptible de conocer a nuestro pequeño paquete de felicidad.

—Arriba y a brillar, papá billonario —arrulló Liza, con una voz que destilaba agotamiento y euforia a partes iguales—. Tu descendencia espera tu presencia.

Me levanté de la cama tambaleándome, con las extremidades pesadas por los efectos persistentes del sueño. Mientras caminaba hacia la sala de nuestro lujoso apartamento de nueve millones de dólares no pude evitar sentirme como un rey inspeccionando su reino. Mi hija Melody, de ocho años, y mi hijo Armani, de trece, saltaban de la emoción al ver por primera

vez a su nuevo hermanito.

—¡Papi, papi! ¿Puedo cargarlo? ¡Por fa, por fa, por fa! — chilló Melody, revoleando sus colitas de pelo.

—Tranquila, enana —dijo Armani, poniendo los ojos en blanco de esa manera tan típica de los adolescentes—. Probablemente lo vayas a dejar caer de cabeza o algo así.

—Suficiente, ustedes dos —intervino Liza, colocando suavemente al bebé en los brazos de Melody—. Ahora, recuerda sostener su cabecita, mi amor. Eso es, así mismo.

Ver a mis hijos conectarse con su nuevo hermano me provocó una sensación cálida y difusa que se extendió a lo ancho de mi pecho, aunque fue efímera porque pronto la realidad se estrelló en mí como una tonelada de ladrillos. El agente especial Logan, ese maldito entrometido, había estado husmeando en mis correos electrónicos personales y en mis cuentas bancarias como un sabueso ala cacería, y si encontraba la más mínima irregularidad, estaría cambiando mis trajes Armani por un overol naranja más rápido de lo que puedes decir «evasión de impuestos».

Afortunadamente, había tenido la previsión de transferir todos mis activos a una cuenta a nombre de mi suegra. Claro, si Liza alguna vez se enteraba, dormiría con los peces en el fondo de South Beach, pero en tiempos desesperados se requieren medidas desesperadas.

—Mi amor, tengo que hacer una llamada —me excusé, apartándome de la conmovedora escena familiar—. Los negocios nunca duermen, ya sabes cómo es esto.

Me retiré a mi estudio y marqué el número de mi socio, Prada. El teléfono sonó unas tres veces antes de que él contestara.

—Más vale que me tengas algo bueno —refunfuñó Prada somnoliento—. ¿Tienes idea de qué hora es?

—Escucha, tengo una idea brillante —dije, ignorando sus quejas—. Necesitamos vender MediaMuv, y tenemos que hacerlo ahora.

Hubo una larga pausa en el otro extremo de la línea.

—¿Has perdido la cabeza? Hemos pasado años construyendo esta empresa desde cero, ¿y ahora quieres venderla así nomás como un carro usado?

—Piénsalo bien. Si los federales encuentran algo turbio en nuestros registros, estaremos jodidos hasta las patas. En cambio, si vendemos ahora, no tendrán nada con qué acusarnos.

—No sé —dudó Prada—. Incluso si vendiéramos, igualmente podrían venir tras nosotros por las porquerías ilegales pasadas. No es como que si vender la empresa borrara todo lo malo que hemos hecho.

—¡Pero es nuestra mejor opción! Mira, no quería jugar esta carta, pero estoy tirando de rango aquí. Vamos a vender, y eso es todo.

Prada soltó un profundo suspiro.

—Está bien, pero si esto nos explota en la cara, te voy a delatar más rápido de lo que puedas decir «acuerdo de culpabilidad». ¿Entendido?

¿Delatar? ¿Hablaba en serio? Bueno, por lo menos estaba siendo sincero.

—Sí, sí, lo que sea —dije con desdén—. Solo haz que la vaina ruede. Llama a tu contacto. Quiero esto listo pa' ayer.

Colgué el teléfono con una soberbia satisfacción de victoria, que duró hasta que me volteé y encontré a Liza parada en el umbral, con los brazos cruzados y los ojos acusadores.

—¿Ese es tu gran plan? ¿Vender la empresa? Brillante, simplemente brillante —soltó con sarcasmo.

Sentí que se me erizaban los pelos con su tono.

—Es la única manera —espeté, pasando junto a ella—.

—Alista a los niños. Nos vamos a Phoenix.

—¿Phoenix? ¿Y eso pa' qué?

—Necesito reunirme con Prada en persona para resolver todo este asunto lo antes posible —expliqué con impaciencia—. Mientras más rápido nos deshagamos de MediaMuv, mejor.

—¿Y crees que arrastrar a toda la familia al otro lado del país es la mejor manera de manejar esto?

—Mira, ¿quieres que termine preso? Porque eso es lo que va a pasar si no actuamos rápido. Ahora, ¿me vas a ayudar o no?

—Está bien, pero me debes en grande por esto, mijo.

—Sí, sí, ponlo en mi cuenta —dije con desdén—. Llamaré al piloto para que tenga el jet listo. Tú sólo enfócate en tener a los nenes empacados y listos para irnos.

Vender MediaMuv era una enorme apuesta, pero era la única forma de mantenerme un paso adelante de los federales. Según yo. Solo esperaba que la suerte estuviera de mi lado, porque sino… bueno, digamos que el color naranja realmente no era mi color.

51

$40,000

Dos noches después, me encontraba sentado en un elegantísimo restaurante de comida mexicana, sorbiendo unas margaritas del mismísimo *top-shelf*, enfrascado en una conversación con un empresario que actuaba como un intermediario en la venta de mi empresa, Crámer Junior. Imagínate la vaina: Crámer, en pleno recuento de sus hazañas en el Festival de Cine de Cannes, suelta así como si nada que se había gastado la friolera de $40,000 dólares en una sola puta.

¡Cuarenta mil dólares! ¡En una puta! No me entraba en la cabeza. Ese carajo tenía que estar ahogándose en un mar de desesperación para soltar semejante billete por una noche con una meretriz.

—Tienes que probarlo alguna vez, pana —insistió Crámer, con un brillo de picardía en los ojos que solo un niño rico podría presumir.

Negué con la cabeza, todo un dechado de virtud.

—No, Crámer. Yo soy el tipo más fiel que vas a conocer en tu vida. Puede que haya sido un perro en mis relaciones pasadas, pero no con Liza. Ella es el amor de mi vida. No podría hacerle

eso, no después de que tuvimos a ese hermoso hijo nuestro.

Una hora de cháchara sobre escorts y putas después, finalmente abordamos el tema central de nuestra reunión: vender MediaMuv.

—Entonces, cuéntame sobre esta gente interesada en comprar mi empresa —le dije emocionado.

—No es cualquier gente —respondió—. Es una enorme compañía de música. Han estado husmeando por ahí, revisando tus ingresos mensuales, y están listos para hacer una primera oferta.

Podía sentir la emoción efervesciendo dentro de mí, aun cuando una vocecita molesta en el fondo de mi cabeza me recordaba la investigación del IRS, de la que Cramer no tenía ni pajolera idea. De todas formas, él solo era el intermediario, ¿verdad? «Sin daño, no hay delito», pensé.

Mirando en retrospectiva, no podía creer cuán imbécil había sido. ¿De verdad creía que podía escapar de las garras de los federales simplemente vendiendo mi compañía? ¡Qué ingenuo! El crimen ya estaba consumado y yo era el que cargaba con el muerto, con o sin MediaMuv.

A Crámer, por otro lado, se le hacía agua la boca pensando en la jugosa comisión que iba a ganar tras concretar la venta.

—El comprador potencial es una empresa llamada Twoam Music, y está muy interesado —me comunicó antes de lanzarse con una ráfaga de preguntas sobre el catálogo musical de MediaMuv.

Por poco se me escapa que, en realidad, no éramos dueños de ninguna de las canciones, pero me contuve justo a tiempo.

—Oh,somos dueños de todo, hermano —le aseguré, con mi sonrisa más convincente—. Estamos más limpios que el culito de mi bebé.

La culpa me carcomía por no sincerar lo del potencial proceso y la investigación, pero la hice a un lado. Finalmente, Crámer soltó la bomba: la primera oferta de Twoam.

—Veintiún millones de dólares —anunció.

Yo estaba en la gloria. Quería meterme un pase para celebrar y salir corriendo a llamar a Chanel, pero Crámer, con la voz de la razón, me recordó que esos negocios tomaban tiempo.

—El comprador tendrá que verificar tus activos —explicó.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Verificar nuestros activos? ¿A qué te refieres? Crámer hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Nada del otro mundo, chamo. Sólo tienes que proporcionarles un alista de toda tu música, eso es todo.

—¿Y qué piensan hacer con esa lista?

—Te repito, nada de qué preocuparse. Ellos solo querrán verificar si tú catálogo es legítimo.

Aquello no me estaba gustando nada.

—Claro, les daré lo que necesiten…

Por dentro, estaba gritando. Si bien sabía que me estaba convirtiendo en un estafador, por veintiún millones podría hacer que me escribieran un cheque y esconderlo en alguna cuenta offshore, lejos de los ojos fisgones del IRS; y para un tipo que llegaba quebrado al final de cada mes, aquella cifra sonaba como un sueño hecho realidad.

A medida que la noche avanzaba y las margaritas fluían como ríos de tequila, me encontré coqueteando descaradamente con la mesera, para vergüenza del pobre Crámer.

El tipo se paró de un brinco, me dio un apretón de manos y murmuró algo sobre reunirnos en dos días con los peces gordos de Twoam Music antes de retirarse… y precisamente antes de que llegara la cuenta. ¿Qué conveniente no?

Ahí quedé, clavado con una factura de $6,000 dólares. Estaba furioso, hermano. Acababa de soltar cuarenta lucas en un vuelo privado a Phoenix, ¿y encima eso?

Liza ya me estaba reventando el teléfono, así que pagué, salí tambaleándome del restaurante y me monté en mi flamante Lamborghini Aventador, listo para enfrentar lo que fuera que se me viniera. Poquito sabía yo que iba rumbo a un ajuste de cuentas del que ni veintinún millones de dólares podrían salvarme.

* * *

Los gritos de Liza me dieron la bienvenida apenas puse un pie adentro. Estaba en la cocina, agarrada con su mamá en tremenda discusión. Me acerqué despacito y puse mi mejor voz de galán conciliador.

—Mi amor, ¿qué pasa?

Liza se volteó para encararme, roja, echando humo por las orejas y con los ojos saliéndose de las órbitas del enojo.

—¡Tú! —me apuntó con el dedo—. ¡No puedo creer que hayas metido a mi mamá en tus mierdas!

Se me heló la sangre. Mierda. Le había dicho a Marta que no soltara la lengua. ¿Cómo coño se había enterado Liza? Miré confundido a mi suegra, pero la vieja me eludió.

—Webster, mírame. ¿Cómo pudiste manipular a mi madre pa' que hiciera tu trabajo sucio? ¡Sabías muy bien que diría que sí después de todo lo que has hecho por ella! ¡Maldito bastardo astuto con tus tácticas rastreras! ¡Eres despreciable!

No podía creer que tanto veneno saliera de esa carita de ángel. No obstante, el coco me empezó a trabajar. «Marta estará bien, incluso si me acusan. Solo tendrá que decir que abrió la cuenta

pensando que la plata era de mi música. Todo legal», pensé.

—Marta no se va a meter en problemas, mi cielo. Tu mamá no sabe nada de mis negocios. ¿Cierto, suegra?

En ese preciso instante, Prince comenzó a plañir como un condenado en el otro cuarto y Marta salió pitando sin decir nada, dejándome a solas con mi furibunda mujer.

—Ven acá y mírame a los ojos —me ordenó Liza— Prométeme que no la meterás en un lío con ese plan descabellado tuyo.

—¿Ir allá? ¡Ja! —me burlé—. ¿Pa´que me des una verguiza? ¿Me crees completamente imbécil o qué?

Te juro por la vida de Prince que no te voy a poner un dedo encima.

Me quedé firme donde estaba, mirándola con recelo.

—¿Sabes cuál es el problema? Mi mamá cree que todo este rollo es un juego emocionante. Se le ha metido en la cabeza la pendejada de que le está dando en la madre al gobierno por una buena causa. Ahora que se le metió esa idea, va a seguir en esas; le saben a culo las consecuencias. La conozco demasiado bien. La emoción de tener millones a su nombre se le está subiendo a la cabeza.

—Coño, Liza, nunca debí haber aceptado su ayuda. Ella tuvo la idea. Yo me encontraba hasta el culo de estrés… Mañana arreglo esto —prometí.

—¡No estabas estresado un coño! ¡Eres un diablo hasta cuando no estás estresado! Sabe Dios por qué diablos te amo tanto. ¡La loca soy yo, no tú! Deberían examinarme la cabeza.

Suspiró pesadamente.

—Y otra cosa, revisé el estado de cuenta. ¡Te gastaste seis mil dólares en la cena de esta noche! ¿Quién carajos hace eso? ¡Una locura total! Pero ¿a ti qué mierda te importa? ¡Te entran miles todos los meses como si nada! Nada de esto es normal,

Web, y aunque no lo creas, no necesito todas estas pendejadas. Solo quiero que tengamos una vida tranquila y normal lejos de MediaMuv y de todo este circo. Deberíamos irnos ya, antes de que inevitablemente se arme un lío.

Hizo una pausa.

—Ay, ¿¡pero a quién engaño!? Tú nunca te irás. Estás enviciado con el poder y con todos esos pendejos lamiéndote las bolas y llamándote el Capo. ¡El puto Capo de YouTube!

Su voz chorreaba desprecio y asco.

—Mi marido, el Gran Capo del Internet. ¡Qué ridiculez más grande! Pero eres demasiado creído para verlo. No te importa un coño nadie excepto tú, egoísta de mierda.

—¡Ya va con la habladera! ¿Qué coño te pasa?

—Ay, ¿herí tus sentimientos? —se burló Liza—. Bueno, te lanzo un flash informativo, señor sensible. ¡Esta noche duermes en el cuarto de huéspedes! ¡Y mañana también! Si te portas muy pero muy bien, quizás, solo quizás, me digne a hacer el amor contigo otra vez… el año que viene. ¡Aunque si yo fuera tú, no me sentaría a esperar! —sentenció.

Con ese tiro de despedida, se alejó con sus tacones repiqueteando furiosamente escaleras arriba.

Tal vez me lo merecía, pero ¿cuáles eran las probabilidades de que Marta realmente se viera envuelta en un peo legal por aquello? Pocas o ninguna, calculé. La mujer era viva y astuta. Si lo analizaba bien, ella sabía que yo había hecho suficiente por ella durante todos esos años como para que me debiera una. No existe tal cosa como el altruismo verdadero en este mundo. Hasta alguien que dice ayudar a los demás por pura bondad de corazón está sacando algo del asunto, aunque sea una presuntuosa sensación de autosatisfacción.

Por el lado amable, al menos Liza y yo habíamos echado un

polvo del carajo esa tarde antes del peo. Podía aguantar un par de noches exiliado al cuarto de huéspedes, no había drama. Quizás por la mañana ya todo se habría olvidado…

52

Te odio, Logan

Me desperté con el número veintiuno relampagueando como un neón en mi cerebro. ¡Veintiún MILLONES de dólares, papá! Estaba a punto de vender MediaMuv y embolsarme esa dulce pasta para desaparecer del radar del agente especial James maldito Logan para siempre.

Tanteé en busca de mi teléfono y llamé a Prada. TENÍA que soltar la buena nueva.

El teléfono sonó y sonó y sonó. Sin respuesta. ¿Qué coño? Volví a marcar. Nada. Una vez más… directo al buzón de voz. Un enfermizo sentimiento de pavor me anudó las tripas. Marqué frenéticamente el número de Julián, con el pulso acelerado. Él había estado con Prada la noche anterior. Tampoco hubo suerte. Mierda, mierda, MIERDA.

—¡Baby! ¡Llama a Camila y pídele que le diga a Prada que conteste el maldito teléfono! ¡Tengo noticias que van a cambiar el mundo! —encomendé a mi recién amanecida esposa.

Sin embargo, antes de que ella pudiera hacer nada…

¡RIIING! Era mi abogado, Richard Dobson. «¡Por fin!», pensé, sintiendo alivio mientras atendía la llamada.

—¡WEBSTER! —rugió Richard como si estuviera en medio de un infarto—. ¡Agarra a tu familia y trae tu culo de vuelta a Miami YA!

Liza y yo nos miramos a los ojos, y un horror gélido me corrió por las venas. Jesucristo.

—¿Qué demonios está pasando, cabrón?

—¡Los federales están allanando la casa de tu amigo! Necesitas salir de ahí a la chingada AHORA!

¿Allanamiento?

¿Los federales apuntando con GRANDES ARMAS?

¿Cerca de MIS BEBÉS?

No, no, no, no, no… Aquello era una pesadilla, una mañana de terror. Tenía que serlo. El rostro de Liza se puso blanco como el papel y la terrible verdad se estrelló en mí en cámara lenta. Saltamos de la cama como cohetes, destrozando los clósets, catapultando maletas por la habitación.

—¡Armani! ¡Empaca tus cosas y las maletas de tu hermana AHORA! —bramé—. ¡Marta, toma las cosas del bebé!

El lugar se convirtió en un pandemonio. Todos entraron en crisis, y los gritos y tropezones de unos con otros no hacían más que incrementar el caos. Me aseguré de borrar todos los archivos que pude encontrar en las computadoras mientras un pensamiento inquietante me golpeaba: ¿qué pasaría con el trato millonario de la venta de mi empresa? El sudor caía en cascada por mi espalda. Aquello estaba sucediendo de verdad. Todo se estaba desmoronando. El universo se estaba derrumbando sobre mí mismo.

¿Por qué coño Richard no me había advertido antes? No tenía tiempo para entenderlo. Tenía un avión que reservar y evidencia que purgar antes de que la puerta fuera derribada a patadas.

Una agonizante hora después, tras casi provocarme un aneurisma gritándole a la compañía de jets privados, reservé un vuelo de regreso a Florida ese mismo día. Teníamos que irnos antes de que mi esposa y mis bebés terminaran mirando fijamente los cañones de los hijos de puta que me andaban buscando. Habría vendido mi alma con tal de protegerlos de esa experiencia. Habría preferido hacer gárgaras con vidrio roto antes que dejar que ellos sufrieran ese trauma.

—¡Todos al auto! ¡Vamos, MUÉVANSE! —ordené, lanzando la última bolsa a la camioneta.

Armani abrochó a Melody mientras Marta aseguraba al bebé. Miré mi reloj. Eran las 11 a.m. y todavía no tenía noticias de Prada. ¿Lo habrían arrestado? No había tiempo para pensar en eso.

—¿Listos? ¡Larguémonos de aquí!

Apreté el volante con fuerza, sabiendo que ese gusano de Logan probablemente nos estaría observando en ese mismo instante, pero reparé en que el asiento de pasajero estaba vacío.

—¿Dónde coño está Liza? —grité.

Volví a entrar como un rayo a la casa, gritando a todo pulmón. Cero respuesta. Subí desesperado al dormitorio principal y allí encontré a mi impresionante y fenomenal esposa convulsionando sobre el colchón, sacudiéndose, jadeando y moqueando, luchando por respirar. Esos ojos impresionantes de los que me había enamorado estaban inyectados en sangre y llenos de lágrimas. Dios…, ¿por qué estaba exponiendo a mi familia a pasar por eso? Toda la culpa y el autodesprecio me golpearon como una resaca.

—Cariño, lo siento mucho, pero tenemos que irnos…

—¿POR QUÉ, Webster? —logró decir entre sollozos—. ¿Por qué tengo que pasar por esto? ¡Ya no puedo más!

—Lo sé, lo sé, nena —susurré, mimando su espalda—. Ya casi termina, te lo juro por Dios. Pero ahora tenemos que largarnos de aquí rapidito, ¿ok?

—¡NO! ¡Déjame en paz! ¡ALÉJATE de mí!

—Liza, por favor, hablemos de esto más tarde…

—¡NO ME TOQUES! ¡NO ME HAGAS ARRANCARTE LA CARA, HIJO DE PUTA!

Mi madre santa. Virgen santísima.

Después de media hora de suplicar, mendigar y sobornar descaradamente, finalmente logré convencerla de subir al auto. ¡Esposo del año este humilde servidor!

Hacia la una de la tarde, ya estábamos surcando los cielos a 4500 metros de altura sobre el agente Logan y su Policía de la Diversión. El silencio en el avión era sepulcral, y con Liza mirábamos las imágenes de las cámaras de seguridad a través de mi celular. Los puercos habían allanado nuestra mansión en Scottsdale y se los veía hurgando entre nuestras cosas como hormigas del infierno y confiscando distintos elementos, entre los que se hallaban varios discos duros y hasta el diario de Liza. Pinches cerdos inmundos. Hice la nota mental de comprarle un nuevo diario.

Lo primero que hice apenas aterrizar en Opaloca fue llamar a mis abogados.

—¿Qué coño, Ricarhd? ¿No pudiste avisarme antes?

—¡Me acabas de contratar, carajo! ¿Cómo iba yo a saber? —protestó. Inútil de mierda.

Tras deliberar con Erik, me aconsejó sacar a mi manada cagando leches del apartamento antes que derribaran la puerta a patadas.

—¡Excelente plan, caballeros! ¡Los mejores abogados de la historia!

No fue hasta pasadas las siete de la noche cuando finalmente tuve noticias de Prada. Aparentemente, los tombos les habían quitado los celulares tan pronto entraron en su hogar. De todas formas, mi amigo me aseguró que el agente Logan no había conseguido allanar nada que nos pudiera comprometer. Magro consuelo.

Hacia la medianoche tenía los nervios tan destrozados que compré una bola de perico del tamaño de una pelota de tenis. Te juro que casi me muero de una sobredosis al aspirarla. Habilidades productivas para lidiar con el estrés, lo sé.

Estando ahí sentado, temblando y sudando, observando a Liza sollozar sobre la almohada, me di cuenta de que no tenía ni puta idea de qué debía hacer a continuación. Las paredes se cerraban y yo caía en picada libre. ¿Cómo rayos había terminado hasta el cuello en ese campo séptico? ¿Y cómo demonios haría de Superman para sacar a mi familia de aquel furioso huracán?

Golpeé mi cabeza contra la pared de vidrio una y otra vez, y entre medio de los sordos ruidos sonó mi celular. Era un mensaje de un número desconocido:

«Veo que alguien tiene problemas para dormir. Que sueñes con los angelitos, Webster. Descansa. Lo vas a necesitar. Logan»

Un escalofrío me erizó la piel. Giré hacia la ventana, esperando que la cara de ese payaso risueño llenara el marco, pero no había nada más que la noche despejada de Miami.

Grité como bebé con cólicos y revoleé el celular por los aires.

—¿¡Qué pasa, papi!? —exclamó Armani, irrumpiendo en el cuarto.

Enfrenté su temblor de diez en la escala de Richter con una sonrisa forzada.

—¡Nada, tigre! No te preocupes por nada.

Estaba total y verdaderamente jodido.
Te odio, Logan.

53

Nuevos comienzos

¡Verga, estaba triste! No, no, borra eso. Estaba muy pero muy encabronado de la tristeza porque se había caído la venta de MediaMuv. Una semana después de que allanaran mi casa en Scottsdale, Cramer, el intermediario que estaba negociando todo, me llamó con la maldita noticia de que los tipos de Twoam no querían hacer negocios conmigo porque se habían enterado de que las canciones de MediaMuv eran fraudulentas. «¡Noticias de pinga, hermano!¡Dime algo que no sepa!», dije hacia mis adentros. Colgué y tiré el teléfono en el sofá. Rebotó en el cojín y cayó al piso con estrépito. Me quedé mirándolo un momento, luego levanté las manos exasperado.

«En fin, se jodió esa vaina», dije en voz alta para nadie en particular. La idea de escaparme con veintiún millones se había desvanecido como un peo en el viento.

Era el cumpleaños de nuestro hijo, Prince, y ahí me encontraba yo, caminando de un lado a otro de la sala, sintiendo la alfombra mullida bajo mis pies descalzos. La luz del sol se filtraba por las grandes ventanas, bañando el espacio elegantemente decorado con un cálido resplandor. A pesar del lujoso entorno,

no podía quitarme la sensación de decepción y frustración. Y entonces recordé que el dinero no es lo único que puede traerle felicidad a un hombre.

De hecho, déjame decirte que estaba viviendo los momentos más felices de mi vida. Mi bebé Prince estaba a punto de cumplir un año y ya daba sus primeros pasos. Lo vi tambalearse por la habitación con sus regordetas piernitas temblando en cada paso decidido. ¡Qué bebé tan bello resultó ser! Tenía unos ojos grandes y azules, cabello castaño miel, piel clara, una sonrisa increíble y pasión por la música al igual que su papá. Se reía y me jalaba la barba, y sus pequeños deditos se enredaban en el pelo áspero. Hermano, me hacía feliz, te digo.

Y luego estaba Liza, mi hermosa y fiel esposa que se veía mejor que nunca. Entró a la habitación como una brisa, con su corto cabello castaño ondeando detrás de ella y su piel reluciente como su alma. «Es una locura cómo esta mujer puede mantener su apariencia incluso durante un embarazo», me maravillé, mirando cómo alzaba a Prince en sus brazos y llenar su carita de besos. ¿Recuerdas que estaba embarazada cuando la conocí? Se veía tan bella con un bebé dentro… Era una locura.

Ella había dado a luz a un hermoso y apuesto niño llamado Jersey. Técnicamente, Jersey era como mi hijo. Lo amaba como si fuera mío y él me amaba como si yo fuera su propio padre. Por otra parte, su propio padre había resultado ser un tipo increíble y se había ganado mi respeto. Mi relación con él era tremenda.

En ese momento nos acabábamos de mudar a una nueva e increíble casa ubicada a treinta minutos de Miami, en una urbanización privada que estaba alquilando por unos $17,000 dólares al mes. El lugar era un maldito palacio, con pisos de mármol, techos altos y una piscina que parecía sacada de un resort cinco estrellas.

Durante los últimos dos meses, no había vuelto a saber nada de Logan. Richard, mi abogado, decía que los federales golpeaban como olas: iban, se iban y se quedaban en silencio por un tiempo. Y ese «tiempo» era suficiente para que yo durmiera tranquilo por las noches, al menos por un par de meses hasta que ese diablo volviera hacer de mi vida un infierno. «A la mierda Logan. Yo aquí asumiendo que él vive sus días pensando en mí cuando, en realidad, soy yo el que pasa su vida pensando en él», reflexioné, apretando la mandíbula con la sola mención de su nombre.

Era temporada de Halloween y no podía evitar sentir una sensación de inquietud. Logan era como el cucui que acechaba en las sombras y esperaba a atacar cuando uno menos lo esperaba. Miré a mi alrededor, a mi hermosa casa, a mi preciosa esposa y a mis adorables hijos, tratando de sacudirme la sensación de mal agüero que se había apoderado de mí. Tenía todo lo que podía desear, justo allí frente a mí. No obstante, en el fondo no podía quitarme la sensación de que el espectro de Logan siempre estaría ahí, persiguiéndome como un fantasma de mi pasado, esperando para quitármelo todo, sin importar de cuánto dinero o amor estuviera rodeado.

Para ese entonces, Melody y Armani ya habían vuelto a vivir con la Anaconda y Marta se la pasaba en la casa casi todo el tiempo, ayudándonos con Prince. Era como una segunda madre para él, y yo estaba agradecido de tenerla en nuestras vidas.

En cuanto a mi situación financiera, las cuentas bancarias de Marta estaban funcionando perfectamente bien, aunque los ingresos de MediaMuv habían caído de $550,000 a $210,000 dólares, de un momento a otro. Eso no alcanzaba para cubrir todas mis deudas. Todavía debía millones en impuestos atrasados, pero al agente Logan le importaba un carajo. Él me

quería por fraude electrónico y lavado de dinero, no por evasión de impuestos.

Refunfuñé y maldije a ese maldito agente, y juré que iba a luchar con toda mi fuerza y astucia para proteger a mi familia, mi fortuna y libertad, sin importar lo que costara. No iba a permitir que me las arrebatara.

Y así, transitando Halloween, me preparé para la batalla que se avecinaba. Sabía que Logan volvería con su ejército de agentes y su cruzada moralista contra mí, pero yo es taba listo para enfrentarlo. Tenía mi ingenio, mi determinación y el amor de mi familia para mantenerme fuerte.

«Venga, pues, Logan», susurré, con una sonrisa feroz extendiéndose por mi rostro.

«Aquí te espero».

54

La Madriguera

Momentos después…

—¿Hablas en serio? —lancé al altavoz del iPhone que descansaba sobre mi desordenado escritorio de oficina entre pilas de contratos y vasos vacíos de Café Bustelo—. ¿Fue la puta de Sonia? ¿Por qué? ¿Cómo?

—No tengo ni idea, cabrón —dijo Prada, tan agitado como yo—. Agarraron a esa puta en cámara. Estoy asumiendo que la van a meter presa.

—¡No podemos dejar que vaya a la cárcel antes de mandar a alguien a patearle ese culo falso de silicona!

Golpeé mi puño contra el escritorio, haciendo temblar los monitores duales y mandando a una figura de Celia Cruz a convulsionar.

—Esa perra tiene que pagar por lo que hizo. Técnicamente, nos robó cincuenta mil. ¿De verdad tenía que quemar nuestra puta oficina también?

Prada se quedó callado. Podía escuchar mi propia respiración volviéndose más pesada, saliendo a chorros por mis fosas

nasales como un toro cabreado. Furioso ni siquiera comenzaba a describirlo. Estaba iracundo.

¿Te acuerdas de Sonia, la prosti que se había desmayado en mi oficina hace unos años? Resulta que desfalcarnos cincuenta grandes no fue suficiente para mantener contenta a Su Alteza. No, esa perra codiciosa quería retorcer el cuchillo. Las imágenes de seguridad no mentían. Se la podía ver a ella, clara como el día, arrastrándose dentro de mi oficina y sosteniendo un bidón de gasolina rojo. Mierda, mi reino había sido incendiado por una escort de poca monta con un chip en su hombro de silicona. No podía entender cómo a esos ineptos de la policía de Phoenix les había tomado tanto tiempo descubrirlo. La evidencia estaba ahí mismo, a toda madre. Alta definición y todo. Sin embargo, de alguna manera, en su infinita sabiduría, habían tenido el descaro de intentar culparme. ¿Puedes creerlo?

De todas formas, a esas alturas ya ni siquiera podía pretender que me importaba, bro. Mi plato estaba tan lleno de montones humeantes de mierda que aquello casi se sentía como una inyección edificante de positividad en comparación con la verdadera y pesada acatisia que me provocaba la inminente investigación criminal del agente Logan.

Terminé la llamada con Prada y un momento después mi salvación entró por la puerta de mi oficina: mi reina Liza, con su deslumbrante sonrisa y nuestro hermoso niño apoyado en su cadera.

¡Dios! Era el primer cumpleaños de mi príncipe. Definitivamente necesitaba apartar por un rato el mundo hostil que intentaba arrastrarme al lodo y enfocarme en lo que realmente importaba. Así que me levanté de la silla y abracé a mis dos ángeles, respirando el aroma de la inocencia y Desitin.

Dos horas y tres margaritas después, Erik Rosa me hablaba

sobre una loca propuesta de negocios. No, no de la pastelería Pakime. Aquello era algo diferente.

—Hay un tipo en Colombia que conoce a otro que vende un sello discográfico, Webster. Eso sí: sin catálago. No tiene ni un solo artista firmado, pero es una buena compra.

Casi escupo mi trago, riendo con incredulidad.

—¿En serio, Erik? ¿Por qué carajo querría comprar otro sello discográfico ahora mismo? ¿Qué te pasa? ¿No ves la montaña de mierda en la que estoy enterrado con MediaMuv ya? Comprar un sello sin catálogo es como pedir un Bugatti nuevo sin motor. Lo último que necesito esotro dolor de cabeza, compadre.

Erik simplemente sonrió, calmado y sereno como una especie de maestro Zen.

—Bueno, ¿por qué querrías un sello con un catálogo existente cuando puedes simplemente transferir tus 50,000 canciones a una flamante cuenta CMS nueva? Borrón y cuenta nueva, papi.

—¿Dijiste CMS? ¿YouTube CMS? —pregunté sorprendido.

—Escuchaste bien, Webster. Este trato del sello colombiano viene con su propia cuenta CMS de YouTube, y ese es exactamente tu boleto dorado para seguir haciendo cantidades masivas de dinero incluso si terminas siendo acusado. Una nueva cuenta sin ningún vínculo con MediaMuv.

El signo dólar comenzó a destellar en mi cabeza como una máquina tragamonedas de Las Vegas.

—Dios mío, esto es enorme. Llama a tu contacto colombiano ahora mismo y dile que quiero hablar con él.

Colgué, y por supuesto, porque el universo simplemente amaba cagarse en mí, mi teléfono sonó en ese preciso momento. ¡Ya estaba harto del puto teléfono!

Observé a mi esposa, quien estaba aún más frustrada y enojada que yo, e hice un gesto para que se retirara un momento.

Decidí contestar la llamada. Era mi otro abogado, Richard Dobson.

—¿Qué pasa, Dobson? Dime algo bueno.

—Escucha, Web…

Tenía ese tono serio que reservaba para cuando la mierda pesada estaba a punto de caer.

—Recibí noticias del Agente Logan —dijo.

Mierda. El maldito Logan. Incluso en el cumpleaños de mi hijo encontraba la manera de atormentarme como un jodido fantasma persistente.

Respiré hondo, luchando contra el impulso de agarrar otra botella de tequila.

—¿Y? ¿Cuál es el veredicto? Mi voz temblaba.

—Tiene una oferta sobre la mesa.

Luego vino la pausa larga y pesada, de esas que te hacen retorcer el estómago como nudos de marinero, preparándote para el impacto. Lo juro, estaba a punto de meter la mano por el teléfono y sacudirle las palabras como monedas sueltas de una alcancía vieja.

—Logan está ofreciendo un trato de culpabilidad.

Me reí. Un sonido frío y amargo incluso para mis propios oídos salió de mi boca. ¿Un trato de culpabilidad? Como si eso fuera una especie de premio consuelo por los meses de infierno que ese maldito federal me había hecho pasar.

—Entonces déjame ver si entiendo. ¿Decidiste llamarme en el cumpleaños de mi hijo para decirme que este hijo de puta federal quiere que me ponga de rodillas y me declare culpable de unos cargos inventados? ¿Estás loco o simplemente eres estúpido, Richard?

—Vamos, Webster. Soy solo el mensajero aquí. Creo que deberías considerar seriamente…

—¡No voy a considerar seriamente una mierda! Si Logan cree que tiene un caso, que lo demuestre frente a un jurado. Pero que me condenen si me voy a hundir sin pelear primero.

Golpeé la pared con el puño, haciendo que un portarretratos se estrellara regando de esquirlas de vidrio el piso.

—Escucha, te entiendo, pero tienes que entender lo que estás arriesgando aquí, Web. Si esto se tuerce, estamos hablando de décadas tras las rejas. Un trato podría ser inteligente.

Richard sonaba tenso.

—Oh, ¿así que ahora quieres darme una lección sobre lo que es inteligente? ¿Qué pasó con ese espíritu de bulldog, eh? «Yo nunca pierdo una pelea». ¿Qué pasó? ¿Te castraron?

—Muy lindo, cabrón. Bien, ¿quieres jugar duro con los federales? Allá tú. Pero recuerda: traté de meter algo de sentido en ese cráneo grueso tuyo. Revisé tu expediente, tienen un montón de mierda en tu contra, Webster. Pero hey, ¿qué sé yo? Solo soy el tipo que se está partiendo las bolas para mantenerte fuera de prisión.

Terminé la llamada, resistiendo el impulso de lanzar mi teléfono contra la pared para unirse al marco de foto hecho mierda. Me senté pesadamente en el sillón de cuero y hundí mi cabeza entre mis manos. Dios mío, ¿cuándo mi vida se había convertido en esa interminable tormenta de caca?

—¿Todo bien, papi?

Escuché un golpe.

Con un suave toque en la puerta, Liza asomó la cabeza. Rápidamente forcé una sonrisa en mi rostro. No podía dejar que mi situación personal de basurero en llamas arruinara la felicidad de mi familia, menos aún el cumpleaños de mi hijo.

—Nah, mi amor, solo torpe yo tumbando un marco.

Me levanté y rodeé con mi brazo su esbelta cintura, acercán-

dola a mí.

—Un accidente menor. Lo que importa es que vamos a celebrar a nuestro pequeño príncipe. Así que vamos, regresemos afuera y celebremos —dije.

Sin embargo, los engranajes en mi mente seguían girando a pesar de la neblina del alcohol. Esa cuenta colombiana de CMS podría ser mi salvación, la clave para desenredarme de todas las deudas y empezar de nuevo. Nuevo sello, nuevas fuentes de ingresos, nueva maldita vida.

Respiré hondo, obligándome a estar en el momento presente en lugar de caer en espiral por la madriguera. Lo primero era lo primero: necesitaba otra margarita. Iba a ser una noche larga.

55

Una vocecita insidiosa

Las noches que siguieron fueron una pesadilla total. Liza y yo empezamos a pelear como un par de pitbulls rabiosos en una pelea callejera. La cocaína corriendo por mis venas me tenía paranoico como un demonio, absolutamente convencido de que me estaba engañando cada vez que miraba en otra dirección. Estaba encima de su teléfono como mosca en la mierda, revisando cada *follow* de Instagram, cada amigo del gimnasio con el que hablaba, cada pequeño detalle en el que pudiera hincar el diente. ¡Coño, hasta empecé a sospechar que estaba viendo a alguien más durante sus sesiones de bronceado!

¿Puedes creerlo? Un verdadero loco de remate, te digo.

Liza, por supuesto, le echaba la culpa al perico. Decía que me estaba convirtiendo en un lunático desquiciado. Pero yo sabía mejor. Lo atribuí a que era demasiado amigable con cada Juan, Pedro y Diego con el que nos topábamos en los clubes. Siempre riendo, siempre sonriendo, siempre batiendo esas lindas pestañitas. Hermano, no soporto a las mujeres que son todo sonrisas y arcoíris con todo el mundo que conocen. Es como uñas en una pizarra para mí. Quizás, en el fondo,

solo estaba aterrado de que me mandara a volar por uno de mis supuestos amigos o me dejara del mismo modo en que lo había hecho con el papá de Jersey. La sola idea me estaba carcomiendo por dentro, royéndome las tripas como una rata hambrienta. No podía quitarme de la mente la imagen de ella desapareciendo mientras yo me pudría en una maldita celda. Siempre escuchas esas historias de terror de mujeres que le montan cachos a sus maridos presos, jugando a ser solteras como si fuera moda. Imaginarme eso me hacía hervir la sangre, me provocaba una rabia tan feroz que apenas podía ver claro.

Estaba perdiendo la cabeza en un espiral fuera de control como un carro sin frenos en una colina empinada. No confiaba en Liza ni por un segundo, y el miedo a quedarme solo y abandonado era como un cáncer que me consumía el alma. La sola idea de ir a prisión era suficientemente mala, ¿pero la prisión sin ella? Ese era mi infierno personal, y estaba segurísimo de que no iba a dejar que se hiciera realidad. No señor, no en mi guardia.

Ahí estaba yo, sentado con Liza en Nuxt, el mejor restaurante de carne en todo Brickell, Miami, un 12 de noviembre. Ella ni siquiera me miraba; sus ojos me evitaban como si yo fuera una especie de plaga andante. ¿Puedes culparla? Estaba más drogado que un astronauta sin oxígeno y borracho como un viejo alcohólico.

La comida llegó, pero yo solo podía pensar en escaparme al baño para meterme otra línea. El problema era que ni siquiera podía levantarme de la silla. Los ojos de Liza me habían empezado a taladrar, llenos de tanto asco que hacían parecer el hotel Trump a un basurero. Probablemente pensaría que yo también pertenecía allí, en vez de a ese restaurante tan elegante.

Fue entonces cuando una voz diabólica empezó a rumiar en

mi cabeza: «Esa tipa solo está por tu plata, Webster. ¿Crees que te miraría así si estuviera en la ruina? Ni de broma. Es la mismísima encarnación del diablo, te digo. Ahí sentada, saboreando ese bistec de oro como si fuera su derecho divino, cuando ambos sabemos que nunca soñó con ver algo tan extravagante en su miserable boca». Otra voz dentro mío intervino: «Oye, ¿y qué pasó con ese dulce ángel del que te enamoraste? ¿Qué fue de ella? Mira de nuevo, Webster. Todavía está ahí, debajo de todo».

Había pasado una hora sin que intercambiáramos siquiera una palabra cuando el mesero finalmente trajo la cuenta.

—¡Ocho mil dólares! —exclamé, clavando en ella una mirada cargada de odio.

Ella me miró fijamente, desconcertada.

—¿De qué estás hablando, Webster?

—¡De ti! Es un crimen si me gasto unos miles en una cena de negocios, pero es perfecto que me fume ocho lucas llenándote la barriga a ti, ¿no?

Sus mejillas se encendieron de un rojo escarlata y tuvo que hacer un esfuerzo por contener la furia.

—¿Qué acabas de decirme? —soltó entre dientes, muy consciente de las miradas curiosas que estaba atrayendo nuestra pequeña escena—. Soy tu esposa, Webster. Me tratarás con respeto.

Pero yo estaba demasiado ido, demasiado consumido por el cóctel tóxico de narcóticos y orgullo herido como para prestar atención a su advertencia.

—¿Respeto? ¿Por qué debería respetar a una vulgar buscona? No eres mejor que cualquier otra puta avariciosa en esta ciudad, mi amor.

Ella retrocedió como si la hubiera abofeteado, al borde del

llanto.

—¿Cómo puedes decirme eso después de toda la mierda que hemos pasado y todo lo que he hecho por ti?

Me incliné hacia adelante. Mi aliento cargaba con el hedor del alcohol y los cigarrillos rancios.

—Oh, sé exactamente lo que has hecho, mi cielo. Abriste las piernas y jugaste a ser la esposa devota, todo para poner tus manos en mi plata. Dime, ¿cuánto tardarás en encontrar un nuevo idiota del que aprovecharte una vez que yo me esté pudriendo en una celda? ¿Un mes? ¿Una semana?

Una lágrima se sublevó y escapó por su mejilla, pero la apartó desafiante.

—Se acabó, Webster. No me quedaré aquí a escuchar estas tonterías viles por más tiempo —dijo poniéndose de pie—. Quédate aquí y maceráte en tequila y autocompasión, a mí no me importa. Me largo.

—¡Eso es, huye y búscate un nuevo millonario, perra intrigante! —rugí, sin importarme los murmuros generalizados y la desaprobación de los otros comensales.

Me comencé a sentir como una mierda cuando la vi salir compungida del restaurante. Me recosté en la silla, exhausto de repente. Los metiches enseguida apartaron la mirada, pero sus cuchicheos me taladraban los oídos. «Mira a ese pobre pendejo. Lo tiene todo y lo mandó a la mierda por el trago y las drogas. No se merece una mujer como ella», decían. Y lo peor de todo es que sabía que tenían razón. Había saboteado sistemáticamente todo lo bueno en mi vida, dejando que mis vicios y mi paranoia me pudrieran por dentro. Había alejado a la única persona que nunca se había rendido conmigo, la mujer que me había amado incondicionalmente, incluso mientras yo caía en espiral hacia el abismo.

Alcé la botella de tequila y le di un trago. Al carajo con la gente, con su lástima y su juicio. Si estaba destinado a estrellarme y arder, lo haría en mis propios términos, sin deberle nada a nadie.

* * *

El sol apenas empezaba a asomarse en el horizonte cuando por fin entré a trompicones por la puerta de nuestra casa. El silencio ensordecedor era un crudo recordatorio del daño que había causado. Me tambaleé hasta el cuarto y se me estrujó el corazón al ver a Liza en la cama abrazando protectoramente a nuestro hijo dormido, con secos vestigios de lágrimas en su piel de porcelana. «La cagaste en grande esta vez, Webster. Mejor te estrellas en otro lado esta noche, antes de que acabes de destruir lo poco que queda de tu matrimonio, güevón», me recriminé, sintiendo el peso de mis acciones caer sobre mí como un maremoto. Entré a mi estudio, ese cuartito mal iluminado que me brindaba un respiro de la culpa opresiva que me perseguía a cada paso.

Con manos temblorosas, agarré mi tesoro, ese polvito inmaculado que brillaba como el canto de una sirena bajo la luz mortecina de la lámpara. Armé una línea generosa y, con un billete enrollado, inhalé profundo, saboreando el subidón mientras la cocaína inundaba mi sistema, acallando temporalmente a los demonios que me atormentaban.

Sumido en mis propios pensamientos torturados, no fue que escuché a Liza acercarse hasta que ya estaba parada en el umbral, con una expresión inescrutable, mezcla de tristeza, lástima y resignación. Me paralicé con el billete enrollado todavía entre

los dedos, incapaz de sostenerle la mirada.

—Webster —suspiró ella con la voz cargada de agotamiento—, necesitas ayuda, ayuda profesional.

No dije nada. La vergüenza me quemaba las mejillas mientras estudiaba los intrincados diseños de la alfombra persa bajo mis pies. Liza cruzó lentamente la habitación, como si se acercara a un animal herido, y tomó mis manos entre las suyas con suavidad.

—Mi amor, por favor, te estás destruyendo. Nos estás destruyendo. Déjame ayudarte.

La represa dentro de mí se rompió y lágrimas calientes me inundaron el rostro mientras grandes sollozos estremecedores me sacudían el cuerpo.

—Lo siento —jadeé, aferrándome a ella como un náufrago a un salvavidas—. Lo siento tanto.

Ella me abrazó con fuerza, sus dedos esbeltos acariciándome el pelo con una ternura que sabía que no merecía.

—Shhh —siseó con ternura—. Todo va a estar bien. Vamos a superar esto juntos.

Incluso mientras lloraba en sus brazos, esa vocecita insidiosa me susurraba en el fondo de la mente: «Eso es, Webster. Deja que crea que te salvó. Deja que piense que es tu ángel de la guarda. Después de todo, hasta un perro necesita un amo que lo dome».

56

Número 33

20.de noviembre de 2021, ocho días después…

Abrí los ojos lentamente y los chillidos penetrantes de Prince, nuestro osito blanco de doce meses, llenaron la habitación. Esos alaridos, por extraño que parezca, eran la melodía más bella con la que podía despertarme. Cada mañana, sin falta, lo primero que hacía Prince era buscarme. Si me pillaba todavía durmiendo, se subía alegremente a mi cara, restregándome su pañal sucio por toda la jeta. Era su manera favorita de empezar el día y, pensándolo bien, amaba ser despertado por él.

Mi relación con Liza era una montaña rusa turbulenta. Un día estábamos perfectamente bien y al siguiente nos agarrábamos a gritos a causa de mi adicción. Era un ciclo interminable, güevón. Sin embargo, esa mañana me desperté sintiéndome como un millón de dólares. Teníamos programado irnos de vacaciones a Orlando por una semana y mi hermosa esposa me había sorprendido con un sexo alucinante ahí mismo en nuestro cuarto. ¡Qué nota! Finalmente, me levanté de la cama como a las ocho de la mañana y me metí en la ducha con Liza.

Ducharnos juntos era una de nuestras actividades favoritas.

Una hora más tarde, exactamente a las 9:25 a.m., estaba a punto de sentarme a desayunar con toda la familia cuando mi celular empezó a sonar como un loco. Era Prada. Me pareció extraño porque teníamos dos horas de diferencia y no había forma de que se levantara a las 7 a.m. solo para llamarme. O estaba borracho, drogado y amanecido, o era algo increíblemente importante. Decidí contestar.

—¿Qué pasó, marrano? —dije, dándole el primer mordisco a mis huevos revueltos.

—Cabrón, estoy metido en un peo —respondió, con la voz cargada de desesperación—. No sé qué vergas está pasando, pero mi cuenta bancaria muestra un saldo negativo de noventa y nueve millones de dólares. ¡Noventa y nueve putos millones negativos! ¿¡Puedes creerlo!?

«¡Coño e´ la madre! ¿Y ahora qué?», pensé. Mi pulso comenzó a acelerarse.

—¿Será Logan otra vez? —pregunté.

—No tengo ni idea. Llamé al banco y no me dieron una respuesta clara. Solo seguían diciendo que mi cuenta estaba en negativo y que no podían hacer nada al respecto. Estoy completamente en la ruina, Webster. No sé qué carajo hacer.

Tragué en seco, casi atragantándome con la comida. Tomé un sorbo de agua y miré a Liza, que parecía aún más preocupada que yo.

—¿99 millones negativos? ¿Y tus otras cuentas? ¿Las revisaste?

—Sí, las revisé todas y muestran lo mismo. Te lo digo, hermano, esto es una cosa seria. Necesito tu ayuda. Necesito que me transfieras algo de feria, como $50 mil, a la cuenta de Camila. Te lo pagaré tan pronto se resuelva este pedo, te lo juro.

—Mira, vamos a llegar al fondo de esto. Seguro es solo un error del banco. Apuesto a que para esta noche tu dinero estará de vuelta en tu cuenta —dije, tratando de consolarlo—. Y claro, te voy a transferir la plata. Eres mi hermano. Para eso están los amigos.

Puse mi celular en altavoz y entré a la aplicación de mi cuenta bancaria. Luego me quedé paralizado: saldo negativo $-99,000,000.

—Oye, no vas a creer esto, pero mi saldo está negativo $99 millones también. Puto madre.

—¿Qué? ¿Estás hablando en serio? ¿Cómo vergas es eso posible? —preguntó Prada con pánico.

—No sé, cabrón. Lo estoy viendo ahora mismo. Voy a llamar a Richard a ver si sabe qué coño está pasando. Te vuelvo a llamar.

Colgué rápidamente y llamé a Ricard.

Mientras sonaba el teléfono, entré a las otras cuentas de Marta y ahí estaba: menos $99 millones, al igual que la cuenta de Prada.

Damas y caballeros, había llegado el día. Estaba oficialmente en la ruina.

¿Cómo coño le iba a decir a mi mujer que no teníamos dinero para comer? ¿Cómo carajo iba a pagar los $17,000 dólares del alquiler del próximo mes? Si las cuentas de banco estaban mecánicamente en cero, ¿que pasaría con mi cuenta de Youtube? Corté la llamada antes de que Richard contestara y corrí a mi oficina a revisarla. La cuenta todavía funcionaba bien; al menos seguía generando ingresos. Luego llamé a Marta y le pedí que llamara al banco para averiguar qué había ocurrido; y según me contó una hora después, que el gerente del banco le dijo que debía haber un error en el sistema. Sin embargo, yo no me creí ni mierda. Prada y yo teníamos bancos diferentes,

Chase y PNC respectivamente, y el saldo en ambos se había ido a negativo al mismo tiempo, el mismo día. Traté de verificar las transacciones bancarias, pero no había retiros recientes. Era raro, hermano. Era como si todo nuestro dinero se hubiera esfumado de la nada.

Una hora más tarde, sonó mi teléfono. Era Richard.

—Webster, ¿qué coño está pasando? Prada me llamó y me contó lo de su cuenta bancaria. ¿Y ahora me dices que te pasó lo mismo a ti?

Le expliqué la situación.

—Webster, prepárate para el impacto —dijo con un tono muy triste.

—¿Qué impacto? ¿De qué hablas, Richard? —pregunté, confundido.

Este es el principio del fin, Webster. He visto esto antes. Congelarán tus cuentas, incautarán tus activos y, antes de que te des cuenta, te enfrentarás a una acusación formal.

Esas palabras empezaron a volar por mi cabeza, haciéndome sentir como si estuviera sentado en un avión que iba rumbo a estrellarse. ¡El principio del fin! Dios mío. ¿Era mi fin? No podía creerlo. Todo en lo que podía pensar era en mi familia. Liza, mis hijos.Oh, Dios, ¡estaba en la ruina!

Dos horas más tarde, estaba sentado en la sala contándole a mi esposa lo que acababa de pasar. Para mi sorpresa, ella me apoyó increíblemente en todo. Me dijo que durante todo ese tiempo había estado guardando algo de dinero y que tenía alrededor de cuarenta mil dólares ahorrados.

—Oh, mi amor, lo siento tanto. Nunca quise que nada de esto pasara. He sido tan estúpido, tan egoísta. No sé qué haría sin ti.

Ella tomó mi mano y la apretó suavemente.

—Vamos a superar esto. Juntos. No me voy a ninguna parte.

Te amo y estoy aquí para ti, pase lo que pase.

—Yo también te amo, mi vida, más que a nada en este mundo. Te prometo que voy a arreglar esto. Voy a solucionar esto, por ti y por nuestros hijos.

Ese día, como a las siete de la noche, estaba parado afuera de la casa, fumándome un cigarro, pensando en qué iba a hacer para que MoneyTube me pagara el próximo mes. Mis cuentas en YouTube seguían corriendo bien. Todavía estaba haciendo plata. Todo lo que tenía que hacer era encontrar una nueva cuenta bancaria para depositar mi dinero. ¡Todo iba a estar bien! Incluso si terminaba siendo acusado, eso no significaba que iría a la cárcel. Estaba listo para dar la pelea, aunque fuera solo para prolongar mi libertad.

De repente, sentí dos brazos rodeando mi pecho por detrás. ¡Ahhh! Era ella, mi hermosa y fiel esposa, haciéndome sentir que todo iba a estar bien, dándome la esperanza que necesitaba, aunque supiera que todo se estaba yendo por el desagüe. Estaba tan equivocado sobre ella. Una vida no era suficiente para pasar disculpándome.

Me di la vuelta y dejé caer mi cigarro. La miré a los ojos.

—Lo siento tanto, mi amor. Lo siento por todo. Lamento hacerte pasar por esto.

Ella sonrió.

—Todo va a estar bien. No vas a ir a ninguna parte. No dejaré que te lleven.

Una lágrima cayó de mis ojos. Ella era consciente de que se avecinaba el final. En el fondo sabía que todo mi imperio estaba llegando a su fin, y por eso decidí disfrutar del beso, sabiendo que podría ser el último que compartiría con ella. Era casi como si nos estuviéramos despidiendo.

Momentos después, sentados en la sala, vimos pasar un

Toyota Camry 2005 a través del ventanal. Se quedó ahí por un minuto o dos, estacionado frente a nuestra casa, y luego se fue. No le dimos importancia hasta que instantes después volvió a pasar, pero esa vez no se detuvo. Liza y yo nos miramos, consternados. Me levanté y salí de la casa a esperar que el carro apareciera nuevamente. Pasaron diez minutos y nada. Veía a Liza detrás del vidrio, de brazos cruzados, y podía notar que estaba nerviosa.

Después de una larga espera, decidí volver adentro, pero antes de cruzar la puerta principal, el carro regresó y se detuvo justo frente a la entrada de mi casa. Miré hacia atrás, con las piernas trémulas. Sentí una piedra en el estómago y palidecí. El carro se quedó ahí, con el motor encendido, sin moverse. Entonces, de la nada, la ventanilla del pasajero delantero comenzó a bajar y vi a un flaco español al volante. Tenía un pedazo de papel en la mano.

—¿Señor?

—¿Sí? —respondí desde la puerta, completamente quieto.

—¿De casualidad sabe dónde puedo encontrar la casa número 33? —preguntó.

—¿Casa número 33? —repetí—. No, no creo que haya una casa con ese número en este vecindario. ¿Está seguro de que tiene la dirección correcta?

—Qué raro… Estoy tratando de entregar esta comida, pero no logro encontrar la casa. He estado dando vueltas por casi una hora ya.

—¿Eres un Uber?

—Oh, no. Hago entregas para un restaurante.

Tomé una profunda respiración. Sentí mi sangre fluyendo por mi cuerpo.

—Bueno, lo siento, pero no creo que vayas a encontrar la casa

número 33 aquí. ¿Tal vez podrías llamar al cliente y verificar de nuevo la dirección?

—Sí, supongo que tendré que hacer eso. Gracias de todas formas, señor. Que tenga una buena noche.

El tipo subió su ventanilla y se alejó conduciendo. Observé cómo el carro desaparecía en la esquina y luego me apresuré a volver adentro.

—¿Quién era ese? —preguntó Liza.

—Solo un repartidor perdido. Estaba buscando un número de casa que no existe.

Minutos después regresamos a la sala a tomar una copa de vino, pero yo no paraba de preguntarme por qué alguien le daría a ese tipo ese número de casa cuando todas las casas de mi barrio usaban cuatro dígitos. Estaba dispuesto a echarle la culpa de los malos pensamientos a mi paranoia, hasta que empecé a atar cabos. El número del edificio de MediaMuv era el 33, y gracias a eso usaba el mismo número para muchas cosas, como para la contraseña de mi teléfono, que era 3333.

—Es una señal. Vienen por mí —fue lo único que atiné a decir, mirando a Liza.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Quién viene?

Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos.

—No lo sé, mi amor, pero tengo un mal presentimiento sobre esto. Ese repartidor, el número 33, nuestras cuentas bancarias… todo está conectado de alguna manera. Creo que vienen por mí.

Ella me tomó la mano y la apretó con fuerza.

—Webster, escúchame. Vámonos a un hotel, ¿de acuerdo? No voy a permitir que te pase nada, ni a nosotros ni a nuestra familia. ¿Entiendes?

Asentí, sintiendo la fuerza en sus palabras.

—No, mi amor. No me voy a rendir sin pelear. Te lo prometo. Pero no pienso correr.

Nos quedamos allí en silencio, abrazándonos, viendo pasar los minutos en el reloj. Sabía que nuestras vidas estaban a punto de cambiar para siempre, pero, con ella a mi lado, sentía que podía enfrentar cualquier cosa. Incluso si el mundo se desmoronaba a nuestro alrededor, nos mantendríamos juntos, unidos, inquebrantables.

57

El acto final

21.de noviembre de 2021, 1:35 a.m.

De repente, los siniestros eventos del día comenzaron a colarse en mi cráneo, inyectando un insidioso cóctel de miedo y paranoia directo a mi drogado cerebelo. Liza y los niños estaban roncando en el cuarto, apaciblemente dormidos, mientras este humilde servidor se sentaba tieso en la sala, visualizando las sombrías realidades de la vida tras las rejas.

¡Por la santísima virgen! Yo no duraría ni veinticuatro horas en el calabozo, no con esos presos enormes y hambrientos relamiéndose ante la perspectiva de carne fresca como yo.

Sin previo aviso, comencé a sufrir un ataque de pánico. La sola idea de estar encerrado en alguna celda húmeda y fétida me provocó convulsiones. Aquello no podía estar pasando, no a mí, no en ese momento. Ni nunca.

Tras estar retorciéndome en el piso por un rato que no supe cuánto fue, me levanté y me tambaleé hasta mi oficina, donde me senté frente a la computadora. Las manos me sudaban copiosamente y se movían frenéticamente. «Cálmate, Webster»,

me dije a mí mismo, intentando controlar la respiración. Como pude, presioné sobre las teclas para iniciar una búsqueda en el omnisciente Google sobre asesinatos en prisión. El primer resultado me golpeó como un puñetazo en el estómago: 143 reclusos en los Estados Unidos habían sido asesinados por homicidio en 2021. Mórbidamente fascinado, me aventuré en las entrañas de YouTube y busqué: «¿Cómo sobrevivir en la cárcel?». Y así, atiborrándome de videos que detallaban los sangrientos destinos de pobres diablos que no habían podido sobrevivir en la prisión, que incluían apuñalamientos, palizas y violaciones indescriptibles, se me esfumó una hora. Para cuando me harté, mi paranoia había alcanzado masa crítica.

Salí disparado hacia mi clóset, agarré mis últimos ocho gramos de polvito colombiano y me lancé como bala a la cocina. Tomé una botella de Patrón y me preparé una margarita digna de un quinteto sediento. Después de aspirar casi toda la bolsa, marqué el número del Ballena.

—Alista tus cosas y reserva un vuelo a Miami, ¡pero ya! —ladré.

Luego llamé a mi piloto y le ordené que tuviera el pájaro listo a partir de las 7 a.m. El muy sapo insistía para que le diera un destino, pero en el estado de paranoia galopante en que me encontraba solo pude pensar en Arizona. El plan era aterrizar, montarme en un carro y picar para la frontera. Contactaría a Liza una vez que encontrara un lugar seguro desde donde pudiera enviar a un mensajero a buscarla a ella y a los niños.

Eran las cinco de la mañana. Estaba borracho y más drogado que un papalote, gracias al perico. Entré a mi cuarto y allí estaban mi preciada esposa y mi hermoso hijo, durmiendo profundamente, luciendo como una maldita pintura de Norman Rockwell. Tan perfectos, tan serenos. Supe en ese instante que

esa imagen quedaría marcada a fuego en mi cerebro por el resto de mi miserable vida.

Me senté en mi lado de la cama y tomé en brazos a mi pequeño, cobijándolo contra mi pecho. Y así yo, el tipo que jamás le había dirigido una palabra al man de arriba, de pronto sentí la urgencia de implorar por un poco de intervención divina y comencé a rezar. Estaba harto de jugar al héroe invencible en ese cuento retorcido. Necesitaba orientación, y aunque andaba con tres en el aire y galopando el caballo blanco, sabía que estaba en mi momento más vulnerable y que quizás, solo quizás, Dios finalmente me escucharía. Se me salieron las lágrimas y no podía cerrar el grifo. Lloraba a moco tendido como un bebé, suplicando por perdón y una oportunidad más de estar con mi familia. Lo curioso fue que ni Liza ni el bebé se despertaron, aun cuando habitualmente el más mínimo ruido bastaba para interrumpir su descanso.

Después de lo que pareció una eternidad, acosté a mi hijo a mi lado y me tumbé, esperando que el dulce abrazo del sueño me llevara.

De repente, me desperté sobresaltado por los escalofriantes gritos de Liza. Miré a mi hijo, todavía perdido en el mundo de los sueños, pero mi esposa no se veía por ningún lado. Entonces lo escuché, el ensordecedor grito de «¡POLICÍA!».

En un abrir y cerrar de ojos tomé a Prince, pero antes de que pudiera siquiera sacar las piernas de la cama, un pequeño ejército de agentes súper equipados irrumpió por la puerta del cuarto, apuntándome con sus enormes pistolas como si yo fuera el mismísimo Chapo Guzman.

Ahí estaba yo, con mi niño de un año aferrado a mi pecho, mirando fijamente los cañones de seis hombres enmascarados con chalecos antibalas, ordenándome que soltara a mi hijo.

Te voy a ser sincero: ese momento no fue ni de cerca tan aterrador como pensé que sería. Estaba entumecido, desconectado de la realidad. Arrancaron a mi hijo de mis brazos y me pusieron las esposas antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando; y en un lo que dura un pestañeo, me sacaron a rastras de mi cuarto y el mundo se convirtió en un febril sueño en cámara lenta. Cada milisegundo de esa escena está grabado a fuego en mi memoria como un hierro candente.

Mientras me arrastraban por la sala, vi de reojo a mi mujer, sentada ahí como una estatua, con los ojos clavados en el piso. Estaba silentemente aturdida. Ni siquiera pudo reunir el coraje para mirar en mi dirección. ¿Las emociones de ese momento? Indescriptibles.

Cuando finalmente me sacaron de la casa, me recibió un espectáculo impresionante: cientos de patrullas de la policía de Miami, con sus pistolas apuntando directamente en mi dirección. «Madre mía de Dios. ¿Qué coño hice ¿Maté a alguien y simplemente me olvidé convenientemente de ello?», pensé.

Me metieron a empujones en una camioneta que parecía pertenecer a la abuela de alguien y luego nos alejamos a toda velocidad de mi casa. Estiré el cuello, tratando de echar un último vistazo a todo lo que dejaba atrás. Y en ese instante, una desgarradora revelación me golpeó como una tonelada de ladrillos: esa era la última vez que vería a mi familia. El acto final de esa obra absurda había terminado.

58

Epílogo

Verás, cuando un hombre va preso, el cuento típico es que su mujer lo bota a los dos o tres meses. ¡Pero no mi Liza, noseñor! Esa belleza impresionante desafió las probabilidades y se mantuvo a mi lado todo el tiempo. Ella contestó cada llamada telefónica desde el día en que me pusieron esas brillantes esposas hasta el ultimo momento.

Ahora, sé lo que estarás pensando: «¡Oh, qué mujer tan leal!» Bueno, permíteme reventar esa burbuja. El hecho de que no me dejara tirado como esas cazafortunas de Miami no significa que fuera una santa. Catorce meses después de mi encantadora estadía en el hotel celda 36, Liza comenzó a salir con un ricachón de Utah. ¿Y tuvo la decencia de decírmelo?
¡Por supuesto que no! Tuve que descubrirlo por mi cuenta, como una especie de detective en mi propia historia de amor.
¿Su excusa? No quería lastimarme. ¡Ja! Eso es como decir que no quieres arruinar mi cena mientras me sirves un plato de mentiras. De todos modos, así es la vida, ¿no? Aunque rompimos, mantuvimos las cosas cordiales por el bien de nuestro adorable pequeño, Prince Heaven Batista.

Después de mi arresto, el juez pensó que sería gracioso fijar mi fianza en unos impresionantes $350,000 dólares. Digo «gracioso» porque estaba tan quebrado que ni siquiera podía comprarme un chicle.

Justo cuando estaba a punto de aceptar un trato de culpabilidad, a mi abogado se le ocurrió mostrarme todas las pruebas que tenían en mi contra. ¡Virgen santísima, tenían suficiente como para enterrarme a seis pies bajo tierra! ¿Y adivinen quién fue el cerebro detrás de todo? Nada menos que el señor Daniel Hernández. Era como el perrito faldero de Logan y le facilitó información durante todo el proceso de investigación. No puedo decir que me sorprendiera, considerando que el tipo me odiaba con pasión.

Mientras yo disfrutaba de mi estadía prolongada en una detención federal, mi amigo Prada gozaba de libertad. Verás, él es ciudadano estadounidense, así que salió del tribunal como si fuera un paseo dominical. ¡Pero cómo cambiaron las tornas! Estando yo encerrado, Prada decidió meterse en más problemas aún. Llamó a Néstor White exigiendo el resto del dinero que YouTube le debía a MediaMuv, y cuando Néstor accedió a transferir la plata, Prada hizo una jugada rápida y vació la cuenta de banco, escondiendo el dinero como un pirata moderno. ¡Más de trescientos mil verdes esfumados! Bueno, no esfumados, pero tan bien escondidos que ni el gobierno pudo olfatearlos. Esa pequeña hazaña le costó a Prada seis años en el bote. Los fiscales querían tirarle el libro, pidiendo ocho años por el dinero escondido y cargos adicionales por lavado de dinero, pero el juez se compadeció de él, ya que era un delincuente primerizo y todo eso, así que le dieron una sentencia un poco más corta de setenta meses en un campo federal.

Por su parte, Néstor White logró escapar de lo peor, a pesar de

estar metido hasta las rodillas en nuestra pequeña conspiración. El gobierno amenazó con presentar cargos en su contra, así que entregó su corona de CEO y «se fue» de MoneyTube. O eso les hizo creer a todos.

Cinco meses después de mi arresto, Logan le hizo una pequeña visita al Ballena, pero el tipo no estaba en casa. Cuando regresó del putero, borracho a media noche, encontró en su puerta una encantadora tarjeta de Logan, lo que le hizo pensar que estaba a punto de ser acusado. ¡Entonces se largó a México, por supuesto!

Sonia, la prosti-amante, logró esquivar las balas legales y nunca fue arrestada. Supongo que la policía pensó que ella les estaba haciendo un favor al quemar nuestra oficina. Vaya uno a saber.

Julián, el cuñado de Prada, nunca fue acusado, y Mi abogado Erik Rosa aún sigue siendo mi amigo.

Richard Dobson, el supuesto «Bulldog» rechazó mi caso y nunca más me volvió a contestar.

¿Y la Mayimba? No volví a escuchar sobre ella.

La Anaconda aún sigue haciéndome la vida de cuadritos, mientras que Melody y Armani se han convertido en dos hermosos adolescentes.

Marta nunca fue acusada de ningún delito.

La cuenta de Twitter aún sigue activa. Esos cabrones no se cansan de difamarnos.

Después de dos años de puro cuento, por fin estaba parado frente al juez, listo pa' bailar con la más fea. ¿Y adivina quién estaba allí, agarrando la mano del pequeño Prince? Nada más y nada menos que Liza. Ese momento quedó grabado en mi memoria como tatuaje de pran, y siempre le agradeceré por haber estado ahí, firme como un soldado.

Después de un vainazo de ida y vuelta con el fiscal, el juez por fin soltó la bomba: 46 meses en el calabozo, con 26 de esos meses ya servidos mientras mataba el tiempo en el centro de detención en Florence, Arizona. ¡Verga! ¡Qué locura! Pero, ¿sabes qué? Ese no era el final de mi historia. Aquel era solo el comienzo de un nuevo capítulo, un capítulo donde resurjo de las cenizas como un fénix, listo pa' comerme el mundo. Porque si hay algo que he aprendido es que la vida está llena de sorpresas inesperadas, y la única forma de sobrevivir en esta historia de terror es seguir pasando las páginas.

Esto no se acaba aquí.

Agradecimientos

Primero que todo, quiero darle las gracias a esos amigos de cárcel que, al ver la primera página de este libro, no me dejaron tranquilo hasta verlo terminado.

Un gran saludo a mi tía y mamá postiza, Mayra Batista, que se aseguró de que mi único drama durante las madrugadas escribiendo este libro fuera no quedarme con hambre.

Agradezco infinitamente a mis hijos, Prince Heaven Batista, Melody Batista y Armani Batista, y a mi mamá, Yoselin Fernandez, quienes fueron mi café expreso y croissant emocional para poder terminar este proyecto.

A mi pana y compadre Miguel Angel Salinas Salcedo, alias MASS. Nos encontramos tras las rejas y ahora somos compinches de negocios. Gracias por apostar por este desastre andante.

Agradezco infinitamente a mi editor brillante, Guido Caracciolo, por su infinita paciencia y por no arrancarse los pelos hasta quedar calvo al lidiar con el primer borrador de este manuscrito.

Gracias a mi abuela, mi ángel Melba, por ser mi conexión directa con el jefe celestial. Y para ir directo al grano, agradezco

enormemente a mi familia y a todos los valientes que se atrevieron a leer aunque sea una página de este libro; les estoy infinitamente agradecido.

Sobre el Autor

Webster Batista es un compositor y productor de música que fue declarado culpable de delitos relacionados con el lavado de dinero y el fraude electrónico. Cumplió 32 meses de una condena de cuatro años de prisión. Desde entonces, ha escrito un promedio de 196 canciones y su primer autobiografía.